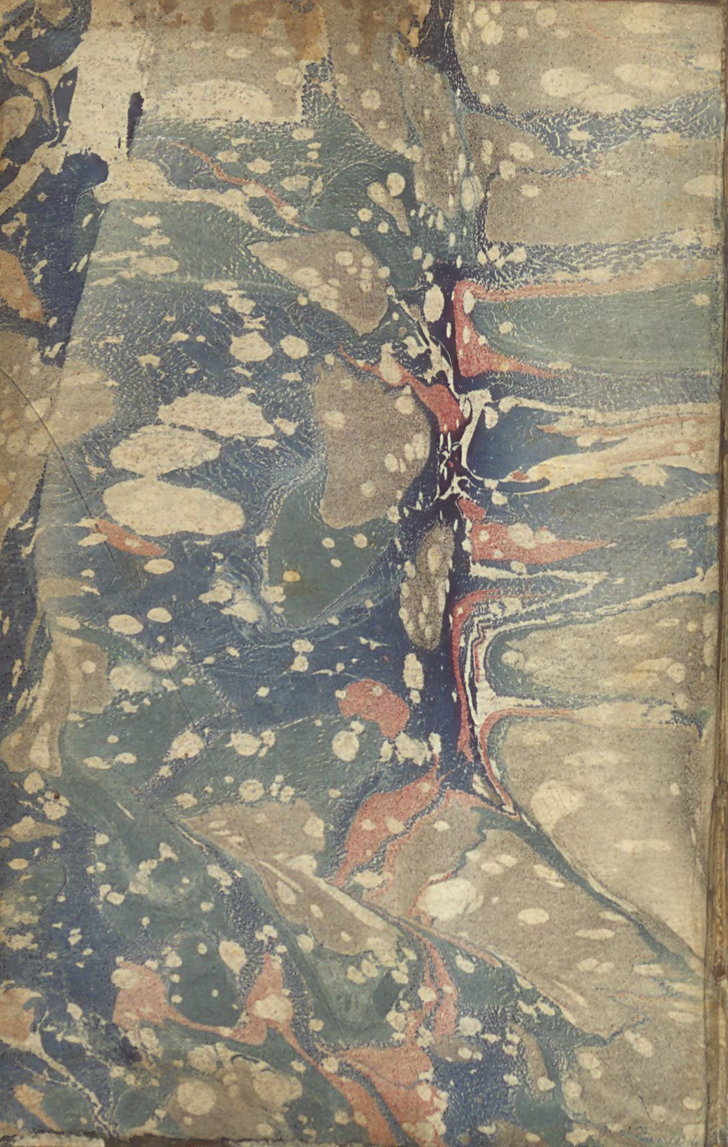
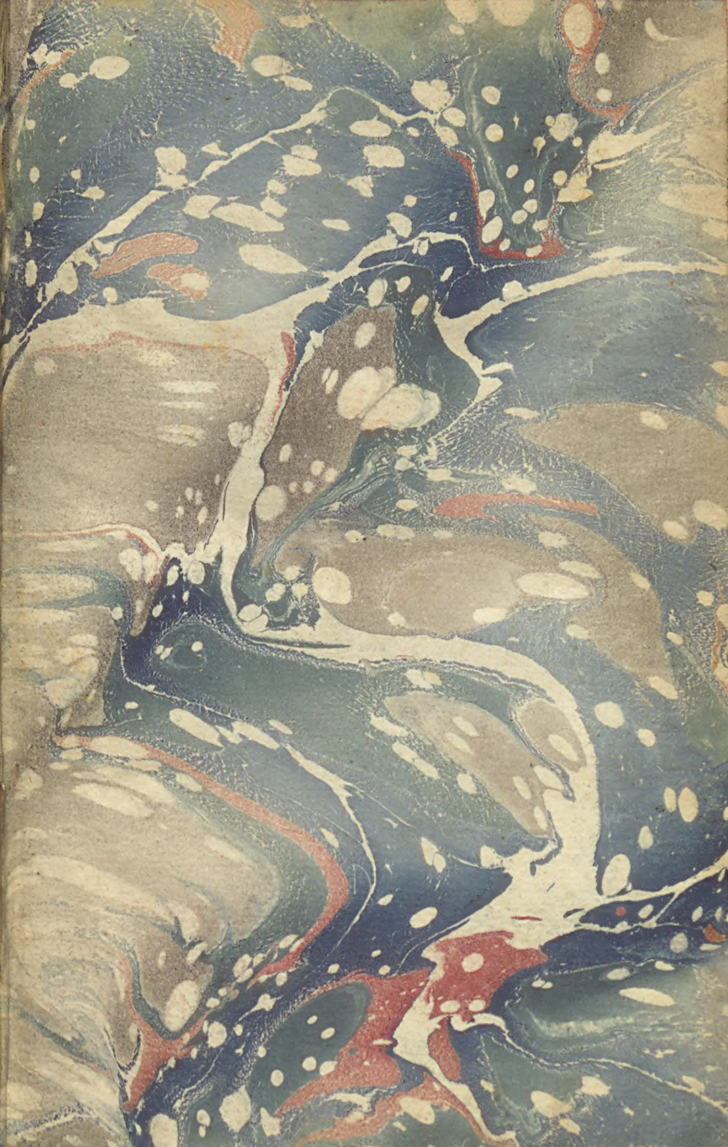






NUMA POMPILIO,

SEGUNDO REY DE ROMA.

MADRID. = *Marzo*: 1831.

IMPRENTA DE D. JULIAN VIANA RAZOLA,
calle de la Cruz.

NUMA POMPILIO,

SEGUNDO REY DE ROMA,

POEMA

del caballero de Florian:

PUESTO EN CASTELLANO

POR EL TRADUCTOR

de las Veladas de la Quinta.

Nueva edicion,

aumentada con la vida del autor, notas mitológicas, y adornada con siete láminas finas.



Se hallará en la librería de Razola, *calle de la Concepcion.*

COMPENDIO

DE LA

VIDA DE FLORIAN.

Tan indigno es de existir por mucho tiempo el hombre ingrato é indiferente á los dones y beneficios con que le distinguió la naturaleza, como el que mas culpable todavia deshonra la patria con sus vicios en vez de ilustrarla con virtudes dignas de imitacion y de aprecio. Cuando la muerte les alcanza ejerce sobre ellos un acto de justicia reclamado por el bien de la sociedad; y siguiéndoles hasta el sepulcro la abominacion de sus costumbres inmorales, privados de verdaderos amigos que pudieran lamentar su pérdida, lejos en fin de la dulce satisfaccion que esperimenta el hombre virtuoso cuando escita con sus buenas acciones el reconocimiento de las almas sensibles, descienden al sepulcro sin que nadie tribute á su memoria ni aun lágrimas estériles de dolor y gratitud: pero el hombre cuyo corazon es el asilo de la sensibilidad; cuyos ojos se bañan en lágrimas de reconocimiento al contemplar las obras del Criador; aquel cuyas dulces virtudes recuerdan las del siglo de oro, y cuyos cantos tan puros como el céfiro de la mañana jamas hicieron sonrojar á

la inocencia, no debiera morir nunca. Para él es fecunda la tierra y para él se ameniza. Si sufre la ley comun, si una muerte prematura lo arrebata de la patria que tanto honraba, todos los corazones sensibles esperimentan un dolor profundo: el amor y la amistad concurren á abrazar su tumba solitaria, á rodearla de ciprés, á cubrirla de mirto, y mucho tiempo despues que ya no existe, su fama vive todavia con honor entre los hombres.

He bosquejado pues á Florian, y ya es conocido de todos sin haberle aún nombrado. Aquel poeta amable, cuyas obras respiran la mas tierna sensibilidad, cuyo corazon dirigió siempre al entendimiento; que consagró sus dulces cantos en celebrar la naturaleza campestre, las costumbres puras de la edad dorada, y los amores de las sencillas pastoras; á Florian que apenas habia cumplido ocho lustros cuando fue arrebatado casi repentinamente á las letras y á la amistad.

Mi objeto es el de trazar aqui algunos rasgos acerca del carácter de tan amable autor, y sobre sus escritos que le adquirieron desde el tiempo en que vivia una reputacion cuyo brillo aumentarán los años, lejos de llegar á oscurecerlo. Pero seame permitido detenerme, aunque muy poco, en una época de su vida que influyó poderosamente sobre el género mismo de sus obras: voy á hablar de su infancia.

Cuando han escrito sobre la vida de los hombres célebres, han prescindido siempre de

remontar á su primera edad, siendo asi que observándolos en aquella interesante época hubiera sido facil calcular la influencia de los objetos esteriores sobre el giro de su genio, y de adivinar por consecuencia su destino. Estoy tan convencido de lo que influye la primera edad del hombre en el resto de su vida, y tan persuadido tambien de que las producciones de un escritor, no son otra cosa que el desarrollo de las semillas de ideas que depositaron en su entendimiento los primeros objetos que se ofrecieron á su vista, que no me seria imposible escribir de improviso la historia toda de la vida de un autor, y sobre todo la de su juventud, despues de la lectura de sus diversas obras. Pudieran citarse ejemplos en prueba de esta verdad, pero como quiera que esto me distraeria demasiado del objeto, vuelvo á tratar otra vez de los primeros años del autor cuya vida escribo.

Juan Pedro Claris de Florian, nació en 1775 en la quinta de Florian en *los bajos Cevenes*, algo distante de Andueza y de san Hipolito. Cuando estos detalles nos fuesen desconocidos, hubiera sido facil suplirlos, pues leemos en efecto al frente de la pastoral de la Estela: *Quiero celebrar mi patria, y pintar el apacible clima, donde la verde oliva, la negra mora, y los dorados racimos crecen juntos bajo un cielo siempre despejado; donde sobre agradables colinas sembradas de olorosas violetas y gamones, travesean ganados numerosos, y donde en fin un pueblo in-*

genioso, sensible y regocijado, se sustrae á las necesidades por medio del trabajo y de la alegria. Y dos párrafos despues: *á las orillas del Gardon, al pie de las altas montañas de Cevenes entre la ciudad de Anduce y la aldea de Masana, hay un valle donde la naturaleza parece haber reunido todos sus tesoros. Alli en dilatadas praderas por donde serpentean las aguas del rio, se forman paseos cubiertos á la sombra de endrinos y de higueras: el lirio, la florida retama y el narciso esmaltan la tierra; mil plantas olorosas exhalan suavísimos perfumes por los aires, un círculo de colinas pobladas de árboles frondosos cierran por todas partes el valle, y altos peñascos cubiertos de nieve forman á lo lejos el término del horizonte.*

La quinta donde nació Florian fue edificada por su abuelo, consejero en la Cámara de los condes de Montpellier, que se arruinó por construir una habitacion suntuosa en una corta posesion de terreno, y que al morir dejó dos hijos y algunas deudas: del segundo de ellos recibió Florian el sér. Parece que su abuelo le amaba con predileccion, complaciéndose de tenerlo á su lado; y el jóven Florian agradecido á tanto cariño, y penetrado de amor y de respeto, le acompañaba con gusto en sus paseos campestres, admirando sus plantíos, y procurando de este modo el anciano un regocijo que le lisonjeaba en estremo. De aqui trae su orígen la veneracion con que Florian miró siempre á la vejéz, y aquella dul-

ce melancolía á que se habituó aunque era naturalmente alegre. Un niño que pasa la infancia en compañía de su abuelo, es singularmente inspirado de sus conversaciones; y si el anciano siendo amable y generoso sabe ganar por sus sanos procederes el corazon del nieto, éste no pierde una palabra de sus lecciones y consejos, y la moral melancolía y patriarcal queda impresa en su corazon para mientras viva. Asi es que Florian se acordó siempre de los dulces paseos que siendo jovencito daba con su abuelo, y hé aqui el modo con que en uno de sus escritos quiso perpetuar la memoria de aquel tiempo: *deliciosos valles, afortunadas riberas donde yo todavia muy jóven iba á coger flores!* ¡ *Hermosos árboles que plantó mi abuelo, y cuyas copas tocaban en las nubes cuando ya corbado sobre su báculo me los hacia admirar! Arroyos cristalinos que regais las praderas de Florian, y que yo pasaba con tanta dificultad como placer en mi infancia; ya no volveré á veros. Envejeceré tristemente lejos del lugar donde reposan las cenizas de mis padres, y si llego á una edad avanzada, el hermoso sol de mi pais no reanimará ya mis débiles miembros.* ¡ *Ah, por cuán felíz me tendria si pudiese al menos lisonjearme de que mi despojo mortal fuese trasladado al valle donde he visto triscar nuestros corderos!::: Si yo estuviese cierto de que descansaria bajo el grande aliso donde las pastoras de la aldea se reunen para danzar! Quisiera que sus manos piadosas viniesen á regar el cesped*

que cubriese la losa de mi sepulcro; que los niños despues de sus juegos deshojasen allí sus ramilletes; y quisiera en fin que los pastores de aquellas cercanías fuesen alguna vez enternecidos al leer la inscripcion siguiente:

En esta quieta mansion,
Yace nuestro amigo fiel;
Si en la ciudad vivió él,
Siempre aqui su corazon.

Una de las causas que pudieron contribuir á engendrar en el corazon de Florian aquella agradable melancolía que forma los encantos de sus escritos, fue la de tener que llorar desde su niñéz la pérdida de una madre tierna á quien no tuvo la dicha de conocer, y que merecia ciertamente los sentimientos que le escitaban su memoria. La idea de no haber podido gozar desde sus primeros años de la presencia, las caricias y la conversacion de aquella que le dio á luz, fue siempre para Florian tan triste y penosa que se renovaba sin cesar; y cuanto mas aceptacion tuvieron despues sus obras literarias, tanto mas sentia que su madre no hubiese llegado á entrever siquiera la esperanza de aquella satisfaccion, persuadido de que nadie habria esperimentado mayor complacencia. En efecto: su padre, aunque bondadoso y honrado, se aplicó mas á cultivar sus tierras que el entendimiento; y su madre al contrario, naturalmente esperta, amó siempre los placeres que proporcionan las

letras. De ella pues creia Florian haber adquirido sus talentos, y por lo mismo sin dejar de amar á su padre, la amaba con predileccion, en tanto grado, que segun las señas é indicios que pudo adquirir de personas qne la habian conocido, mandó hacer su retrato ácia el cual tenia sumo afecto. Asi es que la tierna memoria que conservaba de su madre sin haberla conocido, influyó positivamente sobre su destino, pudiendo decirse que toda la gloria que se adquirió despues por sus escritos fue un efecto de aquella misma ternura tan natural como laudable. Verdaderamente; si Florian fue toda su vida inclinado á traducir en idioma francés las bellezas esparcidas en las obras de escritores españoles, que los franceses no conocian hasta entonces; si bebió en las fuentes de autores clásicos el género mismo que cultivó despues con tanto acierto, cual es el de la pastoral en prosa mezclada de romances; si tradujo y perfeccionó la Galatéa de Cervantes; si el poeta Iriarte le suministró sus mas ingenosos apólogos; si hizo una traduccion nueva de D. Quijote; y si se proponia publicar al fin de sus dias la historia de España de la cual se carecia en Francia, y que se hallaba en estado de escribir, como puede juzgarse por el escelente fragmento de ella que precede al Gonzolo de Córdova, bajo el título de *Resúmen histórico sobre los Moros*, es porque desde su niñéz concibió un particular aprecio ácia los españoles, fundado en que su madre era oriun-

da de España. Le fue siempre grato hablar un idioma que poseia su madre, y asi es que la preferencia que mostró siempre por la literatura española y que constituye el elogio de su corazon, le abrió sin que lo imaginase una carrera nueva que llegó á ser la base de su crédito.

El jóven Florian, despues de la muerte de su abuelo, fue enviado á un colegio particular en san Hipólito, donde aprendió pocas cosas; pero su talento natural y su agudeza le hicieron distinguirse luego de tal suerte, que los informes satisfactorios que recibieron sus padres acerca de su buena disposicion, les empeñaron en procurarle una educacion capaz de secundarla, y se la dieron en efecto en Ferney.

Florian pasó despues de Ferney á Paris donde tuvo maestros para cultivar sus talentos nacientes, y permaneció en aquella capital durante algunos años. Destinado desde aquel tiempo al servicio militar, creyó propio de su deber el adquirir espíritu guerrero, y todos sus juegos eran combates. La lectura de algunos romances de caballería acaloró su cerebro, y las proezas caballerescas llegaron á ser tan de su gusto, que habiendo leido por primera vez la historia de D. Quijote, que despues tradujo, lejos de hallar chistosa y crítica esta obra original, se declaró casi contra ella tratando á Miguel de Cervantes de impertinente por haberse atrevido á atacar con las armas del ridículo á unos héroes que eran los objetos de su admiracion.

Como su familia no era rica, entró en 1768 en casa del duque de Pentiebre en calidad de page, creyendo que por este medio podria acabar su educacion y obtener inmediatamente un empleo honroso; la ocupacion de los pages no era la mejor, y por consecuencia nunca le hubiese dado á conocer, sin los recursos que halló en sí mismo.

El Príncipe que cuidaba mucho de su familia y que sabia discernir, no tardó en distinguir á Florian entre sus compañeros. Su franqueza, sus chistes siempre decentes, y sus espresiones alegres y agudas, distraian algunas veces aquel virtuoso personage, que á pesar de su fortuna y de su carácter benéfico, era el hombre mas displicente de la Francia. Durante el tiempo que el jóven Florian fue page, teniendo entonces apenas quince años, compuso los primeros renglones que produjo su pluma para salir á luz. La ocasion que dió lugar á ellos, y el objeto que trató con preferencia, contribuyen igualmente á dar una idea de su carácter, que era como queda dicho un conjunto de tristeza y de jovialidad.

Se hablaba de sermones un dia en casa del Príncipe, tratando con gravedad de este asunto: de repente viene Florian á introducirse en la conversacion, sosteniendo que un sermon no es dificil de hacer, y añade que seria capaz de componerlo en caso necesario: el Príndipe le toma la palabra, y apuesta cincuenta luises á que no llenaba la idea: el cura de san Eustaquio que estaba presente de-

bia ser el juez del compromiso. Florian va inmediatamente á principiar la obra, y presenta al cabo de algunos dias el fruto de su trabajo. ¡Cuán grande fue la admiracion del Príncipe y del Cura oyendo á un jóven recitar un sermon sobre la muerte, el cual hubiera podido, en caso necesario, sostener la gran luz de la imprenta! El primero convino en que habia perdido la apuesta, añadiendo que tenia sumo gusto de perder, y pagó luego el precio convenido: el segundo se apoderó del sermon, y lo hizo predicar en su parroquia. He creido complacer insertando aqui dos pasages de aquel ensayo de Florian, los cuales son copiados literalmente de un ejemplar manuscrito del sermon hallado entre sus papeles. Son preciosos si se atiende á la edad que tenia entonces el compositor, y al empleo que ocupaba.

1.º "La muerte se halla en todas partes: está en los títulos á que aspira el ambicioso, en las riquezas que el avaro amontona, y en los placeres que el voluptuoso cree disfrutar. La muerte es la base y el fin de todo. Seguidme en el mundo; contemplad conmigo todo lo que el mundo aprecia, y vereis por todas partes la muerte.

» Aquel Grande de la tierra que orgulloso por su elevado nacimiento y por sus dignidades se cree formado de un barro mejor que el mio; aquel á quien pagamos el precio de lo que han hecho sus abuelos, y que se atreve á mirar nuestros homenages como un tributo que nos impuso el dia en que nacio; aquel Gran-

de lo debe todo á la muerte; él es su hechura, y de ella tiene todo lo que constituye su falsa gloria. ¡Atrévase á producir los títulos que le elevan sobre sus iguales! cada uno de aquellos títulos es un beneficio de la muerte. Su nobleza está apoyada sobre un cúmulo de cadáveres que se aumenta á proporcion que él se hace ilustre: un monton de polvo es el trono de aquella nobleza por la cual se muestra tan altanero, y él mismo será muy pronto una grada de aquel trono fúnebre. ¿A quién debe sus dignidades? A la muerte que arrebató aquellos que las habian merecido. La muerte acabó con el hombre: el título quedó, y el ambicioso lo ha adquirido de la muerte."

2.° "Aquel avaro que pasa su vida ocupado en disminuir sus necesidades, olvidando que Dios solo le ha hecho rico para aliviar al pobre, llegó en fin á sofocar la voz de la naturaleza. El horroroso hábito de repeler lejos de sí á los desgraciados, le ha hecho sordo á sus querellas. No escucha el grito del infortunado que le pide pan para vivir siquiera un dia; no se digna mirar á los hambrientos hijos que se disputan el escaso alimento regado con el sudor de su padre, rechaza lejos de sí á la doncella que perseguida por la miseria y por el crímen, viene á pedirle un socorro que sostenga su inocencia::: Nada le hace sensacion, nada le conmueve. Su corazon feróz es incapaz de enternecerse. Lleva á su tesoro la plata que quisieran arrancarle, y en él la deposita felicitándose de su barbárie, sin esperimentar

el menor remordimiento. El clamor de la humanidad doliente es música agradable á sus oidos: en tanto la muerte, que nunca pierde sus derechos, va á esperarle en un lugar secreto donde oculta las riquezas. El monstruo queda estático contando su oro, y la sola idea de que algun dia le será preciso dejarlo con harto sentimiento suyo á ansiosos herederos, viene á acibarar el placer que esperimenta cuando lo amontona. Mira suspirando el vil metal en que funda el destino de su vida, y por la vez primera vierten algunas lágrimas sus ojos. La muerte, pudiendo hacer este milagro; la muerte, única que puede hacerse oir de él, está colocada en medio de sus tesoros. y alli le grita: acuérdate qne eres polvo.".

Luego que Florian cumplió con las funciones de page durante el tiempo prescrito, pues se cesaba en ellas en cierta edad, estuvo mucho tiempo indeciso sobre la eleccion de su estado, y sus padres esperimentaban la misma irresolucion. Unos le aconsejaban que solicitase una plaza de gentilhombre cerca del Príncipe, suponiendo que este empleo le ofrecia una suerte mas tranquila y segura: otros, siendo su padre de este número, deseaban que abrazase la carrera militar: como no habia perdido aún sus ideas caballerescas, tenia demasiada inclinacion por este partido. El brillo de la carrera de las armas le parecia mucho mas seductor que todas las ventajas del puesto sedentario que querian hacerle ocupar, y decia con bastante gracia aludiendo al empleo

de gentilhombre. "*Hace mucho tiempo que soy lacayo, para qnerer llegar á ser ayuda de cámara.*"

Eligió pues la carrera militar, entró en el cuerpo que se llamaba en aquel tiempo el Real de Artillería, y fue á Bapaume donde estaba la escuela de él. Se aplicó á las matemáticas con aprovechamiento, porque tenia escelente aptitud para todo; pero como la ciencia del cálculo no era de modo alguno análoga al temple de su entendimiento, tardó poco en esperimentar que tenia pocos atractivos para él. Dotado Florian con una imaginacion viva y brillante, tenia necesidad de alimentarla para que tomase vuelo: mas como aquella ciencia solo era propia para apagar su ingenio, la olvidó tan pronto como la habia aprendido.

La escuela de Bapaume, donde él se hallaba entonces, era compuesta de jóvenes casi todos adornados de talento, pero de poco juicio. Es de creer que se aplicaban con fruto al estudio, pues han salido de ella escelentes sugetos: pero se infiere tambien cuál debia ser la vida de una multitud de jóvenes arrebatados por el fuego de la edad, y entregados á todas las estravagancias de sus fantasías. Nada podia contenerles: una querella solia ser el gérmen de otra, y aquellas disensiones frecuentes eran siempre seguidas de combates, de los cuales Florian salió herido muchas veces. En fin, la indisciplina de aquellos alumnos llegó á tal estremo, que fue preciso cerrar el establecimiento. ¡Quién hubiera creido que de

semejante escuela saldria el cantor sensible de Galatéa y de Estela!

En aquella época obtuvo Florian el grado de capitan de caballería del regimiento de Pentiebre, que se hallaba de guarnicion en Meaubeage: luego que llegó á aquella ciudad se apasionó ciegamente de una canonesa tan amable como virtuosa, y estaba tan resuelto á casarse con ella, que les fue costoso á sus padres y amigos el disuadirle de un proyecto que no convenia á su fortuna ni á su edad; pero es creible que aquel sentimiento profundo contribuyó, y no poco, á destruir en él la dureza de su carácter, y la fiereza de costumbres, de que era muy dificil precaverse en la escuela de Bapaume.

Su familia, de quien nada podia esperar, resolvió ponerle entonces bajo la proteccion de un hombre poderoso, procurándole casi á pesar suyo la plaza de gentilhombre que tanto habia rehusado. Pero Florian queria ser militar, y el Príncipe no gustaba tener cerca de sí gentes adictas á tal servicio; mas interesado, sin embargo, en fijar la irresolucion de un hombre cuya sociedad amaba, él mismo se prestó á vencer las dificultades que pudieran oponerse al deseo de Florian; convinieron en que éste obtendria una licencia ilimitada, y que de este modo, sin necesidad de incorporarse al regimiento, se contase el tiempo de servicio, dejándole al mismo tiempo con entera libertad para seguir en su nuevo empleo. Fijo pues su residencia en Paris, y aquella vida se-

dentaria que tanto habia temido, contribuyó mucho á empeñarle en la carrera de las letras.

Entonces empezó á escribir para desterrar el mal humor que le dominaba algunas veces, segun decia él mismo. La aficion que siempre tuvo á la lengua castellana, se avivó de modo que dedicándose á aprenderla, formó luego el proyecto de traducir en frances alguna obra que pudiese agradar á su nacion: despues de titubear entre algunos autores, escogió por fin á Cervantes, y hallando su Galatéa interesante, á pesar de todas las imperfecciones que contiene, resolvió sacar fruto de ella. Las mutaciones dichosas que hizo en aquel poema; las escenas enteras que añadió á él, tales como el trueque de los cayados, bello fragmento del primer libro; la fiesta campestre y la historia de las tortolillas en el segundo; la despedida al mastin del ganado de Elicio en el tercero; el último canto que inventó enteramente para finalizar el poema que Cervantes no concluyó; y las estancias sencillas y delicadas que esparció por toda la obra, y que tuvo la habilidad de conducir siempre con tanto acierto, todo concurrió al buen éxito de la Galatéa, y éste le decidió á entregarse á aquel género de composicion. Es decir: á reanimar el romance pastoral caido tiempo hacia en absoluto descrédito.

Publicó la Estela, y esta obra le dió una gloria mayor y esclusiva. En efecto: Estela es enteramente parto de su imaginacion; agrada tanto como Galatéa, y aún hay quien la

prefiere á ésta: otros por el contrario, acordándose que han conocido primero á Galatéa, la conservan una tierna inclinacion, y no conceden superioridad á su rival; pero el mayor número mira á entrambas como á dos hermanas igualmente amables, y entre las cuales es dificil de elegir.

Es preciso convenir, sin embargo, en que trabajó en la Estela con mas esmero que en su primer poema, pues concibió mejor el todo del segundo, y dispuso todas sus partes con mas ingenio: las estancias pastoriles y los romances causan en ella mejor efecto, y no hay ninguno de sus versos que no haya sido puesto en música y circulado con aplauso.

Como era natural que la buena acogida de la Galatéa y de la Estela condujese á su autor á meditar sobre el género pastoral, hizo un ensayo de él para persuadir de que todas las obras, cuyos héroes son pastores, dan fastidio y causan sueño cuando estan limitadas á un espacio tan reducido como el de una egloga ó de un idilio. "Sin interés, decia, ninguna obra de entretenimiento puede tener éxito duradero, pues la egloga no es otra cosa que una escena entre dos ó tres interlocutores que hablan todos de un solo asunto, cuyas ideas gritan y vagan sin cesar, y que por consecuencia no es fácil que interesen ni llamen la atencion. Una coleccion de eglogas es poco mas o menos como una coleccion de primeras escenas de comedia" De aqui deducia Florian que valia mas refundir la eglo-

ga en un drama pastoral, segun el estilo de *Guarini*, autor del *Pastor fido*, y aún mejor en un romance á imitacion de *Sanazar* y de *Durfé*; autor el primero de la *Arcadia*, y el segundo de la *Astrea*. Mucho ocurriria decir sobre este modo de juzgar la pastoral, pero seria fuera de propósito una disertacion, y por tanto bastará observar, que si en la época en que Florian escribió, le fue preciso poner la egloga en romance para que fuese menos fastidiosa, es porque escribió en un tiempo en que la manía de los romances acreció en tal estremo, que para hacerse leer los moralistas, publicistas, metafisicos y ¡quién lo hubiese creido! los historiadores mismos se vieron obligados á componer romances.

Si fuese posible escribir la historia de los pequeños sucesos que impulsaron á los autores para componer sus diferentes obras, seria una historia tan curiosa como crítica, pues en ella se veria con evidencia que el entendimiento no obra nunca por sí solo, y que es preciso siempre que una pasion, la necesidad, ó el interes le ponga en movimiento, y espida de él aquellas centellas que constituyen su gloria. Los que han sido adictos á Florian no ignoraban lo que decidió á aquel autor á trabajar para el teatro italiano con preferencia á los demas: queria agradar y compuso *los dos billetes*. Asi es que dió al papel de Arlequin una sensibilidad estremada que coronó la obra; sensibilidad que á continuacion le fue facil transmitir á otras

composiciones suyas, donde figurando el mismo personage, debia conservar naturalmente sus primeras costumbres. Siendo el papel de Arlequin el mas original del drama de *los dos billetes*; se conoce desde luego que Florian debió interesarse en él, pues durante mucho tiempo fue su héroe. El lo ha representado bajo todos los estados de la vida, es decir: mancebo, casado, padre é hijo; pero conservándole un poco de simpleza característica de aquel papel, le hizo mucho mas amable de lo que era anteriormente, presentándolo mas sensible y mas moral. No solamente hacia amables los Arlequines, sino que los representaba él mismo en sociedad con tal gracia y acierto, que hubiera merecido aplausos en el teatro: ésta era su principal diversion. Cuantos le vieron representar en casa de Mr. Argental, no pudieron olvidar la gracia, finura y sensibilidad con que desempeñaba su papel; pero solo podia representar con máscara, pues era actor mediano á rostro descubierto.

El género teatral era muy de su gusto, y lo hubiese cultivado mas, á no advertir que desagradaba á su protector. Lo siguió al campo, y se aprovechó de la soledad en que se hallaba para componer sus seis novelas. Quiso emprender á continuacion una obra mas importante, y eligió á *Numa*, complaciéndose de haber hallado este objeto, y se admiraba de que nadie se hubiese apoderado de él. Cualquiera que sea el modo con que se le ha tratado en Francia, no se le ha hecho bastante

justicia: los estrangeros le han acogido mas favorablemente, pues ha sido traducido en casi todas las lenguas de Europa. El personage de Zoroastes que introdujo ha parecido algo fuera de proposito, y por esta razon uno de sus amigos á quien confiaba no solamente todo lo que hacia, sino tambien cuanto pensaba hacer, le aconsejó que eligiese con preferencia á Pitágoras, quien á pesar del anacronismo chocaria menos con Numa, pues habitaron el mismo pais. Convino Florian en que tenia razon; pero añadió que no conocia bastante á Pitágoras para introducirle en su obra, y que preferia á un filósofo en cuya pintura pudiera su imaginacion hallar recursos para todo: bien pronto se arrepintió de ello.

Es inútil hablar de las demas obras suyas cuando circulan por todas partes con aceptacion.

El hábito que contrajo de dedicarse á la tarea llegó á ser en él una verdadera necesidad, y no pasaba jamas un dia sin escribir, haciéndolo en muchos de ellos por mañana y tarde; de modo que en medio de una obra se ocupaba ya de la que haria despues.

Ensayad el componer fábulas, le dijo un dia Mr. de Pentiebre. Florian siguió este consejo: compuso varias de ellas; pasaron muchos años sin publicar ninguna, y no salieron á luz hasta tres ó cuatro despues de su muerte. Aquella coleccion, mas perfecta que cuantas se han publicado despues de la Fontaine, es de todas las obras de Florian la que mas admirará la

posteridad. A la portada de ella hizo grabar su retrato.

Pocos autores han sido admitidos tan jóvenes como él en la academia francesa, pues no pasaba de treinta años de edad en el dia mismo que fue nombrado para entrar en aquel instituto, y sin embargo no miró el destino como un privilegio para estar ocioso: el nuevo título redobló su amor al trabajo lejos de disminuirlo, y si una muerte prematura no le hubiese detenido en su carrera, tenia aún en la imaginacion proyectos de empresas literarias para muchos años. Uno de ellos era el de escribir la vida de los hombres ilustres de la historia moderna, y de comparar los unos á los otros al estilo de Plutarco. Habia hallado ya muchos de ellos que podian ser puestos en paralelo, y decia que esperaba que su imaginacion se entibiase para emprender aquellas diversas obras, añadiendo que serian la ocupacion de su vejéz.

El amor que concibió ácia los españoles no era un amor esclusivo. Habia otro pueblo que participaba de su afecto, y que no seria facil de adivinar cuál fuese: era el pueblo judío, cuya historia poseia perfectamente, y la aplicaba con frecuencia muy á propósito. Tuvo siempre deseo de componer una obra judía, y llegó á formarla dividida en cuatro libros, titulándola *Eliazer y Nephtali.* Toda es parto de su imaginacion, y ofrece el mayor interes.

La última obra de Florian es su traduccion de D. Quijote: decia que se ocupaba en ella

para descansar y dar pruebas á Cervantes de que habia olvidado enteramente la aversion que le tenia en su infancia. Habiéndole advertido un amigo suyo que el Quijote estaba ya leido por todo el mundo, añadiendo que el ridículo que atacaba escitaba poco interes, pues no era de moda, ni aún casi leido mas que por los hombres de poco seso, pues los hay de todas edades que se divierten con aquellas aventuras estravagantes sin comprender el objeto de la obra ni lo fino de su sátira, respondió que era preciso conocer bien á Cervantes, pues era el mejor escritor de la España; que no le conocian nada los que habian leido únicamente la traduccion de Filleau de Saint Martin, y que por lo mismo esperaba que fuese leida la suya; que en cuanto á lo demas era una traduccion muy libre: no ha sido burlada su esperanza.

La vida privada de Florian, como la de todos los hombres literatos, no presenta sucesos del mayor interés: la escribió él mismo, y quizás la hizo interesante porque referia las cosas con mucha gracia, y sabia dar importancia á los mas leves pormenores; pero aquel escrito no existe ciertamente, y solo hay noticia de que lo leyó á una persona.

Era necesario conocerle y tratarle con intimidad para formar una idea de la diferencia que habia entre Florian en sociedad y Florian con la pluma en la mano, pues cuando se hallaba en compañía de personas que le eran conocidas, y entre las cuales podia usar de franqueza, se entregaba á los placeres de la con-

versacion, y no habia otra mas amena, mas viva ni mas alegre que la suya. Si le escitaban un poco era capaz de hacer reir al hombre mas serio y melancólico; y al contrario, cuando no conocia las personas ó no tenia satisfaccion con ellas, conservaba aquel aspecto serio y grave que formaba siempre un contraste singular con su natural alegria en el concepto de aquellos que no le conocian íntimamente.

Hizo varios viages á la Trapa con Mr. de Pentiebre, y la vista de aquellos tristes cenobitas, á quienes jamas se veia reir, no alteró nada su humor jovial; antes bien le hizo cometer una ligera imprudencia de que se arrepintió en breve. Al concluirse un dia el oficio divino, á que asistió, todos los religiosos, segun su costumbre, se prosternaron besando el suelo, y esperando que el abad hiciese la seña para levantarse; pareciéndole, sin duda, á Florian algo larga la meditacion golpeó sobre su asiento: un religioso creyendo haber oido entonces la seña acostumbrada volvió la cabeza ácia aquella parte, y conociendo donde habian dado el golpe, hizo una ligera sonrisa: salieron de la iglesia y Florian quedó admirado estraordinariamente, viendo que venia aquel desdichado monge á postrarse á sus pies de órden del abad, y le levantó con ojos bañados en lágrimas, enternecido de ver á un inocente pedir perdon al culpable. Atendido su carácter, cualquiera hubiese creido que llegaria á fastidiarse de aquella soledad; pero lejos de ser asi trabajaba en aquel sitio semejante á La-

motte, que compuso allí su ópera de *Isea*; mas este autor quiso ser monge, y Florian no tuvo jamas tal pensamiento.

El carácter festivo que manifestaba en la sociedad, lo deponia luego que tomaba la pluma: entonces ya no era el mismo hombre, pues solo seguia el impulso del sentimiento; motivo por el cual le decia repetidas veces un amigo. "Chanceaos cuanto querais en la conversacion, pues teneis la sal que se requiere para ser chistoso; pero no useis de chistes escribiendo, porque entonces ya no lo sois." No queria convenir del todo en esto, pero sus obras lo acreditan suficientemente.

Si hubiese querido entregarse á la sociedad hubiera tenido celebridad en ella admitiéndole todo el mundo con trasporte; pero amaba el trabajo y el retiro. "Si tratase de corresponder, decia, á todas las solicitaciones que me hacen, no tendria siquiera una hora para trabajar" Por esta razon concurria únicamente á tres ó cuatro casas, y aun esto con poca frecuencia: el resto del tiempo libre lo pasaba en su habitacion donde se hallaba mejor que en cualquiera otra parte. Habia dispuesto en la casa de Tolosa una habitacion muy agradable arreglada á su gusto, é inmediato á su librería tenia una pajarera poblada de avecillas, cuyo gorgéo le distraia de sus tareas algunos ratos.

Allí pasó la mas deliciosa parte de sus dias dedicado á componer sus tiernas obras, y en practicar todas las virtudes sociales, demos-

trando en sus acciones la sensibilidad que inspiran sus escritos, y asi es que los desgraciados no imploraron nunca en vano su socorro. Cuando sus facultades no alcanzaban para ello, recurria al Príncipe, y jamas empleó su crédito cerca de él con otro objeto que el de hacer beneficios, de modo que seria dificil citar las personas que debian estarle reconocidas. Gozaba una mediana fortuna, pues la dotacion de su empleo constituia la mayor parte de ella; pero en sus obras, y en el método que tenia adoptado para sus gastos, hallaba recursos con que entregarse á su carácter caritativo. Cuando su librero le entregaba alguna cantidad de dinero, nunca dejaba de separar parte de él, y lo llevaba á su amigo el cura de san Eustaquio para distribuirlo entre los pobres.

Es digno de citarse un rasgo que acabará de pintar su carácter. Cuando murió su padre solo encontró deudas en su casa: hubiera podido renunciar á la sucesion abandonando á los acreedores lo poco que quedaba, pero se condujo de un modo muy distinto. Se constituyó heredero, hizo vender lo poco que su padre dejó, y de su propio peculio pagó todas las deudas, reservando solo una cabaña con un reducido campo, lo cual dió en propiedad absoluta á una criada que habia servido á su padre cuarenta años, y que le vió nacer. Aquella pobre muger no queria aceptar la donacion, diciendo que tardaria poco en restituirsela por su fallecimiento. ¡Cuán lejos estaba de pensar que le sobreviviria!

Tal era Florian. Aquel hombre que siendo tan amable, tanto por su conducta como por sus escritos, no trazaba en vano el cuadro de la dicha que procura la beneficencia; que distribuyó su tiempo entre el estudio y la amistad; pronto á hacer bien, y enteramente incapáz de hacer daño; ageno de toda animosidad; retirado en Sceaux desde el principio de la revolucion, y no ocupándose en su soledad de otra cosa que de proyectos literarios, ¿podia esperar que la envidia llegase á turbar el reposo de sus dias, arrebatándole de sus sotos y arrastrándole á una prision? Tan distante estaba ni aún de imaginarlo, que su arresto hizo en él la impresion del rayo. Se turbó cuando le dijeron: "ya no sois libre" y desde entonces previó que aquel rasgo de injusticia de los hombres debia conducirle al sepulcro.

La posteridad creerá dificilmente que el autor de la Estela y de la Galatéa viviendo en el campo en medio de sus libros pudo causar bastantes celos para ser conducido á la prision.

Entre los hechos que pueden citar los historiadores para caracterizar la época del régimen revolucionario, no debe olvidarse el arresto de Florian; pues tiene una cosa tan estraña, y sus consecuencias han sido por otra parte tan funestas, que sin duda se apreciará el saber algunos pormenores que se hallaron consignados en un borrador de peticion en forma de carta que Florian escribió desde su encierro á un diputado de la Convencion, conocido suyo, y cuya lectura es capáz de hacer verter

lágrimas aun al hombre insensible. Es verdad que algunas personas reprobarán el que Florian no mostrase mas firmeza, y que sucumbiese en cierto modo bajo el peso de la injusticia adulando á sus perseguidores; pero si la debilidad de carácter es un defecto, debemos convenir en que no es siempre un crímen, pues nace de una estrema sensibilidad, y por tanto merece indulgencia.

Hé aqui el borrador:

"Ciudadano representante: tu amas y cultivas las letras, pero aún aprecias mas la patria (1). Deseas que las artes, de que eres amigo desde tu niñéz, sean útiles al pueblo, por el cual quisieras morir, y bajo este concepto yo te escribo.

» Meditando tiempo hace sobre escribir de nuevo la historia antigua para la educacion nacional, he instruido de ello por medio de una memoria á la junta de salud pública; teniendo cuidado de hablar de mí en circunstancias que el hombre tímido que tuviera la menor reconvencion que hacerse á sí mismo, se ocuparia solo de hacerse olvidar. Tranquilo bajo este concepto, trabajaba en la soledad, y habia concluido ya muchos fragmentos relativos al Egipto, cuando de repente, en virtud de una órden de la *junta de salud pública*, fui arrestado en la cárcel de Portlibre. Estoy en ella veinte y dos dias hace, sin contar las largas

(1) *Era preciso el tutear durante el régimen revolucionario en Francia.*

noches que solo se diferencian de los dias por la falta de luz; sin libros, casi sin papel, en medio de seiscientas personas: llamando en vano para que me socorra á la imaginacion que yo tenia en otro tiempo, y hallando únicamente en su lugar el dolor y el abatimiento.

„He querido trabajar, no obstante: he concebido el plan de una obra que creo útil á la moral pública::: He cantado en mi prision el héroe de la independencia de la Suiza, y te envio mi primer libro pidiendo que lo juzgues.

„Si creyeses que el poema no es capáz de fortificar el alma de los jóvenes franceses, el amor á la patria, y el respeto á las costumbres puras, no me contestes nada::: Déjame morir aqui, pues el quebranto de mi salud me hace concebir el temor de ello; pero si tu civísimo y tu gusto exentos de todo interes por mi persona, te persuaden de que es útil que mi obra se concluya, habla de ella á tus cólegas los miembros de la junta de salud pública y díselo.

„¿De qué puede ser culpable el hombre que ha escrito el poema de *Numa*, y que despues huérfano, sin mas fortuna que su talento, el cual podia llevar por do quisiere, no ha abandonado por un momento su pais, ha dado á luz muchas obras útiles é instructivas, y entre ellas ha publicado su coleccion de fábulas? ¿Un fabulista, un pastor, el cantor de Galatéa y de Estela puede cometer crímenes? ¿puede siquiera imaginarlos? ¿La lira de Fedro, el caramillo de Gesner, harto sordos y débiles, sin

duda, en medio de las trompas guerreras, pueden jamás ofender ó causar desagrado á los que pretenden establecer la independencia sobre la base de la moral? La silvia que cántaba junto á los lagos de Lerna cuando Hércules combatia la hidra, no escitó la cólera del héroe, y quizás la oyó con benevolencia despues de la victoria.

»A estas pocas palabras reduzco y reduciré mi defensa. Si se me cre culpable, juzgueseme; pero si soy inocente, que se me vuelva la libertad; restituyaseme á mis obras, á mis oficiales de imprenta, á quienes he sustentado durante quince años, y á quienes mi arresto impide el proseguir una empresa de consideracion; que se me vuelva en fin á mi vida pura y al deseo de ser útil todavia á mi pais."

Asi es como Florian procuraba penetrar con aquella voz tan pura y tan dulce el oido de los tiranos odiosos que entonces envilecian á la Francia, mas no fue escuchada. ¿Y cómo pudiera serlo en una época en que el genio del crímen gobernaba al estado con la guadaña de la muerte en la mano? ¿en qué el grito del inocente niño, el llanto de la doncella, y los suspiros del anciano no escitaban ya piedad alguna? ¡En una época en fin, en que el cadalso amenazaba todas las cabezas, y en que la persona del verdugo era públicamente honrada!

El 9. Termidor (27 de Julio de 1794) aceleró el efecto de las solicitudes de Florian y de sus amigos. Salio de la prision algun tiempo despues de aquel memorable dia, y se apre-

suró á dejar á Paris para marchar á vivir en el campo, siendo su objeto el de respirar un aire puro haciéndose olvidar. Tenia entonces un fondo de tristeza que le hacia amar la soledad mas que nunca. Bien fuese que el sentimiento de la injusticia cometida ácia él lo hubiese afectado hasta quebrantar su salud, ó ya que el aire impuro, y el ruin y grosero alimento que le daban en su encierro le hubiesen dejado el gérmen de una dolencia mortal, lo cierto es que no tardó en postrarse en cama, de donde no volvió á levantarse.

Prometia Florian una carrera mas larga. Su moderacion y su sobriedad hacian confiar que se conservaria por mucho mas tiempo en beneficio de las letras y de la amistad. Aunque de estatura regular era de complexion robusta: no era bello de rostro, pero la serenidad, la alegria que en él brillaban, y sus grandes ojos negros y espresivos que animaban toda su fisonomía le hacian sumamente amable. Murió en Sceaux en una habitacion reducida que ocupaba en un invernadero, no teniendo aún cuarenta años.

En otro tiempo la muerte del cantor de Estela, de Galatéa, de Numa y de Gonzalo hubiera sido el objeto de las conversaciones del dia; todos los poetas hubieran compuesto elegías alusivas á una muerte tan prematura; todas las sociedades literarias resonáran con sus eglogas prorumpiendo en manifestaciones de dolor sobre la pérdida que las letras acababan de esperimentar; pero en la época en que Flo-

rian murió, todos los entendimientos se hallaban ocupados de intereses políticos, y todos los corazones estaban amortiguados aún por la pena. Cada uno tenia lágrimas personales que derramar, y asi es que la muerte de Florian, apenas mencionada en algunos diarios, fue olvidada desde el siguiente dia con los periódicos de la víspera.

Florian era digno de llegar á la vejéz; pero tenia talentos, y fue desgraciado. Bastante virtuoso para precaverse de la envidia sucumbió en la flor de sus años. Cuando un nuevo Nerón sacrificaba impunemente la inocencia con su rabia inhumana, Florian gemia: merecia su odio, y no pudo evitar la prision. Perdiendo la libertad sin perder la constancia, fijó en lo venidero una esperanza mas consoladora, y sus ojos lloraban solo algunas veces la ausencia de de los bosques queridos. Se alza el pueblo, y espira el tirano Robespierre: la virtud ve un término á los males que sufria; la humanidad y las leyes recobran su imperio, y Florian cautivo ve romper sus cadenas. Vuelve otra vez á habitar su obscura soledad; vuelve á ver sus praderas; pero la cruel pintura de sus males pasados emponzoña sus dias, y abre su sepulcro. Ya no existe::: ¿Mas qué he dicho? Apesar de la envidia y de la injuria del tiempo su nombre vencerá, y las producciones de su dichoso genio recordarán siempre las virtudes de su corazon.



NUMA POMPILIO,

SEGUNDO REY DE ROMA.

Argumento

DEL LIBRO PRIMERO.

Tulio, sumo sacerdote de Céres, cuida de la educacion de Numa, que pasa por su hijo. Fiesta de Céres. Tulio descubre á Numa que es hijo de Pompilio, príncipe deudo de los reyes sabinos, y le refiere la historia de Pompilia su madre, el rapto de las sabinas, la muerte de sus padres, la guerra entre los romanos y sabinos, la alianza de los dos pueblos, la educacion de Numa en el templo de Céres, y el mandato de la diosa que quiere vaya á Roma. Baja Numa al sepulcro de sus padres: prepara su partida. Consejos del pontífice. Despedida de Tulio y Numa.

No lejos de la ciudad de Cures en el pais de los sabinos, en medio de una antigua selva, hay un suntuoso templo dedicado á Céres (1): olmos, robles y hayas tan antiguos como la tierra dan sombra al edificio, y el rio Curesio, despues de besar sus

muros, riega con sus aguas las huertas de varias caserías separadas, construidas al rededor del templo. En estos asilos sagrados cada sacerdote de la diosa con su muger é hijos pasa sus dias entre la oracion, el trabajo y la práctica de las virtudes. Protegidos por la deidad que adoran, alimentados por la tierra que cultivan, amados de la esposa que hacen felíz, bendecidos de sus hijos y siervos, y en paz consigo mismo, disfrutan dulcemente de la vida sin temer ni desear la muerte.

El venerable Tulio era el sumo pontífice; cargado de ochenta años desempeñaba las funciones de su empleo con todo el celo de la ardiente juventud y con la indulgencia de la madura y sábia vejéz: adorado de todos los que vivian con él, respetado de los demas, solo era temido de los perversos. Favorecido de los dioses, y amigo de los hombres, rara vez pedia para sí: siempre se dirijian sus oraciones en favor de la viuda ó el huérfano desvalido. En el instante en que un ciudadano de Cures ó un aldeano esperimentaba algun infortunio, ó que la discordia entrase en alguna familia, el padre, el esposo ó el hijo afligido tomaba el camino de la selva sagrada, é iba á verse con Tulio: por poco que hubiese tardado, Tulio habria ido á buscarle. El com-

pasivo anciano oia con dulzura y paciencia sus quejas y razones; los animaba y consolaba, dándoles, segun lo pedia el caso, sus auxilios y consejos. El quejoso ó infelíz se volvia, ó menos triste ó remediado; y Tulio, que juzgaba no haber hecho cosa alguna, iba á postrarse ánte el altar de la diosa á implorarla en favor de aquel desdichado.

Ya no tenia Tulio esposa: todo su amor se reunia en un solo objeto, su hijo Numa. Parecia que el cielo queria recompensar las virtudes del anciano con los dones que habia derramado pródigamente sobre este mancebo. Sumiso á su padre, á quien amaba y respetaba casi tanto como á Céres, estudiaba la moral en las acciones de Tulio. Meditando incesantemente los preceptos de su religion, queria ademas instruirse en todas las ceremonias del culto. Los sacrificios y la oracion ocupaban sus ratos ociosos: su amor á Tulio y al estudio era su única pasion, y su alma pura como el firmamento no podia distinguir sus gustos de su obligacion.

Habia llegado el dia de la fiesta de Céres. Esta entre los sabinos no se celebra como en Eleusis: habia Tulio suprimido todos los misterios de iniciacion tan reservados como poco útiles á la felicidad de los

hombres. ¿Cómo es posible, decia, que la deidad que se manifiesta á cada momento en las maravillas resplandecientes de la naturaleza pueda exigir tanto secreto y tantas pruebas para comunicarse á los mortales? ¿Deberá ser mas dificil darla gracias por sus favores que recibirlos? No: Céres que nos alimenta á todos, nos ama tambien igualmente á todos: el campo que cubre de espigas es un templo para el labrador, y debe adorarse en todo el universo aquella cuyos beneficios cubren la tierra.

Bajo de estos principios, Tulio, con acuerdo de su rey, ordenó la fiesta de este modo: cada año, antes de principiar la cosecha, todos los labradores adornados de sus mejores vestidos se juntan en la ciudad de Cures, y unidos se encaminan al templo. Los músicos preceden la comitiva: siguen despues las vírgenes que llevan en cestillos adornados con flores las ofrendas para la diosa. Luego vienen los hijos de los labradores con túnicas blancas adornadas las cabezas con coronas de siemprevivas, conduciendo al voraz animal que se alimenta con el fruto de la encina: tropa numerosa, que ufana con la custodia de la víctima, quiere afectar una gravedad y compostura turbada á cada instante por los rebatos de su juvenil alegria: sus padres

los siguen con pasos lentos, encargándoles el silencio, y disimulando el no ser obedecidos. Cada labrador lleva una gavilla, primicias de su cosecha. Ni los gefes, guerreros ni magistrados tienen en este gran dia puesto ni lugar distinguido, cediendo con respeto y razon el primero á los que los alimentan.

Tulio y sus sacerdotes habian salido á recibirlos á la entrada de la selva. El jóven Numa camina á su lado, mirándole á cada instante, y advierte algunas lágrimas que el anciano procuraba ocultar: mas afligido de la pena de su padre que si la hubiese padecido él mismo, no se atreve delante de tantos testigos y en medio de una ceremonia tan augusta á arrojarse en sus brazos y preguntarle la causa de su llanto; pero su silencio mismo, sus tiernas é inquietas miradas espresan bastantemente su desasosiego. Numa, hasta entonces tan atento siempre, tan cuidadoso en el ejercicio de las funciones sacerdotales, no ve mas objeto que su padre, solo piensa en él y se olvida de su ministerio: sus ojos, que procuran leer en los de Tulio, se llenan de un llanto involuntario.

Llegan al templo, Tulio se postra ante la diosa, y presentándola las primicias esclama: ¡O madre de los hombres, tu

haces crecer estas espigas, y tu padre Júpiter (2) nos hace religiosos y agradecidos! ¡O dioses inmortales, os ofrecemos vuestros propios beneficios, no desecheis nuestra ofrenda, y conceda vuestra bondad suprema la abundancia á nuestros campos, fuerza y salud á nuestros cuerpos, y la virtud á nuestras almas!

Despues de esta oracion Tulio derrama la harina sagrada sobre la cabeza de la víctima, la vuelve ácia el cielo, la inmola, y la hace consumir enteramente en la pira.

Concluido el sacrificio los labradores entregan sus gavillas. Hermanos mios, les dice Tulio, pues tambien vosotros sois sacerdotes de Céres, estos dones pertenecen á la diosa, esto es, á los pobres: los sacerdotes solamente somos sus tesoreros, vosotros empero sois sus bienhechores: nombrad, pues, entre vosotros el anciano que deba juntamente conmigo celar en todo este año al alivio de los indigentes; es justo y debido que yo os dé cuenta de los bienes que me entregais para ellos. Los labradores, que conocian la virtud de Tulio, rehusaban asociarle ninguno, pero él lo exigió, y con la eleccion se dió fin á las sagradas ceremonias.

Numa ardia impaciente de verse solo con su padre: apenas éste hubo salido del

templo, cuando su tierno hijo lo estrecha en sus brazos. ¡Amado padre, vos teneis pesares, y yo los ignoro! Bien conozco que mi temprana edad me quita la esperanza de aliviarlos; pero puedo ayudaros á sentirlos. —Hijo mio (pues nunca renunciaré á este dulce nombre), hartos motivos tengo de llorar: voy á separarme del que amo mas que á mí mismo.... —¡Cómo, esclama Numa temblando, quereis abandonarme!— No, hijo mio... no, tú eres.... al contrario... No puede proseguir; los sollozos le cortaron la voz. Cogió á Numa de la mano, y llevándole al sitio mas retirado de la selva, sentándose sobre unos céspedes, prosiguió diciendo: Numa... no eres hijo mio... Apenas el joven oyó estas palabras, cuando una palidéz mortal se esparció en su rostro, y su mano tiembla en las de Tulio; éste que conoce su turbacion le abraza diciéndole: no temas, siempre seré tu padre: este dulce nombre me es, por lo menos, tan grato como á ti. Escucha ahora el orígen de tu cuna, y conoce el alto destino que te preparan los cielos.

"Debes, hijo mio, el sér á Pompilio, príncipe de la sangre de nuestros reyes, y cuyas raras prendas le hacian amado de los dioses y de los hombres. La hermosa y virtuosa Pompilia, del antiguo linage de

los Heraclidas (3), era su esposa habia mas de diez años. Nada faltaba á la felicidad de estos amantes consortes, mas que la de ver nacer un fruto de su tierna union. Pompilio lo deseaba con ansia, y la amorosa Pompilia, que no formaba deseo alguno cuyo objeto no fuese su esposo, Pompilia, digo, venia todos los dias á este templo á regar con sus lágrimas el ara de la diosa, pidiéndola incesantemente por único favor la felicidad de tener un hijo.

»Un dia la encontré sola en el templo: tal era el fervor con que oraba que no advirtió mi llegada. ¡Céres, bienhechora, esclamaba, si tu padre me ha destinado una larga vida, ruégale que corte el estambre de mis dias en sus principios, pero en cambio que deje á mi esposo un fruto de nuestro casto amor! ¡O deidad poderosa, recoje cuantos beneficios he recibido hasta ahora, prívame de cuantos puedo esperar, y dame en vez de ellos un hijo! Oiga yo su primer llanto, estréchele en mis brazos, y despues de haberle cubierto de besos y presentado á mi esposo, venga la muerte, espiraré siendo madre, bastante habré vivido. ¡O Céres, si oyes mis súplicas, si me concedes un hijo, juro sobre este mármol sagrado consagrarle á tu culto, juro enseñarle á bendecir tu nombre desde el

instante en que su lengua pueda articularle: se criará en tu templo, te servirá toda su vida, y te dignarás de ser su madre cuando Pompilia ya no exista!

»Mis lágrimas corrian en abundancia al oir estas súplicas. Arrebatado me postré al lado de Pompilia, y juntando mis plegarias á las suyas, rogué á la deidad las oyese favorablemente. ¡Ah, y á cuánta costa fueron atendidas!

»A poco tiempo vino Pompilia á avisarme que se sentia en cinta. ¿Quién acertará á pintar lo escesivo de su gozo? Casi parecia un delirio. Ocho veces debia la luna renovar su giro antes que llegase el deseado instante que aguardaba, y ya todo estaba pronto para adornar al futuro infante. Celosa y ufana del nombre de madre, hubiera querido que cuanto debia servir á su hijo fuese obra de sus propias manos; ni quiso que alguna de sus esclavas partiese con ella la gloria de trabajar para su hijo. La esperanza de criarle duplicaba el gozo de verle nacido, y la sensible Pompilia, embriagada del amor materno, venia tan á menudo al templo para dar gracias á la diosa, como antes para lograr el objeto de sus votos.

»Ya habia entrado en el noveno mes, tan deseado tiempo habia, cuando ese Ró-

mulo hizo publicar en la Sabinia, que para consagrar su ciudad de Roma, que entonces acababa de establecerse, queria celebrar unos juegos en honor del dios Conso (4). Ya sabes en cuanta veneracion le tenemos los sabinos. No dejó tu religiosa madre escapar una ocasion de honrar á los inmortales: quiso ir á los juegos, y el demasiado complaciente Pompilio la llevó á Roma.

»La mayor parte de los sabinos los acompañaron: nuestras mugeres é hijas corrieron á Roma engalanadas como á una funcion. ¡Cuán lejos estaban nuestros valientes conciudadanos de sospechar la infame celada que los esperaba; todos, como de paz, fueron sin armas. Entran sin recelo en el circo en que presidia Rómulo sobre un trono magnífico. Los sabinos, sus mugeres é hijas se sientan en las gradas. Impacientes de ver el sacrificio, buscan con los ojos las víctimas, sin poder imaginar que ellas mismas debian serlo.

»A una seña de su rey, los romanos desnudan las espadas y ocupan todas las puertas. Aterradas las sabinas se refugian en los brazos de sus padres, maridos ó deudos; pero los feroces soldados de Rómulo, vibrando los aceros, amenazan á los hombres, alhagan á las mugeres, y las ar-

rebatan como lobos hambrientos á temerosas ovejas. En vano las infelices piden la muerte á gritos; en vano nuestros ciudadanos enfurecidos, olvidando que estan desarmados, se abalanzan á los ladrones: luchan, arrancan algunas espadas, y riegan el suelo con sangre romana: estos, mas numerosos, pasan á cuchillo á cuantos resisten, ahuyentan á los demas y llevan su presa en salvo á Roma, en tanto que los sabinos, desesperados, cubiertos de sangre y amancillados, vuelven á Cures anunciando esta horrible noticia, y se preparan á la venganza.

»Desde el primer instante del tumulto, tu padre Pompilio cargado de su esposa, habia procurado hacerse paso por en medio de los raptores. Casi llegaba á una puerta, cuando una cohorte romana advierte su intento, le persigue, le cerca y se vé arrancar la esposa de los brazos. Pompilio dando un espantoso grito de rabia y desesperacion, arrebata á un romano la espada, y cerrando con cuantos le rodean, les da la muerte ó pone en fuga: mata, hiere y es herido, pero alcanza al robador de Pompilia, y de un solo golpe queda vengado. Carga nuevamente con su cara esposa, la estrecha entre sus brázos sangrientos, la consuela y tranquiliza, y á pesar de los

feroces romanos, sin curarse de las picas y dardos que le cercan, huye lejos del circo abrazado de tu madre desmayada, y contento con salvarla á precio de su vida. Tal suele la leona de Numidia cuando de lejos vé al imprudente cazador que la roba sus hijos, rugir furiosa y brotando por los ojos fuego y sangre, abalanzarse al infeliz que en vano huye dejando la presa: le alcanza, le despedaza, esparce al viento sus miembros palpitantes.... pero cediendo el furor el puesto á la ternura, corre á sus cachorros, los acaricia y echándose á su lado les ofrece el pecho cuando todavia están sus músculos trémulos del furor de la venganza que acaba de saciar.

»Asi Pompilio, no obstante sus heridas y la falta de la sangre que por ellas vierte en abundancia, llega por fin á este templo. Deposita su dulce carga al pie del altar de la diosa, la suplica se digne amparar á la que pone bajo su custodia, y acabada su oracion, exhausto de sangre, oprimido de fatiga y dolor, cae sobre el mármol y espira.

»Al instante hice llevar á tu madre á mi casa, en donde recobró los sentidos. Su primera palabra fue el nombre de Pompilio; pregunta por su esposo, quiere verle, quiere ir á buscarle. Por mas que procuro

sosegarla ocultándola la muerte de tu padre, asegurando que es prisionero de los romanos, mi dolor mal disimulado, mis lágrimas y sus presentimientos, todo la dice que la engaño. Prorumpe en dolorosos gemidos, desecha todo alivio, y desasiéndose de nuestros brazos quiere ir á espirar sobre el cuerpo de Pompilio.

»La agitacion, el sobresalto y dolor apresuran el instante en que debias nacer. La asaltan los dolores del parto; las crueles Ilithyas (5) la oprimen con todos sus males: no pudo resistirlos, y el instante mismo en que recibiste vida fue el de la muerte de tu madre.»

A este punto interrumpió Numa el discurso del anciano, abrazándole y regando sus canas con el llanto amargo que la infausta suerte de sus padres le hacia derramar. Tulio, despues de haber llorado con él, prosiguió su discurso de esta suerte.

"Busqué á toda priesa una nodriza que animase tu existencia, porque naciendo antes de término, tu rostro pálido y amoratado, y tus débiles gemidos, manifestaban que apenas te quedaba un soplo de vida. La virtuosa Amicléa, muger de un labrador, se ofreció gustosa, y sus tiernos desvelos, aún mas que su leche, te conservaron la luz del dia.

„Entonces me empleé en las exêquias de tu madre y su esposo: preparé la funesta pira, convoqué á los habitantes de Cures y de las aldeas inmediatas, que vinieron con nuestro buen rey Tacio vestido de luto. Soldados, artesanos, labradores, todos lloraban tu buen padre y dirijian al Cielo los mas ardientes votos por su hijo. Las llamas consumieron el cuerpo de Pompilio al lado del de su esposa, y yo recogiendo sus cenizas en una urna de plata las deposité en un mausoleo detras del altar de la diosa..." —¡O padre! ¿me será permitido regar la preciosa urna con mis lágrimas?— Sí, hijo mio, hoy mismo verás lo que queda de tus padres.

"No quedó sin venganza la muerte de Pompilio y su esposa. Nuestros valientes sabinos, indignados de la traicion y ultraje recibido, se encaminan, capitaneados por Tacio, á la ciudad perjura. No atreviéndose los cobardes ladrones á recibirlos en campo abierto, se recogen al amparo de sus muros: Tacio emprende el sitio, y en breve se halla dueño de la ciudadela por medio de un felíz acaso. Precisado Rómulo á pelear, ó á abandonar la ciudad, viene á presentar la batalla al pie de aquel capitolio, que dicen ha de mandar al universo entero. Tacio la admite, y los sabi-

nos ansiosos de bañarse en la sangre de aquellos pérfidos, acometen á los romanos con todo el denuedo que produce el valor escitado con el deseo de la venganza. Desbaratan las huestes contrarias, pero Rómulo las vuelve á ordenar, y solo resiste á los sabinos: invoca en voces altas á Júpiter Stator (6): este nombre sagrado y su ejemplo, detiene á sus guerreros ya puestos en fuga; vuelven los romanos al combate: la vergüenza inflama su valor: se cruzan las picas, chocan los escudos unos con otros; crecen por instantes el horror y la mortandad, y apiñados los combatientes no pueden dar un paso sin pisar un pecho enemigo.

»Largo tiempo estuvo indecisa la victoria, pero al fin pareció que se inclinaba al partido de la justicia. Nuestro valiente Tacio y su intrépido general Mecio penetran segunda vez el centro de los romanos: la tierra está cubierta de cadáveres, los sabinos van á destruir para siempre el nombre de Rómulo y Roma, cuando el mas imprevisto suceso nos quita la victoria de entre las manos.

»Las sabinas, aquellas mismas mugeres que los romanos habian robado en los juegos cónsules, desgreñadas, vertiendo mares de lágrimas, abiertos los brazos y dan-

do lamentables gemidos se precipitan en medio de los combatientes. No las atemorizan las picas y espadas chorreando sangre, ni el estrago, la muerte ni la confusion las detiene. Deteneos, gritan, deteneos, dejad una pelea mas impía que las guerras civiles. Peleais por nosotras, y cada uno de vuestros golpes nos dejan ó huérfanas ó viudas. Si nos amais, ¡ó vosotros que nos disteis el sér! perdonad á nuestros esposos, y vosotros que nos habeis jurado un amor eterno, no ensangrenteis los crueles aceros en los padres de vuestras esposas. Considerad que tenemos en nuestros senos las dulces prendas de vuestra reunion. Romanos, vuestras mugeres son sabinas. ¡O sabinos! vuestros nietos serán romanos. Cesad pues de destruiros á porfia vosotros que ya no sois dos naciones distintas, sino una sola familia; pero si la sed de la sangre os devora, empezad rompiendo los vínculos que deben uniros: inmolad vuestras hijas y esposas, y completad sobre sus cuerpos sangrientos vuestro total esterminio.

»Este espectáculo, las razones, los llantos y quejas de las sabinas apagan el rencor en todos los pechos. Cesa el combate, se miran unos á otros, y se admiran conociendo que ya no se aborrecen. Queda

el brazo levantado sobre el que amenazaba sin descargar el golpe: la flecha asestada contra el pecho enemigo cae sin fuerza del arco. Las sabinas despojan de las armas sin oposicion á sus padres y esposos; les toman las manos, las cubren de besos y lágrimas, y cada una abrazando á un tiempo á un romano y á un sabino, acercan de este modo dos rostros enemigos y los fuerzan á que se abracen ellos mismos.

»Desde aquel instante cesa la guerra y se olvida la venganza. Los reyes se abocan y determinan que unidos en adelante ambos pueblos, no formarán mas que uno solo, y que Rómulo y Tacio partirán entre sí el absoluto poder. Se jura la paz, se hacen sacrificios á Jove (7), al Sol (8) y á la Tierra (9), y mezclados los ejércitos conducidos por las sabinas, entran en Roma entre los aplausos y aclamaciones, manifestando mas gozo de haberse dejado vencer del amor y la ternura, que si hubieran triunfado por el furor.

»Entre tanto crecias á mi vista y pasabas por hijo mio: yo mismo confirmaba un error que decia tan bien con mi afecto y con los deseos de tu madre. Apenas tenias cuatro años, y ya ibas al templo cubierto del vestido sacerdotal, y llevando en tus tiernas manos la copa del incienso.

Tu modestia, dulzura y gracias encantaban á nuestros sacerdotes que me envidiaban la dicha de ser tu padre. ¡O cuántas veces he deseado que fuese cierta! Quince años hace, Numa querido, que solo vivo para quererte, y por grande que sea mi amor á la virtud, si me la ves practicar con tanto ardor, es con la esperanza de que los dioses en premio derramarán sobre ti sus bendiciones.

»En breve comencé á recoger el fruto de mis trabajos en educarte. Desde tu infancia manifestastes lo que serias un dia: nunca me ví precisado á inspirarte un pensamiento virtuoso; parecia que todos se hallaban en tu corazon: tenias grabados en tu alma los mas sólidos principios de la moral, y la razon te enseñaba todo lo que yo sabia por esperiencia. A veces, para probarte, te proponia una cuestion que me parecia dificil; tu respuesta era casi siempre mas clara y breve que la que yo habia pensado. ¡Cuántas veces, despues de una larga leccion de moral, tus reflexiones justas y concisas me iluminaban, y al acabar la conferencia tu maestro salia enseñado! Conociste las ciencias de nuestros filósofos etruscos, y me decias: ¡O padre mio, cuán vanas son todas estas nociones sin la virtud! solo ésta es cierta, y nues-

tro corazon es el libro que nos instruye: consultémosle á cada accion de nuestra vida, sigamos siempre lo que nos dice y nunca podremos errar.

»Trasportado de gozo te abrazaba y no me atrevia á alabarte: temia que la vanidad, vicio que siempre destruye el verdadero mérito, entrase en tu corazon. Cuida, hijo mio, en todo el discurso de tu vida de huir de este escollo, y ten presente que de todos los vicios éste es el mas funesto á la virtud, puesto que la impide ser y parecer amable.

»Veia yo con suma complacencia que huias de este peligro: cada dia eras mejor, y cada dia mas modesto. Engañado por la voz pública, y aun mas por mi propio deseo, me creia tu padre, y pensaba abdicar á tu favor el pontificado: todos nuestros sacerdotes, todo el pueblo sabia y aprobaba alborozado mi designio. Tres dias hace, hijo mio, que un oráculo celeste me priva de esta esperanza. Céres, la misma Céres, se me aparece todas las noches y me manda con voz severa que te envie á Roma y declare tu nacimiento: en vano, postrado ante la diosa, me he atrevido á manifestarla mis temores y recordarla el voto de tu madre. No admito aquel voto, me ha respondido la hija de Júpiter; no será

Numa sacerdote mio; los hados le llaman á mas alto empleo: me servirá mejor sobre el trono que á la sombra del altar: quiero que al instante vaya á Roma y que el cariño que le tienes no sea parte á que te opongas á los decretos del cielo.

"Esta es, hijo mio, la causa del llanto que me has visto derramar durante el sacrificio; es preciso separarnos: Céres lo manda, debemos obedecer."

El tierno Numa, sin responder á Tulio, le mira llorando, alza los ojos al cielo y parece dudar entre su padre y los dioses; pero el anciano le exhorta, le anima y Numa se decide á marchar. Toma la mano de Tulio y estrechándola entre las suyas, le dice: me has prometido ¡ó padre! conducirme al sepulcro de Pompilio, y dejarme besar la urna que contiene las cenizas de mi madre. — Sígueme, ahora mismo quiero satisfacer tus deseos. Dice, y caminan al templo.

Detrás del altar de la diosa habia una puerta de bronce cuya llave solo Tulio tenia; abre la puerta y baja algunos escalones: Numa le sigue suspirando. Llegan á una bóveda sin mas luz que la escasa de una lámpara. Alli sobre un sepulcro de mármol negro, de sencilla escultura y sin inscripcion, se veia una urna de plata cu-

bierta de un velo negro: á su lado habia un billete, una espada y un bucle de cabellos rubios. Al entrar en la bóveda, Numa se arrodilló, y Tulio, levantando con respeto la urna y presentándola al joven, le dice: besa, hijo mio, estos restos venerables: toca esta urna que encierra las cenizas de la mejor de las madres y del mas tierno de los esposos. En este instante tienen puestos los ojos sobre ti; desde los Elíseos te contemplan, y prefieren á todas las delicias inmortales que los cercan el espectáculo de la piedad de su hijo.

En tanto Numa estrechaba entre sus brazos la urna regada de las lágrimas que vertia: la arrimaba al pecho y le parecia que aquellas amadas cenizas volvian á animarse. ¡Con qué pena se las volvió al pontífice! sus manos seguian la urna cuando ésta se apartó de él.

Vuelve Tulio á cubrirla con el velo, y tomando la espada, el billete y los cabellos, éste es, le dice, el acero que defendió á tu madre y á la patria: el mismo que nunca se desenvainó injustamente, ni vertió otra sangre que la de los enemigos del estado. Yo te le entrego, hijo mio, para que hagas de él el propio uso: ¡ó, quiera la poderosa Céres (á quien le habia yo consagrado) mueran á sus filos to-

dos los que conspiren contra tu vida! Este billete le escribió tu madre poco antes de morir: está dirigido al rey Tacio y te será útil para ocupar en su corte el puesto digno de tu nacimiento.... Me parece escusado decirte que estos cabellos son de tu madre: vino á ofrecerlos á Céres el dia que obtuvo un hijo. ¡Oh Numa! llévalos siempre contigo: los corazones sensibles saben apreciar estas prendas de amor y piedad.

Diciendo esto salen de la bóveda. Vuelve Numa á la casa del sumo sacerdote, y dispone lo necesario para su viaje. Se despoja de la túnica y manto de lino, viste la toga, y este trage le da nueva gracia y magestad. El anciano le mira y suspira; su corazon le anuncia mil peligros cifrados en este trage: desecha no obstante esta idea, y se ocupa en procurar que nada falte á su hijo. Próvido su cariño, le hace pensar en necesidades que nunca tendrá; se priva de todo para enriquecerle, y temiendo su repugnancia, á escondidas mete entre los vestidos de Numa el poco dinero que tenia. Sin él, se decia, de nada necesito, y cuando esté lejos de mí todo le será necesario.

Entre tanto se acerca el instante fatal: ya está pronto el carro que ha de servir á Numa. Sube en él Tulio con su hijo, quie-

re acompañarle hasta la salida de la selva sagrada, y allí le da su ternura los últimos consejos.

Perdóname, hijo mio, perdona que tiemble al verte tan joven abandonar nuestras pacíficas moradas y el asilo en que ha estado tu inocencia hasta ahora libre de todo riesgo, para ir á vivir en una ciudad temible y peligrosa aun para el hombre mas prudente y esperimentado. Te veo sin esperiencia, sin guia, sin consejo y sin amigo; porque á tu edad no es posible tenerlos, y el creerlo es otro riesgo mas. Te considero puesto en medio de dos pueblos, que unidos por razones políticas, están no obstante divididos por genio y siempre se miran como dos naciones diferentes. No está apagado el odio entre romanos y sabinos, aun lo está menos entre sus soberanos: Tacio, el mejor de los reyes, tu pariente y monarca; Tacio, que fue el objeto de nuestras adoraciones el tiempo que vivió entre nosotros, afable, sensible y amigo de la paz, posee virtudes mas sólidas que brillantes: administra justicia, hace todo el bien que puede; esta es su vida. Rómulo al contrario, que por adquirir vasallos ofreció asilo á todos los foragidos y malhechores: Rómulo, digo, ha conservado las costumbres feroces del primer pue-

blo que mandó. Apasionado de la guerra, devorado de ambicion y atormentado de una insaciable sed de conquistas, declara la guerra y sujeta sucesivamente todas las naciones vecinas de Roma: solo ama y estima á sus soldados, solo sabe vencer y no conoce otro género de grandeza.

Un alucinamiento fatal y comun á todo el género humano es causa de que un conquistador es mas admirado que un buen rey, y la verdadera virtud resplandece menos que la falsa gloria. Espero, y me prometo que sabrás distinguirlas, y que conocerás cuán superior es Tacio á su cólega: no creo que abandones á un rey justo, al pariente, al amigo de tu padre, al vengador de Pompilia para seguir á un conquistador feroz é inhumano, todavia manchado con la sangre de su hermano, y cuya abominable traicion ocasionó la ruina de tu patria y la muerte de tus padres.

Pero aun la misma corte de Tacio es para ti una mansion peligrosa. Estarás en Roma, cuyos guerreros habitantes perdonan todo á la juventud menos la falta de valor; este mismo valor en los combates degenera en ferocidad sino está unido á otras virtudes. Serás valeroso, no lo dudo: ¿cómo podria dejar de serlo el hijo de Pompilio? Pero tus costumbres, esas cos-

tumbres tan puras que te han grangeado la proteccion de la casta diosa: ¿podrás acaso conservarlas? Crée, Numa querido, que no tengo interes en prohibirte los placeres sensuales; no pretendo, usando del austéro lenguaje de mi edad, pintártelos con falsos y espantosos colores: no hijo mio: los placeres ilícitos tienen delicias reales y mucho atractivo; la naturaleza nos arrastra ácia ellos; es preciso pelear incesantemente para resistirla, y cuanto mas sensible es nuestro corazon, tanto mayor es su debilidad. Pero en el instante mismo que cedas, los remordimientos se apoderarán de tu alma; perderás aquella dulce paz, aquella estimacion, aquel respeto de ti propio, que son la delicia de la vida: tu corazon humillado y abatido no tendrá ya el mismo vigor, el mismo amor al bien, y desde el punto que el vicio habrá manchado tu alma sufrirás el atroz suplicio que resulta de conocer la virtud y haber podido abandonarla.

Como nunca he vivido en la corte, no te puedo dar consejos acerca del modo con que debes manejarte; pero conozco las obligaciones de un hombre, y en todas partes es preciso serlo. Darás á los empleos eminentes el respeto que se ha convenido en concederles; y á la virtud, en cualquiera

estado ó sugeto que la encuentres, tributarás el culto que la es debido. Huye de los perversos, pero sin manifestar que los temes: sé reservado aun con los buenos. No profanes la amistad abusando del nombre de amigo. Pesa tus palabras, y reflexiona antes de obrar. Desconfiate siempre del primer movimiento, escepto cuando te arrastre á socorrer á cualquier desgraciado. Respeta á los viejos y mugeres, ten lástima de los débiles y sé continuamente el escudo y amparo de los infelices.

Si la diosa, como lo espero, te colma de felicidades, me lo avisarás: estas nuevas me alargarán la vida; pero si el cielo quiere probarte con desgracias y contratiempos, ven á verme.

Hablando asi llegaron al estremo de la selva, en donde debian separarse. Párase el carro, y los ojos del sensible joven se llenan de lágrimas. ¡Valor, le dice el anciano, valor! Numa, volveremos á vernos; es corta la distancia desde aqui á Roma, y.... ¡Ah padre mio! esclama Numa deshecho en llanto, sin duda volveré á verte, pero no viviré contigo; no te veré á cada instante como hasta aqui: las mañanas se pasarán sin que mi padre me haya abrazado; el dia acabará sin que Numa te haya oido. ¡De qué felicidad disfrutaba á tu

lado! No he sabido conocerla, no he dado á los dioses las gracias debidas, y ahora.... Vamos, hijo, interrumpió Tulio con voz que procuraba manifestar severa, obedezcamos á Céres, y no murmuremos contra ella. ¿Pues qué, siendo yo el mas viejo, el mas débil debia animarte? ¿Crées que no padezco y siento como tú? ¿Piensas que mi triste corazon?....

El llanto le corta la voz, las fuerzas le faltan, y cae entre los brazos de Numa; pero recobrando en breve su entereza, á Dios, le dice, hijo mio, dentro de poco tiempo volverás á verme, ó iré yo mismo á buscarte á Roma. A Dios, no olvides á Tulio. Dicho esto se aparta, y con pasos presurosos se interna en la selva.

Numa desconsolado, penetrado de dolor queda con los brazos estendidos ácia él y le grita tres veces, á Dios. Sus ojos le siguieron hasta que le perdió de vista: entonces, abandonando las riendas á los caballos, toma el camino de Roma.



Argumento

DEL LIBRO SEGUNDO.

Numa caminando á Roma, se detiene y queda dormido en un bosque en donde tiene un sueño misterioso, y despues sigue su viaje. Descripcion de la campiña de Roma y de esta ciudad de Marte. Acogida que Tacio le hace. Carácter de este buen rey, de su hija, y de Rómulo y Hersilia. Encuentra Numa á Hersilia y se enamora ciegamente de ella. Primeros efectos de su pasion. Regreso y triunfo de Rómulo.

Numa se apartaba á pesar suyo del sitio que le habia visto nacer; mil ideas dolorosas le ocupaban. Abandono á mi padre, se decia, en la edad en que mas falta le hago: renuncio á las obligaciones, á los dulces recreos gratos á mi corazon, dejo los compañeros, los amigos de mi niñéz, y todo para ir á vivir en una ciudad, en la cual nadie me amará. ¡Ah! bien conozco que no podré vivir en ella. Padeceré como un árbol tierno trasplantado en terreno que no le conviene: las benignas influencias del sol y de los rocíos, le son inúti-

Lib. 2º

Pag. 28



¡O Diosa! calma tu enojo: yo iba á tu templo á ofrecer mi corazon y mis votos.

les; sus hojas marchitas y ajadas cuelgan á lo largo de sus ramas: sus raices no reciben alimento, y ha empezado á morir desde el instante que fue arrancado de la tierra que amaba.

Aún no habia hecho dos millas, cuando acosado del calor, y aun mas de sus tristes pensamientos, entró en un bosquecillo, cuya sombra y frescura convidaban al descanso. Atraido del murmullo de un arroyuelo que corria por él, detiene sus caballos, baja del carro, y dejándole al cuidado de dos esclavos sigue el arroyo hasta su orígen, que era una fuente consagrada al dios Pan (10). Se arrodilla ante la estatua del dios pidiéndole permiso para apagar la sed en sus aguas, y despues de haber refrescado sus sedientos labios se tiende sobre la fresca yerba á las márgenes del agua, y se duerme.

En tanto que dormia tuvo un sueño: parecióle ver un carro tirado de dos dragones que bajaba ácia él desde una alta nube. Ocupaba este carro la diosa Céres coronada de espigas, teniendo en las manos la hoz y gavillas que la caracterizan; paróse sobre la cabeza de Numa, y mirándole con suma bondad, le dijo asi:

Hijo de Pompilia, quise mucho á tu madre y velo sobre tu suerte. He resuelto

concederte el primer voto que formes, sea el que fuese: habla pues; dime lo que mas deseas y al punto lo conseguirás. Siendo asi, replicó al instante Numa, haced, ó diosa inmortal, que Tulio rejuvenezca, que comience nueva vida, y que jamas..... Tu peticion, interrumpió la diosa, es superior á mi poder. Júpiter mismo no puede alargar la vida de un mortal: no le obedecen las crueles Parcas (11): han cortado el estambre de Perséo (12), de Hércules (13) y otros hijos queridos del padre de los dioses, cuando el destino (14), superior á éste, ha querido que dejasen de vivir; forma pues un deseo para ti, y cree firmemente que pidiendo tu felicidad consigues la de Tulio.

Si, asi es, ó deidad protectora, hacedme digno de él; fructifiquen en mi pecho las lecciones de aquel venerable viejo: concededme la sabiduría; Tulio dice, que en esta sola consiste la felicidad.

Ya tenia yo prevista tu peticion, respondió Céres, he pedido a mi hermana Minerva (15) que te colme de sus dones. Mas no por eso presumas llegar á ser su favorito como lo fue el hijo de Ulises. Ningun mortal, Numa querido, puede lisonjearse de acercarse al divino Telemaco. Esta es la obra maestra de Minerva, y

ni aun ella misma se atreveria á intentar igualarse con su obra. ¡Pero felíz con todo aquel que aunque de lejos camine sobre sus huellas! ¡Felíz el héroe que merezca alguna mirada de la diosa, y que ocupará el segundo lugar aunque tan distante de su modelo! (*)

(*) *Nota del Traductor.* El gran mérito que he creido hallar en toda esta obra me ha movido á traducirla; pero de cuantas ideas hay en ella, ninguna me ha parecido mas bella é ingeniosa que el medio empleado aqui por el caballero Florian para tributar al inmortal, al virtuoso, al grande Fenelón un elogio tan debido. En efecto, si hay una obra que reuna la hermosura del estilo, la locucion mas pura, un plan exácto y bien seguido, y las máximas sublimes de la moral con el deleite é instruccion del lector, es sin disputa el Telémaco. ¡Qué lástima que su misma belleza original nos prive de gran parte de la que pierde en las traducciones que tenemos! Se me dirá, ¿que por qué hago el mismo sacrificio con el pobre Numa? Respondo con sinceridad, confesando que soy uno de los mutiladores que hoy infestan la literatura española, que en cierto modo incurro en las anatemas que la juiciosa crítica lanza contra nuestro gremio infelíz; pero viendo publicarse Casandras, Colecciones de Novelas, Dias Alegres &c., me ha parecido que por mucho que desfigure mi

Al decir la diosa estas palabras, Numa se cree trasportado al templo de Minerva. Quiere llegar hasta la diosa, pero una nube de oro le cierra el santuario y le priva de ver la divinidad: en vano se esfuerza por penetrar la nube; en vano implora el auxilio de Céres, ésta se le niega, y por señas le manda que oigá. Entonces Minerva le habla: Numa se postra en tierra con el rostro pegado al suelo. Oye á la Sabiduría que le instruye de todas sus obligaciones; esperimenta á un mismo tiempo un santo respeto y la dulce persuasion. Pero cuando se levanta para dar gracias á la diosa, ésta, la nube y templo han desaparecido. Se halla Numa en medio de un bosque, y ve sobre un banco de céspedes una bellísima ninfa vestida de blanco, sen-

original, quedará el esqueleto, por lo menos, tan legible, y algo mas útil que el de las susodichas producciones. A la verdad, creo que el Numa Pompilio de Florian, las Memorias de la Virtud, y las tres novelas de Richardson, Clarisa, Grandison y Pamela, deben no confundirse con el fárrago de romances y novelas, de que está inundada toda la Europa con tanto daño en las costumbres de la juventud de ambos sexos. Esta, que es nota, mando y quiero que sirva al mismo tiempo de Prologo, Prefacion, Advertencia y Dedicatoria.

tada, y leyendo con suma atencion. En su rostro brillan la paz y el candor: la modestia y la dulzura, unidas con la magestad, estan en torno á ella; de este modo se nos representa á Astréa (16) meditando en la felicidad de los humanos. Numa, que se siente arrastrado por un encanto irresistible ácia aquel hermoso objeto, pregunta á Céres cómo se llama: la diosa le nombra Egeria (17), y al pronunciar este nombre desaparece todo.

La sorpresa, la conmocion que sintió Numa le despertaron. Turbado todavia con el sueño misterioso, apenas puede volver en sí. Mira á todas partes y solo descubre la fuente de Pan, los árboles y el arroyo en cuyas márgenes se habia dormido. Empero no dudando què el sueño que ha tenido le ha sido enviado por Júpiter, dirije sus oraciones al dueño del rayo, y despues de ofrecer un sacrificio á Céres y Minerva, sale del bosque y vuelve á subir en su carro.

Continuando su viage atraviesa el país de los fidenatos, y en breve llega al territorio de Roma. Facilmente le distingue del de sus comarcanos: los campos están desiertos, las tierras incultas solo producen cizaña, los ganados flacos y dispersos hallan apenas un escaso alimento; no se

ven segadores que recojan los abundantes dones de Céres, ni espigaderas que sigan cantando la familia del labrador: no se vé pastor alguno que recostado á la falda del collado, sin temor por sus ovejas, que confia al cuidado del can celoso y fiel, cante al son del rústico instrumento la hermosura de Amarilis ó las delicias de la vida pastoral. Todo es tristeza, silencio y dolor. Despoblados los lugares solo ofrecen á la vista mugeres y ancianos: ésta llora su esposo, aquella su hermano perdido en los combates. Aqui está un viejo desconsolado que va á morir sin socorro, ni auxilio; ya no tiene hijos; acaban de arrebatarle el último para servir en las tropas de Rómulo: este padre desesperado arroja lastimosos gemidos, se mesa las canas, y enagenado del dolor maldice la ambicion y las armas de su rey. Alli se vé una madre que huye con el solo hijo que la queda: sabe positivamente que vendrán á arrancarle de entre sus brazos; prefiere abandonar sus Lares (18), su patria y el campo que la mantenia, é ir á mendigar su sustento entre un pueblo estraño, pero que á lo menos la dejará su hijo. La pobreza, la desolacion y el temor ofrecen por todas partes su espantosa imágen, y los vasallos de Rómulo no conocen el descanso

ni la felicidad desde que su señor conoce la gloria.

¡O dioses inmortales! esclama Numa: ¿Es este aquel pueblo orgulloso tan envidiado de las otras naciones, y el que por sus victorias se ha hecho tan famoso y temible? Véole infelíz, pobre y mas digno de lástima que todos los que ha vencido. ¡Este es pues el precio de la gloria! ¡Ah! mejor diré que es un efecto de la justicia del cielo: los dioses han querido que los conquistadores sufriesen los mismos males que ocasionan, y que comprasen con su propia desventura la que derraman entre los vencidos.

Entonces comparaba Numa la felicidad de que gozaban los sabinos, la abundancia y la alegria que reinaba en sus campiñas, con el espectáculo que tenia á la vista: se acordaba de todo cuanto Tulio le habia dicho de la guerra y clamaba á los inmortales para que hiciesen nacer reyes pacíficos, cuando de improviso el aspecto de Roma hirió sus ojos. Aquel monte Palatino antiguo asilo de pastores y ganados, y ahora rodeado de fuertes muros, altos torreones y fosos profundos que le defienden: aquel famoso capitolio que domina toda la ciudad, en cuya cumbre se distingue ya la fabrica del templo de Jú-

piter, todo lo vé Numa, todo le infunde respeto y temor; contempla, admira y se adelanta.

Llega á las puertas y las halla ocupadas de un número crecido de jóvenes guerreros, cubiertos de armas resplandecientes, apoyados sobre sus lanzas, altas las cabezas y agitando con orgullo el penacho que ondeaba sobre sus yelmos. Su ademán altivo; su feroz continente llena de terror aun á los que no amenazan, y ya parece leerse en sus semblantes que sujetarán todo el orbe.

Entra Numa en la ciudad: por todas partes mira la imágen de la guerra, por todas partes escucha el estruendo de las armas. Aqui se muda una guardia, alli se enseñan los soldados visoños; mas allá se obliga al indómito potro á obedecer el agudo sonido de la trompeta: corren derretidos los metales por arroyos en las fraguas; el escudo, la coraza resuenan sobre la vigornia; gime el bronce bajo los pesados martillos. Parece que todos los fuegos del Etna (19) se han encendido en Roma, y que los Cíclopes (20) trabajan en forjar cadenas para el universo.

Poco acostumbrado Numa á este ruido, esperimenta una sorpresa mezclada de terror. Impaciente de ver á Tacio, pregun-

ta por su palacio y se lo enseñan; estaba situado en el barrio mas apartadò del bullicio. El buen Tacio alejaba de sí el tumulto y los soldados; no queria mas guardia que el amor de sus vasallos: á cualquier hora se le podia hablar, y se hallaba á su puerta mayor número de pobres que de áulicos.

Admitido á su presencia, Numa se nombra y le presenta el billete de la desgraciada Pompilia. Apenas le hubo leido Tacio, cuando prorumpiendo en un grito de alegria se arroja en los brazos del joven. ¡O dia venturoso para mí, esclamó, cuánto debo al pontífice que me vuelve el hijo de mi mas tierno amigo! Sí, reconozco las facciones del esforzado Pompilio: estos son sus mismos ojos; éste aquel mismo aire dulce y cariñoso. Tú me amarás como él me amó, sí, lo espero y lo creo. Tu vista me alivia del peso de los años: me quejaba á los dioses de no tener mas que una hija, y ellos piadosos me envian un hijo.

Diciendo estas palabras, le abráza de nuevo y hace llamar á Tacia, su hija. Tacia, menos recomendable por su belleza que por su modestia, dulzura y estremado amor á su padre, llega, y Tacio presentándole á Numa: éste es tu hermano la

dice, éste es el que debes amar como el consuelo y apoyo de mi vejéz; éste es en fin el hijo de Pompilio de quien tantas veces te he hablado. ¡O dias de mi felicidad, con qué rapidéz habeis pasado! ¡Numa, tú me lo recuerdas, aquel tiempo felíz en que tranquilo en la Sabinia, rey querido de mi pueblo adorado, padre, esposo y amigo felíz, pasaba mi vida entre la madre de Tacia, Pompilio y el sabio Tulio.

Mi familia (asi llamaba yo á mis vasallos) no era tan numerosa que me impidiese cuidar á cada uno de mis hijos en particular: todos los conocia, iba á menudo á visitarlos, y cuando con Pompilio habia recorrido mi pequeño estado, daba gracias á Júpiter por haber limitado mi reyno, no dándome mas vasallos que aquellos que podia hacer felices. Hoy dia ¡qué mudanza! desterrado, lejos de mi patria; preso mas que soberano sobre un trono estrangero, lloro todos los dias.... pero te veo, y no debo ya quejarme. Estarás en mi compañía, Numa: tú me compensarás de todo lo que he perdido, y quizás un dulce lazo, asegurándote mi corona, asegurará al mismo tiempo mi felicidad. Pero ya habrá tiempo de esplicarte mis designios; por ahora solo quiero pensar en disfrutar del gusto de verte.

Asi habla el buen rey, y su gozo hace aún mas vivo el placer que naturalmente tenia en desahogar su alma noble y sensible con largos razonamientos.

Su hija, que ha penetredo sus últimas razones, baja los ojos, pero en breve los dirije á Numa. Admirada de su belleza y noble continente, observa con indecible complacencia la dulzura de su fisonomía, su aire tímido y espresivo, y aquella gracia tan atractiva, hija del candor y la inocencia. Esta era la primera vez que Tacia miraba á un joven: lo conoce, se avergüenza y vuelve la vista á su padre.

Numa ocupado con el rey, besaba sus manos y le prometia una ciega obediencia. No hables de obedecer, le responde Tacio: há muchos años que soy rey, y con todo nunca he gustado de mandar. Presto conocí que era preciso renunciar al placer de ser amado si queria ser temido, y he preferido los amigos á los esclavos. Rómulo ha favorecido mis ideas; hemos dividido el poder absoluto: Rómulo se ha quedado con el mando del ejército, la disposicion y arreglo de los tributos y el castigo de los delitos; y yo, mas feliz, tengo á mi cargo la administracion de la justicia, la disminucion de los impuestos, la recompensa de las buenas acciones, y final-

mente todas las funciones que hacen los reyes mas parecidos á los inmortales. Siempre estoy temiendo que mi cólega abra los ojos sobre la desigualdad de nuestra suerte, y que conozca al fin que todo lo bueno me toca á mí, y á él todo lo malo. Pero hasta ahora, gracias al cielo, no lo ha echado de ver, y en su ceguedad manifiesta estar tan contento con su suerte como yo con la mia.

Te presentaré á este príncipe luego que vuelva de una espedicion que ha emprendido contra los antemnatos. Los vencerá, no lo dudo; porque hasta ahora ningun guerrero ha poseido en el grado que Rómulo el valor de un soldado y los talentos de un general. Su estatura grande y magestuosa, su gesto audáz y amenazante, sus fuerzas sobrenaturales y el indomable valor que le hace salir bien de los mas arriesgados lances, son nada comparados con su prodigiosa actividad. Se ofrece una marcha, un sitio, una batalla, en todas partes se halla, todo lo vé: dispone, manda, ataca y defiende á un mismo tiempo. Su cabeza y su brazo no conocen lo que es un instante de inaccion, y éste ejecuta siempre lo que aquella ha determinado.

Hersilia, su hija única, le acompaña en todas sus espediciones. No hay belleza

que pueda compararse á la suya. Todos los reyes del Lacio arden en las llamas de sus ojos: todos han venido á poner las diademas á sus pies; pero esta altiva princesa los ha despreciado. Acostumbrada á las armas desde su infancia, digna hija de Rómulo, se ha dedicado enteramente á los ejercicios de Palas (21). Cubierta la cabeza de un pesado yelmo y con la lanza en la mano, sigue á campaña y defiende á su padre en los combates. Su hermosa y delicada mano sabe gobernar el poderoso é indócil bruto, que tascando el espumoso freno, obedece como á pesar suyo á un dueño, cuyo peso le parece tan liviano. Desarmada y en el trage de su sexo, es aún mas temible: aquellas manos que saben usar tan bien de la espada, usan con igual perfeccion de la lira, y mezclando las acordes melodías con los encantadores écos de su voz, viene á cantar las hazañas y triunfos de su padre, despues de haber participado de sus riesgos.

Tales son Rómulo y su hija: no he disminuido en nada sus brillantes prendas. ¡Ojalá pudiese añadir un largo elogio de sus virtudes! Pero los conquistadores las desprecian, y Rómulo nada sabe estimar fuera del valor y talentos militares. Su hija, criada por él entre el tumulto de los

reales, no ha podido menos de contraer cierta aspereza. Tan hermosa como Juno (22), tiene el orgullo de esta diosa, y adquiriendo la fuerza y valor de nuestro sexo, parece que ha perdido mucho de la dulzura y bondad, que son el mas precioso adorno del suyo.

Ahora que ya conoces á Rómulo y Hersilia, eres dueño de establecerte con ellos ó con nosotros: puedes libremente escoger entre sus reales ó mi palacio. Quiero ser tu amigo, tu padre, si me permites tan dulce nombre; pero siempre serás dueño de ti mismo, y con tal que me ames y seas felíz, Tacio estará contento.

Numa renovó al buen rey las protestaciones de su inmutable ternura. Su eleccion está hecha: jamás dejará al amigo de su padre, á su rey, y al que Tulio le ha propuesto por modelo. Le repite una y muchas veces que nada habrá que le haga mudar de resolucion, y que verá con ojo indiferente, asi la belleza y gracias de Hersilia, como la gloria de Rómulo: lo jura por todos los dioses, y la sensible Tacia oye con alborozo este juramento.

Pasados algunos dias consagrados al amor de Tacio, Numa que no ha olvidado su sueño, llega á saber que el templo de Minerva está en medio de una selva

sagrada, llamada el bosque de Egeria. Sorprendido de la conformidad de este nombre con lo que habia visto y oido en el sueño, corre el bosque poco distante de Roma y le palpita el corazon al caminar por las oscuras bóvedas que formaban las ramas. Un silencio religioso reina en todo él; el céfiro agita apenas aquellos poblados olmos y los antiguos álamos, que elevan sus cabezas hasta las nubes; solo se oye el blando ruido de sus hojas meneadas por el viento.

Numa se acerca ácia el templo, adonde va á dirijir sus votos; su imaginacion inquieta le recuerda la ninfa: no se atreve á formar esperanzas de hallarla, y con todo sus ojos la buscan, cuando descubre de improviso sobre un banco de céspedes una guerrera recostada y sepultada en un sueño profundo. Apoyaba la cabeza desarmada sobre el escudo: el yelmo estaba á su lado: sus largos y negros cabellos caian sobre su coraza en bucles multiplicados y hacian mas brillante su noble y magestuosa belleza. A su derecha tenia dos javalinas, y al lado ceñida una rica espada: su manto recogido hasta la rodilla dejaba ver el coturno de purpura sujeto con una presilla de oro. De este mismo modo iba la hermana de Apolo (23) á descansar so-

bre la cumbre del Ménalo (24) despues de haber vaciado su aljaba en los montes de Erimanto (25): las Ninfas (26) y las Driadas velan en torno de ella; el cefiro (27) teme agitar las hojas, y el rostro de la diosa conserva, aun durante el sueño, el gesto severo y belicoso, que lejos de alterar su hermosura parece que la aumenta.

Tal y aun mas bella estaba la divina amazona; cree Numa que es Palas; se arroja de rodillas, quiere hablar, quiere dirijirla sus oraciones y no halla con las palabras: la lengua se le pega al paladar, su boca queda entreabierta, los brazos estendidos y sin accion, y sus ojos deslumbrados y sin movimiento quedan fijos en aquel amable objeto.

En este instante despierta la guerrera, vé á Numa y al punto se pone en pie; ya el terrible yelmo cubre su cabeza; ya agita sus javalinas y con voz tronante prorumpe en estas palabras: cualquiera que seas, joven temerario, que veniste á turbar mi descanso, da gracias al destino que te ha ofrecido á mi vista desarmado: si pudieras defenderte, este brazo castigaria tu audacia.

¡*O diosa*, *le responde Numa*, *calma tu enojo*! *iba á tu templo a ofrecer mi cora-*

zon y mis votos.... te he visto, y mis piernas trémulas me han abandonado. La presencia de una divinidad oprime á todo débil mortal, y si es delito mirar una diosa, considera que mis ojos deslumbrados no han podido sufrir el resplandor de tu presencia.

Estas palabras desvanecieron la cólera de la amazona. Al punto baja la punta de los dardos, y mirando á Numa con una sonrisa encantadora, le dice: depon el temor, no soy deidad; el gran Rómulo es mi padre y voy á Roma á anunciar la victoria que acaba de conseguir. Prosigue pues tu camino al templo; anda y pide perdon á Minerva de haberla podido equivocar conmigo.

Dijo, y dando un golpe en el escudo, al ruido acude su comitiva: la presentan un brioso caballo, se arroja sobre él, le aplica los acicates y huye mas veloz que el viento.

Numa queda inmóvil, atónito, lleno de una sorpresa y admiracion que jamas habia esperimentado. Sus ojos siguen á Hersilia tanto cuanto alcanzan: la pierdé de vista y aún le parece que la está mirando. Mil pensamientos confusos llenan su alma, todas sus ideas se amontonan y ofuscan sus potencias. Procura salir de su turba-

cion y cuanto mas lo intenta se le aumenta mas. Vuelve sus miradas al sitio que Hersilia ha ocupado, y no puede apartarlas de él. Todavia cree que la vé y la oye: cada voz que ha pronunciado resuena en sus oidos; todos los gestos que ha hecho estan en su imaginacion. Tiene presente aquel aire grande y magestuoso, su talle noble y agraciado, sus negros y hermosos cabellos, aquellas facciones llenas de gracia y altivéz, y el conjunto de esta imágen está grabado en su corazon y se refleja en cuanto mira.

¡He aquí esplicado (prorumpió al cabo de un rato) el sueño misterioso! Estoy en el bosque de Egeria; este es el asiento que ví, y aquella celestial belleza que me arrebató es Hersilia, no hay que dudarlo. ¡O Hersilia, Hersilia, dulce nombre! En la turbacion que me oprime, solo hallo descanso y alivio pronunciando el adorable nombre de Hersilia! ¿Pero quién soy yo para atreverme á amarla? ¿Podré aspirar, ¡ay de mí! á una beldad que los dioses mismos me disputarán? A lo menos podré seguirla adonde quiera que vaya, podré adorarla en silencio y dirijirla mis votos como á una deidad: aun así será mi suerte harto venturosa. Sí, bellísima Hersilia, voy á ser un soldado de tu padre, guiaré tus

caballos, te daré los dardos, seré tu escudo en las peleas, y si acaso alguna saeta dirijida contra tu preciosa vida me atravesase el pecho, antes de espirar me atreveré á decirte: muero felíz muriendo por ti.

Asi se espresa Numa, y aquella alma nueva y ardiente se abre enteramente al amor. Semejante á las maderas resinosas que una chispa incendia y consume, Numa comienza á amar, y ya su pasion llega á lo sumo. Ya no piensa en Minerva, vuelve á Roma aceleradamente siguiendo por el polvo del camino las huellas del caballo de Hersilia. Entra en la ciudad enteramente desatinado, discurre por todas partes sin hallar lo que busca y no se atreve á preguntar por el palacio de Hersilia: tiembla al querer decir á otros un nombre que en su interior repite con tanto deleite.

Cansado de buscar inútilmente vuelve al palacio de Tacio, y el primer objeto que se le ofrece es la misma Hersilia, dando cuenta al sabio monarca de la victoria de su padre. Admirado Numa y arrebatado de gozo se detiene, tiembla y baja los ojos. Hersilia le conoce y pregunta á Tacio si aquel jóven es de su corte. Es mi hijo, la responde el rey, á lo menos como á tal le quiero: su padre fue el mas valiente y virtuoso de los sabinos; es de mi sangre é hijo

de mi mayor amigo. Al decir esto corre á Numa y manifiesta inquietud al ver la palidéz que cubre su rostro. Numa procura con voz balbuciente desvanecer sus temores: Hersilia le mira, y la palidéz se cambia en el color mas encendido; no puede pronunciar palabra alguna, y sus ojos, que poco á poco se iban levantando hasta el rostro de la princesa, vuelven á fijarse al suelo aún antes de haberle visto.

Tacio, demasiado viejo para acordarse bien de los primeros efectos de una pasion amorosa, se sonrie al ver tanta timidéz, y procurà escusarla con Hersilia, diciéndola la edad de Numa y la educacion que ha recibido, y aprovechando esta ocasion para hablar de las virtudes de Tulio y de las de su amable discípulo se complace en hacer un largo elogio del hijo de Pompilio.

Hersilia le escucha con gusto; vuelve los ojos á Numa, á quien el encendido color de sus mejillas prestaba nuevo realce, y penetra mejor que Tacio la verdadera causa que le turba y agita: esta es la vez primera que se complace de haber inspirado amor. Se despide de Tacio, y en aquel instante sus ojos se encuentran con los del apasionado Numa. ¡O, cómo penetró sus almas esta mirada! Sacó Numa de ella la esperanza y Hersilia el amor.

Desde aquel punto mismo se olvida de sí propio el hijo de Pompilio, ocupado únicamente de Hersilia, ó la ve ó la busca; de dia sigue sus pasos, y por la noche piensa en ella. Ya no se acuerda del rey, ya se ha olvidado de Tulio y sus preceptos: la virtud, la gloria que antes inflamaban su alma han perdido toda su fuerza: solo á Hersilia ve en todo el universo: Hersilia es el único objeto de sus pensamientos, el único fin de todas sus acciones: todas sus potencias le bastan apenas para Hersilia, y su corazon no produce otros afectos que los de amor.

¡O desgraciado jóven! un solo dia, un instante solo ha destruido para siempre el fruto de tantos años de lecciones. Hé aqui el favorito de Céres, el hijo de Pompilio, el alumno del venerable Tulio, aquel modelo de virtud y sabiduría destinado á tan alta suerte, véasele entregado á una pasion insensata y esclavo de la violencia de sus sentidos. Desecha todos los dones que el cielo derramaba sobre él, por correr tras de una vana apariencia de felicidad que será el tormento de su vida. Perdido el valor, alucinado su entendimiento, sin virtud, sin razon que le gobierne, va á perecer como un frenético sin conocer el mal que le acaba.

Entretanto, Rómulo vencedor dé los antemnatos conducia sus tropas á Roma. Habia muerto con sus propias manos al rey Acrón, su enemigo, y los romanos le preparaban un triunfo, que debia servir de modelo á los que en adelante se concedieron á los destructores del universo.

Tacio, á la cabeza de todos los ciudadanos vestidos de blanco, salió á recibir á su cólega. Arde el fuego sobre el ara de Júpiter Feretrino (28); los pontífices y arúspices aguardan al triunfador con palmas en las manos. El camino hasta el capitolio está cubierto de flores; las puertas de las casas adornadas con festones y guirnaldas, y las matronas romanas vestidas de gala, llevando en brazos sus tiernos hijos, los estrechan contra el pecho, escitan su alegria con tiernas caricias, y les repiten mil veces que van á ver á sus padres vencedores.

Ya á lo lejos se ven brillar las águilas; ya se oyen las trompetas y á sus écos responde el pueblo con vivas y aclamaciones. Entra el ejército en la ciudad, y se descubre el gran Rómulo puesto de pie sobre un carro magnífico: cuatro caballos blancos como el armiño uncidos de frente tiraban de él. Parece al ver su fiereza y animosos relinchos que participan ufanos de la

gloria de su dueño. Cubierto de las ropas triunfales, coronada la cabeza de laurel, Rómulo lleva en sus brazos el tronco de una robusta encina, moldeado á propósito para revestirle de las armas del rey Acrón. Este peso enorme no fatiga al triunfador. Delante del carro camina la familia del rey vencido cubierta de luto, cargada de cadenas, bajas las cabezas y anegada en llanto. Un crecido número de esclavos cargados de los despojos circundan el carro del vencedor: sus invencibles legiones le siguen dando gritos de alegria, y los écos reproducen y publican con tardos acentos la gloria de Rómulo.

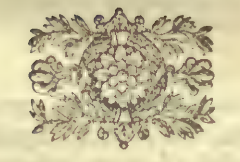
Sube al capitolio rodeado de un pueblo embriagado de prosperidades. Luego que llega al templo de Júpiter se arroja del carro sin dejar el trofeo del vencido. Gime la tierra bajo sus plantas, y el choque de las armas de Acrón resuena á lo lejos. Camina Rómulo al altar, pone la encina ante la estátua del dios, y esclama: ¡O padre de los dioses, recibe los primeros despojos ópimos que los romanos te consagran! Haz que este gran dia sea para siempre famoso en los fastos de mi nacion, que se renueve á menudo, y que mis descendientes, imitandome, cuelguen en estas bóvedas sagradas los despojos del mundo entero.

Dijo, y agarrando un toro furioso, que veinte sacrificadores podian sujetar apenas, lo arrastra con brazo robusto al altar, lo derriba, y arrancando algunos pelos de la espaciosa cervíz, lo inmola, y los sacerdotes acaban el sacrificio.

Luego que el fuego ha consumido la víctima sale Rómulo del templo, y dirigiéndose á sus soldados les dice: ¿Qué nos importa, romanos, una victoria cuando aún quedan enemigos por combatir? Hemos vencido á los antemnatos, pero los volscos, los hernicos y los esforzados marsos, nacion entre las demas solo digna de pelear con vosotros, no han recibido el yugo. Prevenios pues á marchar contra ellos. Hoy triunfamos, mañana iremos á merecer nuevo triunfo, Mañana os llevaré contra los marsos y al socorro de los de Capua nuestros aliados. Romanos, os concedo este dia para abrazar vuestras mugeres é hijos; pero mañana, apenas la brillante aurora suba en su dorado carro, os juntaréis armados en el campo de Marte (29): vuestro rey estará el primero de todos. De este modo haremos ver á toda la Italia que nunca los vencedores necesitan de descanso.

Todas las tropas responden con gritos de regocijo: las legiones llevan sus águilas al palacio de Rómulo: una guardia escogi-

da vela sobre este sagrado depósito, en tanto que los soldados, restituidos á sus familias, reciben los abrazos de sus madres y esposas, y el amor y la ternura se dan el parabien de haber podido quitar un dia á la gloria.



Argumento

DEL LIBRO TERCERO.

Numa abrasado del amor de Hersilia quiere acompañarla. Tacio le da armas y le presenta al ejército. Júbilo de los veteranos sabinos al ver al hijo de Pompilio. Quiere Tacio seguirle á campaña, pero el pueblo guiado por Tacia le hace desistir de su intento. Salida y marcha del ejército; Rómulo se junta con su aliado el rey de Capua: descripcion del campo de este príncipe: Rómulo se separa de él. Llegada y discurso de los embajadores marsos.

El triunfo de Rómulo acabó de perder á Numa. Su alma entregada ya á las violencias del amor se inflama aún mas con aquel magnifico espectáculo que la encanta. La gloria de las armas se le presenta como el medio mas seguro de merecer á Hersilia. Apenas ha concebido este designio, y ya se abrasa en deseos de ser un héroe. Dos pasiones, de las cuales una sola es suficiente para llenar de ardor y entusiasmo un pecho noble, se reunen y llenan de sus activas llamas aquel jóven corazon.

Vuelve Tacio á su morada, y Numa le sigue suspirando. Quisiera descubrirle su interior, pero teme las reconvenciones de aquel buen rey; le mira y calla. Al modo que un niño tímido sigue á su madre con pasos inciertos, la detiene asiéndola de la ropa, la mira con sus ojos llenos de lágrimas y sin hablar la pide le lleve en sus brazos; asi Numa seguia á Tacio.

Conoce en su rostro el rey parte de su interior desasosiego y le dice: habla, hijo mio: ¿qué puedo hacer por ti? Puedes contar que tus deseos se verán satisfechos siempre que penda de mi arbitrio el hacerlo.

¡O padre mio! los cielos saben, responde Numa, si mis palabras eran ciertas cuando protesté dedicar mi vida á ser el báculo de vuestra vejéz y esforzarme para imitar todas vuestras virtudes: pero he visto triunfar á Rómulo, y siento en mi alma un afecto hasta ahora desconocido. El amor de la gloria me inflama; la sed de los combates me devora. Soy sangre vuestra, hijo de Pompilio: á mi edad, vos y mi padre habiais vencido batallas; á mi edad habiais ya ceñido vuestras sienes con el laurel que ansioso deseo; y yo, hijo desconocido del valiente Pompilio;

yo, pariente y amigo del esforzado rey de de los sabinos, no he derramado hasta ahora otra sangre que la de las víctimas! ¡O padre mio, puesto á tus pies te pido me permitas que te imite! ¡Concédeme, pues, que siga á Rómulo y que gane fama inmortal como tú y mi padre!

Dice, y se arroja á los pies del venerable anciano bajando la cabeza para ocultar su rubor.

Sosiégate, le dice Tacio; yo que fácilmente te perdonaria una falta, ¿podré condenar un modo de pensar que apruebo y estimo? Solo mi ternura y cariño me hubieran hecho preferir sin duda alguna el verte pasar una vida quieta á la sombra de mi trono y en mi seno paternal; pero soy sabino como tú, y sé cuán grande es el aliciente de la gloria. Numa, tu valor me agrada, pero lloro, no obstante, al verte tan jóven querer arrostrar los riesgos de la guerra mas peligrosa que hasta ahora ha emprendido Rómulo; porque no quiero ocultarte que los enemigos que ha vencido son nada en comparacion de los que va á combatir. Los temibles marsos, hasta ahora invencibles, son de agigantada estatura y de una fuerza y valor prodigiosos: usan con destreza de la clava á imitacion del grande Alcides (30), y se

dice que mojan sus flechas y dardos en jugos de yerbas venenosas; la menor herida da la muerte; ¡Qué dolor para mí si tú!...

¡Qué gloria, interrumpió Numa levantándose, qué felicidad para tu hijo la de aprender este noble oficio peleando con tan dignos contrarios! Ahora conocerás que los dioses me favorecen, pues me inspiran el mas vivo deseo de seguir á Rómulo en el instante en que va á esponerse á los mayores riesgos. ¡O padre! lo que me has dicho me determina, y el honor y la patria te mandan que me dejes volar a las armas.

Un fuego divino resplandece en sus ojos al acabar estas palabras; su voz toma una fuerza y actividad increible: su estatura y todos sus movimientos se llenan de nobleza y audacia. Asi Aquiles (31) disfrazado entre las hijas de Licómedes se abalanzó á la espada que le presentó Ulises, y descubrió su sexô y valor con una accion involuntaria.

Al verle y oirle Tacio llora de gozo: él mismo se siente inflamado de un ardor que no puede contener. Sí, hijo mio, le dice, irás á pelear con los marsos, y tu padre te acompañará: sí, yo te guiaré en las refriegas, y te enseñaré los primeros

elementos de la ciencia de los héroes. No pienses que la vejéz me ha quitado las fuerzas: aún puede esta mano arrojar la pica y manejar la espada; este brazo puede sostener el escudo. Nestor (32), mas viejo que yo, enseñaba á vencer á su querido Antíloco (33): no valgo tanto como Nestor, pero éste no amaba mas á su hijo que yo á Numa.

Numa se arroja en sus brazos: en el primer pronto casi le va á declarar su amor á Hersilia, pero el temor de perder algo de su aprecio, confesándole que la gloria no es la única pasion que anima su pecho, le hace diferir para otro tiempo una declaracion tan penible.

Tacio, ocupado enteramente en su nuevo proyecto, corre á pedir á los sacerdotes de Júpiter sus antiguas armas que habia consagrado en el templo. Las vuelve á ver, las toca con el mismo ardor que en su juventud. ¡O Saturno (34), esclamaba, si la sangre de mis numerosas víctimas ha corrido en tus aras, si mi corazon no te ha ofendido, ni aún con el mas leve pensamiento, vuélveme por algunos dias las fuerzas y vigor que tenia cuando el feróz Rhamnes vino á hacer guerra á los sabinos acaudillando sus hernicos. Despreció mi juventud, me

llamó á singular batalla, y arrojándome su lanza creyó enclavar mi cuerpo á la tierra; mas yo, evitando el terrible golpe, me abalanzo á él, y le sepulto tres veces mi espada en las entrañas, sacándola caliente y chorreando negra sangre. ¡O Júpiter! concédeme todavia un dia de gloria, y bajaré contento al sepulcro.

Estos eran los votos de Tacio. Apenas supo Tacia su designio cuando acudió desalada á disuadirselo, pero sus ruegos y lágrimas fueron vanas. Veia la desventurada doncella desvanecerse en un instante todas las ideas de felicidad que se habia prometido. Habia penetrado mejor que su padre la pasion de Numa, y sin quejarse ni declararse á sí misma la causa de sus pesares, llorando la ausencia de Tacio llora tambien sus perdidas esperanzas.

En tanto Numa solo piensa en Hersilia y en los preparativos de su marcha. No tenia mas armas que la espada de Pompilio. Tacio mismo va á la armería de Rómulo, y escoge una coraza resplandeciente claveteada de estrellas de oro, y cuyo temple era á prueba de cualquiera golpe: toma tambien un yelmo riquísimo, cuya cimera era una esfinge (35) de admirable trabajo, sombreada de tres hermosos penachos que ondean en torno de ella hor-

riblemente; escoge un escudo compuesto de siete cueros de toro, revestido de cuatro planchas de oro, plata, cobre y estaño, todo adornado de clavos brillantes, y en medio la cabeza de la espantosa Gorgona (36): este escudo fue hecho en otros tiempos por el diestro Egeon para el rey Procas, y en su orla habia grabado la historia del piadoso Eneas: toma tambien un rico tahalí y unos borceguies de flexible estaño que se sujetaban con evillas de plata.

Contento con estas armas vuelve y se las presenta á Numa: el horrísono estrépito que despiden al chocarse, y que llena de pavor á los que le oyen, aumenta nuevo ardor al jóven héroe: las contempla, las toca y examina, y se complace en hacerlas resonar. Al punto se las viste, y su natutal belleza crece con este adorno. Late su corazon bajo el acero que le cubre, y sus ojos despiden llamas de valor: semejante á un brioso alazán, que paciendo en los abundantes prados oye por la primera vez la trompeta, levanta su arrogante cabeza, despide fuego por las narices, y sacudiendo sus pobladas clines responde con animosos relinchos al son belicoso que hiere sus oidos.

Ya la noche, eterna para la impa-

ciencia de Numa, esparce su denso velo, y el jóven amante no puede conciliar el sueño. Agitado revuelve mil proyectos diferentes; previene lo que ha de decir á Hersilia; anhela por el instante de verla, y pensando en las ocasiones que se presentarán á su esfuerzo inventa las hazañas que ha de hacer.

Aún falta mucho para que la aurora (37) ahuyente las tinieblas, y ya está cubierto de sus armas en el palacio de Tacio. Al ver su impaciencia se sonrie el buen rey; se levanta, cubre sus canas con el yelmo, que ya se le hace pesado; en torno al pecho pone la coraza no usada en tanto tiempo, y no queriendo aumentar las penas de su hija con una cruel despedida sale del palacio con silencio, y apoyado sobre Numa se encamina al campo de Marte.

Ya estaban en él Rómulo y Hersilia con parte de las tropas. Tacio presenta el jóven guerrero á su cólega; Hersilia al verle cubre de rosas sus mejillas, y Numa, que habia estudiado lo que debia decir al general, queda mudo con solo mirar á su hija.

Rómulo aplaude el celo que manifiesta, y luego que sabe su ilustre nacimiento le conduce á las legiones sabinas, que for-

maban el ala izquierda de su ejército. Aqui os presento, sabinos, les dice, un nuevo camarada que quiere pelear bajo vuestras banderas: este guerrero es digno de vuestro amor, es de la sangre de vuestros reyes é hijo de Pompilio.

Un grito general y penetrante se oye al pronunciar el nombre de Pompilio: todos los sabinos salen de las filas y corren á Numa: Mecio, Valerio, Volcens y Murrex, guerreros cubiertos de arrugas y cicatrices estrechan en sus brazos al hijo de su antiguo general. Todo se lo debo á tu padre, le decia uno; á mí me salvó la vida, decia otro, y todos esclamaban: ¡fue nuestro bienhechor! ven á nuestras filas, hijo del mas justo y valeroso de los hombres; ven á pelear bajo nuestros escudos: tuyos son nuestros corazones y nuestros brazos. Rey de Roma, gritan todos á Rómulo; te lo pedimos por caudillo; seremos invencibles con él como lo fuimos con su padre. Que nos mande y se llame Pompilio, y nosotros te respondemos de la victoria.

Sí, valientes amigos, les responde Tacio, que llegaba en aquel instante: él os mandará, y yo seré testigo de sus proezas; porque vuelvo á pelear otra vez con vosotros, antiguos compañeros de mis

triunfos, si es que aún os acordais de mí. Volveremos á vernos juntos en las lides de honor: vuestro rey quiere hacer su postrer campaña con vosotros, y si mis fuerzas flaquean me llevareis en vuestros brazos.

A estas palabras responden los leales y esforzados sabinos con gritos y aclamaciones. Todos se apiñan al rededor de su anciano soberano, y le besan cuál las manos, y cuál sus vestidos. No lo dudes, ¡ó el mejor de los reyes! no lo dudes, gritaban: te defenderemos, y nuestros cuerpos serán tu escudo impenetrable. ¡Qué sería de nuestros hijos y mugeres si tú nos faltases! ven pues á enseñar al hijo de Pompilio á imitar á su digno padre: por nuestra parte enseñaremos á todas las naciones cómo deben ser amados los buenos soberanos.

Tacio les responde con sus lágrimas; abraza á todos, les recuerda sus antiguas proezas y les pide para Numa el mismo amor que le han tenido. Aun el mismo Rómulo se siente enternecido, y al punto mismo manda á los heraldos que proclamen á Numa Pompilio comandante de las legiones sabinas. Mil aclamaciones le responden, y la altiva Hersilia, que siempre pelea entre los sabinos, se complace in-

teriormente de haber escogido este puesto.

Ya todas las tropas estaban prontas á marchar: Rómulo iba á dar la señal, y Tacio encargaba al prudente Mesala la administracion del reino durante su ausencia, cuando hé aqui que una multitud de mugeres, niños y viejos desconsolados, dando lastimosos gemidos y levantando los brazos al cielo, se precipitan á los pies de Tacio; uno de los mas ancianos le habla asi:

¡Con que nos abandonas! ¡Tenemos dos reyes que debian ser nuestros padres, y ambos nos dejan huérfanos! En horabuena que Rómulo se aleje de nuestros muros; ya estamos acostumbrados á sus ausencias. Pero tu, padre aún mas que rey, tú que siempre has estado con nosotros, ¿por qué hoy nos abandonas? ¿Quién nos administrará la justicia? ¿Quién nos consolará en nuestras penas? ¿Quién aliviará nuestros males? Bien sabes que cuando nuestras victorias se compran con la sangre de los ciudadanos, los padres, los hijos desgraciados, las tristes viudas corren á buscarte: lloran en tu pecho, lloras con ellos, y haces el dolor mas tolerable. ¡Qué será de nosotros cuando lejos de hallar en ti este consuelo, tendremos que temblar por tu vida! ¿Qué vas á buscar en los

combates? ¿Qué le falta á tu gloria? Te veneramos como á un Dios, te amamos como á un padre ¿qué mas quieres? ¿Qué bienes mayores sacarás de la victoria? ¡Por ir á hacer esclavos abandonas tus hijos!

Asi habló el viejo, y Tacio se deshacia en llanto. Mira á Numa, mira á sus guerreros: ellos y Numa se echan á sus pies y unen sus súplicas á las instancias del pueblo. Vencido Tacio, arroja lejos de sí el yelmo y la pica, y abrazando al anciano que le habia hablado, le dice: esto es hecho; no hay para mí mas gloria que la de seros útil: no os abandonaré hasta que baje al sepulcro.

Al oir estas palabras todo el pueblo prorumpe en gritos de júbilo; todos dan gracias á los dioses y bendicen á su buen rey. Tacia, que hasta entonces habia estado oculta entre la multitud, la amorosa Tacia se precipita en los brazos de su padre. Mis lágrimas, le dice, no habian podido vencerte; pero estaba cierta que no podrias resistir á las de tu pueblo: yo le he juntado y le he avisado de la desgracia que le amenazaba, y estoy muy lejos de sentir la preferencia que ha logrado.

Tacio estrecha á su hija contra su pecho, abraza llorando á Numa, y encarga á sus fieles sabinos la custodia del tesoro

que les confia. Tacia con los ojos bajos procura componer la voz para despedirse de Numa, y le desea la gloria y felicidad que busca.

Ya se da la seña de la marcha, y el buen Tacio suspira al ver desfilar las tropas; Numa le sigue con la vista, y el pueblo lleno de gozo coge entre sus brazos, y conduce á Roma á aquel buen soberano, cuya presencia es el consuelo y alivio de todos sus males. Sigue la marcha el ejército en tres columnas: la primera compuesta de las legiones romanas no reconoce otro gefe que Rómulo, pero este príncipe no tiene puesto fijo; montado en un caballo de Thracia, que arroja fuego por ojos y narices, va, vuelve, vuela y se halla en todas partes. Confia el gobierno de las legiones al viejo Hostilio, cuyo hijo fue con el tiempo rey de Roma. Al lado de este guerrero marcha el valiente Horacio, cuyos tres hijos sujetaron cincuenta años despues la ciudad de Alba con su victoria contra los Curiacios; Mássico, Abas, Servio, el jóven Miseno, descendiente del famoso trompeta de Eneas, y el esforzado Thalasio le acompañan. Todos estos se han señalado ya en repetidos encuentros, y cada uno viste los despojos de algun fuerte enemigo. Estos animosos romanos forman siempre la van-

guardia en las marchas y la ala derecha en los combates.

Las legiones latinas componen la segunda columna. En ellas estan los laurentinos, los fidenatos, los de Tellena, de Aricia y de la antigua Polidora. Todos estos pueblos sojuzgados por Rómulo pelean ahora por él, y se glorían de un yugo que les ha valido el nombre romano. Sus valientes gefes son: Azilas, Orimantho, Feraltino; Ladon, hijo de la ninfa Perenna; el bello Niféo, nacido en la fértil Canente; y Ciniro, sacerdote de Apolo, que lleva sobre el yelmo el laurel sagrado y las vendas de su Dios. Estas huestes, todas de infantería, ocupan siempre el centro del ejército en las marchas y en los combates.

Los fuertes sabinos forman la tercera columna: esta retaguardia formidable es siempre el ala izquierda del ejército de Rómulo. El anciano Mecio ha cedido el mando á Numa; este varon respetable vuelve á ser soldado y subalterno al fin de su carrera; pero su edad, su fama y cicatrices le grangean aquel respeto independiente de las dignidades: Mecio, aunque confundido entre las filas, manda realmente. Cerca de él se distinguen el prudente Cátilo, el temible Coras, Tanais, Talos, el valiente Galo, nieto del rio Abaris, el amable As-

tur, criado en las riberas de la fuente de Blandusia, y á quien todos tenian por amante de esta Nayada, y el feróz Ufenzio á quien la espesa barba pintada de varios colores ocultaba la mitad del rostro: todos estos guerreros seguian á Numa.

Cubierto de sus armas centellantes, ébrio de amor y gloria se adelanta á la cabeza de esta division, fatigando un hermoso caballo blanco que Tacio le ha regalado: el impaciente animal hiere con sus manos la tierra y el aire, y tascando el freno que reprime sus fuegos, se indigna oyendo relinchar los caballos de la vanguardia.

A su lado se adelanta sobre un soberbio carro la hermosa y altiva Hersilia, armada como Palas, y bella como la esposa de Vulcano (38): su resplandeciente yelmo tiene por cimera el águila romana: cuatro penachos blancos la rodean: lleva al hombro una aljaba de oro, y tiene en la mano el arco de Pándaro (39) que Eneas trajo á Italia, y que heredó su descendiente Rómulo. El prudente Bruto, tronco de una familia de héroes, gobierna el carro, y el amartelado Numa le envidia este empleo. Camina éste al lado de Hersilia siempre fijos en ella los ojos. Su bella presencia y hermoso semblante en nada cede al de la Amazona; pero el largo uso de las armas

da á ésta un aire mas guerrero: tal suelen Apolo y Diana (40) recorrer armados las montañas de Cinthio (41); ambos son igualmente temibles y esforzados; ambos deslumbran la vista, pero la hija de Latona (42) conserva en su gesto y porte una fiereza que no se advierte en la dulce fisonomía de su hermano.

Abanza el ejército con marchas aceleradas ácia las riberas del Liris y campiñas de Auxencio: alli debia unirse con las tropas del rey de Capua; pero era preciso atravesar el pais de los hernicos: Rómulo envia los heraldos á pedir el paso á su rey, y éste se lo niega diciendo:

No soy aliado de los marsos ni de los romanos. Si el ejército de vuestros enemigos marchase contra Roma no consentiria yo que abreviase su camino, dándoles paso por mis estados; del mismo modo debo negárosle, y creo que observo la justicia guardando la neutralidad.

Esta respuesta llenó de furor á Rómulo. Presto conocerás, rey imprudente, esclama, cuán peligroso es no declararse entre dos enemigos poderosos; desde hoy lo serás del vencedor.

Obligado, no obstante, á dilatar su venganza, y dar un gran rodeo para llegar á las fronteras de los marsos, se encamina

á pasar por las sierras de los simbruinos cerca de donde nace el Anio.

Esta larga y penosa marcha fatigó mucho el ejército, pero fue muy útil á los soldados nuevos con que Rómulo le habia aumentado. Numa sobre todos, el jóven Numa hizo un duro aprendizage de la honrada carrera que habia emprendido. Instruido por tan buenos maestros como eran los sabinos, é inflamado del amor y presencia de Hersilia, adquirió en poco tiempo la práctica y conocimientos de un veterano. Todavia no ha peleado, pero sabe cómo se ha de pelear, y su ardiente valor, que anhela ansioso por distinguirse á la vista de Hersilia, espera con ansia la hora de ver á los contrarios.

Llegan finalmente al Liris, rio que divide á los marsos de los ecuos y hernicos. Tres dias antes habia llegado el rey de Capua á la cabeza de treinta mil hombres; apenas sus batidores le avisan de la llegada de la vanguardia romana, hace salir toda su gente de los reales, la ordena en batalla, y al son de mil instrumentos espera la llegada de sus aliados.

Rómulo le corresponde con sus trompetas y forma sus guerreros enfrente de los capuanos. Ambos monarcas se adelantan, se abrazan y juran una amistad eterna,

y el romano, que estaba impaciente de examinar las tropas que iban á ser unas con las suyas, pasa á recorrer las filas.

Apenas da por ellas algunos pasos cuando hiere sus oidos el murmullo que oye por todas partes; los capuanos osan sonreirse en su presencia y afectan una indisciplina que escita su cólera. Los mira con severidad, escucha con lástima un número crecido de generales que hacen ostentacion de su vano saber, y ni se digna contestarles: párase arqueando las cejas al ver soldados veteranos mandados por gefes sin pelo de barba, y advierte con desprecio que el oro y la plata brillan en todas las armas. Toma un escudo, cuyo peso parecia que fatigaba á un jóven guerrero; el rey lo levanta con la punta de dos dedos, y lee abochornado de vergüenza en él un mote amoroso: arranca tres ó cuatro lanzas de algunos soldados, las rompe apretándolas con las manos, y pregunta con irónica sonrisa: ¡cuál puede ser la utilidad de semejentes armas!

Entra en los reales y los examina. ¡Cuál es su indignacion al mirar tiendas magníficas llenas de pebetes que exhalan los aromas mas preciosos, de mesas abundantes, de baños calientes, y en fin de cuanto el lujo y la molicie ofrecen en las cortes mas corrompidas! En unas partes ve juegos pú-

blicos, en los cuales los gefes capuanos pasan las noches perdiendo sus caudales y haciendas, el descanso y á veces el honor. Ve por todas partes una multitud de rameras, en número casi superior á los hombres que seducen á la incauta y fogosa juventud, debilitan sus almas, arruinan su salud y le entregan al enemigo sin valor y sin fuerzas. Por todas partes ve, finalmente, la indigna molicie, la perniciosa ociosidod y la lujuria mas desenfrenada.

Sale el rey de Roma de aquel campo con precipitacion: toma de la mano al rey de Capua, y sin decirle nada le lleva á las filas de los romanos. Un silencio profundo reina en ellas; se ven impresos en todos los rostros la atencion y el respeto. Cada soldado, inmóvil en su puesto, mira continuamente á su comandante, y quisiera, para obedecer mas presto, adivinar la órden que ha de darle. El hierro y el acero brillan por todas partes: si hay algunas armas adornadas con plata ú oro son las de los príncipes y generales, distincion concedida al mérito y á la nobleza. En pos de estas tropas no se ven mugeres ni riquezas, y sí solo caballos para reemplazar los que mueran, armas para suplir á las que se rompan, y socorros para los heridos y enfermos. Cada soldado lleva sobre sí su tienda,

sus víveres y sus armas, y ninguno manifiesta cansancio del peso ó del largo camino.

El valiente rey se pasea con lentos pasos por en medio de su invencible ejército, y observa en silencio al monarca de Capua. Toma la pica del último de sus soldados y la pone en sus manos: era este peso demasiado para aquel soberano, y tuvo que dejarla caer al suelo lleno de vergüenza. Entonces Rómulo le habló asì:

Tú mismo debes, ó rey de Capua, juzgar ahora si tus tropas y las mias pueden pelear juntas: no acostumbran los bravos leones vivir en compañía de los tímidos corderos. Tu ejército me debilitaria, y mis romanos, cuya costumbre es asaltar al enemigo los primeros, perderian la mitad de sus fuerzas en la defensa de sus aliados. Temo ademas un riesgo mayor; el aire infecto que reina en tus reales penetraria en los mios y enervaria mis soldados: entonces por mas victorias que lograsemos yo seria el vencido. Aprecio tu alianza, pero la gloria de mi pueblo es antes que todo. Si quieres que seamos aliados separémonos: aparta lejos de nosotros ese campo peligroso, y si no puedes obligar á tus vasallos á que sean hom-

bres, á lo menos impide que corrompan á los que lo son.

Asi habló Rómulo, y el jóven Capis, hijo del capuano, príncipe digno de ser romano, bajaba la vista lleno de dolor y vergüenza. Su padre, aterrado por aquel dominio que siempre tiene un héroe sobre un rey débil é ignorante, pide á Rómulo le diga lo que ha de hacer y le promete seguir sus consejos.

Estoy informado, le respondió Rómulo, que los samnitas estan en camino para venir al socorro de sus aliados los marsos; pero hallarán en su tránsito la ciudad de Auxencio; id pues á encerraros con la tercera parte de vuestras tropas en sus muros para defenderla en caso de insulto; enviad lo restante del ejército á recibir á los samnitas bajo la conducta del mejor de vuestros generales, y encargadle particularmente que por ningun caso llegue á las manos con tan temibles enemigos, á los cuales no pueden resistir vuestros soldados, y que se contente con inquietarlos en sus marchas, retardando todo lo posible su reunion con los marsos. Entretanto yo voy á atacar á estos, y no dudo, con el auxilio de mi padre y el valor de mis tropas, alcanzar la victoria. Entonces vuestro general dejará el

paso franco á los samnitas que vendran á sitiar á Auxencio, y se hallarán encerrados entre la ciudad vuestro ejército y el mio. Su inevitable derrota dará fin á la guerra en un solo dia.

Dijo, y el jóven Capis se arroja á sus pies: ¡O rey, que admiro y respeto como á hijo de Marte, permite que el hijo del rey de Capua pelee bajo tus banderas! Deseo aprender el duro oficio de los héroes. ¿Qué mejor maestro puedo escoger? Considera, hijo de un Dios, que instruido por tí podré hacerlo despues con los vasallos de mi padre, y la gloria de hacerlos romanos será tuya solamente.

Movido y satisfecho el Rey de Roma de estas razones levanta á Capis, le abraza, y al punto le da el mando de una cohorte. Mas ufano Capis con ser oficial de Rómulo que príncipe de Capua, besa la mano á su general, se despide de su padre, y corre á ocupar su puesto. Inmediatamente marcha el capuano á ocupar la ciudad de Auxencio con diez mil soldados: los demas los envia al mando de un griego que le servia al encuentro de los samnitas, y Rómulo, impaciente por comenzar la guerra, determina antes que llegue la noche sentar su campo de la otra parte del Liris.

Halla un vado seguro, y se prepara á pasar, cuando hé aqui que se le presentan tres embajadores de los marsos. Su aspecto era venerable; tenian la barba larga hasta el pecho; sus cabezas apenas conservaban algunas canas, y el principal tenia en una mano una copa de madera, y en la otra una flecha acerada: llegaron á la presencia de Rómulo con grave y severo continente.

Rey de Roma, le dice el mas viejo: ¿qué tienes que ver con nosotros? ¿Hemos asolado tus campos, ó bien insultado tu ciudad? ¿Quién eres? ¿Qué quieres? ¿Qué pides? El rey de Capua nos declara la guerra alegando un derecho imaginario sobre nuestros estados: él lo pagará. Mas tú, ni aún este vano pretesto te sirve. No te conocemos; nunca has oido hablar de nosotros, y nada poseemos de lo que podria escitar tu ambicion y codicia. ¿Sabes á qué se reducen los dones que los dioses dispensan á los marsos? Se limitan á unos bueyes, un arado, clavas, flechas y esta copa. Hé aqui de lo que nos servimos con nuestros amigos y con nuestros enemigos. Damos á los primeros los frutos que nuestros bueyes y arado nos producen, y esta copa nos sirve para celebrar con ellos los banque-

tes de la hospitalidad: arrojamos las saetas á nuestros enemigos cuando estan lejos, y nuestras clavas los destrozan si tienen la temeridad de acercarse. Escoge pues, esta flecha ó la copa. Dicen que eres hijo de un Dios: si es cierto, haz bien á los hombres, y si no eres mas que un hombre, tiembla de insultar á hombres que no te ceden en valor, y te aventajan en virtud y razon.

Nunca he temblado, le responde Rómulo llenos los ojos de furor; vengo á defender á mi aliado sin meterme á averiguar la razon que le asiste: soy hijo de Marte y no de Themis (43). Vuelve, anciano, vuelve á tu pueblo; anunciale la guerra y el yugo, y déjame esta flecha como el regalo mas precioso; pues me hace esperar que hallaré enemigos dignos de mi valor.

Dice, y arrebata la flecha de las manos del viejo: éste le mira en silencio algun tiempo; alza despues los ojos al cielo, como poniéndole por testigo de la justicia de su causa, y se retira sin hablar palabra.

Inmediatamente pasa Rómulo el Liris, y sienta sus reales en el territorio de los marsos.



Argumento

DEL LIBRO CUARTO.

Júntanse los marsos para nombrar un general. Discordia que se mueve entre ellos. Se determina que aquel de los aspirantes que rompa un álamo será elegido. Sale vencedor Leonte, y este jóven cede el mando á un anciano. Marcha el ejército y avista á los romanos. Disposiciones de Rómulo. Compasiva y generosa piedad de Numa. Ofrece nn sacrificio á Céres, y da libertad á sus cautivos. La Diosa le envia desde el cielo el escudo *Ancilo*. Leonte sorprende de noche el campo romano, lo incendia, lo inunda de sangre y derriba á Rómulo.

En tanto, los marsos juntos en la selva sagrada de Marrubia, esperaban todavía la paz, pero se prevenian para la guerra. El senado de los ancianos, que gobierna á aquel pueblo libre, ha enviado ya á pedir socorro á sus aliados: ya está la juventud del pais en armas; veinte mil esforzados guerreros con el arco ó la clava en la mano esperan con impaciencia la vuelta de los embajadores.



Amigos, os concedo la libertad........

Bien presto se los ve llegar bajas las cabezas y los semblantes melancólicos: se adelantan hasta ponerse en medio de la asamblea, y dicen: preparad vuestras clavas; Rómulo ha elegido la flecha y se atreve á hablarnos de yugo. Estas palabras escitan un grito general de indignacion. Furiosas las tropas piden se les deje marchar al instante mismo. Los ancianos reprimen aquel ardimiento; quieren dar lugar á que lleguen los socorros de sus aliados y nombrar un general digno de hacer frente al rey de Roma.

Varios guerreros se presentan aspirando á este honroso cargo. Entre ellos se distinguia Aulon, descendiente de Caco (44), el cual, en vez de espada ó lanza, manejaba una hacha enorme que ningun marso podia levantar. Pentheo, tan diestro de una mano como de otra, que contaba entre sus abuelos al desgraciado Marsias, padre del pueblo marso. Liger, cuya velocidad escedia á los ciervos en la carrera; éste no usaba otras armas que unos discos ó bolas de bronce armadas de hojas cortantes y aceradas: tan certero en arrojarlas que sus golpes eran siempre mortales. El último pretendiente era el amable Astór, cuyo inmenso escudo se fijaba en el suelo con tres puntas de que estaba armado, y desde

este antemural de hierro el diestro Astór disparaba sus flechas, arte que le habia enseñado el dios de Délos (45). Estos orgullosos pretendientes, se levantan y piden el mando. Los soldados, que los estiman y aman igualmente, dan grandes voces: unos en favor de Liger y otros por Pentheo. La caballería quiere á Aulon y los arqueros se declaran por Astór.

Los cuatro heroes se miran de través: ya se ofenden con palabras; ya la cólera les brota por los ojos. Cada uno alaba su nacimiento y proezas y desprecia las de los otros. La injuria y la discordia se apoderan de sus pechos: ya se amenazan, ya se retan. Astór ase una saeta, Pentheo blandea su dardo, Liger voltea su disco y el feroz Aulon alza su hacha formidable.

Al instante se arroja entre ellos el prudente Sofanór, que era el mas viejo del senado. ¡Qué vais á hacer! Quereis, ya lo veo, dar la victoria á los romanos privando á los marsos de sus mejores defensores. ¡Pues qué, el vano deseo de mandar apaga en vuestros corazones el sagrado amor de la patria! ¡Qué será de esta patria desgraciada si sus mas dignos hijos vuelven las armas contra ellos mismos! No creais que ningun interes particular me mueve: no me quejo de veros aspirar á

un puesto que quizás mis servicios han merecido y estaria bien con mis canas. No consiste la gloria en mandar á sus iguales: consiste sí, en vencer á los enemigos: cada gota de sangre vertida por causas privadas, es un grave hurto hecho á la patria. ¡Ah! si la sed de la sangre os devora, en tanto que llegan los romanos, volved contra mí vuestras armas. Harto he vivido, pues veo mis conciudadanos prontos á degollarse unos á otros. Matadme pues, pero antes oid mis consejos. Vuestro valor es igual, vuestro nacimiento y hazañas respectivas os ilustran igualmente: estos dones del cielo son hoy la causa de vuestra discordia. Os falta un gefe: cada uno de vosotros merece serlo. Decida pues la fuerza del cuerpo lo que nunca se lograria por la igualdad del valor. Atese una cadena de hierro en lo mas alto de aquel álamo antiguo: el que agarrando la cadena rompa el árbol ó le haga doblarse hasta la tierra, será nuestro general.

Dijo, y el pueblo y las tropas aprobaron este arbitrio. Los pretendientes dejan sus armas y juran entre las manos de Sofanór que obedecerán al vencedor: al punto suben cuatro marsos á lo alto del árbol; atan fuertemente la cadena, y ésta cae desde lo alto hasta tocar con el suelo.

Los ancianos se sientan para juzgar, y ya los clarines van á dar la señal, cuando se oye una voz y se ve acercarse un gallardo mancebo de alta y magestuosa estatura y de rostro noble y afable. Viene cubierto con una magnífica piel de leon, cuyas uñas de oro le cruzan el pecho: la cabeza del animal con todos sus dientes y colmillos mas blancos que el marfil le sirve de yelmo. Unos borceguíes cubren sus piernas, y su robusto brazo maneja, cual si fuera liviano junco, una pesada clava llena de nudos y puntas de hierro. Joven y hermoso como Apolo, altivo y grande como el dios de las batallas, camina con pasos ligeros hasta ponerse en medio del concurso. Alli se detiene, se apoya sobre la clava, y mirando con respeto á los ancianos, les dirije estas razones.

En tanto que he creido, prudentes senadores, que la ciencia y la practica debian ser las cualidades esenciales de un general, no me atreví á pretender un honor, del cual mis años me hacen poco digno. Hoy determinais que la fuerza sola alcance este supremo lugar, y me presento para disputarle. No puedo como mis nobles rivales envanecerme de mi nacimiento: marsos, ignoro quienes fueron mis abuelos; pero esta piel que veis, sirvió al grande

Alcides, y esta clava destrozó á la Hidra Lernea (46): estos son mis títulos de nobleza: mi valor y mis fuerzas los derechos con que me presento á esta prueba. Los romanos juzgarán de aquel, y vosotros de éstas.

Asi habló el magnánimo Leonte y todos le respondieron con gritos de alegria. Echan suertes para el órden con que han de hacer la prueba, y sale el primero Pentheo, luego Astór, Liger, Aulon y el último Leonte.

Dáse la señal: el valeroso Pentheo ase de la cadena y la tira fuertemente, pero no cede el tronco y apenas se agita la copa del árbol. Indignado Pentheo hace los últimos esfuerzos, pero en vano; cubierto de sudor y lleno de rabia, suelta la cadena y va á ocultarse entre sus tropas.

Astór, el amable Astór se adelanta: el ardiente deseo de mandar le hace no acordarse de invocar á su maestro Apolo. Enojado el dios, abandona al ingrato discípulo, y el bello Astór pierde al punto la mitad de sus fuerzas. En vano se dobla tirando de la cadena, apenas se menean las ramas del robusto álamo.

Lleno de confianza y alegria se arroja Liger al árbol; toma con una mano la cadena y con la otra se afianza tambien de

ella encima de su cabeza, y con todo su vigor da una sacudida espantosa: todas las ramas se chocan como azotadas de un recio viento; pero Liger rebentando del grande esfuerzo no puede repetirle. La copa y ramas del árbol vuelven á quedar tranquilas, y Liger se retira mas despacio que habia venido.

Aulon se levanta y todos los ojos se fijan en él. Deja el escudo, se despoja de la coraza y se complace en enseñar sus fornidos hombros y nerviosos brazos, que levanta sobre su cabeza estirándolos. Da dos vueltas al rededor del árbol con una sonrisa feroz, y despues se arroja á él cogiendo la cadena con las dos manos lo mas alto que puede y se deja caer con todo su peso y vigor. Cede el álamo y dobla su copa; ya las gentes aplauden, pero el árbol se endereza con mas fuerza y deja al terrible Aulon suspendido á la cadena, bamboleando á una y otra parte. Obligado á abandonar la empresa, se tira al suelo arrojando espumarajos de rabia; coje las armas con precipitacion y va á ponérselas detrás de su carro.

Solo falta Leonte: se adelanta y en voz baja dirije sus votos á Hércules: ¡O hijo de Júpiter, le dice, acuérdate de la hospitalidad que te dió el abuelo de mi amada

Camila; mírame desde el alto Olimpo (37), tu auxilio me llenará de fuerzas: vencedor ó vencido te ofrezco un sacrificio.

Apenas acaba su oracion siente en todos sus miembros un vigor estraordinario. Mete el pie derecho en el último eslabon de la cadena, la toma con las dos manos á la altura de su frente, y reuniendo asi todas sus fuerzas, dobla la copa del árbol con mas lentitud, pero mucho mas cerca de tierra que Aulon. Luego que conoce esta ventaja, invoca de nuevo á Hércules y emplea todas sus fuerzas: rechina el árbol, se rompe, cae á tierra con la cadena, y la inmensa copa le deja sepultado entre sus ramas.

Prorumpe el pueblo en voces de alabanzas, y el senado declara á Leonte vencedor. Este se levanta, se desembaraza con un ligero salto de aquel monton de ramos y hojas, y dice á los soldados: compañeros, ya soy vuestro general. Habeis jurado obedecer á la fuerza, pero ésta debe sujetarse á la sabiduría: os mandaré, pero será mi gefe Sofanór. Este ha hecho mas campañas que todos nosotros hemos visto combates: su esperiencia debe guiar nuestro juvenil ardor. Diciendo estas palabras se arrodilla delante de Sofanór y le jura obediencia.

Atónitos los marsos, creen estar oyendo á un dios. Sofanór le abraza llorando de admiracion. No, hijo mio, le dice, tú solo mereces ser nuestro caudillo. ¡Qué no harán los marsos guiados por un segundo Alcides! ¡O hijo mio! tú no has despreciado mi vejéz, has honrado mis canas; los dioses te recompensarán con triunfos repetidos. Desde ahora te los anuncio y doy gracias á los inmortales que me han dejado todavia alguna sangre para verterla á tu lado, y voz para publicar tus virtudes.

Padre mio, le responde el héroe, por ti solo me he presentado á la prueba: los dioses me han concedido la victoria para que triunfes. Sé pues nuestro caudillo, te lo pido y ruego; mas si mis súplicas no bastan, acuérdate que has jurado obedecerme. Te mando que me gobiernes.

Estas razones vencen la obstinacion del anciano: admite el mando, pero exije sea su compañero Leonte. Las tropas los aclaman juntamente. Sofanór se presenta en breve cubierto de sus antiguas armas: su edad, su rostro venerable cubierto de una luenga y blanca barba, inspiran el respeto, y su joven cólega infunde terror. Los dos de acuerdo disponen la marcha, y ya solo se espera la llegada de sus aliados.

Aparecen estos en breve. Los pelinios, los amiternos, los pueblos de Frentania y Carazena bajan de los Apeninos y se unen á los marsos. Sofanór, para dar la señal de la marcha, levanta en el aire el dragon, insignia que guia á los marsos en los combates.

A este tiempo, un portento espantoso detiene y cubre de terror todo el ejército. Aparece en los aires una águila que tiene entre sus crueles garras un horrible dragon, el cual, sangriento y respirando apenas, se enrosca, forcejea y procura herir con su ponzoñosa lengua al ave del Tonante (48). Todos los soldados esperan inmóbiles el fin de aquella riña; pero en breve el águila victoriosa rompe con su acerado pico las verdes escamas de su enemigo, le arranca las entrañas y le deja caer sin vida en medio de los batallones marsos.

¡Qué presagio para aquellos guerreros! Leonte, que los ve cubiertos de un frio yelo, toma el primer arco que encuentra: fija la vista en el águila vencedora, y siguiéndola hasta las nubes la dispara una flecha, y cae muerta á sus pies. De este modo, esclama, abatiré las águilas romanas; asi vengaré los pueblos que pretenden avasallar. No temais, marsos; el mejor

agüero es la justicia de nuestra causa. Peleais por la patria; Rómulo por la ambicion: id seguros de la asistencia de los dioses.

Estas razones, y aún mas su accion, ahuyentan el temor de todos los corazones. Recobrados los marsos, pueblan los aires con alegres gritos; todos se creen invencibles con Leonte, y las tropas contentas y llenas de esperanza se adelantan á marchas redobladas.

Encuentran á los romanos en la vega de Lucencia, que acaba por la parte del norte y oriente en unos cerros, y por la del occidente y medio dia en unos montes. Rómulo habia puesto su campo á la falda de estos. Sofanór y Leonte se fortifican á la falda de los cerros, dejando entre ellos y los enemigos el rio Fucino.

Inmediatamente se adelanta Rómulo á la orilla de éste á reconocer la situacion de los enemigos. Examina el espacio que ocupan, lo compara con el suyo; mide con la vista la llanura, nota hasta la mata mas pequeña; hace sondear el rio, se asegura de que es vadeable, y cierto de todas estas observaciones vuelve á su tienda, junta los cabos del ejército y declara que al amanecer del dia siguiente intentará el paso del rio. Manifiestan todos gran sorpresa;

pero Rómulo les esplica en breves razones el órden del ataque, el puesto que cada uno debe ocupar, el sitio á que se ha de procurar llamar al contrario: lo que se ha de hacer si se vence y los recursos que ha dispuesto si los rechazan. Finalmente les demuestra que todo lo ha previsto ora venzan, ora sean vencidos.

Sus generales le admiran. Numa, trasportado de gozo no cabe en sí. ¡En fin, se decia, ya ha llegado el dia tan deseado! ¡Dia felíz en que mostraré que soy digno de amar á Hersilia! El impaciente amante vuela al cuartel de los sabinos, recorre las tiendas, llama por su nombre á los gefes y soldados; les anuncia la batalla, los abraza y acaricia; cuenta suspirando las horas que se han de pasar hasta el combate, y su ciego ardor le hace murmurar contra Rómulo, porque no ha intentado el paso del rio aquella misma tarde.

En tanto que Numa se entrega enteramente al afecto que le domina, vé entrar en el campamento una partida que habia ido á sorprender un lugar. Esta cruel comision habia sido fielmente ejecutada. Los romanos traian consigo una multitud de mugeres, niños y viejos afligidos: traian estos desventurados las manos atadas á la espalda, y caminaban con la cabeza baja y

vertiendo amargo llanto. La madre, el hijo, el esposo levantan uno sobre otro su tímida vista; no se atreven á hablar y hacen vanos esfuerzos para juntarse y mezclar sus lágrimas. Los desapiadados soldados les vedan aún este triste alivio, apresuran el paso de los mas tardíos, con amenazas, con el cuento de sus lanzas, y á veces con el hierro que ensangrientan en sus carnes. Los inhumanos eran mas compasivos con las reses y ganados que traian con ellos: maltrataban á los viejos y mugeres, y cuidaban con esmero de los bueyes y ovejas que les habian quitado.

No pudo Numa ver con indiferencia, aquel triste espectáculo: todo lo abandona y olvida para volar al socorro de aquellos infelices. Ya estaban delante de la tienda real, en donde mezclados con sus rebaños esperaban la decision de su triste suerte. Numa se arroja á los pies de Rómulo! ¡O mi rey, le dice, mira, mira las atrocidades que se cometen á la sombra de tu nombre; mira esos desdichados arrancados de sus hogares, cargados de cadenas y de ultrajes! ¿Qué han hecho? ¿cuál es su delito? Postremos enhorabuena á los que nos resisten: corra la sangre en las peleas; la crueldad es allí inevitable. Pero asaltar á unos desventurados que no se defienden;

vencer mugeres y caducos, é insultarlos cuando estan vencidos, es una villanía, una crueldad atroz que los dioses deben castigar. Hijo de un dios: á ti te toca hacer justicia; vuelve la libertad á estos cautivos, haz que se restituyan á sus casas y que les vuelvan.....

Compadezco tu ignorancia, responde Rómulo, interrumpiéndole. Esos esclavos, esos ganados no son mios; son de mis soldados: este es el premio de su valor, de su sangre y fatigas. Antes de ser humano con mis enemigos, es debido ser justo con los compañeros de mis glorias. Debo distribuir esa presa entre los cabos de mis tropas; á ellos toca despues disponer de su suerte, y para que ninguno pueda quejarse, la suerte arreglará sus porciones respectivas.

Siendo asi, responde Numa levantándose, yo como comandante de las legiones sabinas, debo entrar á la parte.

Se conviene Rómulo. Manda traer la urna de las suertes y se ven adelantarse todos los cabos para tener parte en el botin. Semejantes á una trahilla de valerosos perros que en torno del ciervo que han rendido no se atreven á cebar sus dientes en él, contenidos por la presencia de su amo; pero esperan la señal de har-

tarse con el ojo ardiente y jadeando de fatiga y de gozo.

Céres, que no perdia de vista á Numa y que desde el Olimpo aplaudia á su humanidad, dirijió las suertes, é hizo le tocase la mayor parte.

Se apodera Numa de sus cautivos y rebaños y camina con ellos hasta la selva, que estaba inmediata al campo. Alli forma un altar con piedras y céspedes, lo cubre de leña para consumir la víctima. Despues escoje una blanca becerra, derrama leche pura entre sus cuernos, la inmola y entera la coloca en la pira: antes de arrimar el fuego dirije esta oracion á Céres: hija de Júpiter, yo te ofrezco esta víctima; mas ¡ó desgraciado Numa, si pensára que la sangre de una ternera me habia de grangear tu amparo! No se logra tener á los dioses favorables con solo el humo de los sacrificios. Mas grato les es un desdichado socorrido que un hecatombe (49). Recibe pues ¡ó Céres! una ofrenda mas digna de ti. Entonces se vuelve á sus cautivos. *Amigos, les dice, os concedo la libertad*, os han despojado de vuestros bienes, tomad á lo menos los que poseo: estos rebaños son vuestros, repartidlos entre vosotros, volved á vuestras casas y bendecid el nombre de Céres, pues á ella debeis la libertad.

Dice, y aquellos infelices dudan si lo que oyen es un sueño: quedan inmóbiles, juntas las manos y abierta la boca. Aún hablaba Numa, cuando una llama celestial baja sobre su cabeza, la rodea tres veces y despues prende fuego á la leña del altar. Al punto arde la víctima, la llama activa y resplandeciente sube hasta el cielo; se desprende de las nubes un rayo y cae á los pies de Numa un escudo de oro. Al mismo tiempo se oye una voz fuerte como lá de un ejército entero, que dice: *el dueño de ese escudo será siempre invencible. Numa, los dioses te protejen: no es posible agradarles y ser semejante á ellos, sino ejerciendo la humanidad.* Cesa la voz, y la víctima no es ya mas que un monton de cenizas. El olor divino que se siente en torno del altar dice claramente que una deidad acaba de hablar á Numa.

Este joven, postrado en el suelo, se levanta con el corazon lleno de aquella pura alegria que siempre resulta de una buena accion. Toma en sus manos y examina el celestial escudo: era todo de oro puro y hecho á la usanza de los tracios. En él estaban representados con admirable artificio todos los sucesos del reinado de Astrea, época felíz y mas apartada que otra alguna de la memoria de los hombres, tan

propensos á olvidarse del bien. En un lado se veia un pueblo afligido de la hambre, recibiendo de otro pueblo la mitad de sus frutos: en otro, varios hermanos privándose cada cual de una porcion de la paterna herencia, para dar un campo al huérfano que han acojido: mas allá se mira un padre de familia que está segando sus panes, y con disimulo deja caer muchas espigas para aumentar la corta ganancia de las espigaderas. Por todas partes el escudo divino representa acciones de virtud y beneficencia. Sin duda su inmortal artífice pensó que nunca necesitan mas los hombres tener presente estas virtudes que cuando se hallan entre los horrores de la guerra.

En tanto que Numa admiraba gustoso aquel divino artefacto, los prisioneros que habia libertado formaban á sus pies un cuadro digno de colocarse en el celestial escudo. Postrados á sus pies, estendidos los brazos ácia él, manifiestan con lágrimas y voces interrumpidas su gratitud y alegria. Las madres levantaban en alto á sus niños para que viesen á su libertador: unos le besaban los vestidos, otros le anunciaban las mayores felicidades. El mas anciano de todos se adelanta, apoyado en un rústico cayado, y le dice:

¡Los dioses te premien, ó joven vir-

tuoso, por todo el bien que nos haces! Jamas fuimos enemigos de tu pueblo: somos unos pobres pastores, que viviendo en medio de ásperos riscos entre los marsos y hernicos, hemos conservado nuestra independencia á favor de la aspereza y pobreza de nuestras sierras. Asi lo declaramos á los soldados de Rómulo; pero nos han tratado como á enemigos aunque sabian que no lo eramos; ¡y tú, creyéndonos tales, nos tratas como á hermanos! Vive seguro de que los dioses te protegerán: puede que esperimenten tu virtud con reveses; pero no te dejarán oprimido al peso de la desgracia. A dios, y acuérdate de los rheatos (que este es nuestro nombre): si algun dia vinieres á nuestras montañas oirás á nuestros nietos bendecir el nombre de Numa.

Despues que habló asi, el viejo fue á presidir al repartimiento que los rheatos hicieron entre sí de los ganados y reses, y Numa se retira huyendo de su agradecimiento, llevando consigo el escudo de oro, y vuelve á los reales pensativo y turbado.

Sus pensamientos tenian por norte á Hersilia; su corazon lleno de esperanzas y alegria se entregaba á todas las ilusiones del amor. A pesar suyo dirije los pasos á la tienda de la princesa. Luego que ha lle-

gado á la puerta no se atreve á entrar; se detiene, suspira y teme. Aquel guerrero que lleva en su brazo un escudo que le hace invencible; aquel guerrero que penetraria facilmente en los reales enemigos, no tiene animo para levantar la cortina de púrpura que cierra la tienda de su amada.

Ya finalmente cobra valor y la levanta: no está Hersilia en la tienda. Con su ausencia, mas animoso Numa, entra y registra todo aquel asilo. Todo lo que mira le ofrece la imágen de Hersilia: ve sus armas, sus dardos, sus flechas, su lira, sus vestidos y la guedejuda piel de leon que le sirve de cama. Se queda inmóvil; no se atreve á tocar nada de lo que ve, y no puede separar la vista de aquellos dulces objetos. Una languidéz general embarga sus sentidos, le faltan las fuerzas, se sienta en el mismo sitio en que Hersilia ha estado sentada; respira el mismo aire que ella ha respirado: estas ideas le arrebatan, su razon se ofusca, respira con dificultad, y un llanto ardiente inunda sus mejillas.

De repente oye mil gritos por todo el campo: las trompetas tocan al arma, y se oye un ruido espantoso por la parte del cuartel de Rómulo. Hersilia, la misma Hersilia turbada y sueltos los cabellos llega gritando: ¡á las armas! ¡A las armas sabi-

nos! Toma con precipitacion el yelmo y los dardos, y asi desarmada, sin coraza ni escudo, quiere volver al combate. ¡Ah princesa, la dice Numa deteniéndola: yo cuidaré de que los sabinos se armen, pero haz tú lo propio y toma este escudo, dón precioso de una deidad: defendiéndote guardará mi propia vida! Dice, y sin aguardar respuesta la deja el divino escudo y corre á juntar sus valerosas huestes.

Leonte ocasionaba esta alarma. Luego que se vió tan cerca de los romanos formó el proyecto de asaltarlos el primero. No dudes, sabio Sofanór, habia dicho á su cólega, que Rómulo nos atacará mañana: nuestra gloria pide que le ganemos por la mano. Luego que el lucero de la noche salga sobre el horizonte tomaré tres mil hombres escojidos, pasaré el rio á nado y penetraré con el fuego y el hierro hasta la tienda de Rómulo, y si un éxito felíz corona mi empresa tengo pensada otra mas importante.

Sofanór le abraza y aprueba su designio. Va con él á escojer los tres mil guerreros: los arman con espadas cortas, yelmos sin penachos, y les mandan dar de negro á todos los escudos y corazas: Sofanór les pondera el honor de acompañar á su general en faccion tan importante.

Luego que las tinieblas de la noche cubren la tierra, Leonte sale con ellos, sube una media legua contra la corriente del rio, le vadéa, vuelve á poner en órden sus soldados, los anima, los escita é inflama sus pechos con el noble ardor y audacia del suyo. Apiñados estos guerreros guardan el mayor silencio: ciertos de vencer con tal caudillo, se adelantan ligeramente ácia el campo de Rómulo.

Llegan á las guardias abanzadas y las pasan á cuchillo antes que puedan defenderse: los demas puestos que encuentran tienen la misma suerte. De este modo llegan sin encontrar obstáculo hasta cerca de la tienda del rey de Roma: entonces prorumpen en horribles gritos, y destrozando cuanto encuentran se acercan precedidos del estrago y la muerte hasta la tienda real.

En aquel instante Rómulo estaba solo en ella meditando el ataque del dia siguiente. A las primeras voces se levanta, escucha y brama de cólera al conocer las voces de los vencedores. Furioso al verse sorprendido por unos bárbaros, se pone el yelmo, embraza su escudo, y tomando dos picas sale volando á echarse en medio de la refriega. Vuela, hiere y llama: su voz semejante al trueno se oyó desde los dos

estremos del campo. Sus guerreros acuden á ella: Horacio, Miseno, Bruto, Abas y otros hallan á su valiente rey resistiendo él solo á los enemigos. Ya su brazo fulminante habia hecho morder el polvo con las bascas mortales al esforzado Opheltes, al valiente Aulastor, á Sófaris y á Corineo. El desgraciado Pentheo compró con su vida el honor de haber herido á Rómulo. Su pica ha penetrado la coraza del rey, y la de éste le partió el corazon. Aturdidos los marsos sienten que su animo decae, se contentan con defenderse, y rechazados por todas partes, buscan y llaman á Leonte.

Este, que se habia internado en las tiendas de Rómulo, vuelve á salir á este tiempo. En la una mano tiene su clava, y en la otra varios haces de sarmientos encendidos: á su vista se detienen los romanos, y los suyos dan gritos de alegria. El fiero Leonte se pone á su cabeza, y arroja los sarmientos por todas las tiendas romanas: comunícase el fuego con rapidéz; arden las fuertes lonas y estallan las maderas. Leonte, que juzga muy lento el incendio, le aumenta con los golpes de su clava. Pasa y vuelve á pasar por entre las llamas; mata á Másico, Abas, Tibur y Talasio; Miseno le detiene un instante, pero con un golpe deja su cuerpo desfigurado y sin al-

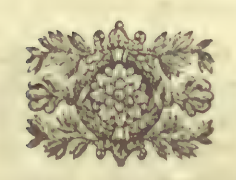
ma. A cualquiera parte que se vuelva lleva el incendio y la muerte. Asi baja la ardiente lava desde las cumbres del Etna; corre en arroyos de fuego por los campos, arranca, consume y destruye las peñas, árboles y frutos que encuentra, cubriendo de estragos y ruinas cuanto llega á tocar.

Al ver Rómulo tantas muertes de los suyos, empuña su fuerte pica, echa á las espaldas su inmenso escudo y corre por entre los muertos y heridos á oponerse á Leonte. Se le acerca y quiere hablarle, pero el furor le deja sin voz: le mira con ojos centellantes, escoje el parage en que ha de herirle, y vibrando su pesada pica la despide con todas sus fuerzas contra Leonte. Es muy creible que no le hubiera preservado la piel del leon nemeo (50) de este golpe formidable, que hubiera dado fin en aquel instante á las hazañas del héroe; pero encontró la pica de Rómulo con la pesada clava, funesta á tantos romanos, y penetrando por entre los nudos y puntas de que estaba guarnecida, se metió medio palmo en la madera y la arrancó de las manos de su dueño.

Desarmado Leonte, mira al rededor de sí, y ve una pesadísima piedra, que no habian podido sacar del campo, y servia de límites á los labradores. Ase de ella, la

arranca, y levantándola encima de su cabeza la despide contra su enemigo.

Cae Rómulo herido bajo de la piedra: sus guerreros acuden á socorrerle y le salvan la vida; pero no puede sostenerse en pie: molido y quebrantado del golpe atroz, vomitando sangre, caida la cabeza, los brazos derramados, sin conocimiento y casi sin vida, le llevan á su tienda en el instante en que Hersilia y Numa vienen á socorrerle con sus sabinos.





Argumento

DEL LIBRO QUINTO.

Hersilia y Numa rechazan á los marsos. Retirada de Leonte. Rómulo fortifica su campo. Nuevas proezas de Leonte. Reunion de los marsos y samnitas. Junta Rómulo el consejo. Va Numa á apoderarse de los desfiladeros de los montes Trebianos. Halla en aquellas sierras un pueblo que le ama. Derrota de los marsos y samnitas en los desfiladeros. Desafio de Numa y Leonte. Magnánima modestia de Numa: sabe que Tulio está espirando, y lo abandona todo para ir á verle.

A la manera que un peñasco de formidable tamaño desprendido de la cima de una montaña rueda con estrépito ácia la llanura, y rodando aumenta su violencia, rompe, troncha, arrastra cuanto encuentra: las ninfas, los pastores asustados huyen con espanto: los ganados asombrados se precipitan en el valle, y el labrador sobrecojido del terror no se atreve á huir: pero en lo mas furioso de su curso halla el peñasco dos fuertes robles, los cuales nacidos uno junto á otro há cien años que entretejen

sus ramas y raices. Allí se detiene; los árboles resisten el choque, y salvan á los pastores y rebaños: de este modo mismo se detiene Leonte al encontrarse con Hersilia y Numa.

La altiva amazona fue la que empezó el asalto: ¡Bárbaro, le grita, el gran Júpiter te pone hoy en mis manos; tu postrer hora ha llegado! Anda á vanagloriarte al Averno (51) de haber herido al gran Rómulo. Dice, y arroja con toda su fuerza un nudoso dardo que su furor no le permitió dirijir con acierto. Vuela el hierro, pasa al lado de Leonte y atraviesa las entrañas del valiente Telón, que á la sazon despojaba de sus armas el cadáver de Arunco. Leonte, sin alterarse, arranca el dardo del cuerpo de Telón, y mirando á Hersilia la dice con amarga sonrisa: te vuelvo tu arma: aprende á usar mejor de ella, y se le tira. Numa se arroja al encuentro del dardo: olvida que su amante está defendida del celestial escudo; le parece que su cuerpo la cubrirá mejor. Da el dardo en medio de su pecho; su punta cruel rompe el oro y el bronce de la coraza, y aún penetra un poco en las carnes del generoso amante, tiñendo sus armas de un bello color de púrpura. Ve Numa correr su sangre, y solo piensa en Hersilia: cuanto mas ter-

rible ha sido el golpe, tanto mas tributa gracias á los dioses por haber librado de él á su querida prenda, pero en breve este afecto cede el puesto al deseo de la venganza: se abalanza á Leonte; pero un tropel de combatientes los aparta y no pueden volverse á juntar.

Entonces Numa se arroja contra los marsos que caen bajo su acero como las espigas á impulso de la hoz. Siempre al lado de Hersilia hiere y mata con una mano y con la otra aparta todos los golpes que amenazan á la amazona. Esta suelta las riendas á su furor, y deja sin vida á Ocreo, Opiter, Soractor y el jóven Alméron: Alméron, único hijo de la desventurada Carítida: esta madre amorosa habia previsto su temprana muerte.

Cuando los marsos hicieron gente para ir contra los romanos, Alméron, de edad solamente de quince años, habia huido de la casa materna para juntarse con las tropas. Llega desalada esta triste madre, al tiempo que iban á marchar, y pregunta á todos por su hijo. Este que la ve venir procura esconderse entre las últimas filas ¡ Mas quién podrá ocultarse al ojo penetrante de una madre! Carítida le descubre, vuela á él, le estrecha en sus brazos, le inunda con su llanto, y en tanto que Alméron no se

atreve á levantar los ojos temiendo sus reconvenciones, ella ahogada entre sollozos le dice: ¡Hijo mio, único bien mio! ¡Huyes de mí! ¡Abandonas á tu madre! ¿Qué podrás hacer en los combates? ¡Apenas puede tu débil brazo sostener la pica; las flechas que despides pueden apenas matar un cervatillo, y quieres ir á oponerte á los mas famosos guerreros de Roma! ¡O hijo querido! Espera á lo menos para abandonarme que no necesites de tu madre; espera para darme la muerte á que puedas vivir sin mí. ¿Lloras, me abrazas y no me prometes renunciar á tu cruel designio? ¿Y vosotros, marsos, lo consentireis? ¿Habeis tenido madre?... Pero pues no hay remedio, dénseme armas, iré á todas partes al lado de mi hijo; participaré de sus riesgos, le cubriré con mi cuerpo, y daré un ejemplo del valor que inspira el amor materno.

Desde aquel dia no se separó jamás de su hijo. Leonte, que amaba á la madre y al hijo, les habia mandado no se apartasen de él un solo instante, y asi luego que el jóven Alméron habia disparado su flecha volvia á ponerse á cubierto entre su madre y su general; pero en aquella noche funesta se habian separado de Leonte, y encontrándolos la temible Hersilia, á pesar de los gritos y defensa de Carítida, se-

pultó su espada en el pecho del tierno niño. Cae Alméron como una hermosa flor arrancada al suelo nativo en su primera aurora: sus ojos antes de cerrarse buscan los de su madre; ésta le ve y muere sin recibir otra herida.

Numa, no tan cruel, aunque igualmente formidable, solo ensangrienta sus armas en los que resisten. Hispon, Marsena y Priverno han espirado á impulsos de su lanza: Nasamon y Seralpino han mordido la tierra con las bascas de la muerte. Liger el animoso, se atreve con todo á hacerle frente, y de cerca le arroja su disco. Hubiera muerto Numa á no bajar la cabeza: el cortante disco se lleva la esfinge que brillaba en su yelmo y hace volar por el aire los penachos de púrpura. Numa entonces arremete á Liger y rompe la pica en su cuerpo. Desnudando despues la terrible espada de Pompilio, hiende la cabeza á Orimantho, corta el brazo derecho á Tarchon, deja á sus pies sin vida á Quercens, y persiguiendo á los marsos ya puestos en fuga consigue arrojarlos de los reales. Leonte solo se quedó en ellos.

Abandonado de todos los suyos, Leonte no piensa en que está solo: ha recobrado su ferrada clava, no necesita tropas que le defiendan. Pero los sabinos le cercan, y

el feróz Ufencio se adelanta y le grita con voz terrible: no es ésta la asamblea de los marsos en donde basta el doblar un árbol para ser elejido general; es preciso morir, no puedes huir. Leonte le mira, se sonrie, evita el dardo que le arroja, y abalanzándose á él como un rayo le abraza y le hace vomitar el alma y las entrañas por la boca: le arroja en el suelo, y puesto un pie sobre el cadáver palpitante levanta con fiereza la cabeza y pasea sus ojos con ánimo sereno por todo aquel círculo de lanzas y espadas que le rodean. Inaccesible al temor escoje el parage por donde ha de arrojarse: resuelto finalmente á la retirada, cierra con los que le impiden el paso; los ahuyenta ó espachurra con su clava, y alejándose lentamente y de mal grado como un lobo que todavía hambriento huye del redíl á su pesar, tres veces vuelve á embestir y tres veces ahuyenta las tropas que le persiguen. En breve se junta con los suyos: su voz terrible los detiene. Vuelve á ponerlos en órden, y caminando en el espacio que hay entre ellos y los romanos, cubre la retirada de los marsos rechazando y conteniendo á aquellos.

Numa irritado de las proezas que le ha visto hacer, quiere ir á pelear con él; pero el ruido que oye á la orilla del rio llama

su atencion. El anciano Sofanór venia al frente de sus tropas á favorecer la retirada de su cólega. Los marsos aparentan que van á pasar el Fucino, y Numa por defender la orilla se ve precisado á abandonar á Leonte. Este guerrero ilustre se aparta con el resto de los suyos de aquel campo que ha llenado de sangre y muertes.

El prudente Sofanór, muy práctico en el arte de la guerra, mantuvo sus tropas á la orilla del rio hasta que salió el sol. Numa y sus sabinos, aunque tan cansados con las fatigas de aquella noche cruel tampoco abandonaron la orilla opuesta. Cuando Sofanór juzgó que su cólega podia haber ejecutado su proyecto retiró las tropas, y Numa ejecutó lo propio con las suyas.

Desde aquel instante se ocupa enteramente en el cuidado de los heridos. Todos los que halla en estado de ser curados, sean marsos ó romanos, tienen igual parte en sus desvelos y logran un pronto alivio. Busca en todos los sitios en que se ha peleado los que viven todavia con el mismo celo y ardor que buscó durante la refriega los que mas se resistian. Ya no piensa en la gloria, solo se acuerda de ser humano y reputa como hermanos los enemigos ya vencidos.

Despues de haber cumplido estas sagradas obligaciones, y despues de asegu-

rarse por sí propio que sus valientes sabinos pueden entregarse sin recelo al descanso, corre Numa á la tienda de Rómulo sin querer que antes le curen su herida; la necesidad de ver á Hersilia era para él la mayor de todas. Entra y ve al rey tendido sobre unas pieles de leopardos, cubierto de vendajes sangrientos, y rodeado de su hija y de los gefes del ejército. Menos ocupado de sus males que de la posicion de sus tropas, guardaba un triste silencio que interrumpió al llegar Numa. "Te estaba aguardando, esclamó; ya sé, jóven esforzado, tus valerosos hechos; tú solo has salvado hoy el ejército: acércate ven á abrazarme; tu gloria es el mayor alivio de mis males." Numa se pone de rodillas y besa las manos de su rey. Levanta, le dice éste, y piensa en ejecutar lo que voy á encargarte.

Los bárbaros nos han sorprendido y el estado en que me veo me obliga á dilatar mi venganza: pocos dias bastarán á mi restablecimiento; pero durante este tiempo es preciso resguardar nuestro campo de otro nuevo insulto. Ve pues, valiente Numa, lleva diez cohortes á la selva inmediata, y les harás cortar cincuenta mil estacas fuertes de la altura de un hombre y bien aguzadas por las puntas. Tú, Mecio, entre tanto harás abrir un foso ancho

y profundo, que formando un cuadro perfecto rodeará y cerrará todo el campo, y solo dejarás en medio de cada lado una entrada: emplearás en este trabajo las legiones latinas, que son las que menos han padecido esta noche pasada. Id pues y procurad que todo se haga breve y puntualmente; á la noche volvereis á tomar nuevas órdenes.

Mecio y Numa obedecen prontamente. El prudente Rómulo hace clavar las estacas en el borde interior del foso á poca distancia unas de otras, y cubriéndolas despues de tierra, habiéndolas antes atado unas á otras, aguzadas las puntas que sobrepujan el espaldon de tierra, consigue verse rodeado de un bosque de dardos. En tres dias concluyen Mecio y Numa esta grande obra; en las cuatro puertas levantan ocho reductos llenos de soldados, y los romanos, seguros y tranquilos en su campo como si estuvieran en su ciudad, admiran como el genio de uno solo puede salvar ó perder á muchos millares de hombres.

Sofanór, tranquilo al otro lado del rio, habia visto los trabajos de Rómulo sin inquietarle. Sospechoso Rómulo acerca de esta inaccion, no podia penetrar el motivo que impedia a los marsos de obrar.

¿Qué hace pues, esclamaba, ese temible Leonte? Sin duda se contenta con haber herîdo á Rómulo; mas no por eso juzgue que me ha vencido: apenas principia ahora la campaña. ¿Por qué ese caudillo tan propio para los asaltos nocturnos, no intenta quemar segunda vez nuestros reales? ¡O Júpiter, ó Marte, padre mio! Aliviadme los dolores que padezco; volved la fuerza á mi brazo enfermo, y no me ocultaré entonces en mis reparos.

Asi hablaba Rómulo, cuando ve llegar á su presencia un soldado de Capua, cubierto de sangre y polvo: jadeando y medio muerto venia de la ciudad de Auxencio, adonde su rey se habia retirado. ¿Qué noticias me traes? le pregunta Rómulo: ¿Han forzado el paso los samnitas? ¿Han sitiado á mi aliado? Tu aliado, responde el soldado, está en poder de los enemigos. Leonte, el formidable Leonte se ha aparecido bajo los muros de Auxencio cuando le creiamos estar peleando contigo. Se ha hecho dueño de la ciudad, del rey, de sus tesoros, de sus tropas y almacenes; y no contento con esta hazaña, ha volado á sorprender el ejército que esperaba á los samnitas á la bajada del Apenino, lo ha derrotado, y se ha juntado con estos terribles enemigos.

Al oirle Rómulo, déja caer la cabeza sobre el pecho; calla, y se queda inmóvil; pero en breve recuerda al estrépito de clarines y trompetas que se oye de la parte opuesta del rio. La causa de este marcial estruendo era el magnánimo Leonte, que conducia al campo de Sofanór al rey cautivo, cuatro mil prisioneros, un botin inmenso y las invencibles escuadras de los samnitas. Los romanos ven distintamente al rey, resplandeciente de oro, montado sobre un hermoso caballo: Leonte, cubierto de la piel de leon, camina á pie á su lado; sus valientes marsos le rodean y veinte mil samnitas cubiertos de bruñido acero cierran su marcha triunfante.

Ponen sus tiendas estas nuevas tropas al lado de las de Sofanór, y apenas cierra la noche cuando mil fuegos encendidos en toda la ribera del Fucino alarman á los romanos y les hace temer segundo insulto.

Estos valientes romanos, que hasta entonces prorumpian siempre en gritos festivos al ver el enemigo, ahora guardan triste y profundo silencio á la vista de aquel campo formidable. Los soldados se miran unos á otros con espanto; los cabos no se atreven á comunicarse sus temores: todos vuelven los ojos á Rómulo. Se doblan las guardias y batidores, se prepara todo para

el combate, y á pesar de la fuerza y solidéz de las nuevas obras, del número y valor de las tropas, la inquietud y el recelo ocupan todos los ánimos.

Rómulo mismo está receloso y turbado, pero muestra en públìco un rostro sereno. Apoyado sobre una lanza y caminando con dificultad á causa de su herida, visita todos los cuarteles, anima á los soldados, y aunque su corazon está oprimido de tristeza, da en alta voz gracias á los dioses, que le entregan juntos á sus enemigos.

No obstante, una órden secreta junta el consejo. Mecio, Valerio, el sabio Catilo, el prudente Bruto y otros capitanes de acreditada esperiencia, acuden á la tienda del soberano: su nacimiento llama á esta junta á la bella Hersilia, y á Numa sus hazañas. Los lictores guardan la entrada de la tienda real y apartan á los curiosos. Entonces Rómulo, dejando la serenidad aparente que ha manifestado á las tropas, mira con inquietud á todos los concurrentes, y les dice de este modo.

Vuestros consejos, compañeros mios, me han sido siempre muy útiles, pero hoy me son del todo necesarios. Los enemigos, vencedores de mis cobardes aliados, tienen triplicadas fuerzas que nosotros. Es cierto que á favor de nuestras trincheras les po-

demos resistir facilmente, pero si pasan el rio y nos bloquean en nuestro campo (cosa muy creible) antes de ocho dias nos faltan los víveres, y pereceremos sin pelear. ¿Qué haremos, amigos mios, en situacion tan crítica? ¿Pelearemos contra los dos ejércitos reunidos, y evitaremos muriendo una capitulacion vergonzosa, ó bien intentaremos una retirada que siempre ha de ser con mucho riesgo y pérdida?

Calló Rómulo, y Mecio propuso se enviase á Roma pidiendo socorro á Tacio, y que entre tanto se esperase al resguardo de los reparos que llegase el cólega de Rómulo: Bruto al contrario, fue de opinion que se presentase la batalla al enemigo, pues no habia otro medio menos incierto; pero Hersilia se le opuso diciendo: en tanto que mi padre no puede pelear, no debemos tener fundadas esperanzas de vencer: de su brazo pende la victoria, y ahora no puede servirnos: sigamos el consejo de Mecio; estémonos quietos en el campo, y envíese al punto á pedir refuerzo á la ciudad; pero convendria para reprimir el orgullo de los enemigos é impedirles que nada emprendan en algunos dias, que Numa y yo, saliendo á la media noche, penetrasemos en el campo de los samnitas, y en tanto que alucinados con su victoria y fa-

tigados de la marcha se entregan al descanso, nosotros llenariamos sus tiendas de muertes y estrago. Este es mi dictámen; si mi padre le aprueba, vamos al punto á ejecutarle.

Numa la escucha arrebatado de gozo: sus ojos siguen todos los movimientos de Hersilia: su corazon palpita viéndose preferido de ella, y esta noche en que deben pelear juntos, le parece la época mas felíz de su vida. Pero Rómulo desvanece sus esperanzas oponiéndose al intento de su hija: los demas gefes proponen arbitrios ó imposibles mas peligrosos que el mismo mal. Todos proponen, disputan y repiten lo dicho. Se alarga la sesion, y nada se ha logrado mas que esponer claramente todos los males sin encontrarles remedio suficiente.

De improviso el joven Numa se siente inspirado de Minerva: pide permiso para hablar, y Rómulo se le concede mirándole con complacencia. Gran rey, le dice el héroe, creo que hay un medio, no digo para salvar el ejército solamente, pero aun para asegurarte la victoria. A nuestras espáldas tenemos los montes Trebanios: estas asperísimas sierras tienen gargantas y desfiladeros, en los cuales cien mil hombres pueden ser derrotados por un corto número de tropas dueñas de las alturas. Si esta no-

che me permites marchar con la mitad de mis sabinos, mañana antes que el sol llegue al ocaso ocuparé los desfiladeros. Tú señor, huirás de los enemigos por la primera vez: no te asuste esta voz *huir*, pues asi aseguras una victoria completa. Los marsos y samnitas te perseguirán, y luego que se internen en las gargantas, los esperarás y pelearás con ellos, en tanto que yo con mis sabinos desde lo alto los combatiremos con las armas arrojadizas, y con las piedras que caerán sobre ellos.

Asi dice Numa, y Rómulo le abraza tiernamente. Valiente joven, le responde, mas que la vida te deberé, pues salvarás mi gloria. Corre á ejecutar tu proyecto: llévate todos los sabinos, escepto la caballería que te seria inútil y á mí me hará muy al caso para cubrir la retirada. Una noche de ventaja te será suficiente; marcha pues al instante, y si logras tu empresa, mira cuál será tu recompensa. Diciendo esto le enseña á Hersilia.

Numa se queda inmóvil. La sorpresa, el gozo, todos los afectos que le agitan, le embargan la voz: sus ojos miran á un tiempo á Rómulo y Hersilia. Finalmente, se precipita á los pies del rey: hijo de un dios, le dice, ahora acabas de hacerme invencible. Vengan los marsos, los samnitas;

únase contra mí la Italia entera, no la temo: el nombre, solo el nombre de Hersilia me hace casi igual á ti, y el honor de ser tu yerno me eleva al grado de los semidioses (52).

Al pronunciar esto brillan sus ojos del fuego de amor y valor; los dirije á Hersilia y lee en los suyos que ratifica gustosa la promesa de su padre: ardiendo en deseos de ponerse en marcha, vuela á mandar que se armen sus leales sabinos.

Inmediatamente salen del campo las legiones latinas, y van por mandado de Rómulo á formarse en batalla á la orilla del rio con el fin de ocultar á los enemigos la salida de Numa. Los marsos, que juzgan van á ser atacados, acuden á la parte opuesta: unos y otros se arrojan flechas, dardos y piedras, y los romanos ocupando á los contrarios les quitan toda sospecha de la marcha de Numa.

Atraviesa las selvas de Sora, evita con un rodeo las peligrosas lagunas de Aratria, y enderezando su marcha ácia Asilo, llega al rayar el alva al pie de las sierras Trebanias. Antes de emprender la subida, el prudente Numa hace que algunas partidas de tropas ligeras vayan á descubrir terreno, y deja otras para que sirvan de guias á Rómulo. Comienza despues á subir por

aquellas breñas. Sus soldados fatigados con la marcha forzada que acaban de hacer, trepan con trabajo; pero Numa los anima: siempre delante de todos, unas veces se agarra á las ramas de los arbustos para ayudarse, y otras clavando las puntas de sus dardos en las grietas de las peñas sube á favor de este apoyo. Anima con el gesto y la voz á sus compañeros: si se ofrece saltar un barranco pasa el primero, y ya del otro lado, escita con el ejemplo á que le imiten: salva todos los malos pasos, y llegando á la cumbre, llama á los suyos: la imágen de Hersilia que va delante de él le facilita todas las dificultades, y sus tropas animadas al verle, superan finalmente todos los obstáculos.

Luego que ha llegado á lo alto se admira al ver tierras cultivadas y prados llenos de ganados. Sus soldados le traen algunos pastores. Numa los tranquiliza con sus razones: no vengo, les dice, contra vosotros; nada teneis que temer: solo quiero que me guieis á vuestra principal poblacion: nos dareis los víveres necesarios, que se os pagarán puntualmente. Nuestro intento es solo el de apoderarnos por tres dias de estos desfiladeros. Libres ya de todo recelo, los pastores le conducen al lugar inmediato.

¡Cuál fue la admiracion de Numa al conocer entre sus moradores aquellos mismos rheatos á quienes habia concedido la libertad! El viejo que le habló el dia del sacrificio se adelanta, y reconociéndole, ¡ó dia felíz! esclama: amigos, hijos mios, este es nuestro libertador; este es el héroe generoso que rompió nuestras cadenas: ¡este es Numa! Apenas ha pronunciado este nombre cuando todos los rheatos rodean á Numa, y se postran á sus pies. Unos le dan gracias por la libertad de sus padres; otros por haberles vuelto sus hijos y mugeres, y todos repiten: ¡O hijo de los dioses! (pues debe serlo quien como tú los imita.) ¡Qué gracias no te debemos por habernos concedido tantos bienes, y el mayor de todos que es el de poder besar tu mano libertadora y contemplar un guerrero que sabe perdonar! Dispon á tu gusto de nosotros, de nuestras vidas y haciendas: todo es tuyo; eres nuestro rey, nuestro padre; y aún mas, pues fuiste nuestro libertador.

No puede Numa oir estas tiernas espresiones sin llorar. Sus valientes sabinos se enternecen con él; ya los une la dulce amistad con aquel pueblo virtuoso. Habitantes y soldados se mezclan, se abrazan; reciben y dan todo cuanto la hospitalidad

y la amistad les inspira. Las chozas se llenan de los guerreros de Numa: hombres, niños y mugeres los sirven con celo y andan solícitos en suministrarles aún mas de lo que necesitan. Tanto los sabinos como los rheatos no componen ya mas que un pueblo solo y una sola familia. Todos aman y respetan igualmente á Numa: esta conformidad en los afectos los ha hecho hermanos.

Despues de haber dado algun tiempo al descanso, Numa da la señal para juntar sus tropas, y todos los habitantes acuden con ellos á la voz del clarín, armado cada cual con lo que ha podido encontrar: este viene con una espada medio carcomida del orín, aquel con un escudo roto: el otro ha tomado una reja de arado y los mas se han provisto de armas, cortando gruesas y nudosas ramas de las encinas y robles. Queremos pelear por ti, dicen al héroe: seremos parte de tus tropas, y cree que si el corazon basta para hacer un soldado, nunca tendrás otros mas valientes y arrestados.

Hablando asì, se forman esforzándose á imitar á los sabinos: se alinean unos á otros formando filas mal compuestas, y piden con instancia se les conceda el puesto mas peligroso. En vano intenta el sensible

Numa reprimir el celo de su ardiente gratitud: en vano se resiste á esponer á los riesgos del combate á unos hombres que no tienen mas causa para pelear que el amor que le profesan: este amor es mas fuerte que su autoridad, y á pesar de sus órdenes y ruegos, el hijo de Pompilio se vê precisado á doblar el número de sus tropas. Entonces les esplica su intento diciéndoles que quiere ocupar las alturas para destruir al enemigo.

Inmediatamente guian los rheatos á los sabinos á todos los sitios y gargantas de paso indispensable: les señalan los puestos que deben ocupar, se apostan con ellos, cortan gruesos troncos, preparan montones de piedras para escachar á los marsos, y resueltos á participar de los riesgos de los soldados de su bienhechor, aguardan con impaciencia el ejército romano.

En breve se descubre éste. Rómulo habia salido de su campo y emprendido una diestra retirada, con la cual engañados los marsos y samnitas le seguian, aunque siempre reprimidos por las sabias maniobras del contrario. Cuanto mas se acercaban á las montañas, tanto mas procuraba el astuto general aparentar gran desórden en su marcha: la retaguardia se desordenó por su mandato, y la entrada de los romanos

en los desfiladeros parecia una total derrota. Sofanór, Leonte y aun mas el general de los samnitas dieron ciegamente en el lazo, y todo aquel ejército de aliados, compuesto de guerreros mas valientes que astutos, se internaron en lo mas áspero de las gargantas, creyendo perseguir á unas tropas desmandadas y puestas en fuga.

Rómulo, instruido por las guias que Numa le habia enviado, condujo de este modo á los enemigos hasta el sitio mas dificil y peligroso de los desfiladeros. Luego que vió logrado su fin cesó de huir, y pasando por medio de la retaguardia con una columna de gente escogida, se presenta á los marsos, los llama al combate, y da el tiempo necesario á la retaguardia para rehacerse. El esforzado Leonte cierra antes que todos con los romanos, y á su ejemplo los marsos y samnitas se disputan la gloria de acabar con los contrarios, cuando de improviso se ven cubiertos de una nube de piedras, troncos y peñascos que rodando con furia desde lo alto, escachan, rompen y destrozan sus batallones. Pasmados los gefes y soldados, levantan los ojos y ven las alturas cubiertas de lanzas; el espanto los deja inmóviles; no se atreven á dar un paso contra Rómulo, ni tampoco pueden volver atrás. Numa les habia cor-

tado ya la retirada. Encerrados por todas partes en un campo de batalla tan estrecho, impedidos por su misma multitud, y sepultados bajo los enormes peñascos que los sabinos y rheatos desprenden sobre ellos de continuo, se hallan vencidos sin pelear; arrojan las armas, y piden capitulacion.

¿Quién será capaz de espresar el furor y la rabia de Leonte? Semejante á una tigre de Hircania que cayendo en la trampa que le ha puesto el cazador cerca de su cueva, y viendo que éste le arrebata sus cachorros sin que pueda defenderlos, ruje, forcejea, despedaza con los dientes las piedras que alcanza, las desmenuza con furor y devora con los ojos centellantes al enemigo que no puede ofender; asi Leonte siente aumentar su desesperacion y rabia oyendo los lamentos y quejas de su destrozado ejército. No espereis, les dice, que en tanto que Leonte os mande consienta una villanía: antes de pedir de rodillas la vida al enemigo tened siquiera valor para verme morir. Dice, y se abalanza á la cumbre y á pesar de las piedras y maderos, emprende solo el temerario arrojo de subir á lo alto.

Luego que los rheatos y sabinos conocen su intento, acuden al sitio que procuraba alcanzar y hacen un monton de

gruesos peñascos para arrojarlos sobre él; pero Numa corre á detenerlos y les manda cesar el diluvio de piedras y dardos, que al fin hubieran sepultado á Leonte. Amigos, les dice, respetad su noble desesperacion. Hemos opuesto la ventaja del sitio, á la ventaja del número; pero al valor de un hombre solo no he de oponer mas que mi valor. Aguárdame Leonte; quiero ahorrarte la mitad del camino.

Dice, y baja con tranquilo paso mandando retirar á los sabinos que querian acompañarle, y llega á juntarse con su terrible contrario que le aguardaba sobre un peñasco llano rodeado de precipicios que apenas les franqueaba el espacio preciso para reñir. Cesa la pelea entre los dos ejércitos: fija la vista en los dos héroes, cada soldado se olvida de sí propio y solo piensa en ellos: la casualidad que los pone en aquel sitio elevado, parece que los ofrece á la vista y admiracion de las naciones de cuya suerte ellos van á decidir.

Cerca ya uno de otro, se miran sin hablar y parece aquel silencio hijo de una recíproca admiracion. Leonte fue el primero que hablo: aprecio, ó valiente joven, dijo á Numa, ese valor que manifiestas y te confieso que entro con repugnancia en combate contigo: vuelvete, te ruego, á tus

batallones y deja que sacie mi furor en la sangre de otros guerreros menos esforzados.

No hay ninguno, le responde Numa, en todo el ejército: el último soldado de Rómulo me iguala en valor, y en breve conocerás si soy digno objeto de tu compasion: dice, y no pudiendo arrojar el dardo, á causa del corto espacio, le dirije con las dos manos lleno de furor al pecho de Leonte. Fue terrible el golpe, pero dió en donde las uñas del leon cruzadas sobre el pecho formaban una triple coraza, en ella se embotó el hierro de Numa y la violencia del golpe hizo pedazos el dardo. Casi estuvo Leonte para caer; su furor aumenta: alza la formidable clava, y dándola dos vueltas en alto, descarga un golpe espantoso sobre el escudo del contrario. Cae el escudo hecho mil pedazos, y el mismo Numa toca el suelo con una rodilla, pero al punto se levanta: saca la espada de Pompilio que es ya su única defensa. Quiere Leonte herirle segunda vez, pero el ligero Numa evita el golpe. Ambos fijos los ójos en el contrario, atentos á todos sus movimientos y dando vueltas en un espacio reducido, se doblan, se tuercen, dan mil golpes vanos y evitan otras tantas mortales heridas.

Indignado Leonte de tan larga resis-

tencia, toma su clava á dos manos, se arroja á su contrario, y levanta sobre su cabeza la clava y la muerte á un tiempo. No puede Numa evitarlo; se cubre con su espada, débil defensa que no le hubiera valido sin la proteccion de Céres. Esta diosa miraba desde el Olimpo el cruel combate: ve la ferrada que amenaza la cabeza de Numa, se estremece, vuela, y llega antes que descargue el golpe. Su brazo invisible y poderoso desvia el golpe, y Leonte, arrastrado de su misma fuerza y del peso de la clava, cae en tierra como un pino de cien años arrancado por un violento uracán. Numa se arroja sobre él: con una mano le coje del cuello y con la otra le pone la punta de su acero sobre el corazon: dueño soy de tu vida, le dice, pero no puedo dar la muerte á un guerrero como tú. Ven á jurar la paz: mas quiero ser tu amigo que tu vencedor.

Dice, se levanta, y envaina su espada. Leonte, apenas puesto en pie, abraza á su generoso enemigo, y los dos asidos de la mano bajan ácia los batallones marsos que ya se ocupaban en nombrar los ancianos que habian de ir á tratar con Rómulo.

Numa, acompañado de Leonte, los conduce á la presencia del rey de Roma. Numa intercede á favor de los marsos, y Rómulo

les concede la paz. Pondreis en libertad, les dijo, al rey de Capua, y le volvereis sus prisioneros y tesoros. En cuanto á las tierras de los auruncos, que este monarca os pedia, como siempre serian en vuestro poder ó el suyo un perpetuo motivo de discordias, me las cedereis á mí. En cambio, mi aliado os dará la ciudad de Auxencio, y en rehenes á su hijo Capis, en tanto que se cumple enteramente lo pactado.

Los marsos se convinieron gustosos con estas condiciones que les eran mas favorables que al rey de Capua, y Rómulo, que adquiria una nueva provincia, miraba con indiferencia los intereses de un aliado que despreciaba. Pero deseando recompensar á Numa, se vuelve á él, y dice: tú, valiente joven, triunfarás en mi lugar. Sobre mi carro entrarás en Roma; Leonte adornará tu triunfo, y mi hija te dará la mano ante el ara de Júpiter.

A ti solo, gran rey, responde Numa, es debido el triunfo: á mí me basta la mano de Hersilia; ésta es la mayor gloria á que nunca puedo aspirar. En cuanto al valeroso Leonte, no soy yo quien le ha vencido; no, romanos, no he sido su vencedor: Céres ha bajado desde el Olimpo para darme la victoria. Vuelve, ó Leonte, vuelvete á tu patria: libre estás, y eres inven-

cible, pues solo has cedido á los inmortales. Dijo, y todos, asi marsos como romanos, creen oir á un dios. Leonte se precipita en sus brazos, y le estrecha en ellos llorando de admiracion. Se esfuerza en negar lo que ha dicho, y pretende haber sido vencido. Mas Numa refiere en alta voz el modo con que Céres le ha socorrido: la da gracias de que le ha salvado la vida, y se cubre de una inmortal gloria, reusando la que no merecia.

Entre tanto se ratifica y jura la paz: vuelve á estar libre el rey de Capua; Rómulo entrega Capis á los marsos, y envia uno de sus generales á tomar posesion del país de Auruncos. Antes de separarse Numa y Leonte se juran una eterna amistad, y se hacen mútuamente un regalo. Numa obliga á su nuevo amigo á que admita el hermoso caballo de Tracia que Tacio le habia dado, y Leonte le da un yelmo fabricado por el mismo Vulcano, don que le habia hecho el general de los samnitas. Consérvale siempre, le dijo, y sobre todo consérvame tu amistad: te doy palabra de consagrarte mi vida desde el instante que pueda disponer de mí mismo. Esta fue la despedida de los dos héroes.

Rómulo, pronto ya á volver á Roma, quiere que Hersilia y su amante, juntos en

el mismo carro, vayan á la cabeza del ejército. ¡Qué felicidad para Numa! Apenas puede reprimir su gozo. Está al lado de la que ama, seguro de poseerla, y esta idea tan dulce le llena de timidéz. Numa, cubierto de gloria, favorecido de Rómulo y libertador de todo el ejército, tiembla al lado de Hersilia. La mira, y no se atreve á hablarla: en vano la ha obtenido, y ella ha manifestado que paga su amor: no puede acabar de creer que haya podido merecerla.

Ya las tropas habian vuelto á pasar el Liris, cuando un correo cubierto de polvo pregunta á voces por Numa, y se presenta á él cubierto el rostro de lágrimas. Numa sobresaltado le pregunta por Tacio, temiendo alguna funesta noticia. No vengo de Roma, le responde el mensagero; vengo de la selva y del templo de Céres. No ha podido el venerable Tulio tolerar tu ausencia, y aun menos tu cruel olvido. Está en los últimos instantes de su vida, y pide por última gracia que pueda verte antes de morir.

Numa da un grito penetrante; se arroja del carro, y sin pensar en despedirse de Hersilia, ni pedir licencia á Rómulo, monta sobre un caballo, y vuela ácia la Sabinia.

Argumento

DEL LIBRO SESTO.

Gozo de Tulio al volver á ver á Numa. Esmero y cuidado de éste en su asistencia. Prudentes consejos del pontífice: muere en los brazos de Numa. Dolor y arrepentimiento de éste. Vuelve á buscar á Hersilia. Pasa por un país asolado y destruido por esta princesa, y llega á Roma lleno de horror. Arenga de Rómulo á su pueblo, y respuesta de Tacio. Preparativos del himeneo de Hersilia y Numa. Sangrienta muerte de Tacio: Numa le socorre, y jura dar la mano á su hija.

Numa fatigaba los hijares de su caballo, y llorando seguia la corriente del Anio: huia de una amante idolatrada en el instante que iba á asegurarle su posesion, y renunciaba á la gloria de triunfar en Roma. Mas con todo, no era esta la verdadera causa de su llanto, y sí el peligro en que estaba Tulio y el arrepentimiento de haberle podido olvidar, no pensando mas que en su ciega pasion. Temia las quejas del venerable viejo, pero aun recelaba mas hallarle sin vida. Si yo no le



Te suplico defiendas la vida de Facia: sé el defensor de esta huerfana abandonada.

hubiera abandonado, se decia, quizás no habria llegado tan pronto el fin de sus dias, ó á lo menos mi presencia hubiera suavizado sus penas. Mi primera obligacion y la mas sagrada debia ser volverle en su vejéz los cuidados que empleó en mi infancia. He sido ingrato á su amor; esta idea llenará mi vida de amargura. No podrá la gloria consolarme. ¿Qué importan las alabanzas del mundo entero, cuando nuestra conciencia nos acusa interiormente?

Asi hablaba Numa atravesando por los campos de Carséoles: sin detenerse un instante deja atrás la amable Tibur, la caida del Anio, el monte Ereto, y comienza á descubrir la selva sagrada y los tejados del templo. ¡O qué complacencia siente su alma al considerar y volver á ver el sitio de su nacimiento! ¡Qué afectos tan dulces y tristes á un tiempo mismo escita en su corazon! Pero un interes mas vivo le arrastra; llega á la casa del pontífice, pregunta, le busca, y le halla tendido en su lecho rodeado de sacerdotes y de pobres.

Al verle prorumpe en ayes lastimosos, se arroja de rodillas al lado de la cama, y tomando una de sus manos, la cubre de besos y de lágrimas. El anciano, cuyos débiles ojos estaban cerrados, los abre y conoce á Numa: al punto aparece en su ros-

tro un rayo de nueva vida, y recobra el aliento que iba á dejarle para siempre. ¡O hijo mio, esclama! ¡Es posible! ¡Qué vuelvo á verte! Los dioses han oido mis plegarias. Ven, no tardes á echarte en mis brazos; temo que el gozo me acabe antes de haberte abrazado. Diciendo asi se incorpora con trabajo, y estiende sus débiles brazos ácia Numa; le recibe en ellos, lo estrecha contra su pecho, y no puede ni hablarle, ni separarse de él. El joven baña con su llanto el rostro del venerable anciano, y no le habla mas que con sollozos, elocuente lenguaje de las almas sensibles.

La conmocion que Tulio ha padecido acaba de debilitar sus fuerzas: cae en el lecho sin movimiento y casi sin vida, pero siempre asido de la mano de Numa. Se le administran los mas eficaces remedios, pero sola la voz de su hijo puede volverle á la luz. Apenas recobrado, pide que le dejen solo con él. Entonces vuelve á abrazarle diciendo: ya pueden los dioses cortar el hilo de mi vida; he vuelto á verte, y muero contento. Si tuviera mas tiempo para disfrutar de tu vista te haria algunas reconvenciones; pero apenas bastarán á mi ternura las pocas horas que me quedan. Cuéntame pues, hijo mio, lo que has hecho; no

dudo que la fortuna te ha favorecido, puesto que no has necesitado de mis consejos ni consuelos. Refiéreme lo que te ha sucedido; tus palabras detendrán mi alma fugitiva, ó á lo menos me harán mas dulce la muerte, si los últimos acentos que llegan á mi oido me aseguran de que te dejo felíz y virtuoso. ¡Ah padre amado! responde Numa, ya no hay felicidad para mí si los dioses no te alargan la vida; si no se apiadan de mis lágrimas y desconsuelo. Continuamente me despedaza el remordimiento de mi proceder y olvido ingrato.

No hables de mí, le dice el anciano, cuando te pido que me refieras tus sucesos; esto es lo único que puede interesarme. No me has olvidado, puesto que me amas todavia: me doy por contento, y solo quiero que me hables de mi hijo: este único deseo es el que has de satisfacer. Si has incurrido en alguna culpa no temas confesármela; ya debes conocer á tu padre, y ciertamente no se armará de una severidad impropia cuando va á separarse de ti para siempre.

Hablando asi alarga una mano á Numa, y á pesar de los dolores que le atormentan, le mira con dulce sonrisa. Esta suma bondad disipa los temores y dudas de Numa, y le presta valor para referirle su

llegada á Roma, la acojida que halló en Tacio, el amor que le consume, y todo lo que esta pasion le ha hecho ejecutar. La pura verdad reina en todas sus palabras: se confiesa culpado en no haber seguido los consejos de Tulio, y en el abandono con que ha pagado el amor de Tacio; y lejos de disminuir sus faltas, apenas se detiene en contar sus proezas.

Tulio le escucha, y no siente sus males: su ternura suspende los dolores. Pero al oir que Hersilia es el objeto del amor de su hijo, levanta los ojos al cielo. ¡Cruel amor, esclama, estos son tus golpes! Llenas el virtuoso corazon de este incauto joven de un violento amor por la hija de aquel rey impío que nos obligó con una injuria cruel á ser sus aliados; de aquel malvado, que sirviéndose del nombre de los dioses nos hizo caer en sus lazos, y llenó toda la Sabinia de llanto y desolacion. ¡O hijo mio! Me horrorizo viendo los peligros que te cercan. Crees haber llegado al colmo de la dicha porque Rómulo te ha prometido su hija, y yo lloro las espantosas resultas de ese fatal himeneo. No bien serás yerno de Rómulo cuando perderás el amor de los sabinos: serás sospechoso á su rey Tacio, y en breve te verás forzado á ser su enemigo. No te lisonjees

de ver durar mucho tiempo la armonía que subsiste entre los dos reyes: el odio está como un fuego oculto en el centro de sus corazones; la menor chispa producirá un incendio, y entonces te verás en la dura precision de declararte contra el padre de tu esposa, ó contra el amigo de tus padres. ¿Dudarás, puesto entre tu rey legítimo, hombre justo y virtuoso, y un rey de foragidos que nunca ha conocido otro derecho que la fuerza, ni otra virtud que el valor, cuya primer hazaña fue la muerte de su hermano, y que selló su alianza con los sabinos con tu misma sangre, la sangre de Pompilio?... ¡Te estremeces! ¡pues á este vas á dar el nombre de padre! ¡Dioses, haced vanos mis funestos presagios, ó arrancad de ese inocente pecho la emponzoñada saeta que le hace olvidarse de la virtud, de la piedad, y del sagrado amor de la patria!

Asi hablaba el viejo, y Numa le oia con los ojos bajos y sin atreverse á responder: el nombre de Pompilio le habia confundido. Tulio se compadece de su cruel situacion; teme aflijirle mas con severas reflexiones, y rompiendo aquel penoso discurso, deja para otra ocasion los útiles consejos que quiere darle antes de morir. De este modo divide en varias dósis

el diestro discípulo de Esculapio (53) la saludable pero violenta medicina que ha de curar al enfermo debilitado.

Desde aquel instante Numa se encarga solo del cuidado y asistencia del paciente. A su lado dia y noche, vacilando entre la esperanza y el temor, vela incesantemente, y participa de todos sus dolores. La tierna madre que cuida de su hijo peligrosamente enfermo no tiene mas celo, mas cuidado, atencion y paciencia que Numa. Si Tulio toma alguna bebida, la mano de su hijo se la ofrece; si Tulio dice una palabra, la respuesta viene siempre de la boca de su hijo. Le compadece, le anima; disimula su dolor por no aflijirle, y aparenta una serenidad y esperanza que no tiene. Desempeña á un mismo tiempo todas las obligaciones de hijo, amigo y esclavo; y el vencedor de Leonte no ha sacado de su victoria un gozo tan puro, un placer tan grato á su alma como el que esperimenta sirviendo á su bienhechor.

Pero el mal crece cada dia: la última hora de Tulio se acerca, y esta idea no le causa temor alguno: el virtuoso pontífice ha vivido siempre para morir. En cada instante de su vida ha estado pronto á comparecer delante del tremendo Juez; todos sus dias han sido semejantes, y el instante

que va á acabar su vida empieza su recompensa.

El bien de Numa es el pensamiento que le ocupa. Pide que le dejen solo con él, y tomándole de la mano, que estrecha entre las suyas, le dice: voy á morir, hijo mio: tu asistencia y desvelos han pagado aun mas de lo que me debes. Tulio es ahora el obligado, y éste es un nuevo consuelo que le acompaña al sepulcro. Dentro de breves instantes no necesitaré de Numa, y temo que bien presto Numa me echará menos. ¡O, y que dolorosa me es esta idea! Tu amor á Hersilia llena mis últimos momentos de amargura y terror. Tu corazon, escitado de la necesidad de amar, se ha entregado ciegamente al primer objeto que le ha seducido, y de un instante de ilusion han nacido todos tus errores. Hay dos amores nacidos para la felicidad ó desgracia de los mortales. El uno, que es el mas comun y el mas ardiente, es el que te consume. Este funda su imperio sobre los sentidos, nace y vive por ellos; discurre por nuestras venas, pero no está en el corazon; lejos de elevar las almas las oprime, ni necesita estimar el objeto de su ardor, pues solo aspira á la posesion. Nada tiene que ver este despreciable amor con nuestras almas: juzga pues si podrá hacernos

felices. No, hijo mio, y si los dioses le han dado algun poder sobre el hombre, ha sido por humillar nuestro orgullo.

El otro amor, don precioso del cielo, nace del aprecio y estimacion, y se alimenta y vive por ellos. Mas bien que pasion se le podia llamar virtud: no padece los ciegos furores del otro, y solo conoce afectos tiernos y moderados. Su asiento está en el alma: la calienta sin consumirla, y la alumbra sin quemarla. Suministra ademas el alimento propio del espíritu, que es el deseo de llegar á la perfeccion. Sus placeres son siempre puros, y aun sus penas tienen algo de agradable: en medio de los mayores males hace disfrutar de una dulce paz interior, y ésta sola es la fuente de la felicidad. Tú mismo lo esperimentarás; algun dia conocerás, hijo mio, que las riquezas, los deleites, y aun la misma gloria, son de poco valor para suplir la pérdida de la paz que da la inocencia; tal es, que la vejéz, que todo lo destruye, parece que la da nuevas dulzuras.

Dime ahora á cuál de estos amores se semeja el que reina en tu corazon. ¡O Numa! cree á un padre que te ama, y que solo echa de menos la vida para velar en tu felicidad. Nunca conseguirás esta mientras no seas dueño de ti mismo, y que no ad-

quieras sobre tus pasiones un imperio soberano. Sobre todo no incurras en el error de creer que este dominio es superior á nuestras fuerzas. Entra en tu interior, y hallarás una virtud pronta siempre á oponerse al vicio que quiere sojuzgarte. Si la belleza arrebata tus sentidos, la sabiduría está dispuesta á defenderte: si las tareas escesivas te cansan, el valor y la constancia te sostendrán: si el poder injusto te exaspera, el amor del órden te hará ser sumiso: si las desgracias te oprimen, la paciencia te dará auxilios. Asi que en todas las situaciones de tu alma el cielo te ha provisto de consuelo y apoyo. Aprovecha de los beneficios del Criador, y deja de juzgarte débil por hallar escusa á tu caida.

Pero conozco que la muerte se acerca, y que me va faltando la voz. ¡O hijo mio! Te ruego encarecidamente que ahogues ese funesto amor que te hará infelíz para siempre. Tú mismo confiesas que fue poderoso á que olvidases á Tulio. ¿Quién te asegura que no podrá hacerte olvidar la virtud? He visto que me amabas tanto como á ella.

Estas fueron las últimas palabras de Tulio. De alli á poco espiró en los brazos de Numa, hablándole de su cariño, y dirijiéndole hasta su último suspiro.

Por mas prevista que tuviese esta muerte, faltó poco para que costase la vida al hijo de Pompilio. Fue preciso arrancarle del cadáver del pontífice y reprimir los desesperados impulsos de su dolor. Rendido de la falta de sueño, de la pena, falto de alimento, y deshecho en un mar de lágrimas, quiso con todo Numa llevar él mismo á la hoguera el cuerpo de su bienhechor. Se le vió, precedido de los sacerdotes y sabinos, pálido, trasojado y lloroso ir cargado del precioso peso. Le coloca en la pira, le mira largo tiempo sin pestañar, lo abraza mil veces, y no puede resolverse á separarse de él.

¡O padre mio, esclama, ya no volveré á verte! ¡Ha enmudecido esa boca que me aseguraba de tu amor! ¡Se han cerrado para siempre los ojos que me miraban con tanta espresion y ternura! Dioses, que ya me habiais quitado mis padres, ¿por qué volveis de nuevo á oprimirme con esta cruel desgracia? Sí, hoy pierdo nuevamente á Pompilio, á mi madre, á mi maestro y bienhechor. Todos los bienes que los cielos conceden al hombre para su consuelo, todos los he perdido con Tulio; ya la tierra es para mí un desierto. ¡Venid ó vosotros, pobres desconsolados y aflijidos! ¡Quedais huérfanos como yo; nuestra co-

mun desgracia nos hace hermanos! ¡Venid y besad por la última vez los despojos venerables del buen padre que hemos perdido!

Todos los pobres se adelantan y rodean la pira: los sabinos solemnizan con amargo llanto la pérdida irreparable que han hecho. No se distinguen voces articuladas; solo se oye el triste ruido de profundos y mal formados gemidos. Crece el dolor comun al ver las llamas cebarse en la hoguera. Numa se arroja por un movimiento involuntario á querer sacar el cuerpo, pero le detienen, y en breve consume el fuego la parte mortal del mas justo de los hombres. Entonces sucede un profundo silencio á los llantos y gemidos. Los sabinos, los sacerdotes y el mismo Numa miran penetrados aquel monton de cenizas, único resto del que lloran: todos ven y miran con dolor el polvo mudo del hombre de bien.

Riegan despues las cenizas con vino, las recojen y encierran en una urna que Numa mismo lleva á la bóveda en que descansan las cenizas de sus padres: unidos estareis, dice, despojos que adoro, asi como lo estuvisteis cuando viviais. ¡Ojalá puedan vuestras almas puras é inocentes alegrarse en los Eliseos (54), ya que no de

las virtudes de vuestro hijo, á lo menos de su amor y piedad! Entonces cortando su rubia cabellera la consagra á los manes (55) de Tulio; sacrifica diez ovejas negras á Pluton (56), y con esto dió fin á tan lastimosas exéquias.

Despues de haber cumplido con estos tristes deberes partió Numa para volverse á unir con las tropas, meditando los consejos de Tulio. Pero en vano conoce la verdad de sus avisos, los riesgos que le rodean y el dolor que va á causar á Tacio y su pueblo; en vano tambien esperimenta un oculto horror, considerando que va á ser el yerno del que ha causado la muerte de sus padres: la imágen de Hersilia, el temor de verla en los brazos de un rival, en fin todos los fuegos del amor y los tormentos de los celos se reunen para vencer su piedad y su razon. Gime al conocer que no sigue los consejos del pontífice; habla con sus manes, y les suplica perdonen su debilidad. Desde la muerte de Tulio creyó siempre que la sombra de éste le seguia, y era fiel y rijido testigo de sus acciones y pensamientos: á este saludable temor debió todas sus virtudes.

Creia Numa hallar el ejército en las fronteras de los hérnicos, pero supo en Trebia que Rómulo, con la mitad de su

gente habia ido á sorprender á Prenesta, y que en tanto Hersilia iba contra el rey de los hernicos. El haber aquel príncipe negado el paso á los romanos cuando iban contra los marsos le pareció al implacable Rómulo un ultraje. Mandó á su hija que tomase sangrienta venganza, y esta cruel princesa le habia obedecido puntualmente. Numa, que recela algun riesgo para Hersilia en esta espedicion, se apresura por hallarse á su lado, y camina dia y noche. ¡Quién podrá pintar su sorpresa y dolor cuando llegando á los términos de los hernicos, ve los pasos de Hersilia señalados con la ruina y desolacion del pais! Sus débiles enemigos huian, y ella los perseguia con el hierro y el fuego. Las mieses destruidas por los pies de los caballos, los árboles cortados, las ramas esparcidas lejos de los troncos, y que en alguna fruta que conservan manifiestan su anterior fertilidad. Ve los pueblos todavía incendiados ó reducidos á montones de ceniza: el cruento acero se ha cebado en cuantos no han podido huir; el cadáver del labrador yace al lado de su arado y bueyes hechos pedazos: yace la madre desnuda y mutilada con el hijo muerto en sus brazos. La esposa y el esposo traspasados de heridas yacen nadando en su negra sangre, asidos todavía de

sus yertos y sangrientos brazos. Por todas partes mira las cenizas regadas de arroyos de sangre: los abantos y hambrientos buitres son los únicos habitantes de aquella region devastada, y se disputan con ansia y tristes gritos los crueles dones de Hersilia.

¡O dioses inmortales, esclama Numa! ¡Será mi esposa la autora de tantos horrores! ¡Es ésta la pompa de mi himeneo! ¿Es posible, Hersilia, que hayas cometido semejantes atrocidades? ¿Si Rómulo las ha mandado, por qué te has encargado de tan horrible ejecucion? Por grande que sea el respeto que se debe á un padre y á un soberano, es mayor el que se debe cualquiera á sí mismo y á la humanidad, y si un rey manda un delito se muere antes que obedecerle. Y yo, insensato, que venia á socorrerla, yo que pedia al viento sus alas, á cada paso tropiezo en una víctima de su furor. Derecho execrable de la guerra, ¡son estas las acciones que permites! Hé aqui el fruto que han producido mis hazañas; estas son las consecuencias de aquella gloria, por la cual ciego he abandonado todo. Sí, he olvidado á Tulio, he desamparado á Tacio, y todo para ser el compañero de los tigres que han derramado tanta sangre, y cuyo furor y sed de estragos he igualado en los combates. ¡Y he podido creerme un

héroe! ¡O Tulio, perdona mi ciego error! Para siempre le desecho de mi alma. El verdadero héroe es el que defiende su patria en peligro: pero el rey, el guerrero que derrama una sola gota de sangre sin necesidad es una fiera que los hombres aplauden porque no pueden encadenarla.

Al punto huye Numa lejos de aquella escena de horrores; renuncia á seguir los pasos de Hersilia temiendo ser espectador de sus crueldades; vuelve atras, sale de las tierras de los hernicos, y con el corazon amancillado y lleno de vergüenza de ser guerrero, toma tristemente el camino de Roma.

Ya todo el ejército habia llegado, y á la sazon Rómulo estaba dando gracias á los dioses por todo el mal que habia hecho á los hombres. Modo impío de ennoblecer sus crueldades procurando asociar á ellas á los inmortales.

Numa fue al capitolio en donde estaban tambien Tacio, su hija y los sabinos. Apenas el buen rey le descubre, corre á él con toda la velocidad que sus muchos años le permiten, y estrecha entre sus brazos al hijo de Pompilio. Llora el anciano de gozo al volverle á ver, pero en breve llora de pena al saber la muerte de Tulio. ¡O desgracia de la vejéz, esclama: todo lo que

se ama nos va dejando! Ya no me queda mas que tú y mi hija; en vosotros voy á reunir todos los afectos de mi alma, y me queda el dulce consuelo de espirar en vuestros brazos. Asi dice, y uniendo la mano de su hija con la de Numa, las estrecha ambas contra su corazon. Tacia se inmuta; su mano tiembla al tocar la de Numa: baja los ojos, y no se atreve á mirarle.

Pero el héroe buscaba á Hersilia. La ve al lado de Rómulo: esta vista vuelve á dar á su pasion toda su violencia, y borra en un instante todos los consejos de Tulio. Procura corresponder prontamente á las caricias de Tacio, y saludando á su hija con frialdad, corre á presentarse á Rómulo: éste le recibe con los brazos, y presentándole al pueblo pide que le oigan.

Romanos, les dice, hoy me habeis visto triunfar; pero Numa es el que ha merecido el triunfo. A Numa debo la victoria, y en justa recompensa quiero darle la que tantos reyes han pretendido en vano, la que ha despreciado tantos héroes; mi hija Hersilia.

Dice, y los romanos aplauden con aclamaciones; pero los sabinos guardan profundo silencio. Tacio queda inmóvil como un hombre que ha visto caer un rayo á sus pies: Tacia, perdido el color, se arrima á su padre. Hersilia que advierte su

turbacion la mira con ojos descontentos. Numa avergonzado y poseido de una interior zozobra mira con inquietud á Tacia, Hersilia, Tacio y los sabinos.

Rómulo, sin darse por entendido, prosigue. Mañana se efectuará este augusto himeneo sobre este mismo altar, tantas veces cubierto con los despojos de la Italia, y le haré celebrar con juegos solemnes que durarán diez dias.

Todos los sabinos á la voz de *juegos* manifiestan su alteracion; callan y arquean las cejas: Tacio levanta los ojos al cielo, y Numa fija los suyos en la tierra.

Rómulo continúa: despues de haber satisfecho á la deuda del agradecimiento me ocuparé con nuevo ardor en vuestros aumentos. Acabo de conquistar el pais de los auruncos; pero esta aumentacion de territorio os será de poca utilidad en tanto que los volscos os separen de él. Un medio hay de hacerle útil; éste es la conquista de los volscos: dentro de diez dias voy contra ellos. Romanos, habeis nacido para la guerra; no podeis engrandeceros ni aun subsistir sino por ella. La paz seria para vosotros el azote mas cruel; entorpeceria vuestro valor y enervaria vuestros brazos. Juzgad de las ventajas que tendreis siempre sobre las demas naciones, cuando sin

dejar las armas de la mano, y perfeccionándoos incesantemente en el arte dificil de los héroes, atacareis un pueblo debelado por una larga paz: aun cuando su valor igualase al vuestro (cosa por cierto imposible), no podrá igualaros nunca en fuerzas ni en esperiencia. Antes que esos débiles contrarios se adiestren peleando con vosotros, antes que hayan aprendido el arte terrible, con el cual sereis sus dueños, se hallarán vencidos y sujetos. Asi que atacando una despues de otra las naciones de Italia, desuniéndolas para mejor vencerlas, aliándose con las mas débiles, y oprimiéndolas despues que nos hayan servido, conseguireis, no hay que dudarlo, romanos, en breve tiempo la conquista del mundo prometida á Roma por Júpiter. Cualquier camino es lícito para cumplir la voluntad de los dioses, y la victoria justifica los medios que la han conseguido.

Romanos, pensad solo en la guerra: sea ésta vuestra ciencia, vuestra única ocupacion. Dejad á otros pueblos que cultiven con ímprobo y humilde afan la tierra que riegan con su sudor; dejadlos que se ocupen en acumular riquezas por el comercio y la industria, viles invenciones de la cobardía: vosotros recogereis los granos que siembran, y disipareis los tesoros que guar-

dan..Como hijos de la tierra deben cultivarla; pero vosotros, compañeros del hijo de Marte, no debeis conocer otro arte que el de vencer. Sí romanos, guerra, guerra eterna contra todos los que reusen admitir el yugo. El universo es nuestra herencia; todos los que le ocupan son usurpadores injustos de nuestros bienes. Jamas interrumpais la noble tarea de recuperar lo que es vuestro.

Asi habló Rómulo; las tropas le aplauden, y el pueblo murmura. Por todas partes se oye un ruido parecido al zumbido de las abejas cuando salen en tropel contra el enemigo que quiere despojarlas del fruto de sus afanes.

Tacio, que hasta entonces habia estado pensativo, mira con ternura al pueblo: se levanta de su trono que estaba en frente del de Rómulo: estiende su cetro de oro, y pide silencio. Su aspecto venerable, sus canas, la bondad y dulzura retratadas en su rostro inspiran á todos un santo respeto. Rómulo sorprendido y receloso le mira con enojo: sus cejas formidables se juntan, y su frente indica la cólera del interior. Tal debia en la asamblea de los dioses el terrible Júpiter mirar á Saturno que se oponia á sus decretos.

Rey y compañero mio, le dice el pru-

dente Tacio, ningun romano hay que admire mas que yo tu valor, tu pericia militar y tu amor á la gloria: disfruto aún mas que tú propio de tus triunfos, y confieso con placer que en el largo discurso de mi vida no he conocido un héroe que te se pueda comparar. Pero por grande que sea este título no basta á un rey, y debe añadirle otro mas dulce y mas glorioso; el de padre Mira esa porcion de tus vasallos cubiertos de acero y con las picas en las manos: son, no hay duda, hijos tuyos, y como á tales los tratas: pero mira tambien esta otra porcion diez veces mas numerosa cubiertos de andrajos, porque en vez de vestirse, han tenido que pagar esas corazas resplandecientes; son tambien vasallos tuyos, y los tratas como á enemigos. Les quitas el sustento, les arrebatas sus esposos é hijos: tus laureles estan regados con sus lágrimas, y cada una de tus victorias se compra con su sangre. Ya es tiempo, Rómulo, que los dejes respirar, y que permitas vivir á aquellos cuyos padres han muerto por ti. Cesa pues de esterminar tus súbditos, y sobre todo nunca digas que ejecutas asi los decretos de los dioses. Solo desean estos la felicidad de los humanos: el primer don suyo fue la edad de oro, y cuando el Olimpo

junto declaró á Minerva victoriosa fue por haber producido el fructífero olivo. El único de estos inmortales que reinó en Italia fue Saturno: acuérdate como reinó, y no calumnies mas á los dioses diciendo que mandan la efusion de sangre.

Pretendes que los romanos solo pueden subsistir por la guerra: enséñame un pueblo solo que se mantenga con tan horrendo apoyo, y díme la causa de la ruina de los pueblos que han desaparecido de la faz de la tierra. ¿Conservó su grandeza la desgraciada Thebas por la guerra? Venció, no obstante, á los siete reyes de la Argolida, y sus victorias ocasionaron su perdicion. ¿Tus ascendientes los troyanos mantuvieron su poder en el Asia por ella? La guerra es la enfermedad de los estados: aquel que con mas frecuencia la padece se arruina mas presto. Rey y compañero mio; yo te pido, en nombre de este pueblo que ha derramado tanta sangre por ti, que des tiempo á que sus venas exhaustas recuperen la perdida. Nadie nos declara la guerra; tus conquistas son harto dilatadas: ocupémonos pues del cuidado de hacer venturosos los pueblos que tu brazo ha sujetado. A pesar de mi vigilancia no basto á reprimir las injusticias ni á socorrer á los infeli-

ces: ayúdame en tan noble empleo. Visitemos juntos nuestros dominios tan vastos, gracias á tu valor, y cuando habremos enjugado todas las lágrimas, cuando habremos sacado de la miseria á los indigentes, y finalmente cuando no hayamos dejado un desventurado en nuestro reino, entonces convendré gustoso en que salgas á añadirle nuevas provincias.

Dijo, y Rómulo ciego de enojo iba á responder: en su rostro se conocia que no pensaba en conceder la paz. Pero de improviso el pueblo le rodea, y no le dejan hablar: mugeres, viejos y niños, todos de rodillas y levantados los brazos claman: ¡la paz, la paz! ¡Hijo de un Dios, concédenos la paz! ¡Toma cuanto poseemos si quieres, pero danos la paz!

¡O hijos mios! les dice Tacio enagenado y bañado en llanto, os la prometo. Se la he pedido Rómulo á título de amistad: ahora la exijo como su cólega é igual en poder y dignidad. Si me la niega iré con vosotros á esperarle á las puertas de la ciudad; nos echaremos en la tierra, y veremos si sus feroces soldados se atreven á hollar con los pies á su rey, á sus madres é hijos.

Al oirle todas las tropas esclaman diciendo: ¡jamás, jamás! Cada soldado arroja las armas, se mezcla con el pueblo,

y abrazando á los suyos, todos repiten á voces: ¡la paz, la paz!

Precisado el terrible Rómulo á ceder por la primera vez de su vida, disimula su despecho, concede una tregua con tono áspero, y se retira prontamente á su palacio: sus guardias llamados *Céleres* le acompañan. Era éste un cuerpo de gente escogida que habia creado para la seguridad de su persona.

Apenas estuvo en su palacio, cuando exhalando la rabia que oprimia su corazon, se desahoga con mil imprecaciones contra Tacio, y en aquellos instantes de furor dijo estas razones imprudentes: ¡hasta cuándo pondrá obstáculos á mi gloria ese caduco importuno! ¿Es posible que no tenga yo un amigo que me libre de él? Por desgracia algunos de los céleres oyeron estas últimas palabras.

Habia Hersilia acompañado á su padre, y Numa no se habia atrevido á seguirla. Apoyado contra una columna, bajos los ojos, pensativo, y comparando dentro de sí las virtudes de Tacio con los furores del que iba á ser su padre estaba sepultado entre mil dudas. Tacio se le acerca, y le dice alargándole una mano: ¿Tú tambien, yerno de Rómulo, me declaras la guerra?

Numa penetrado de confusion y dolor se arroja á sus pies: ¡ó padre mio! le dice: no me atrevo á miraros: perdonadme si...

Todo lo perdono, le responde el anciano, con tal que me ames siempre. Has dispuesto de tu alvedrio sin decirmelo; has contraido un enlace que será poco grato á los sabinos; dudo mucho que el venerable Tulio te le haya aconsejado; pero en fin, si te hace felíz, todos debemos aprobarle. ¡O Numa! Quise ser tu padre, y Rómulo va á lograr esa dicha: no puedo menos de decirte que se la envidio. En caso que no cumpla con las obligaciones que impone tan dulce nombre, y si su corazon no conoce el precio de él, siempre hallarás el mio pronto á participar de tus penas. Tacio te será deudor del mayor agradecimiento si le escoges por amigo y consuelo.

Al acabar estas palabras se aparta de Numa, y le deja cortado, lleno de turbacion, de remordimientos y de amor.

En tan cruel estado piensa Numa hallar la apetecida calma al lado de Hersilia: vuela al palacio de Rómulo, y ve los preparativos de sus bodas: al verlos se llena de gozo, pero no era puro aquel gozo: un presentimiento de temor le acibara.

Habla al objeto de su amor; oye de su boca la declaracion de su correspondencia, y el dulce éxtasis que le ocasiona tan felíz seguridad no es poderoso á desterrar de su pecho un terror secreto que le oprime. Mira á Hersilia, lee en sus ojos el amor, pero no encuentra la paz. Atormentado, lleno de zozobra repite que el dia siguiente será el dia de su felicidad: una voz interna le grita desde lo íntimo del alma que la felicidad está muy distante de él: la misma voz le hace severas reconvenciones, y por mas que Numa procura creer que no son merecidas, su conciencia desvanece los sofismas de la pasion.

No pudiendo ya con tantas inquietudes, temeroso y abrasado de amor dirije sus pasos al bosque de Egeria, en donde vió la vez primera á la que ha de ser su esposa. Quiere volver á ver aquel sitio dulce á su alma; se acuerda del sueño misterioso que en él tuvo, y espera que dirijiendo sus votos á Minerva, esta deidad le volverá la tranquilidad de que tanto necesita.

Ya el último crepúsculo anunciaba las tinieblas cuando llegó al bosque. No bien ha entrado en él cuando oye unos quejidos lastimosos: desnuda el acero, y corre

ácia aquellos ayes dolorosos que quiere conocer. ¡Mas qué escena se le presenta! ¡Tacio espirando á manos de cuatro asesinos! Numa da un grito, mata dos de aquellos malvados, y los restantes huyen veloces; pero Tacio queda mortalmente herido, su sangre corre por varias bocas: apenas le quedan al desventurado anciano algunos instantes de vida. Numa le abraza dando lastimosos gemidos: reconoce sus heridas, rasga sus vestidos, restaña la sangre, y cogiendo al rey en sus brazos intenta llevarle á Roma.

Detente, hijo mio, detente, le dice Tacio: tus fatigas son en vano: conozco que voy á espirar, y doy mil gracias á los dioses por haberme dado el consuelo de exhalar en tus brazos mi último suspiro. Numa, yo muero á manos de Rómulo; he conocido á los asesinos, son céleres, y al herirme me han dicho que estas eran las primicias de la paz que habia dado á los romanos. El amor que profesas á Hersilia y tu nuevo parentesco con mi asesino te prohiben vengar mi muerte; pero espero que me concedas otra gracia mas preciosa: dejo una hija infelíz á quien no queda mas amparo ni defensa que la tuya: su noble cuna y sus derechos al trono de los sabinos la harán aborrecible

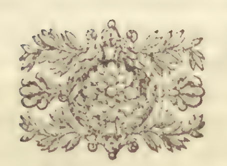
y delincuente á los ojos de Rómulo: perecerá si la falta tu patrocinio. Júrame pues, hijo mio, que velarás en su defensa, y que la servirás de protector, de padre y de hermano. Algun dia creí que te podria dar un nombre mas tierno. Desde el punto que te ví formé el proyecto de dartela por esposa, renunciar en ti mi corona, y vivir con vosotros sin mas dignidad que el título de tu padre. ¡Dulce ilusion, cuán presto te perdí! ¡Cuánto menos dura me seria la muerte si durase todavía! A lo menos no deseches mis ruegos; ten piedad de un viejo moribundo que fue tu pariente, tu amigo, y el amigo de Tulio y de Pompilio. Asido á tus pies *te suplico defiendas la vida de Tacia. ¡Sé el defensor de esta huérfana abandonada!...*

Os juro, le responde Numa deshecho en un mar de lágrimas, y pongo por testigos de mi solemne juramento las almas de mis padres y la de Tulio: os juro, vuelvo á decir, que cumpliré vuestra primera voluntad; que seré el esposo de Tacia; que viviré y moriré por ella defendiéndola de sus contrarios; y finalmente os juro que aborreceré mientras viva la familia de vuestro inhumano asesino.

No esperaba yo menos de ti, escla-

ma Tacio lleno de gozo; abrázame jóven adorable. Cuento con tus promesas, y muero contento.

Dice, estrecha á Numa entre sus brazos, y espira. Numa se quedó desmayado sobre el cadáver.





Argumento

DEL LIBRO SÉPTIMO.

Numa vuelve á Roma con el cadáver de Tacio. Desesperacion de su hija. Numa se prepara á cumplir el juramento que ha hecho á su rey: Rómulo se lo prohibe. Hersilia va á ver á Numa, y éste resiste á sus ruegos y lágrimas. Exéquias de Tacio, y muerte de su hija. Rebelion de los sabinos. Inhumana precaucion de Rómulo. Numa se sacrifica por su pueblo, sale desterrado de Roma, y encuentra á Leonte.

Ya cubrian la tierra las tinieblas de la noche cuando Numa volvió de su desmayo. La vista del sangriento cadáver de Tacio le llena nuevamente de horror, y le recuerda el juramento que ha hecho. Sin arrepentirse ni quejarse solo piensa en lo que debe al difunto monarca, y temiendo que su cuerpo quede espuesto á nuevos insultos si lo abandona un solo instante lo pone sobre sus hombros, y con lentos pasos se encamina á Roma. Luego que llega á las primeras guardias llama á los soldados sabinos, les entrega el cadáver,

les previene lo lleven con respeto hasta el palacio de Tacia, y él se adelanta presuroso con el fin de preparar á la desgraciada princesa á tan cruel espectáculo.

Inquieta aquella hija amante con la larga ausencia de su padre parecia preveer su desgracia. Sola en su aposento se ocupaba en hilar una túnica de púrpura para su rey y padre querido: mil veces interrumpia su labor, y contaba suspirando las horas pasadas desde que no veia á Tacio. Los presagios mas funestos la asustan; un terror oculto llena su alma; sus manos abandonan el huso, y queda inmóvil con los ojos clavados en la tierra.

De improviso se la presenta Numa. El dolor que manifiesta, su llanto mal reprimido, y sus vestidos manchados de sangre, llenan de horror á Tacia: se levanta temblando, y no se atreve á preguntarle. ¡O hija de Tacio! la dice el héroe con voz trémula: hoy mas que nunca necesitas de aquella constancia y paciencia inalterable de tu corazon. Vengo á darle el golpe mas cruel; pero sírvate de consuelo la virtud y la amistad mas pura, dones que los inmortales nos franquean como alivio á los males de esta vida.

Apenas ha dicho estas razones cuando llegan los sabinos con el cuerpo de su rey.

Tacia, dando un grito espantoso, se precipita sobre su padre, le estrecha entre sus brazos, y queda privada de sentido. Vuelve en sí á poder de los remedios que la administran, fija los ojos en el cadáver, y considera las heridas sin derramar una lágrima: su lengua pegada al paladar no puede articular una queja: un peso enorme la oprime el corazon. Queda inmóvil sin poder llorar ni aun respirar.

Temiendo Numa los efectos de aquel dolor mudo, manda que aparten el cuerpo del rey, y Tacia prorumpe entonces en gritos penetrantes y abundantes lágrimas: esto era lo que Numa deseaba. Asegurado de que aquel llanto la aliviará, deja á la princesa al cuidado de sus criadas, y va á dar las disposiciones necesarias para que el cadáver, despues de lavado y embalsamado, se coloque en una cama de púrpura. Él mismo distribuye guardias en torno del palacio de Tacia, y despues de cumplir estos tristes deberes se dispone al mas penoso de todos, que es el de anunciar á Rómulo que no puede ser su yerno.

¡Qué crueles ideas le ocupan en tanto que se encamina al palacio del rey! Va á perder para siempre la que adora; debe renunciar su posesion, decírselo á ella misma, y parecerle un pérfido, tolerando toda

la pena de tan cruel sacrificio, y la vergüenza de pasar por inconstante. Esta espantosa idea hace titubear su virtud; pero en breve recobra el imperio sobre su pasion. Las sombras de Tulio y de Tacio caminan á su lado, le sostienen y animan. Le repiten continuamente que aquel doloroso sacrificio es necesario, y que el oprobrio y la desesperacion serian el único fruto que sacaria de un enlace con el asesino de su rey y el enemigo de su familia, y de un himeneo fundado sobre un perjurio, y celebrado con tan funestos agüeros.

Llega al palacio de Rómulo, y halla á este monarca sentado á la mesa rodeado de sus cortesanos. En su rostro se leian la inquietud, el pesar y los recelos, justo y primer castigo de su delito. Ya sabia la muerte de Tacio: temia se le atribuyese este atentado, y atormentado mas por este temor que por sus remordimientos, guardaba un adusto silencio que sus áulicos imitaban. Hersilia, sentada á su lado, procuraba disipar con su lira las penas que le oprimian, y le cantaba la victoria del padre de los dioses sobre los gigantes.

Numa se presenta á Rómulo, y se estremece al considerarle: el aspecto del matador de Tacio le llena de un horror que en vano procura ocultar. No obstante hace

un esfuerzo, baja los ojos como si él hubiese sido el culpado, y acordándose del respeto que los vasallos deben al soberano, aun cuando éste se halle manchado de los mayores delitos, le dice de este modo:

Rómulo: unas manos sacrílegas han hecho perecer tu compañero. Mis ojos han visto á Tacio espirar bajo el puñal de cuatro asesinos. He muerto dos de estos malvados; los otros dos han huido, y acaso quedarán impunes hasta que los dioses tomen á su cargo la venganza. Sabes los vínculos que me unian al rey de los sabinos; pero no creo que puedas conocer bastantemente el amor y veneracion que profesaba á sus virtudes. Estos motivos reunidos me imponen grandes y penosas obligaciones, que sin embargo pienso cumplir. Rey de Roma, adoro á Hersilia, y sin ella aborrezco la vida; pero he prometido y jurado á Tacio espirante que su hija seria mi esposa. Cumpliré mi juramento. Vengo pues á deshacer el tratado himeneo, renunciando el bien que adoro, y á pedir tu consentimiento para ser eternamente desdichado.

Sorprendido Rómulo, se queda un instante sin dar respuesta: Hersilia, atónita y turbada, deja caer la lira, y los cortesanos inmóviles esperan, para alegrarse ó

entristecerse, que Rómulo manifieste sus ideas.

El terrible rey se levanta, y arrojando á Numa una mirada llena de furor, le dice: ya sabia yo la muerte de Tacio, y he dado mis órdenes para arrestar y castigar los delincuentes. Por grande que fuese tu amor á Tacio, puedes fiar á un rey el cuidado de vengar el asesinato de otro rey. Mas al paso que sé castigar los delitos, sé tambien reprimir los ambiciosos. Numa, Rómulo te prohibe des la mano á la hija de Tacio; sus derechos al trono de su padre, unidos á los tuyos, podrian un dia serme nocivos: la tengo preparado otro enlace. En cuanto á la afrenta de reusar mi hija, podria ofender á otro que no fuese hijo de Marte: tengo pues á bien compadecer tu poca edad, y considerando la inmensa distancia que nos separa, acordarme tambien de que fuiste de alguna utilidad á mis tropas.

Dicho esto en tono que procuraba manifestar tranquilo, Rómulo vuelve la espalda á Numa sin aguardar respuesta. El desgraciado amante quiere hablar á Hersilia, pero la altiva amazona le mira con desdén, pasa á su lado sin responderle, y sigue á su padre con todos los cortesanos.

La altivéz y desprecio de Hersilia pe-

netraron el corazon de Numa, pero le hicieron mas facil su doloroso sacrificio. Indignado contra Rómulo, ofendido de Hersilia, y resuelto á aventurar su propia vida por mantenerse fiel á su rey, Numa mas firme y sosegado vuelve prontamente al palacio de Tacia.

Perdóname, la dice luego que la vé, si en medio de tu luto y lágrimas vengo á hablarte de himeneo. Tu padre antes de espirar te confió á mi celo: su alma grande y noble dejó el mortal despojo satisfecha del juramento que la hice de ser tu esposo: Rómulo se opone á ello, pero en vano: tú y yo somos sabinos, y como tales dependiamos del rey sabino: en tanto que vivió debimos obedecerle, y sus últimas disposiciones son para nosotros una obligacion todavia mas sagrada. No quiero ocultarte que adoraba á Hersilia; pero desde la muerte de Tacio prefiero el destierro, el cadalso contigo al trono con la hija de su asesino. Si en cambio de un amor que no puedo ofrecerte te contentas con la mas viva amistad, prevente á despreciar las amenazas de Rómulo: mañana la llama de la pira de tu padre servirá de teas á nuestro himeneo.

Dice, y Tacia le escucha con dulce admiracion. Tacia, que tanto tiempo habia

ocultado en su pecho su desgraciada pasion, llena de virginal rubor le responde que él es árbitro de su suerte. Numa le da su palabra, y mas dueño de sí mismo por las amenazas de Rómulo que por cuantos esfuerzos habia hecho por su parte, se dedica á disponer los funerales de su rey.

Apenas amaneció el dia siguiente cuando Numa se dispone á marchar con un cuerpo de sabinos para ir á cortar la leña necesaria á la fúnebre hoguera: estos piadosos cuidados que á nadie quiere fiar alivian en parte su dolor. Pero en el instante en que va á marchar, Hersilia se le presenta: Hersilia le pide una audiencia secreta.

Ya no es aquella altiva amazona cuyas miradas tranquilas y desdeñosas confundian al atrevido que osaba poner en ella los ojos: ya no es aquella heroína cuyo invencible brazo se ha teñido en la sangre de tantos contrarios. Ahora viene como amante desconsolada: sus mejillas estan ajadas por la abundancia de lágrimas; sus ojos amortecidos y cansados de llorar brillan no obstante á pesar del triste velo que los cubre: sus cabellos y vestidos desordenados y su belleza, aunque deslucida, la prestan en este mismo desaliño un nuevo y peligroso atractivo.

Ya ves, ó Numa, le dice, á qué estado me ha reducido amor. Hersilia viene á buscarte: Hersilia suplicante viene quizás á recibir una repulsa. Juzga lo que te amo, tú que conoces mi altivéz; este paso te dirá... Pero demasiado lo sabes, ¡ingrato! Por tanto escusaré la vergüenza de repetirlo quizás en vano, y olvidándome de mí propia, te hablaré solo de tu interes particular.

Te conozco bastante, ó Numa, para creer que la prohibicion de mi padre te hará apresurar tu union con Tacia; pero conoces mal á mi padre si imaginas que te ha de perdonar esta accion. Cree firmemente que el mismo instante en que desprecies sus órdenes verás caer tu cabeza dividida por la segúr de los lictores: bien conozco que este temor no será poderoso á detenerte; pero no perecerás solo: la sangre de Tacia correrá juntamente con la tuya. ¿Crees que el mismo Tacio, cuya memoria tanto veneras, no te pediria si viviese que salvases la vida de su hija? Cuando te hizo prometer que serias su esposo creyó librarla asi de todos los riesgos que la amenazaban; pero siendo este himeneo para Tacia la sentencia de muerte, y si tu fidelidad ocasiona su ruina, eres el primero que falta á las intenciones de su

padre, y cometes un delito contra Tacio mismo.

No te hablo de mí; de mí, ingrato, que creí ser amada: de mí, por quien has despreciado la vida, y vertido tu sangre. Yo he sido menos felíz; en nada he servido á Numa; pero tiene éste tanto derecho á mi gratitud, que miro sus propios beneficios como prendas que le deben unir á mí para siempre. Sí, Numa; por Hersilia entraste en la carrera de los héroes: á Hersilia diste el escudo celestial que la ha hecho invencible: á ésta misma has librado de la muerte, recibiendo el golpe de Leonte: te debo la vida, te debo mi gloria: ¿y podrás abandonarme despues de haberme impuesto la obligacion de adorarte? ¿Para qué me has librado de la muerte? ¿Para qué has logrado solo por mí ser el mayor y el mas amable de los héroes? Dime, ¿en qué he podido disgustarte? ¿Cuál de mis acciones te ha ofendido? ¿Acaso no te he manifestado bastantemente mi amor? Perdona á la hija de Rómulo, que nunca se dignó bajar los ojos á los reyes que la adoraban: perdónala la flaqueza de querer disimular la primera llama que su pecho ha sentido. Cree que he padecido mas que tú: la violencia que hacia á mi corazon castigaba cruelmente mi orgullo. Ya ves

en lo que ha parado este orgullo: mírame puesta á tus pies, y regándolos con mi llanto. ¡O Numa! vuelve la vista á Hersilia, mírala, y quéjate, si te atreves, de su altivéz.

Numa, respirando apenas, temia mirar á Hersilia: su voz sola le saca fuera de sí. Veia á sus pies á la que amaba mas que á su propia vida: la oia repetir que le adoraba: al paso que hablaba, todas las resoluciones del héroe se desvanecian como se derriten las nieves en los campos á medida que el sol se levanta ácia el meridiano. Ya el prudente Numa convenia en la solidéz de las razones de Hersilia, y su corazon abrasado de amor, enternecido y penetrado con las últimas palabras de la princesa acaso iba á ceder, cuando Mecio, el general sabino, interrumpió tan peligrosa conversacion.

Hijo de Pompilio: nuestros sabinos, cubiertos de luto, desean verte. Este pueblo que ha perdido su padre clama por el heredero de sus virtudes. Ven pues á consolar su justo dolor, prometiéndoles amarlos como Tacio los amó, y jurándoles que defenderás la hija del mejor de los reyes.

Al mismo tiempo se oyen á las puertas del palacio las voces y gemidos de todo el pueblo: á cada instante se oia repetido

entre las quejas y sollozos el nombre de Numa. ¡Ven, decian, virtuoso Numa! ¡Ven, único resto de nuestros príncipes, y sola esperanza de un pueblo afligido! Dinos cuales han sido las últimas voluntades de nuestro buen rey, y aventurarémos las vidas para obedecerlas.

Estas voces y quejas del pueblo, la presencia de Mecio triste y lloroso, y la sangre de Tacio aun fresca en la túnica de Numa, que parecia pedir venganza, hicieron que el héroe venciese al amante. ¡O Hersilia! esclamó: te adoro y te amo mas que á mi propia vida; pero amo todavia mas la virtud. Los dioses que me ven, este pueblo á quien debo dar ejemplo, y mi propio corazon que no puedo engañar, me imponen el cruel precepto de cumplir mi juramento: puse por garantes de él á las almas de mis padres; y asi, por doloroso que sea, completaré el sacrificio. Bien conozco que el dolor me quitará la vida, pero.....

No, inhumano, no morirás, le dice Hérsilia interrumpiéndole con furor: yo apartaré de tu cabeza la venganza de mi padre: yo le señalaré la víctima que debe sacrificar á mis agravios. Vivirás sufriendo un largo y doloroso castigo de tu crímen; vivirás para darme el tiempo y los

medios de saciar mi justa venganza. ¡Pérfido! ¡No te atreves á quebrantar un juramento que Tacio te arrancó con violencia, y cuentas por nada tantos como me has hecho! ¿Te pedí yo que los hicieras? Tú, que bajo esa mentida apariencia de virtud ocultas el ambicioso proyecto de hacerte rey de los sabinos, tiembla, ¡ingrato! Tiembla de la suerte que te amenaza, y no te lisongees de evitarla. Errante, perseguido, desterrado arrastrarás tu desventura é hipocresía por todos los pueblos de la Italia, sin que alguno de ellos te quiera dar asilo. Entregado á los remordimientos devoradores de haber causado la muerte de tu esposa, y por el abandono de tu amante, llorarás mientras vivas el delito de tu inconstancia. Te acordarás de Hersilia, volverás á ella tus manos suplicantes, y Hersilia será cada vez mas implacable. En tanto que me quede un soplo de vida te perseguiré por cuantos medios me inspire mi orgullo y mi amor despreciado; y si tu abandono me da la muerte, mi alma irá á unirse con las crueles furias para añadir, si es posible, nuevos horrores á tu suplicio.

Dice, y ciega de enojo y dolor huye de Numa. Avergonzado éste de tales estremos, sin atreverse á mirar á Mecio, va

á consolar á los sabinos. Receloso no obstante por las amenazas de Hersilia, y temiendo segundo atentado de parte de Rómulo, encarga á Mecio doble las guardias en el palacio de Tacia, y atienda con el mayor cuidado á su seguridad. Sale despues con un destacamento, y se encamina al monte para despojarle de los pinos consagrados á Cibéles (57), de los olmos y fresnos que transformados por la cruel industria del hombre en picas y dardos derraman arroyos de sangre humana. Ya resuenan por todas partes los golpes de la segúr: el melancólico ciprés separado de sus raices rueda hasta el valle; los alisos gratos á Neptuno (58), las hayas amigas de los pastores caen con estrépito, abandonando las cumbres y laderas que adornaban con sus antiguos troncos. Despues los despojan de todas sus ramas, y conducen á la orilla del Tiber, no lejos de Roma, en donde se debia formar la pira para las exéquias de Tacio.

El siguiente dia los principales sabinos conducen el cadáver cubierto de la púrpura é insignias reales. Mil guerreros preceden el féretro: se adelantan con las armas vueltas, bajas las cabezas, y marchando al ronco y lamentable estruendo de las sordinas. La inconsolable Tacia si-

gue el cuerpo cubierta de un velo fúnebre, arrojando flores sobre el cadáver. Numa, vestido tambien de luto, sostiene sus débiles pasos; la consuela llorando con ella, y atiende á moderar su desesperacion: todo el pueblo sabino que los cerca hace resonar los contornos con sus gritos y lamentos.

Mecio sobre todos, el anciano Mecio, que por espacio de sesenta años ha sido el compañero y el amigo de su rey, Mecio se hiere el pecho, mesa sus canas, y esclama: ¡ó mi rey, el mejor de los monarcas! La parca cruel ha dejado correr el estambre de mi vida, sin duda para hacerme perder á un tiempo mismo á mi padre, á mi amigo y á mi rey. ¡O Tacio, tú, á quien en mi juventud he visto arrostrar tantas veces el riesgo en los combates, y rodeado de enemigos hallar siempre la gloria y nunca la muerte, ahora pereces en medio de tus hijos al golpe de manos parricidas! ¡Ese corazon siempre abierto á las miserias de tus vasallos ha sido traspasado por unos ingratos! ¿Cómo no te han librado los dioses? ¿Cómo han dejado perecer al que era en la tierra imágen de su beneficencia? O Tacio, soy no obstante el menos digno de lástima de cuantos te lloran, pues tengo la esperanza de sobrevivirte poco tiempo.

Asi se lamentaba Mecio, y todo el pueblo que se detenia á oirle le respondia con sollozos y profundos ayes.

Ya descansa el cuerpo sobre la pira, y ya se inmolan las víctimas: Numa derrama sobre la tierra dos copas de vino, dos de leche y dos de sangre, libacion agradable á los manes. Llama despues á voces el alma de Tacio, y volviendo la cara arrima el hacha encendida á la pira. Al punto prende la llama, y sube por los resinosos troncos de los pinos: crecen los lamentos del pueblo; las tropas levantan los escudos, pero Numa manda que callen: y mirando con religioso respeto el pálido semblante de Tacio, al cual todavia no llegaban las llamas, dice:

¡O mi rey! En tus últimos instantes prometí ser el esposo de tu hija; juré vivir para amarla, para defenderla, y vengo á cumplir mi juramento. Esta hoguera será el ara, y en ella, en presencia de tus manes, delante del pueblo que te llora y de las deidades vengadoras del perjurio, ofrezco mi mano y mi fe á Tacia. Sí, sabinos: los dioses, vosotros mismos, todos los amigos de Tacio me castiguen si mientras viva no me ocupo en hacer felíz la digna esposa que Tacio me ha dado: caiga sobre mi cabeza la sangre del mas justo de los

reyes si no empleo todo mi conato en desempeñar con la augusta hija todo lo que debo al padre.

Al pronunciar estas palabras une su mano á la de Tacia, y juntas quiere estenderlas ácia la hoguera. Pero Tacia no puede sostenerse; titubea, sus miembros se entorpecen, y cae en los brazos de Numa. Un sudor frio cubre su frente; su lengua trabada no puede articular voz alguna; todo su rostro cárdeno se desencaja; cae en el suelo, y se revuelca con espantosas convulsiones, y á pesar de los socorros de Numa y los sabinos espira dando espantosos gemidos.

Todo el pueblo queda horrorizado de semejante suceso. No se pueden desconocer los efectos de un veneno, patentes en el rostro y en todo el cuerpo. Ya esta voz se difunde en todo el concurso, y se oye un ruido semejante al de los vientos cuando comienzan á embravecer la mar. Los soldados, los ciudadanos se miran unos á otros: en sus rostros se lee la indignacion, y la cólera inflama sus corazones: todos pronuncian los nombres de Rómulo y Hersilia y los llenan de maldiciones. En breve se oye un grito general: todos se apiñan al rededor de Numa. Vénganos, esclaman: venga á Tacio y su hija, víctimas del in-

humano Rómulo. Condúcenos contra ese monstruo: la naturaleza y la religion te lo ordenan: vamos al instante á Roma: destruyamos esa ciudad impía siempre funesta á los sabinos.

El virtuoso Numa, rodeado y movido por aquel pueblo furioso, escitado por el horrendo espectáculo de la muerte de Tacia, y arrebatado del justo horror que causa á una alma pura un gran delito, Numa se olvida de que solo á los dioses es dado el castigar á los reyes: ciego en el primer pronto, del cual no es dueño, marcha á Roma á la cabeza de los furiosos sabinos.

Pero el astuto y prudente Rómulo habia previsto la borrasca. Sabedor de que Numa no obstante su oposicion queria cumplir su juramento, escitado por la cruel Hersilia, y deseoso al mismo tiempo de vengar su hija y su autoridad despreciadas, habia hecho poner un tósigo violento en el poco alimento que habia tomado Tacia aquella mañana. De este modo nacen muchos delitos de uno solo: siempre un atentado conduce á otro mayor. Rómulo, temeroso de una rebelion, no quiso asistir á los funerales por cuidar de la seguridad de Roma: ya las puertas estan cerradas, y las murallas coronadas de tropas. El bár-

baro Rómulo imagina un antemural todavía mas seguro para detener á los rebeldes: hace traer desde sus casas las mugeres, los niños y los ancianos sabinos que no han podido acompañar el cuerpo de su rey; los coloca sobre los muros, cubre con sus cuerpos á los soldados, y espera á los sediciosos.

Llegan estos guiados por el furor gritando venganza y blandiendo sus dardos; pero al reconocer aquellos ancianos, aquellas madres y aquellos niños se detienen pasmados y atónitos: consideran que para herir los soldados de Rómulo han de traspasar sus armas aquellos pechos queridos. Un silencio profundo sucede á sus fieros y amenazas: se miran unos á otros, quedan inmóviles, y las armas se les caen de las manos.

Aquel instante solo bastó para que Numa volviese en sí. Entonces ve claramente la estension de los males que su empresa va á ocasionar: se horroriza contemplando el riesgo á que ha espuesto al pueblo sabino, y corriendo por todas las filas esclama: no mas venganza, amigos mios; aun cuando ésta fuese justa, la comprariais á precio muy escesivo. Salvad á vuestros padres é hijos: esta obligacion es mas sagrada que la de vengar á vuestro rey. ¿Quereis acaso

ser parricidas para agradar á Tacio? ¿Son estas las víctimas que le enviareis al Averno? Si le conociais, juzgad cuanto su alma piadosa desaprobaria tan atroz esceso. ¡O sabinos! En cualquiera otra ocasion seria gloria el vencer; pero en ésta lo es el ser vencidos. Toma, ó Mecio, esta rama de olivo, ve á hablar á Rómulo; dile que vas á asegurarle de la sumision y obediencia de los sabinos; dile que estan prontos á darle rehenes, y á reconocerle por su único soberano, con tal que jure perdonarlos. Si exije una víctima, dile que está pronta: yo me ofrezco á serlo suya. Yo solo me hago culpado del delito de todos, y solo me esceptúo del perdon. Corre, vuela, no pierdas un instante: firma la paz, y ofrece mi cabeza si es menester: me será dulce el morir por el bien de mi pueblo.

Asi habló Numa: Mecio quiere responder, pero el héroe no le oye, y le obliga á entrar en Roma. En breve vuelve anunciando la paz y el perdon, con tal que Numa salga al punto de los estados de Rómulo.

Apenas oyen los sabinos esta condicion, cuando dando voces vuelven á tomar las armas; pero Numa los aplaca, les ruega que obedezcan, les hace ver los males inmensos de que él solo seria causa, y en fin jura, si no admiten la paz, atrave-

sarse el pecho con su propia espada. Despues se aparta con Mecio y dándole un estrecho abrazo le dice:

Enjuga el llanto querido amigo: este destierro que es tan útil á mi nacion, es al mismo tiempo necesario á mi tranquilidad. ¿Podia yo volver á ver á Rómulo? ¿Hubiera podido tolerar la vista de esa inhumana Hersilia, cuyo furor es sin duda cómplice del último delito cometido por su padre? ¡O Mecio! Mi corazon está curado de la fatal pasion que le atormentaba: ¡pero cuánto tiempo será todavía menester para que la llaga no duela! Cree amigo mio que el mayor y mas sensible de todos los males es el de tenerse que avergonzar de un afecto que ha sido grato á nuestra alma. Perdóname las lágrimas que vierto: son las últimas que derramaré por mi funesto amor; en adelante lloraré arrepentido. Te encargo venerable Mecio, que recojas las cenizas de nuestro rey, y de su desgraciada hija: deben descansar juntas con las de mis padres y las de Tulio. Prométeme que tú mismo las llevarás al templo sin fiar de otro este cuidado que Numa te envidia. A dios, respetable amigo; ¡ó, quieran los inmortales alargar los dias de tu vejéz! Piensa que eres el único amparo de los sabinos; su rey ha muerto, Ta-

cia acaba de espirar, Numa va á vivir lejos de ellos; Mecio es quien debe consolarlos en todas sus pérdidas: yo te lo pido, y todavia espero poderte dar algun dia las gracias por todo el bien que les hagas.

Dice, y en vano Mecio quiere seguirle y acompañarle en su destierro. Cuida de este pueblo, le responde Numa; piensa en estos infelices tan olvidados casi siempre. Entonces se aparta prontamente de Roma, y toma el camino del pais de los marsos.

Este era el mismo camino por el cual poco tiempo antes habia pasado cubierto de armas resplandecientes á la cabeza de las legiones sabinas, lleno de amor y ansioso de adquirir gloria, no dudando que ésta le alcanzaria la felicidad. Halló la gloria, y hoy vuelve á pasar solo, sin séquito, desterrado, oprimido de dolor, huyendo al rey que tan bien ha servido, avergonzándose de la que tanto amó, y obligado á buscar un asilo entre aquellos mismos pueblos que ha vencido.

Camina con estas tristes ideas; en breve sale de las tierras de Roma, y se siente aliviado de una cruel opresion. Llega á las cercanías de Vitelia, y entra en un valle por el cual corria un cristalino arroyo, cuyas márgenes poblaban hermosos álamos y sauces. Sigue Numa el curso del arroyo,

y al pie de un cerro descubre una espaciosa gruta de donde nacia el agua.

Atraido por la amenidad del sitio quiere descansar un rato sobre la verde alfombra que adornaba la cueva; entra en ella y queda admirado al ver un jóven guerrero, cubierto de una piel de leon, dormido, y á su lado una clava ferrada. Numa se acerca, le mira, y conoce que es el valiente Leonte, el mismo que iba á buscar entre los marsos, aquel de cuyo valor ya tenia pruebas, y el que no se las dará menores de su verdadera amistad.

Despierta Leonte, conoce á Numa, y se precipita en sus brazos. Los dos héroes se abrazan tiernamente. ¡O amigo mio! iba á buscarte dicen los dos á un tiempo. ¿Cómo, dice Numa, tu venias á Roma? Sí, le responde Leonte con franqueza y alegría; estoy desterrado; carezco de todo asilo, é iba á pedirselo á mi vencedor.

No hablemos mas de vencer, esclama Numa; pensemos solo en amarnos. Parece que la suerte quiere estrechar todavía mas los vínculos de nuestra amistad, haciéndonos padecer los mismos reveses. Estoy desterrado, é iba, como tú á pedirte un asilo. Bien te acordarás de lo que hice por el cruel Rómulo: yo solo salvé á él y á su ejército. En pago de mis servicios ha hecho

asesinar á mi rey y pariente; la hija de Tacio ha muerto envenenada; y si yo me atreviese á presentarme en Roma, seria preciso inundarla de sangre ó dar mi cabeza á los lictores. Hé aqui, amigo querido, la justicia de los hombres: de este modo saben pagar los servicios.

Numa, le responde Leonte, yo he servido á hombres que realmente son menos corrompidos, mas virtuosos y justos; tú me has visto pelear por ellos: quizás no has olvidado todavía el incendio de tu campo, mi retirada y la toma de Auxencio. Pues con todo los marsos se han acordado solamente del dia de los montes Trebianos. Despues de firmada la paz, y restituido el ejército á Marrubia, el severo senado que me habia confiado el mando me mandó comparecer á dar cuenta de mi conducta. Han depuesto con ignominia al anciano Sofanór; me han arrojado de sus estados por haberme dejado engañar de los ardides de Rómulo, y porque dejé caer el ejército en la celada que tú me armaste. Mira pues si los republicanos son mas justos. Cree firmemente que todos los hombres son ingratos é indignos de ser amados; pero debemos no obstante servirlos por complacer á los dioses, y satisfacer nuestro propio corazon.

Ya hemos cumplido con ambas obligaciones, responde Numa. Hemos derramado nuestra sangre por la patria; ésta nos desecha, y asi nos vuelve el derecho de vivir para nosotros mismos. Ven Leonte, ven conmigo á un desierto del Apenino: nuestras manos le romperán; cultivaremos la tierra, que menos ingrata que sus moradores nos alimentará, y viviremos lejos de los hombres, disfrutando de los placeres de la amistad, dignos solo de las almas grandes.

Leonte trasportado de gozo le abraza y aprueba su designio: sí, le dice, juntos iremos y viviremos; la muerte solo podrá separarnos: te consagro mi corazon y mi vida. ¡Harto tiempo la ha llenado de amargura una pasion desventurada! Ya es tiempo de vivir solamente para la amistad.

¿Cómo, dice Numa, tú hablas de amor? ¿Acaso conoces sus penas y tormentos? ¿Será cierto que ningun mortal deje de gemir bajo el cruel yugo de esta terrible deidad? Escucha los males que me ha causado, y despues espero que en justa correspondencia me confiarás los sucesos de tu vida, los que deseo saber, como propios de un amigo, sin el cual conozco que me seria la vida insoportable.

Leonte le escucha atentamente, y Nu-

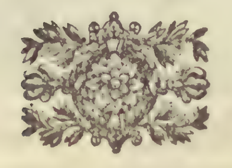
ma le refiere su vida desde su nacimiento hasta aquel mismo dia.

Esta narracion, hecha con el mayor candor y modestia, encantó á Leonte, y le hizo amar todavía mas el amigo que su corazon habia elegido. Llora la muerte del virtuoso Tulio, llora la de Tacio y su hija, y detestando al feroz Rómulo da el parabien á Numa de haber podido vencer el amor que tenia á la culpable Hersilia.

Amigo, le dice, el sacrificio ha sido sin duda doloroso: has tenido que elegir entre el amor y la virtud. Preferiste la virtud, y te ves desterrado de Roma, fugitivo, sin asilo, y llevando todavía en el corazon la herida que le lastíma. Mas con todo quiero preguntarte; si olvidando tus juramentos, y despreciando las cenizas de Tacio hubieses sido esposo de Hersilia; si te vieses dueño de un trono y del objeto de tu amor, ¡cómo destrozarian tu corazon los remordimientos! El yerno de Rómulo, el heredero de su poder, el poseedor de una amante idolatrada seria mil veces mas infelíz y estaria mas lleno de pesares que Numa virtuoso y desterrado. ¡O Numa! Yo lo sé por mí mismo; porque el cielo que nos crió para amarnos, ha querido al parecer poner en nuestros sucesos la misma conformidad que se halla en nuestras al-

mas. Tambien yo he sacrificado toda mi felicidad á la virtud. He perdido grandes bienes, es cierto; pero todos juntos no equivalen á la tranquilidad y satisfaccion interior que reina en mi corazon. Mi alma está pura como el agua cristalina de esa fuente: éste es el primer medio de ser felíz; el segundo es el de tener un amigo: hoy me regalan los dioses este tesoro. Oye pues la relacion de mis sucesos, y ojalá te causen un interes igual al que yo he sentido al escucharte.

Numa le abraza de nuevo, y el héroe marso comienza su historia en estos términos.



Argumento

DEL LIBRO OCTAVO.

Leonte cuenta á Numa la historia de sus primeros años, su ternura y cariño para con su madre Myrtala, y sus amores con Camila: el sacrificio que hizo de su pasion, y lo que Myrtala le reveló á la hora de morir. Numa quiere acompañar á Leonte á su antigua cabaña, y buscándola se pierden en los montes Apeninos. Numa encuentra á un anciano y su hija, y les ve adorar el fuego.

He nacido en el pais de los marsos entre las sierras de los montes Apeninos Mi madre pobre y enfermiza no tenia mas bienes que un corto rebaño, una pajiza cabaña y un huertecillo. Se llamaba Myrtala, habia perdido su esposo pocos meses antes que yo naciese, y me amaba como una madre solamente sabe amar.

Desde los primeros años de mi infancia, cubierto de una piel de lobo que Myrtala habia arreglado á mi estatura, y armado con un pequeño dardo, que ya sabia arrojar, iba á guardar el rebaño de mi madre, siempre acompañado de dos terribles mas-



O Leonte! te adoro...... Aprruebo tus maximas y desde ahora renuncio á ti.

tines, prontos á defender el rebaño y el pastor. No temia yo á las fieras, antes al contrario deseaba con ansia poder ejercer mis nacientes brios contra ellas. A veces trepaba por las breñas y despeñaderos mas peligrosos, ó pasaba á nado los arroyos y balsas para pillar algunas gamuzas jóvenes ó alcanzar de los pinos mas altos los pichones torcaces. La idea de que si conseguia mi intento podria hacer un regalo á mi madre me hacia superar las mayores dificultades, y pensando que aquellos alimentos tiernos y sabrosos la alargarian la vida me hallaba yo mas felíz y contento que un rey despues de añadir una opulenta provincia á sus estados.

Al caer de la tarde conducia mi rebaño á casa. Palpitándome el corazon de gozo enseñaba desde que mi madre me podia ver ó el cervatillo ó los pichones que llevaba en triunfo. Myrtala me reconvenia dulcemente, me amenazaba, abrazándome, de no dejarme salir mas, y á veces reusaba mis dones, ó no los admitia sin hacerme prometer cien veces que no volveria á esponerme á semejantes riesgos.

¡Cuánto siento, hijo mio, solia decirme, no poderte acompañar al monte! Entonces no temeria yo los riesgos que serian comunes á los dos; pero débil y achacosa

como estoy y llena de dolores, que no me permiten dar un paso fuera de nuestra cabaña, que tan grande me parece cuando tu estas ausente, mis pensamientos te acompañan, y continuamente me representan mi Leonte en un peligro espantoso. Unas veces te veo subido en la cima de un altísimo pino, y el árbol entero me parece insuficiente para sostener el peso de tu cuerpo: otras te veo saltar un torrente; sientas el pie sobre una piedra resvaladiza, caes, estiendes ácia mí los brazos, y el agua te sepulta entre su espuma. ¡O hijo mio! Conténtate con guardar tu rebaño: la leche de nuestras ovejas y las legumbres del huerto son mas que suficientes para mi alimento. No prives á las ciervas, gamuzas y aves de sus hijos queridos, no sea que los osos ó javalíes me priven del mio. Prométeme á lo menos que nunca entrarás en las cuevas y guaridas donde esos crueles animales ocultan sus cachorros. Jura hacerlo asi, Leonte amado, y si no por ti, hazlo siquiera por tu pobre madre. Ten por cierto que el dia que se atrase una hora tu vuelta me hallarás ó muerta ó espirando de inquietud y de dolor.

De este modo solia hablarme Myrtala. Yo la tranquilizaba, y acariciándola la prometia no volver á esponerme á los ries-

gos que tanto temia. Entonces llena de gozo me estrechaba entre sus brazos, me preguntaba lo que habia hecho aquel dia, y en pago de mi relacion me referia en tanto que disponia la cena las cosas de sus primeros años. Las noches se nos pasaban brevemente con estas dulces conversaciones. Mi tierna madre, antes de entregarse al sueño, me dejaba preparado cada noche lo que habia de llevar al campo al dia siguiente: me volvia á encargar de nuevo la prudencia, me abrazaba mil veces y acariciaba á mis fieles mastines, como recomendándoles que velasen sobre mi conservacion.

La vida agreste que yo hacia aumentó mis fuerzas en breve y en grado increible: á la edad en que comunmente apenas se ha salido de la niñez ya era yo ágil y robusto. A quince años ya no temia ni los osos ni los javalíes: mis dardos se habian teñido en la sangre de estas fieras, pero nada sabia Myrtala. Mis perros, celosos defensores de mi infancia, habian perdido las fuerzas con los años, y yo los defendia pagándoles lo que les debia. Tranquilo y felíz guardando mi rebaño me divertia tocando la zampoña ó persiguiendo los moradores de las selvas. Nada deseaba ni queria fuera de mi madre: la única pena que sentia era la de ver que los años debilitaban

cada dia mas su existencia, agravando sus achaques.

Un dia que estaba sentado en la punta de una peña, de la cual se precipitaba un arroyo desde una altura de cien pies formando un ruido espantoso, de improviso veo un ciervo que herido de un flechazo y derramando sangre se arroja en la balsa que formaba el impetuoso torrente. De allí á poco aparece una jóven amazona, cubierta de una piel de leon, con la aljaba al hombro y el arco en la mano, fatigando los hijares de un brioso caballo que animoso vuela tras del ciervo. Diana solamente podrá ser mas hermosa. Sus negros y hermosos cabellos ondeaban sueltos por su espalda: en sus ojos brillaba el ardimiento y el valor, y no obstante todo su rostro manifestaba una dulzura encantadora. En tanto que arrebatado de admiracion la contemplo sin atreverme casi á respirar, veo que el fogoso caballo se arroja en el torrente, cuya fuerza le arrastra. En vano la intrépida cazadora intenta volverle á la orilla; el furor de las aguas se opone á todos sus esfuerzos: en breve abandona el caballo, cae, y desaparece arrebatada de la rapidez de la corriente.

Ya estaba yo en medio del agua; largo rato nadé sin poder hallarla; finalmente mi

mano tropezó con sus cabellos, y la condujé á la orilla privàda de sentido. Desesperando que volviese en sí, la llevé á nuestra cabaña, en donde gracias á mi madre recobró el sentido. ¡Ay de mi! Apenas se abrieron sus bellos ojos, cuando encendieron en mi pecho un fuego que nunca se apagará. Osé contemplar aquella celestial belleza, á la cual la palidéz del rostro daba nueva gracia, y sentí una agitacion, un sobresalto que jamás habia esperimentado. A pesar de mi turbacion no podia hartarme de mirarla, ni menos apartarme de ella; y cuando abriendo la boca me dió las gracias, me turbé y no supe que decirla: me preguntó mi nombre, y mi madre tuvo que responderla por mí.

Pero despues de algunas horas de descanso, la amazona se determina á abandonar nuestra pajiza habitacion sin decirnos quién era. Ofreció á mi madre algun oro; su oferta nos llenó de sentimiento: lo conoció, guardó el oro, y quitándose un precioso collar que tenia al cuello lo puso en el de Myrtala. Despues mirándome con tierna gratitud se despoja de la piel de leon que traia sobre su vestido de púrpura, y me la presenta diciendo: ésta fue prenda del grande Alcides, que la regaló á mi abuelo en pago de la hos-

pitalidad que le dió. Hoy hago de ella el mismo uso que Hércules, dándosela al que me ha dado la vida; y si he de creer mis pensamientos, no dejo en manos indignas esta preciosa alhaja del hijo de Júpiter.

Dicho esto abraza á mi madre, me arroja una tímida y dulce mirada, me manda que no la siga, y se aparta de nosotros aceleradamente.

Myrtala y yo nos mirabamos: á no ser por el estado en que la vimos, no hubieramos podido creer que fuese cosa mortal. Inmóvil y sorprendido miraba yo aquella piel de leon, todavía mojada en el agua del torrente: la idea de que habia sido adorno de un semidios la hacia menos preciosa á mis ojos que el haberla visto cubrir los delicados hombros de la amazona. Tenia grabados en mi memoria sus gestos, sus facciones, y todos sus movimientos: todavía me parecia estar oyendo su voz. Aquella fue la primera vez que distraido y pensativo en tanto que mi madre hablaba la oculté el ardor que ya inflamaba mi corazon.

Apenas amaneció el dia siguiente cuando ya estaba yo con mi rebaño sobre la peña de la cascada. Me habia puesto la rica piel de leon, y apenas la tuve ceñida

cuando sentí en mí nuevas fuerzas, indomable valor, y sobre todo un fuego devorante. Este se aumentó luego que llegué al sitio en donde habia visto á la amazona. Bajo á la orilla del torrente, busco el parage en que la habia librado, y me asiento con deleite sobre la yerba en que la puse desmayada. Suspiro; agitado vuelvo la vista á todas partes: aquellas montañas, los precipicios y la cascada, todo aquel espectáculo grandioso que me arrebataba el dia antes, ya no fija mi atencion. Aquel desierto me parece horrible; sus bellezas naturales me fastidian; ya no cuido de mi rebaño; olvido mi zampoña y mis dardos, y con todo no puedo resolverme á abandonar aquel sitio tan grato á mi tristeza.

Vuelvo á la noche á casa, y no siento aquella dulce satisfaccion que antes al volver á ver á mi madre: las horas que paso en su compañía se me hacen eternas; respondo con trabajo á sus preguntas; busco mil rodeos para hacer con disimulo que hable de la incógnita, no queriendo yo nombrarla. El collar que Myrtala tiene puesto fija continuamente mis ojos, y abrazo á mi madre mas á menudo por poderle besar.

Así pasé tres dias: cada mañana al rayar el alba iba á la cascada, y alli es-

peraba que el sol se pusiese con la vista fija al sitio por donde ví venir la primera vez á la amazona. El cuarto dia estando del mismo modo de improviso la veo aparecer. Venia armada como la primera vez; traia otro caballo no menos brioso, y su rostro se cubrió de rosas al verme sentado sobre la peña.

En un instante estuve á su lado: se apea del caballo, le ata á un árbol, y sentándose sobre una peña me convida á hacer lo propio, y me dice: casi no dudaba, valiente pastor, hallarte en este sitio. He venido solo por verte. Te debo la vida, y quiero hacerte venturoso: este es el motivo de mi venida. Hablame con franqueza: ¿qué te falta para ser felíz y que lo sea tambien tu madre? Piensa que mi gratitud es estrema, y que mi poder casi la iguala.

Entonces, bajando los ojos, la respondí: ¡ó tú que no sé cómo llamarte! ¿Tú, que me inspiras un respeto que hasta ahora solo he tenido á los dioses te dignas acordarte de un pastor, y te bajas hasta el punto de venirle á ver? Esta sola bondad es paga del servicio que he podido hacerte: desde hoy mismo yo te debo mas de lo que podré pagar jamás. Me preguntas ¿qué me falta para ser felíz? Antes

de haberte visto nada me faltaba. Mi madre y yo somos ricos: tenemos una cabaña que nos cubre y defiende de las intemperies, un huerto y un rebaño que nos alimentan y nos visten, y aun acostumbro ir á los lugares del contorno á vender el sobrante de nuestra leche y los recentales que harian demasiado numeroso el rebaño. De esto saco algunas monedas de plata que traigo á mi madre, inútiles para nosotros; pero que nos sirven cuando llega algun pobre anciano ó enfermo á pedirnos la hospitalidad, porque al irse de nuestra cabaña les damos con gusto este dinero. Solo te queda un medio de hacerme mas dichoso, y es el que has empleado hoy, pues sin duda este es el dia mas hermoso de toda mi vida.

En tanto que yo hablaba, ella me escuchaba sonriéndose. Pues ya que solo mi presencia te hace falta, me respondió, te prometo venir á verte de cuando en cuando; el agradecimiento me obliga á esto. Pero no te diré quién soy: conténtate con saber que me llamo Camila, y cree que sea el que fuere el misterio de mi nacimiento, es dulce á Camila el deber la vida á Leonte.

Yo quedé arrebatado de gozo. El tierno interés que me habia manifestado, la mi-

rada que me arrojó al despedirse y su promesa de volver, todo inflamaba mi corazon. Repetia el nombre de Camila, me proponia enseñarselo á todos los ecos de aquellas montañas, y le grabé en las cortezas de los árboles. Camila sola llenaba mi alma; en toda la naturaleza no veia yo otra cosa que Camila.

Desde aquel instante huyeron de mí la tristeza y el tédio: aquellos desiertos me parecian los Eliseos; los árboles, las peñas, el torrente me parecian mas bellos; todo lo hermoseaba mi amor. Me parecia que la naturaleza habia reunido todas sus gracias y dones en aquella apacible soledad: temia que otro me la disputase, y hubiera querido vedarla á todos los hombres. Mi pobre cabaña me pareció á mi vuelta mas alegre y cómoda: ví á mi madre con mayor placer que hasta entonces. Nuestros abrazos fueron mas dulces, y nuestra conversacion mas agradable y alegre.

Cumplió Camila lo que habia ofrecido volviendo á los dos dias. ¡O qué breves se me hicieron las horas que pasó conmigo! Cien veces estuve por declararla mi amor, y otras tantas espiraron las palabras en mis labios. Cuando yo miraba á Camila creia poderla hablar; pero luego

que ella me miraba, el respeto me cerraba la boca.

En breve venia Camila todos los dias al torrente. Sin haberla dicho que la amaba, sin haber oido de su boca que era correspondido, nuestros coloquios eran los de dos amantes. Todos los dias antes de separarnos nos conveniamos en la hora en que volveriamos á vernos al siguiente; ambos acudiamos á la cita mucho antes. ¡Con qué gozo nos saludabamos! ¡Con qué deleite nos referiamos cuanto habiamos hecho y pensado! Camila no me hablaba de otra cosa que de mí: yo no la hablaba sino de Camila. Estas dulces conversaciones eran siempre las mismas, y siempre nos parecian nuevas y mas gratas.

Sola una cosa me ocultaba Camila: el secreto de su nacimiento. ¿Qué te importa, me decia, mi clase y calidad, si conoces tan bien mi corazon? ¿Si sabes que este corazon no tiene un solo afecto que no sea para ti?

La amable Camila se ocupaba ademas en ilustrar mi entendimiento: era instruida, y me comunicaba sus conocimientos. Me referia el reinado de Jano (59), la espedicion de los Argonautas (60), los sitios de Tebas y de Troya: me hacia aprender los versos de Hesiodo y de Ho-

mero. ¡Discurre tú, querido amigo, cómo aprenderia sus lecciones! Todo lo que salia de su boca se grababa en mi corazon; no me era posible olvidar nada de lo que Camila me habia dicho una vez. ¡Qué encanto esperimentaba al oirla! ¡Cómo me inflamaba cuando la oia cantar las proezas de Aquiles! Y cuando Homero pintaba á Venus (61) todavía me parecia mas bella Camila.

De este modo se pasaba nuestra vida. Los dias los consagraba al amor y las noches á la piedad filial; porque lejos de que mi amor á Camila debilitase mi afecto á Myrtala, parecia al contrario darle nueva fuerza. No se dividia mi corazon entre mi madre y mi amante; cada una le poseia enteramente. Sin duda es un beneficio de los dioses que el amor, el mas violento, cuando es virtuoso presta nuevas fuerzas á todas las virtudes de nuestras almas.

Mi felicidad duró poco. Pasóse un dia entero sin ver á Camila. Al siguiente fui á esperarla medio muerto de dolor é inquietud. Vino, pero pálida y afligida. Amigo mio, me dijo luego que llegó á mí; nuestra dicha dió fin; lloraremos eternamente los cortos instantes que ha durado. Hasta ahora te he ocultado mi sér, te-

miendo que el saberlo te apartase de amarme, y tambien porque me era grato ser amada por mí misma. Ya es tiempo que lo sepas: sabe pues que tengo la desgracia de ser hija de un rey.

Un sudor frio corrió por todo mi cuerpo al oir esto: mis rodillas trémulas se doblaron, y mi lengua no pudo articular voz alguna. Camila me agarró de la mano, me hizo sentar á su lado, y despues de haber procurado disipar el terror que me oprimia, prosiguió de este modo.

Mi padre es rey de los vestinos. La distancia es poca desde aqui á Cingilia su capital, y mi aficion á la caza me sirve de pretesto para verte todos los dias. Esperaba yo disfrutar mucho tiempo de esta felicidad, pero soy hija única; la corona de mi padre debe ser mi dote, y todos los soberanos de Italia aspiran á mi mano. Dos de estos reyes nos amenazan con la guerra si no hago prontamente eleccion de esposo. El uno de ellos es rey de los marucios; sus estados confinan con los nuestros, y casi siempre estan en guerra. Mi himeneo con su hijo acabaria estas discordias, y formaria un reino floreciente. La política, la razon y la humanidad hablan en favor del príncipe

de los marucios, el cuál ausente desde sus primeros años viaja por la Grecia sin mas compañía que un ayo, con el fin de instruirse y aprender el dificil arte de reinar. Actualmente está en camino para volver á Cingilia.

El mas temible de sus rivales es Telemanto, rey de Salento. Su poder, sus riquezas y el lustre de su orígen, pues ya te he dicho otras veces que desciende de Telémaco y Antiope (62), le dan grandes ventajas sobre el príncipe; pero tememos poco á los salentinos, muy distantes de nosotros, y será dificil que sus embajadores logren la preferencia sobre el rey de los marucios que ha venido en persona á pedirme para su hijo.

Por ambas partes es igual para mí la desgracia, pues que debo de todos modos renunciar mi libertad, y con ella la esperanza que tenia de amarte siempre. Pero bien sabes Leonte lo que un hijo debe á su padre: el mio es viejo, y sin fuerzas suficientes para defenderse. Me insta á que elija esposo; me ruega por su amor y sus canas no le ocasione una guerra que no puede sostener, y que ocasionaria su ruina y la de todos sus vasallos. ¿Qué debo hacer? Te pido que me aconsejes.

Camila, la respondi (porque ni tu

grado ni el resplandor del trono me causarán nunca mas respeto que el nombre solo de Camila), un corazon que sabe amar sacrifica todo á su amor; pero un corazon virtuoso sabe inmolar el amor á su obligacion. Mi valor me asegura que defenderia tus estados; que armado de esta clava, y cubierto de la piel del leon Nemeo rechazaria lejos de tus muros á los marucios, salentinos, y aun á toda la Italia. Pero aun cuando fuese el mayor de los héroes; aun cuando mis hazañas se igualasen con las del grande Alcides, ¿podria ser nunca tu esposo? No, esclamé deshecho en llanto; jamás serás mia. Eres hija de reyes, y yo solo un pobre pastor... ¡O Camila, Camila, cuán caro voy á pagar mi ciego error!

¿Discurres que soy menos digna de lástima que tú? interrumpió Camila. ¿Piensas que mi triste corazon no padece tanto como el tuyo? Pero todavía conservo alguna esperanza: conozco al rey de los marucios: él desea para su hijo mis estados, y estima poco mi persona. Quiero declararle mi situacion; juraré renunciar mi reino á favor de su hijo luego que mi padre muera, con tal que no me obligue á casarme, y que nos defienda de Telemanto. La esperanza de reinar sobre

dos pueblos lisonjeará su corazon ambicioso, y yo seré felíz si puedo adquirir á precio de una corona el derecho de amar siempre á Leonte.

Quise oponerme á su resolucion, pero fue en vano: Camila me dejó, resuelta á tentar este arbitrio. Dos dias pasé esperando con dolorosa impaciencia la vuelta de mi querida Camila.

Volvió pasados estos: su rostro brillaba de alegría. Seremos felices, me dijo luego que me vió. He declarado todo al rey, y le he dicho que mi corazon era tuyo: se ha mostrado sensible á mi confianza; la oferta de mi corona le ha determinado á servirnos; oye lo que nos propone. Su hijo, que volvia de Grecia sin mas séquito que su ayo, ha muerto en Creta; como viajaba incógnito todos ignoran su fallecimiento. El ayo del príncipe ha comunicado al triste padre esta noticia con todo secreto, y no atreviéndose á presentarse á él se ha detenido en Corcyra. Llora el rey la muerte de su hijo, pero tambien ve con dolor deshecho un enlace que aseguraba la paz de sus pueblos y doblaba su poder. Su pena hallaria grande alivio si pudiese contentar su ambicion; y para no ver mi cetro en manos de Telemanto solo le queda un

arbitrio. Su hijo no era conocido en su corte que abandonó en sus tiernos años: todos le juzgan vivo, y le aguardan de dia en dia: el rey te adopta en su lugar.

Que vaya, me ha dicho, á encontrar en Corcyra el ayo de mi difunto hijo: dale este sello mio y estas tablillas en que va escrita mi voluntad. Despues vendrá con él; yo le recibiré como si fuese verdaderamente mi hijo: mis pueblos engañados le reconocerán. Será tu esposo, vivireis felices, y la paz de las dos naciones, vuestra dicha y mi descanso serán los frutos de un engaño digno de alabarse, pues que sin hacer perjuicio á nadie labra la felicidad de tantos.

Esta es, Leonte, la nueva felíz que te traigo: serás mi esposo, reinarás sobre los dos pueblos, viviremos juntos hasta morir, y la fortuna y el amor nos harán pasar una vida felíz... Pero no advierto en ti señal alguna de alegría. ¿No te postras á dar gracias á los dioses? ¡Con qué triste indiferencia oyes la nueva de nuestra union! ¿Qué nuevo pesar te turba? ¿En qué piensas?

En mi madre, la respondí. ¿He de perderte, ó he de hacer morir de dolor á la que me dió la vida? Tú misma quiero que seas juez: te he visto pronta á sa-

crificar nuestro amor al descanso de tu padre. ¿Te parece que debo abandonar á Myrtala, quitándola el único amparo y consuelo que tiene? La llenaremos de bienes y conveniencias, interrumpió Camila: pero la quitarás su hijo, la respondí: obligas á ese hijo á que la renuncie por madre: ¡la idea solamente me horroriza! No, Camila, no hay reino, no hay bien en este mundo que pueda equivaler la falta del amor y gratitud filial, primer beneficio de la naturaleza, primer deleite que prueban nuestras almas. No solo no puedo desterrarle de mi alma, pero ni aun fingirlo.

Mas no seria éste el único delito que cometeria usurpando el nombre del príncipe: considera que yo seria obedecido de los pueblos por medio de una impostura, y que deberia el cetro á una infame mentira. Si los soberanos legítimos tienen tan grandes obligaciones que cumplir; si son responsables á los inmortales de todo el bien que no han hecho y de todo el mal que dejan hacer, ¡cuán terrible seria la cuenta que tendria yo que dar, puesto en el trono sin ser llamado por los dioses! Como ladron de mi propia dignidad, cada acto de respeto que recibiera de mis vasallos seria una reconvencion de mi impostura.

Tú eres mi mayor bien, adorada Camila: el cielo y mi corazon son testigos que daria gustoso mi vida entera por ser un solo dia tu esposo; pero esta felicidad tan grande, esta dicha, que en idea solamente arrebata mi alma, no lo seria si la disfrutase sin tranquilidad de conciencia. ¡Tan cierto es que de ningun placer podemos disfrutar con gusto sin aquella dulce paz interior que la virtud produce! Sentado á tu lado sobre el trono mis remordimientos me harian desgraciado: voy á serlo, pero la virtud me podrá consolar. Déjame en este desierto: en él veré á cada instante tu imágen, y toleraré mi vida: en él te lloraré continuamente; pero solo lloraré tu pérdida, quedando mi corazon puro. A dios Camila. Vuelve al palacio de tu padre; olvida á un infelíz: deseo que el gusto que hallan las almas grandes en cumplir sus deberes te haga menos dolorosa la compasion que mi desgracia te inspira.

Diciendo estas razones bajé la cabeza, y procuré ocultarla mis lágrimas. Camila, fijos en mí los ojos, me oyó atentamente, y tardó un gran rato en responderme. En fin, agarrando mi mano y estrechándola entre las suyas me dijo asi: te adoro, ó Leonte, y tu virtud aumenta mas y mas

el amor eterno que me has inspirado. *Apruebo tus máximas, y desde ahora renuncio á ti.* Sí, te abandono, pero asegurándote que llevaré hasta el sepulcro el afecto que nos une; que tu imágen vivirá en mi tierno corazon hasta el último suspiro, y que si mi dolor abrevia mis dias, como se lo pido á los dioses, la última palabra que mi boca pronuncie será tu nombre amado.

Al decir esto se aparta de mí, sube á caballo, me dice á Dios con voz ahogada, me estiende los brazos, y se aleja presurosa. Tres veces volvió sus ojos llenos de lágrimas ácia aquel peñasco sobre el cual habiamos pasado tan deliciosos ratos en amorosos coloquios: parecia que cual si fuesen sensibles á nuestra pena, queria despedirse de ellos; en fin arrojándome la última mirada de amor y ternura desaparece á mi vista... Desde aquel funesto instante no he vuelto á ver á Camila.

Aqui se detuvo Leonte: dos arroyos de lágrimas corren de sus ojos; un peso terrible le oprime el pecho. Numa le abraza tiernamente, y los dos quedan en silencio largo rato: finalmente Leonte hace un esfuerzo, reprime sus suspiros y sollozos, y prosigue su narracion.

Quise ocultar á mi madre el sacrificio

que habia hecho: no hubiera podido aumentar su amor, y solo habria servido de acrecentar sus males. Con esta idea hice los mayores esfuerzos para disimular mi dolor: pasaba los dias enteros llorando sobre el peñasco en el cual habia visto á Camila, y cuando volvia por la noche á casa estudiaba en componer el semblante y aparentar una tranquilidad mentida. Cuando no podia ocultar mi tristeza á los ojos penetrantes de mi madre inventaba un motivo que no la afligiese demasiado: imaginaba un pesar del cual ella pudiese consolarme.

Asi se pasaron dos meses sin saber de Camila, y sin que mis penas fuesen menos dolorosas que el primer dia. En breve me asaltaron otras nuevas: cayó mi madre gravemente enferma; usé para curarla de todos los simples de nuestras montañas, pero su última hora era llegada; y conociendo que iba á espirar me llamó y me dijo estas palabras que todavia me parece estar oyendo: hasta ahora has vivido engañado; yo no soy tu madre: perdóname, ó Leonte, antes que muera, una mentira que ha sido la felicidad de mi vida. Precisada á abandonar mi aldea para huir de los crueles pelignios que estaban entonces en guerra con los marsos, llegué huyendo

al lugar de Avia en las riveras del Aterno, cuando los enemigos acababan de saquearle. Entre los espantosos restos del incendio y mortandad, y rodeado de cadáveres, te ví en tu cuna cubierto de sangre, pálido, y pasado el tierno pecho con un puñal. Tu hermosura llamó mi atencion; puse la mano sobre tu corazon, y percibí sus débiles latidos. Cargué con tu cuna, curé tu herida, y cuidé con esmero de tu débil existencia: me llamaste madre, y nunca tuve ánimo para renunciar á este dulce nombre. Me abandonará, decia yo, si sabe que no es mi hijo. Ignoro quiénes son sus padres; pero no le amarian mas que yo. Dejo pues subsistir un error que no le perjudica, y que hace la felicidad de mi vida. Esta es, hijo mio, la causa de haberte ocultado la verdad; perdona mi debilidad. Tú mismo, querido Leonte, hacias imposible la revelacion de este arcano por el estremo cariño que me profesabas.

Entonces la abracé tiernamente y bañé su rostro con mis lágrimas. Hijo amado, prosiguió, es preciso separarnos: te ruego que enjugues tu llanto, que solo sirve para hacer mas dolorosa esta separacion. Considera para tu consuelo que tú solo me has hecho felíz; piensa que solo para ti han alargado los dioses la carrera de mi

vida. ¡O si yo supiese que la tuya gozará de la misma tranquilidad! En tanto que he vivido siempre he temido que tu verdadera madre viniese á arrancarte de mis brazos; ahora que voy á morir quisiera poder volverla su hijo. Toma esta piedra preciosa en que estan gravados unos caractéres que no conózco: la tenias al cuello el dia en que te dí la vida. Hasta ahora te la he ocultado: ¡ojalá te sirva para encontrar la madre felíz que te llevó en sus entrañas! Si algun dia la ves dila cuanto he envidiado su dicha; dila que mi ternura me hacia quizás digna de ella, y perdonadme ambos el haber usurpado el nombre de tu madre. A Dios, hijo mio, á Dios. Permíteme que use hasta morir de este dulce nombre: acércate, ven; tus manos cerrarán mis ojos, y muero contenta si te oigo pronunciar una vez siquiera el dulce nombre de madre.

¡O madre mia, esclamé, madre adorada! Siempre soy tu hijo, y lo seré mientras viva, aun cuando..... Espira, y la desapiadada muerte me deja con su cuerpo yerto entre los brazos.

No te pintaré mi dolor: nuestros corazones se parecen. Numa, debes tener presente lo que padeciste en la muerte de Tulio. Formé con mis manos la humilde

hoguera en la cual reduje á cenizas el cadáver de Myrtala: recogí sus cenizas en una tosca urna de barro que encerré en medio de un rústico monumento fabricado con piedras, tierra y céspedes á poca distancia de mi cabaña. Sobre una piedra grabé esta sencilla inscripcion: *Aqui descansa Myrtala: caminante, si amaste á tu madre, acuérdate de ella, y llora su memoria.* Cerré despues mi cabaña, la dejé al cuidado de las Oréadas, y abandonando igualmente mi rebaño salí de aquellas montañas dirijiendo mis pasos, como á pesar mio, ácia la capital de los vestinos.

Luego que llegué á Cingilia supe que la bella Camila, despues de haber resistido largo tiempo á su padre, se habia finalmente determinado á tomar por esposo al rey de Salento, y pocos dias antes se habia embarcado con los embajadores de aquel soberano. Tan sorprendido y aterrado con esta noticia como si me pudiera esperar otra cosa, salí desesperado de la ciudad y volví á internarme en los montes Apeninos. Errante y sin objeto fijo en mi viage llego al ejército de los marsos á tiempo que iban á elegir un general. La vista de las tropas me inspiró un ardiente deseo de gloria: determiné morir, ó alcanzar fama inmortal. Me presenté para dis-

putar el mando, y un felíz acaso me lo dió. Ya sabes lo que hice: estás viendo el premio que me han dado.

Aqui dió fin Leonte á su historia. En tanto que habia hablado, Numa, inmóvil y fija en él la vista, le habia escuchado atentamente. Todos los afectos que el héroe marso espresaba pasaban en el alma del sabino: cuando Leonte hablaba de sus primeros años y de su amor á Myrtala, una dulce sonrisa adornaba el rostro de Numa; y cuando hablaba de Camila y de su amor, Numa sentia correr de sus ojos un llanto involuntario.

Ya el sol iba á ocultarse en el océano, y los dos amigos determinaron pasar la noche en la gruta. Fueron á recoger algunas frutas silvestres, y volvieron á esperar el sueño. Hemos acabado nuestro viage, dijo Numa, pues que nos hemos encontrado: mañana determinaremos ácia donde hemos de ir. Yo tenia deseos de viajar algun tiempo por la Grecia para instruirme de los usos y costumbres de sus pueblos, y conseguir con este estudio mas virtud y sabiduría.

Amigo, le respondió Leonte, si los hombres amasen la virtud, no hay duda que ganariamos mucho en conocerlos, y te diria; vamos á ver el mundo, y sere-

mos mejores á nuestra vuelta. ¿Pero qué hallaremos en la Grecia? ¿Qué hallaremos en las demas naciones? Reinos compuestos de esclavos infelices: repúblicas desunidas, cuyos ciudadanos, para probar que son libres, se degüellan mútuamente. Algunos hombres esclarecidos y doctos perseguidos y desterrados llorando menos la ausencia de su patria que la pérdida de los puestos y honores que han dejado. Filósofos que se llaman sabios, y que pasan su vida entre las turbaciones y molestias de vanas disputas, y en argumentos inciertos é infundados: por todas partes en fin veremos los pueblos oprimidos; la ambicion y vanidad reinando despóticamente en los hombres mas admirados. ¿Juzgas que sacaremos algun fruto de nuestros viages? Pienso al contrario que contraeriamos vicios que ahora desconocemos. ¡O Numa! no ha querido el Criador del universo que el hombre para ser sabio tuviese que emprender largas peregrinaciones, consumiendo lo mas florido de su vida, afanándose por adquirir virtudes para una vejéz incierta. A cada uno nos ha dado al nacer un libro y un juez: nuestra conciencia. Vivamos en paz con ella, y sabremos bastante.

Sea asi, le dice Numa; no salgamos

de Italia, volvamos á tus montañas, y habitemos tu cabaña cuidando de tu rebaño. Cultivaré tu huerto, guardaré tus ovejas, lloraré contigo sobre la tumba de Myrtala, y te hablaré cada dia de Camila en aquella cascada y peñascos que ya conozco sin haberlos visto. Si la maternal ternura te hizo pasar una vida felíz en aquel asilo, espero que los consuelos de la amistad dulcificarán tus pesares.

Dijo; Leonte le abraza, y al punto emprenden su viage. Atraviesan por las tierras de los Equos, pasan el rápido y caudaloso Tolonio y los montes Albencos, y llegan finalmente á las faldas del Apenino.

Los dos héroes, que se mantenian de su caza, se perdieron un dia persiguiendo á los habitantes de las selvas. Despues de trepar por la aspereza de las breñas, y habiendo penetrado las malezas mas incultas, descubrieron un valle delicioso rodeado de montañas inaccesibles, de las cuales bajaban varios arroyos que regaban el ameno valle. Sus márgenes, pobladas de tillos, alisos y hayas ofrecian una sombra deliciosa, y todo aquel sitio presentaba á la vista por unas partes los olmos coronados de los pámpanos de la vid, y mil árboles frutales cargados de sus ricas producciones: por otras bellísimos prados esmalta-

dos de mil flores olorosas. Todo en aquel sitio respiraba la paz y la abundancia; el aire era puro, y el agua de los arroyos cristalina. No se oia otro ruido que el que formaban las naturales corrientes y el cántico de las aves, que saltando de rama en rama parecian celebrar á porfia la felicidad de que gozaban en aquel jardín de la hermosa naturaleza.

Encantados con tan apacible vista los dos amigos bajan al valle presurosos. Llegan y admiran, disfrutando del placer mas puro que los dioses han concedido á los mortales, que es el espectáculo de las maravillas que han sembrado en toda la tierra. Siguen el curso del arroyo principal sin descubrir vestigio de persona alguna; llegan á un sitio en el cual el arroyo se dividia en dos, y despues de prometerse que volverán á juntarse en aquel sitio, se separan, y cada cual sigue uno de los brazos del arroyuelo.

Leonte anduvo largo tiempo sin descubrir mas que árboles, frutas y flores.

Numa, mas felíz, descubrió un rebaño que pacia sin perros ni pastor cerca de un bosquecillo de laureles. Penetra en este con lentos pasos; mira, examina, y de improviso advierte bajo una enramada de jazmines silvestres una doncella vestida de

blanco sentada en un banco de céspedes. Manifestaba leer con suma atencion un libro que tenia en las manos El céfiro que levantaba sus rubios cabellos sueltos sobre su frente, y al rededor de su cuello, dejaba ver su rostro de divina hermosura. Pero su belleza natural sacaba nuevos brillos del candor é ingenuidad que todas sus facciones manifestaban. Aquel rostro dulce y magestuoso respiraba el sosiego de la dicha, y la paz de la virtud: tenia ademas un no sé qué de celestial que apartaba toda idea licenciosa, y llenaba el alma de un afecto mas puro y delicioso: su vista no inspiraba deseos; producia un santo respeto, una inclinacion mas tierna y viva que los deseos mismos.

Numa la vé, y se detiene. No esperimenta turbacion ni sobrecogimiento: no le palpita el corazon; solo prueba un dulce placer que no turba su razon. Al mirarla no se acuerda del amor: no cree que sea una diosa; libres y claras sus potencias no exageran lo que vé. Discurre con verdad que está mirando á la mas hermosa de las mugeres, y sin duda piensa que su virtud iguale á su belleza.

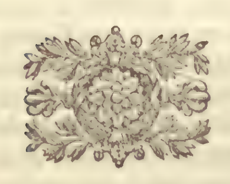
Insensiblemente y con cuidado penetra el bosquecillo, y se acerca á ella para ver, si es posible, qué libro la ocupa tanto;

pero éste encierra caractéres desconocidos. Vuelve Numa á retirarse con precaucion: oculto entre las ramas ve adelantarse un venerable anciano apoyado sobre un nudoso báculo: las canas cubrian su frente; su luenga barba le llegaba hasta la cintura, y su rostro, cubierto de arrugas, conservaba un aire de magestad y grandeza que los pesares y la vejéz no habian podido borrar del todo. Hija mia, dice á la pastora, ya llega el sol al ocaso; cumplamos con el rito de nuestra religion divina. Al oirle se levanta ella, y deja ver á Numa su talle agraciado y magestuoso. Sus bellos ojos miran al padre con dulce sonrisa, y le alarga la mano: el anciano apoyado en su brazo vuelve con tardos pasos á una cabaña edificada en lo interior del bosquecillo.

No atreviéndose Numa á seguirlos, observa, siempre oculto, todos sus movimientos. Los ve lavarse en el arroyo, entrar en su cabaña, y volver á salir; pero ya el viejo ha mudado de vestimenta. En vez de la ropa talar que tenia viste una túnica corta, sujeta á la cintura con un cordon que la rodea, y un velo le oculta el rostro. Trae en las manos una copa ó braserillo de bronce, lleno de fuego ardiente, y le coloca con respeto sobre una piedra cua-

drada. Su hija le sigue con varios aromas y un hacecillo de ramas secas. Ambos de rodillas echan sus ofrendas en el fuego, le atizan con instrumentos de oro, y dicen una oracion en lengua desconocida.

En breve se levanta el anciano y su hija, y se lleva el brasero con el mismo respeto. La hermosa pastora va á juntar su rebaño disperso en el prado, lo encierra en un corral de tablas, y vuelve al lado de su padre, en tanto que Numa, lleno de admiracion y alegría, se da priesa á juntarse con Leonte.





Argumento

DEL LIBRO NONO.

Numa y Leonte hallan grata acogida en la cabaña del anciano. Admiran á su hija Anais, y se separan de ellos con sentimiento. Vuelve Leonte con su amigo á su antiguo domicilio: halla á Camila: escesivo gozo de los dos amantes. Refiere Camila sus aventuras, y se desposa con Leonte. Marchan en compañía de Numa á buscar al anciano. Numa defiende á Anais y á su padre de unos foragidos: queda herido. Historia de Zoroastres. Leonte halla á su padre.

Numa se junta con Leonte y le cuenta lo que ha visto. Juntos se encaminan ácia la morada del anciano; llegan, y llaman á la puerta. La pastora sale á abrir, y al verlos armados los mira con inquietud. No te asustes, hermosa pastora, la dice Leonte; aunque somos guerreros amamos la paz, y venimos á pedirte la hospitalidad por esta noche no mas. Mañana, apenas la aurora abra las doradas puertas del oriente, seguiremos nuestro viage, dando antes gracias á los dioses por tus beneficios.

Sus razones tranquilizan á la doncella que los hace entrar, y corre á avisar á su padre. Estaba el anciano sentado en el fondo de la cabaña sobre una tarima, y tenia todavia en las manos la rueca y el huso que su hija habia dejado. Algunos toscos banquillos, una mesa de igual aliño, y varias vasijas colgadas al lado de una lira de ébano eran todas las riquezas, muebles y adornos de aquella humilde habitacion.

Apenas los ve el anciano se levanta, y sale á recibirlos convidándolos á descansar. Anais, dice á su hija, pon luego agua á calentar, y prepara para agasajar nuestros huéspedes lo mejor que hay en casa. Al punto le obedece la modesta Anais: aviva el fuego del hogar, descuelga una vasija de bronce, la llena de agua, y en tanto que ésta se calienta corre al huerto inmediato á la casa.

A pocos instantes vuelve con uvas, aceitunas y otras frutas, varias flores y un panal de blanca miel. Coloca las frutas y flores sobre la mesa, toma algunas copas de haya, y llena otra mayor de vino nuevo: echa despues en una gamella el agua ya caliente y la presenta á su padre, el cual, sin atender á las súplicas y resistencia de los huéspedes, les lava él mismo los pies, y despues se sienta con ellos á la mesa.

La conmocion que sentian en su interior los héroes les permitia apenas manifestar su gratitud al anciano. Numa, siempre fijos los ojos en Anais, admiraba su belleza, sus gracias ingénuas y su agasajadora franqueza; pero sobre todo le encantaba la piedad filial y el candor adorable, que, sin ostentacion, y como á su pesar, se manifestaba en todas sus acciones. ¡O cuán feliz, decia en su interior, seria yo si fuese su hermano! El respeto que le causaba Anais no le permitia formar otro deseo.

Leonte estaba mas ocupado en considerar al anciano que á su hija. Se sentia como arrastrado ácia él por un encanto oculto, cuya causa no podia comprender: sus canas, su aspecto venerable, en el cual se veian pintadas á un tiempo mismo las desgracias y la virtud; su noble entereza, sin visos de severidad causaban en Leonte un afecto mezclado de respeto y cariño. Por su parte el anciano fijaba en él su cansada vista: miraba atentamente su rostro, miraba despues el de Anais, y como que queria comparar sus facciones. En medio de su exámen suspiraba; el manjar se le caia de la mano, y sus ojos se arrasaban de lágrimas que el afligido anciano enjugaba presuroso para mirar de nuevo al héroe marso.

Anais, que no quitaba los ojos de su padre un solo instante, advirtió la turbacion que le aquejaba: la atribuyó al recuerdo de sus pasadas desgracias, y tomó su lira para distraerle. Sus delicadas manos la templan, suelta su dulce y arreglada voz, y Numa, Leonte, y aun su mismo padre, la oyen arrebatados.

La bella Anais canta el mundo criado por la palabra de Orómazo (63); el sol encendido por su soplo para fecundar la tierra, producir las mieses, los árboles y todos los vegetales saludables. Canta despues el hombre criado puro é inmortal, decaido de aquel felíz estado y corrompidó por Arimanio (64), autor de todo el mal que existe en el universo, enemigo mortal del género humano, tan antiguo como Orómazo, emponzoña la fuente de la verdadera felicidad, y mezcla males inmensos á los beneficios del Sér Supremo. Canta finalmente el legislador enviado del cielo para combatir y vencer á Arimanio, y sostener al hombre abatido, enseñándole el verdadero culto, y haciendo renacer en su corazon la semilla de las virtudes, casi enteramente ahogada por los vicios que le tiranizan.

A este tiempo el anciano arroja una mirada á Anais, y ésta calla el nombre del legislador.

Numa y Leonte se miran admirados de las maravillas que han oido, y reconocen algunos principios comunes á su religion. Pero sobre todo admiran la encantadora sencilléz y la moral sublime que Anais ha cantado. Su voz divina, el respeto y compostura con que ha cantado doblan la eficacia de las palabras. Numa se juzga transportado al Olimpo; le parece que está oyendo á Minerva dando nuevas leyes á los mortales.

Entretanto llega la hora de entregarse al descanso del sueño. Al dia siguiente luego que salga el sol los viageros determinan proseguir su camino. Un afecto, una oculta simpatía les hace apartarse con sentimiento de aquel sitio: ambos quisieran acabar en él sus dias. Lo mismo sienten Anais y su padre. La doncella va á despojar su huerto para regalar fruta á Numa, y el anciano obliga á Leonte á llevarse un zaque lleno de vino: les dicen el camino que han de seguir, y sobre todo les encargan que vuelvan al valle. Numa y Leonte se lo prometen, y se despiden con el corazon lleno de tristeza y de dolor.

Caminan los dos sin hablar, y á cada paso vuelven la cabeza para mirar la amable cabaña que abandonan. Cada uno recapacita en silencio lo que ha visto ú oido.

Aquella religion desconocida, cuyos misterios cantó Anais: aquella oracion delante del fuego, dicha en idioma estraño, confunden sus ideas, y destruyen sus congeturas. Estraña Leonte el irresistible afecto que le ha inspirado aquel incógnito, nacido al parecer lejos de Italia: Numa siente su pecho lleno de una amistad á Anais mas tierna que el mismo amor.

Numa rompió el silencio, y propuso á su amigo volver atrás y establecerse con Anais y su padre. Tanto como él lo deseaba Leonte; pero quiere volver á ver su antigua cabaña, y llorar por la última vez sobre la sepultura de Myrtala. Numa condesciende gustoso á tan piadoso intento. Esto les renueva á los dos tristes memorias: Leonte habla de Camila; Numa compara á Hersilia con la modesta Anais. Una tierna melancolía se apodera de sus almas: lloran juntos, y se consuelan mútuamente. ¡O poderoso encanto de la amistad! Tú suavizas los males que se comunican, y haces nacer de las aflicciones mismas un placer puro y verdadero.

Finalmente, despues de tres dias de camino descubre Leonte su habitacion primera. Al verla se para, y las fuerzas le abandonan. Pero en breve, apoyado sobre Numa, se adelanta: cada árbol, cada sitio,

cada objeto de los que mira le recuerda sus pasadas felicidades. Alli jugaba en sus tiernos años con Myrtala; aqui oia sus preceptos. Detras de aquella mata plantó ocultamente unas flores para sorprender á su madre con el don inesperado. Todo en fin le representa épocas de cariño y de amor. Sus ojos humedecidos de tierno llanto no pueden hartarse de mirar lo que tantas veces vieron; el aire que respira le oprime; las sensaciones que esperimenta le abaten; su corazon está angustiado, y no obstante se halla bien con su dolor y tristeza.

Luego que llega á la puerta se arrodilla, besa la tierra, y levantando sus manos, dirije estas palabras á las deidades campestres: yo os saludo, ninfas Oréadas que protejisteis mi infancia, y que ahora vuelvo á ver con tanto gozo. Dignáos de contentaros por ahora con mi afectuosa salutacion: en breve participareis de las libaciones que haré sobre la tumba de mi madre.

Dicho esto se levanta, y entra en su choza. ¡Cuál fue su admiracion al ver que todo estaba del mismo modo que lo habia dejado! Ve sus dardos antiguos, sus instrumentos de labor, y la zampoña con que tantas veces cantó sus amores y Camila: besa con ardor su rústico instrumen-

to; pero todo lo deja por ir al sepulcro de Myrtala. Llega, y le vé adornado de frescas flores; otras que advierte marchitas y dispersas por el suelo manifiestan que una mano piadosa las renueva cada dia. Leonte besa y riega con sus lágrimas la verde yerba que ha crecido sobre el sencillo mausoleo: bendice la mano desconocida que tiene cuidado de adornarle. Numa participa callando de las sensaciones de su amigo.

Despues de un rato Leonte le toma de la mano, y repitiendo el nombre de Camila, le conduce ácia la cascada tan grata á su memoria. Camina presuroso, llega... El primer objeto que se le presenta es Camila sentada sobre la peña...

Al verla da un grito, y se precipita ácia ella: vuelve Camila la cabeza; ambos antes de juntarse pierden los sentidos.

Numa les da los auxilios posibles, y vuelven en su acuerdo; apenas recobrados se buscan con los ojos, y se miran con ahinco. ¿Eres tú, bien mio, decia Leonte, tú, por quien tanto he suspirado? ¡Dioses piadosos! Si éste es sueño, matadme antes que despierte.

La tierna Camila le estrecha entre sus brazos, y le asegura de su comun felicidad. Sí, le dice, yo soy: yo soy tu fiel

amante que nada ha podido separar de su adorado Leonte. Estoy contigo para siempre; estoy con el dueño de mi corazon, con el que me dió la vida, y con aquel para quien solamente la he conservado.

Diciendo estas palabras le abraza de nuevo y le repite: yo soy. Le dice que no llore, se sonrie con ternura, y sonriéndose llora ella tambien: su hermoso rostro bañado en llanto resplandece no obstante de gozo y satisfaccion semejante á las doradas nubes que en la primavera dejan caer la menuda lluvia sobre las flores, en tanto que el sol cubierto apenas por ellas las atraviesa con sus rayos luminosos, y resplandece al través de las líquidas perlas que derraman.

Pasados los primeros instantes dados al amor y á la alegría, Leonte conduce á su dulce Camila al mismo sitio en que solian hablar de sus amores, y la dice: aqui quiero oir la relacion de tus sucesos. Habla sin empacho delante de este amigo: es sabedor de todos nuestros secretos; lee en mi corazon como yo mismo, y tú le abrirás el tuyo luego que conozcas todas sus virtudes.

Entonces Camila vuelve dulcemente la vista á Numa: se sienta entre los dos, y satisface su curiosidad en estos términos.

Los dioses me han sido propicios: me

han librado de un himeneo mas aborrecible que la misma muerte. Obedecí no obstante á mi buen padre, y le evité una guerra que le hubiera arruinado. El rey de los marucios se habia retirado á sus estados, y yo partí con los embajadores de Telemanto sobre un navio salentino que aquel soberano me habia enviado. No te diré, Leonte amado, las ideas que me ocupaban: nuestros corazones se conocen harto bien para necesitar de referirse lo que han padecido.

Viento en popa navegabamos ácia las playas de Salento, cuando á la altura de Mesina nos acometió una borrasca deshecha. Todos los hijos de Eolo (65) desencadenados amontonan las olas formando montañas de azotadas espumas: una densa noche cubre todo el mar; los relámpagos surcan las negras nubes: los rayos, los vientos y las olas embravecidas nos amenazan con una muerte inevitable.

En aquel conflicto tú solo ocupabas mi imaginacion: bendecia á los inmortales; daba gracias á la tormenta; me congratulaba de librarme asi del aborrecido lecho de Telemanto, y solo aguardaba el felíz instante en que el mar sepultase la nave en su profundo seno. Llegó en breve este deseado momento: gefes, soldados y marineros todos hallaron sepulcro entre las

olas. Yo tambien hubiera perecido, pero conservé fuerzas y ánimo; pude asirme de un tablon, y me atreví desde luego á formar la lisonjera esperanza de conservar esta vida que era tuya. Asida á la combatida tabla, triste juguete del furor de los elementos, y espuesta á perecer en cada instante, me decia á mí propia: nada temas, Camila, ya estás cierta de morir, ó vivir solo para tu fiel Leonte.

Sin duda el Amor (66) velaba en mi favor: el mar comenzó á ceder de su furia; las olas atropellándose unas á otras arrojaban la tabla ácia la costa: toqué finalmente la tierra, y al punto postrada de rodillas dí gracias á los dioses, no tanto por haberme librado del naufragio, como del poder de Telemanto. Miré á todas partes, y solo ví unas altas montañas. Un labrador me dijo que estaba en la Apulia al pie del famoso monte Gárgano. El mismo labrador me llevó á su casa; tres dias de descanso me hicieron recobrar mis perdidas fuerzas. Algunas monedas que tenia me facilitaron este trage y este arco y flechas, y sirvieron de recompensa al labrador.

Sola, y sin mas recurso ni socorro que mi arco, resolví llegar al Apenino y encontrar tu cabaña. El camino debia ser largo, y yo no le sabia; pero tú eras el objeto

de mi viage, y asi nada fue bastante á detenerme. Emprendí mi marcha sin guia ni compañero; caminé dia y noche para llegar mas pronto: atravesé rios, subí ásperos montes, y no temí despertar las fieras mas temibles; al contrario buscaba los montes mas espesos y los desiertos mas espantosos por el temor de ser conocida ó hallada de algunos salentinos, que como yo podian haberse librado del naufragio.

No salieron vanos mis recelos: me hallaba en las fronteras de los samnitas en el pais de los frentanios, cuando una mañana que al rayar el alba iba á salir de una gruta en donde habia pasado parte de la noche oí voces de hombres, y percibí el nombre de Camila. Temblando y medio muerta de susto volví á ocultarme, y presté la mayor atencion á lo que decian: brevemente conocí que eran soldados y marineros de mi nave que hablaban de mi muerte, y que viéndose sin gefe ni modo de vivir en un pais estraño pensaban en ejercer el oficio de salteadores.

Apenas me atrevia á respirar en tanto que ellos hablaban: estaba como el tímido cervatillo que oculto entre unas espesas matas en la orilla de un rio ve pasar no lejos la enemiga trailla de hambrientos perros. Luego que se alejaron salí de la

cueva, y prostrándome en tierra, esclamé: ¡ó Venus, diosa de los corazones amantes; tú me salvaste del furor del mar proceloso; pero tu beneficio viene á serme inútil, en tanto que estoy lejos del que es dueño de mi amor! O tú la mas bella entre las inmortales acuérdate de las lágrimas que el amor te hizo derramar: tu pecho debe ser sensible á una pena que ha padecido: guia pues mis pasos á mi amante; dígnate indicarme el camino que he de seguir. Reina de los dioses y hombres, si oyes mis votos te ofrezco y juro levantarte un altar en el sitio mismo en que halle á Leonte, y sacrificarte el mas hermoso de sus corderos.

No bien habia acabado esta súplica cuando ví que dos blancas palomas venian por el aire, y se pararon delante de mí. Admití este felíz presagio; observo el vuelo de las aves de Venus, y las sigo con entera confianza. Las palomas van delante de mí, unas veces volando con rapidéz, otras bajándose al suelo para buscar la comida, pero siempre de modo que no las perdia de vista. Despues de nueve dias de camino descubrí á lo lejòs tu cabaña, y veo las palomas irse á sentar en el tejado de ella. Allí parece que se quejan y arrullan tristemente, pero en breve toman vuelo y desaparecen á mi vista.

Considera, amado Leonte, cuál seria mi alegría: dí gracias á Venus, dí gracias á los dioses, y aun á las mismas palomas. ¡Pero triste de mí! Llego á tu cabaña, y la encuentro desierta: mis ojos te buscan, mi voz te llama en vano. Registro las cercanías, y por todas partes veo una soledad espantosa. A poco rato descubro el sencillo monumento de tu madre, y la inscripcion me dice que Myrtala ha muerto. Fue este golpe tan cruel para mí que estuve en términos de perder la vida. Esto es hecho, esclamé deshecha en llanto: sin duda ha ido á buscarme á Salento; oirá la noticia de mi naufragio, creerá mi muerte cierta, y su dolor le quitará la vida.

Asi lo creí, asi lo repetia á cada instante, y con todo no cesaba de registrar todos los dias estos contornos con la esperanza de hallarte. Si no ha muerto, decia yo, volverá sin duda alguna al sepulcro de su madre, al primer asilo de nuestro amor. Ora la fortuna le haya deparado un trono, ora sea esclavo, luego que pueda no hay duda que dirijirá sus primeros pasos á estas montañas. Conozco bien á Leonte, y asi le debo aguardar en estos sitios gratos á su corazon piadoso.

Con estas esperanzas tomé posesion de tu cabaña, recogí tu rebaño abandonado,

y cuidé de todo lo que habia sido tuyo. ¡O qué consuelo hallaba mi afliccion en estos dulces cuidados! ¡Qué complacencia sentia al verme sin mas bienes que los tuyos! ¡Cómo me deleitaba la idea de ofrecerte á tu regreso tu hacienda administrada por mí! Cada dia llevaba á pacer tu rebaño; cada dia adornaba con flores el túmulo de tu madre; invocaba su alma, y la pedia que te volviese á mi amor. Ahora veo cumplidos todos mis deseos: vuelvo á verte, amado Leonte, y reputo gloria todos los trabajos y penas que he sufrido.

Calló Camila, y Leonte la estrecha de nuevo entre sus brazos: Numa entretanto forma un altar con piedras y céspedes, y despues va á escoger el cordero que Camila habia ofrecido á Venus: le conduce al altar, y los tres de rodillas acaban el sacrificio. Vuelven despues á la cabaña, y al dia siguiente los dos amantes coronados de flores se encaminan al sepulcro de Myrtala, y los guia Numa. Numa instruido desde su infancia en todas las funciones sacerdotales sacrifica dos negras ovejas á los manes, y cuatro corderos á su protectora Céres: la invoca y pide que bendiga desde el Olimpo el himeneo de Leonte y Camila; une sus manos, y los desposa en nombre de Céres y Myrtala. Luego que el fuego ha con-

sumido las víctimas se vuelve con los nuevos esposos cantando el himno de himeneo. ¡O dulce y grata ceremonia poco parecida á las estrepitosas bodas de los príncipes! ¡Dulce union, sin mas testigos que los dioses, mas arras que la virtud, ni mas pontífice que la amistad!

La felicidad que Numa veia disfrutar á los dos esposos le traia á la memoria el hermoso valle: continuamente hablaba de Anais: solo en ella pensaba, y se entregaba sin inquietud ni recelo á un afecto que no creia fuese amor: tan diversa era la impresion que la pastora le causaba de aquel ciego ardor que Hersilia le habia inspirado. Numa, infelíz en tanto que reinó en su pecho aquella funesta pasion, temblaba con solo oir el nombre de amor, y afectaba dar siempre el nombre de amistad al irresistible encanto que le arrastraba ácia Anais.

Pasados algunos dias dados al ardor de los desposados Numa propuso el viage prometido al valle. Leonte al oirle se sonrie, y Numa avergonzado le recuerda que él mismo dió palabra al anciano de volver. Leonte se conviene gustoso, y Camila quiere acompañarlos. Los tres en compañía armados, y antecogiendo su rebaño que no quieren dejar de nuevo abandonado, em-

prenden su viage divirtiendo las fatigas del camino con sazonadas conversaciones.

El impaciente Numa camina siempre delante de los esposos; cuanto mas se acerca mas priesa se da á llegar, y luego que descubre el bosquecillo apresura el paso.

Algun dios le inspiraba: porque apenas llega cuando oye gritos; acude á ellos, y ve al anciano cercado de unos malvados que le arrastran y amenazan su vida con los bárbaros aceros. Mas lejos ve á Anais que otra tropa de foragidos se lleva con violencia á pesar de sus lamentos y resistencia. ¿Qué hará Numa? Anais y su padre estan en igual riesgo: ¿á quién acudirá primero? Al mas débil. Se abalanza como un leon á los que rodean al anciano; mata á tres de ellos, acomete á los demás, los rechaza, y da voces para que acudan los que se llevan á Anais. En efecto, los salteadores sueltan á la doncella, y se unen para acabar con Numa: éste respira al ver que el riesgo es ya solo para él, y cobra nuevos alientos. Anais está con su padre, Numa los cubre con su cuerpo, y solo resiste á los contrarios; riega el sueló con sangre enemiga, pero la suya tiñe tambien su coraza. Cinco de los malvados han muerto, pero los que quedan van á acabar con el héroe. El valiente Numa conoce que le fal-

tan las fuerzas, y ya va á perecer cuando la formidable clava de Leonte cae como un rayo destructor sobre los salteadores. Camila, que conoce ser los salentinos náufragos, traspasa con sus flechas á los que buscan su salud en la fuga. El padre de Anais se levanta tambien, y tomando una espada de los contrarios defiende segun sus años le permiten la vida de sus libertadores. Todos los salentinos murieron finalmente. Anais abraza á su padre; Numa y Leonte lloran, el uno de alegría, y el otro de agradecimiento.

Pero Numa está herido en tres partes: la fatiga de un largo combate, la falta de sangre y los contrarios afectos causados por el temor de perder á Anais y despues por el gozo de verla en salvo, le privan del sentido. La sensible Anais se acerca á Numa, le aprieta la mano, y le dice: me has dado la vida, y antes habias librado á mi padre, por lo cual me confieso doblemente obligada. Fueron estas palabras un bálsamo celestial para el herido: su debilidad no le permite responder, pero vuelve á la bella Anais sus ojos llenos de contento, y estos esplican lo que su lengua no dice.

Grandes eran las heridas de Numa, pero no peligrosas, y solo necesitaban del tiempo y quietud para curarse. Anais y su

padre, Camila y su esposo no se apartaban en todo el dia del lado del enfermo. Cada dia tomaba mas fuerza la tierna amistad entre el anciano y el héroe marso, y éste deseaba con impaciencia saber quién podia ser el que tal cariño habia hecho nacer en su pecho: tambien Numa suspiraba por saber la historia del padre de Anais. Un dia que todos estaban al rededor de la cama de Numa, los dos amigos unieron sus instancias y ruegos al anciano pidiéndole les contase los sucesos de su vida, muy interesantes y variados á lo que podian comprender. Despues de levantar los ojos al cielo, el viejo accedió á sus ruegos de esta manera.

Nací en Bactria: la sangre que circula en mis venas es rama ilustre del antiguo linage de los reyes de Persia, y mi nombre, famoso en toda el Asia, quizás no habrá llegado á vuestros oidos: me llamo Zoroastres.

Al oir tan gran nombre, Numa, Leonte y Camila se miran llenos de admiracion, y vuelven los ojos con veneracion al anciano. La virtuosa Anais, que lee en sus almas el respeto que les causa el esclarecido nacimiento y las virtudes de su padre, les manifiesta su satisfaccion y agradecimiento con una dulce sonrisa.

Prosigue Zoroastres: mi padre, destronado por el rey de Asiria, anduvo fugitivo y suplicante por todas las cortes del Asia, y á su muerte me dejó por toda herencia la instruccion que producen las desgracias, y sus derechos al trono de Persia. Quise intentar hacerlos valer; junté algunas tropas, y con ellas volví al reino que habian poseido mis abuelos. Hallé á la Persia felíz bajo el imperio del sabio Phul, rey de Nínive: aquel grande hombre reinaba por la justicia. Conocí que nada ganarian sus vasallos mudando de soberano: desde aquel mismo instante renuncié á mis proyectos, y reputé delito enorme turbar la felicidad de un pueblo entero sin mas razon que un derecho vano, en que yo solo estaba interesado. No pude resolverme á derramar la sangre de muchos millares de hombres para suceder á un monarca cuyas grandes virtudes no podria igualar. Licencié mis tropas, oculté con el mayor cuidado mi nacimiento, reprimí los impulsos de mi orgullo y ambicion, vicios que aun en las almas mas puras saben hallar entrada, y dedicándome al estudio de la naturaleza, quise mas bien ser sabio que rey.

Corrí por muchos años todas la naciones asiáticas: busqué en los braminos,

en los séres y entre los filósofos griegos la sabiduria que mi corazon buscaba con ansia: en todas partes, despues de mil fatigas y trabajos, hallé el error amado de los hombres, y la verdad desconocida. La verdad, cuyo principal encanto consiste en su misma sencilléz, no brilla ni agrada tanto á los ojos del humano entendimiento como la mentira revestida de las aparentes y pomposas galas que la prestan las pasiones. Perdida finalmente la esperanza de hallar la verdad en la tierra, deseaba la muerte.

El grande Oromazo se dignó desde su escelso trono mirarme con piedad y compasion. Envió á mi pecho un rayo puro de su luz. Retirado en un desierto por espacio de veinte años me ocupé en meditar: mi razon me hizo ver que no podia haber mas que un solo Dios: que este Dios me habia dado una alma, que sobreviviria seguramente á mi cuerpo para recibir castigo ó recompensa. Mi corazon me dijo que este Dios era soberanamente bueno, y que el mal que veia en todo el mundo no podia de ningun modo ser obra suya, y que era producido por un ente maléfico, enemigo de Dios y de los hombres: abominé de este enemigo comun. Adoré a mi Criador, y le adoré en

las mas bellas de sus obras: el Sol, emblema brillante de su poder, de su resplandor, y aun mas de su beneficencia. Vi que este Sol hacia nacer y maduraba las mieses para el escita, para el persa, para el syrio y para todos los pueblos de la tierra, aunque divididos en el modo de conocerle: de aqui inferí que este Dios, infinitamente bueno, ama á todos los hombres, tolera sus defectos, hijos de su gran debilidad y de las sugestiones del comun contrario, y solo castiga con rigor las culpas que tienen su orígen en la depravacion del corazon.

Cierto de estas verdades, juzgué que eran un bien demasiado grande para que yo solo disfrutase de él: me creí obligado á divulgarle; salí de mi desierto, y dije á los pueblos: amad á Dios, y amaos unos á otros: adorad al Criador en el Sol, antorcha del universo y en el fuego, alma de todo lo que existe. Sed puros en vuestros pensamientos, obras y palabras: haced bien á todos los hombres, aunque profesen otro culto: vivid y morid fieles á vuestro soberano: pagad los tributos con prontitud y sumision: cultivad la tierra, pues cultivándola servís á Dios. Y cuando esteis en duda de si una accion es buena ó mala, absteneos de ella.

Esta era mi doctrina (*): la estendí desde el Eufrates al Indo. Los pueblos me

(*) En todas las falsas religiones que hubo en el mundo desde la mas remota antigüedad se hallan, aunque á veces desfigurados con mil fábulas, los dogmas principales de la religion de Moysés:, tales son la idea de un solo Dios Criador y Omnipotente, la inmortalidad del alma, la caida del hombre, y las penas ó recompensas despues de esta vida. No puede creerse que los hombres, débiles y ciegos sin la luz de la revelacion, pudiesen hallar en sí mismos todos estos principios, cuando por otra parte se encuentran sus dogmas y moral llenos de absurdos y contradicciones. Otro debe ser el orígen de estas ráfagas de luz en medio de tan densas tinieblas. Desde Adan todos los patriarcas conservaron y transmitieron á sus hijos los verdaderos principios que el primer hombre obtuvo por la revelacion. La confusion de lenguas que obligó á sus descendientes á separarse dejo solamente en toda su pureza estos dogmas á la familia de Sém, en la que se mantuvo por Abraham hasta el tiempo de Moysés, época en que el pueblo de Israél tuvo la Ley escrita Los otros descendientes de Noé debieron conservar por largo tiempo la tradicion recibida de sus mayores, cuyos principios mezclaron en las religiones que se formaron á su antojo, y de aqui nace la conformidad que se halla en algunas cosas entre ellas y la moral del antiguo Testamento.

oian y me creian; cada dia se aumentaba el número de mis discípulos, y si hubiese querido armarlos, me habria sido facil conquistar toda el Ásia. Pero el amor de la humanidad tenia mas fuerza en mi corazon que el deseo de estender mi religion: hubiera renunciado á la esperanza de verla reinar en todo el mundo, si para conseguirlo me dijeran que se debia derramar la sangre de un solo hombre. Yo mismo dispersé á mis discípulos obligándolos á que se separasen de mí, diciéndoles: amad la paz, y quedaos en vuestras casas y familias: el Dios que os anuncio aborrece toda violencia, y se indignaria si os espusieseis por mí.

Entre estos discípulos se hallaba una jóven doncella, la cual nunca quiso separarse de mí por mas instancias que la hice para conseguirlo: se llamaba Ojana. Siento correr mis lágrimas al pronunciar este nombre querido. Ojana amaba á Zoroastres aun mas que al profeta: me seguia por todas partes; si yo hablaba me escuchaba enagenada de gozo: sus ojos manifestaban la pura alegría de su alma, y su rostro denotaba la complacencia con que me oia. Pero si yo callaba, ó que por algun motivo mi semblante no la demostraba la serenidad acostumbrada, en aquel ins-

tante Ojana se entristecia aun mas que yo: no se atrevia á preguntarme la causa de mi afliccion, pero sus miradas tiernas y dolorosas me decian su pena. Cada dia la pedia yo que no me siguiese. ¡O padre y maestro mio! me decia: quisiera sacrificar mi vida por tü ley; permíteme á lo menos que viva para Zoroastres. Cuanto mas te oigo, cuanto mas te veo, tanto mas inflamada me siento del amor á tu Dios. Temo que algun dia te verás perseguido; este recelo me arrastra ácia ti, y nunca podré apartarme de tu lado. No esperes que Ojana te deje hasta que hayas encontrado la esposa que te destina Orómazo: quiero conocer y servir como una humilde esclava á la venturosa muger que con su amor y virtudes y con la felicidad que te hará disfrutar debe pagarte de todos los beneficios que el mundo ha recibido de ti.

Este amor tan grande, esta constancia tan admirable hicieron nacer en mi pecho un afecto que siempre hubiera debido ignorar. Me casé con Ojana, Orómazo bendijo desde su trono nuestra union, y dándome una esposa hermosa, virtuosa y amante me recompensó largamente de cuanto habia hecho por él.

¡O dias de mi felicidad, cuán poco durasteis! Ojana y yo viviamos en la Persia;

mis discípulos que habian tomado el nombre de *Magos*, dispersos en sus asilos, adoraban el fuego, cultivaban la tierra, y practicaban la virtud.

El sabio Phul, rey de Nínive, toleró desde el principio mi nueva secta, y no creyó peligrosa una doctrina cuyas máximas, lejos de escitar á sus vasallos á la rebelion, les hacia un precepto de la obediencia mas ciega á sus soberanos, y les mandaba la pureza de costumbres. Pero aquel gran rey, cargado de años y virtudes, pagó el indispensable tributo de los mortales: murió dejando el trono á Sardanápalo su hijo.

Este príncipe desgraciado se vió rey cuando apenas tenia quince años: rodeado y pervertido por viles aduladores les abandonó las riendas del gobierno, y olvidando las lecciones de su padre, su pueblo y sus obligaciones, se entregó desenfrenadamente á los vicios mas vergonzosos. Los escesos de su corte se derramaron en Nínive, y de la capital pasaron como un contagio á todo el imperio. A los dos años de su reinado era igual la corrupcion en la corte, en Nínive y en las provincias. El rey, ciego y gobernado por sus indignos ministros ó esclavo de sus eunucos, el rey no se acordaba de que lo era sino para

firmar edictos crueles y mandar la imposicion de nuevos derechos, á fin de pagar con la sangre mas pura de sus vasallos sus infames placeres y enriquecer sus viles lisonjeros.

Todo se vendia en Nínive: los honores, los empleos y la justicia se daban al que mas ofrecia. Algunas rameras disolutas gobernaban el imperio, mandaban como por juego la ruina de una provincia, y se vanagloriaban de gastar en un solo banquete la subsistencia de cien familias. Los sátrapas, aduladores sin vergüenza de los privados del soberano, y tiranos desapiadados del pueblo abandonado á su vil codicia, hacian público tráfico de la justicia, vendian sin rubor el patrimonio del huérfano y la libertad del inocente oprimido. Los soldados y sus gefes hacian vanidad de su amor al lujo y á los deleites: no se avergonzaban los magistrados de sus injusticias. En todas las clases del estado solamente la rapiña lograba alguna consideracion, y el pueblo arruinado por los escesivos impuestos, víctima de los grandes, de los jueces y aun de los esclavos del rey, el pueblo miserable y oprimido levantaba al cielo los brazos pidiéndole el remedio de tantos males.

Casi siempre se une la crueldad con

la ignorancia y debilidad. Sardanápalo decretó desde el centro de sus infames placeres una persecucion contra los magos. Habia emprendido una guerra sin exámen ni acertadas disposiciones, y sus resultas fueron funestas. En vez de atribuirlas á su verdadera causa creyó que sus dioses estaban irritados, y juzgó mas facil vengar su causa con la sangre de los magos que aplacarlos mudando de vida. En consecuencia mandó esterminar hasta el último de mis discípulos: ofreció dos talentos de oro (*) al que me entregase vivo, y antes de tenerme en su poder me condenó á los suplicios mas inauditos.

Publicado el sangriento decreto al instante se ven los magos asaltados á sangre y fuego en sus mismas casas. Por todas partes corre su sangre, y el fuego consume sus habitaciones y bienes. Los inhumanos soldados de Sardanápalo, tan cobardes poco antes peleando contra los enemigos, ahora manifiestan sumo ardor en perseguir á sus conciudadanos indefensos. Siguen con el cruento acero á los pocos magos que habian podido huir: despedazan sus esposas é hijas despues de haberlas violado, y

(*) El talento de oro valia cerca de 1503 reales de vellon.

creen permitidos semejantes horrores porque los cometen en nombre de los dioses.

Avisado con tiempo pude huir con mi esposa. Mil veces estuve resuelto á irme á presentar al tirano para que cesase el estrago y destruccion de mis desventurados discípulos: pero me detuve considerando que el cruel Sardanápalo habia proscrito á todos y que mi muerte no los salvaria: ademas de esta reflexion el nombre de padre me hacia amar la vida: Ojana llevaba en su seno el fruto de nuestro casto amor. Mi esposa me consolaba; su valor y constancia me daba nuevas fuerzas: errantes y fugitivos por los desiertos, sin amigos, sin socorro, y faltándonos á menudo el preciso alimento, pasamos la Persia, la Sogdiana y la Bactria, siempre espuestos á dar en manos de los satélites de nuestro opresor, y siempre mal recibidos ó denunciados por aquellos á quienes pediamos un asilo. Pero en medio de tantos riesgos, y á pesar de los males que nos oprimian, nos era de gran consuelo la idea de que padeciamos sin mas culpa que el deseo de seguir la verdad. En cada nuevo pesar que nos asaltaba veiamos una recompensa futura: la esperanza nos daba fuerzas, y nuestro mútuo amor el consuelo tan necesario en los quebrantos que padeciamos.

Llegamos finalmente á los desiertos de la Arabia. Buscando un asilo entramos en una profunda cueva en cuyo centro habia un sepulcro. La pesada losa que le cubria estaba quitada, y lo interior de él vacío: al examinarle noté una lámina de oro, la tomo, y á la escasa luz que entraba en la cueva leo estas palabras escritas en sagrados caractéres: *Zoroastres; deja aqui el libro de tu ley escrita por inspiracion de Orómazo. No ha llegado el dia en que debe publicarse; será tu secta por muchos años el horror y abominacion de las gentes: pero á su tiempo otro legislador, de tu mismo nombre, vendrá á esta cueva, sacará tu libro, y le dará á conocer al mundo. Por tu parte has dado fin á tus trabajos: toma el camino ácia la Fenicia; arrostra los furores del mar embravecido, y ve á buscar al occidente una patria pacífica en donde tu nombre no conocido te hará vivir sin contrarios. Asi lo quiere Orómazo, obedece, y no repliques.*

Dos veces leí estas palabras, y no dudé obedecer lo que mandaban. Puse con respeto la lámina donde estaba, deposité mi libro en el sepulcro, le cerré con la pesada losa, y postrado en el suelo me humillé en la presencia de Dios.

Despues de haber adorado su nombre

salí de la cueva y dirigí mis pasos ácia la opulenta é industriosa Tyro. Alli, acompañado de mi amada Ojana, me embarqué en una nave para ir á buscar un asilo entre los pueblos hospitalarios de la Grecia ó de la Iberia. Nuestro navío, combatido de una fuerte borrasca en el mar adriático, viño á zozobrar en las costas de Frentania. Orómazo, á quien imploré en aquel conflicto, salvó á mi esposa. En mis brazos la conduje hasta un pueblo inmediato de los marsos, cuyos humanos habitantes me concedieron la hospitalidad. Apenas recobrada del susto, y todavia débil y abatida de los trabajos del mar, la asaltaron los dolores del parto, y me hizo padre de un niño y de una niña á un tiempo. Determinamos establecernos entre los marsos: algunas piedras preciosas, único resto de mis pasadas grandezas, me hicieron dueño de una pobre casa, un pedazo de tierra y un rebaño.

Ibamos á ser felices y á disfrutar de una vida sosegada é inocente tanto tiempo deseada en vano, adorando nuestro Dios y cuidando de nuestros hijos, cuando una noche los crueles pelignios, que entonces estaban en guerra con los marsos, sorprenden nuestro pueblo, le incendian, y penetran en mi pajizo alvergue en tanto que

yo dormia al lado de Ojana y de mis hijos. ¡Padre y esposo desventurado! Vi á aquellos inhumanos derramar furiosos la sangre de mi esposa é hijo. Mis lágrimas, mis esfuerzos fueron vanos: solo pude salvar á mi hija; la cubrí con mi cuerpo, recibí las heridas que aquellos tigres la destinaban. Huyendo con ella por entre el incendio y la muerte, y señalando mis pasos con mi sangre llegué á este valle, en el cual mis manos han fabricado esta cabaña, y en ella he criado á mi amada Anais, única y última consolacion de ochenta años de desgracias. Vedla aqui: ésta es mi dulce hija por quien solamente he vivido hasta ahora; ésta es, y sus facciones, su voz y sus virtudes me recuerdan cada instante á su madre Ojana.

Diciendo estas palabras se arroja en los brazos de su hija.

Pero Leonte que desde antes que Zoroastres acabase estaba todo inmutado; Leonte le toma de la mano, le mira con ojos llenos de lágrimas y alegría, y le dice: ¿podré saber el nombre del lugar en que perdiste á tu esposa é hijo? Sí, le responde el anciano; el lugar se llamó Avia, y estuvo situado en las riberas del Aterno. ¿Y ese hijo que lloras perdido (prosigue Leonte cada vez mas enternecido) no tenia al

cuello una esmeralda grabada? Sí, responde admirado Zoroastres; su madre se la puso luego que nació; en ella estaba escrito el nombre de Orómazo en caractéres persianos.....

Abrazad, ó padre, á vuestro hijo: yo lo soy; no hay duda los dioses me conceden el inestimable bien de conocer á mi buen padre. Esta es la esmeralda grabada: me sacaron de Avia casi espirando, y todavia conservo la cicatríz de la herida que los crueles pelignios me dieron. Desde el primer instante en que os ví sentí en mi corazon una palpitacion indecible: un gozo interior y una inclinacion irresistible me avisaban que os debia el sér.

Dice, y el anciano absorto no puede responderle. Reconoce la piedra; lee en ella el nombre de su Dios: abraza tiernamente á Leonte, y poco falta para que el gozo inesperado de hallar un hijo que juzgaba muerto le quite la vida.



Te dió la vida; exclama Leonti; libró la de Anais.....



Argumento

DEL LIBRO DÉCIMO.

Alborotos en Roma. Felicidad que disfruta Numa. Leonte pide para él la mano de Anais á su padre. El anciano se la niega. Razonamiento de Numa: logra por esposa á Anais. Preparativos de sus bodas: llegada de los embajadores romanos. Refieren las desgracias de Roma, la peste que ha padecido, la muerte de Rómulo, y la eleccion de Numa. Reusa éste la corona. Discurso de Anais para hacersela admitir: Numa se mantiene inflexible.

En tanto que esto sucedia, Roma estaba en la mayor consternacion y desórden. Los sabinos, desesperados de la pérdida de Tacio y del destierro de Numa, solo por fuerza y con horror obedecian á Rómulo. La desastrada muerte de Tacia que atribuian á Hersilia, y no sin causa, habia hecho á esta princesa el objeto de su execracion. Mas opuestos que nunca á los romanos, desconfiando los unos de los otros, y no ocultándose su odio recíproco, á cada instante estaban prontos á empren-

der una guerra civil. Las sospechas y enemistades reinaban en todas las familias, y á no ser por los consejos y autoridad del prudente Mecio, Roma se hubiera anegado en la sangre de sus ciudadanos. Rómulo, entregado al tétrico furor que en los grandes delincuentes suele ser su verdugo en vez de los remordimientos que no conocen, Rómulo para contener su pueblo le cargaba de nuevos impuestos, hacia correr la sangre de los patricios, y reinaba por el terror que sus crueldades causaban á todos.

Hersilia, hija digna de tal padre, solo se alimentaba con los tósigos de los celos y de su rabiosa desesperacion. No dudando que alguna competidora le quitase el corazon de Numa, enviaba á cada instante espías á todos los pueblos y ciudades de la Italia por ver si podia descubrir esta rival, y tambien para saber de su amante: hizo que su padre escribiese á todos los príncipes amenazándolos con todo el poder de sus armas si daban asilo á uno ú otro, y ofreciendo grandes premios al que presentase sus cabezas.

Entretanto el pacífico Numa, oculto en el Apenino, rodeado de sus amigos, lloraba de alegría en el reconocimiento de Zoroastres y Leonte; participaba de su gozo,

y veia al felíz anciano estrechar contra su pecho al hijo. Aquel padre amoroso no podia hartarse de mirar, oir y abrazar á Leonte. ¡O hijo mio! le decia; ¿es posible que te hallo despues de haberte llorado tantos años, ó será mi felicidad una vana imágen del sueño? El primer dia que te ví sentí que mi corazon se dilataba lleno de un afecto irresistible: la voz de la sangre y el grito de la naturaleza me anunciaban la dicha que ahora disfruto. ¡Con qué gusto te contemplo! ¡Qué robusto, qué galan estás! Vuelve, vuelve de nuevo á mis brazos; repite una y mil veces el nombre de padre, y mira que me debes todas las caricias que me hubieras hecho desde tus primeros años.

Leonte le respondia con dulces lágrimas, y Camila escuchaba en silencio. Leonte la toma de la mano, y la presenta á Zoroastres: esta es, ó padre, mi esposa, y la que reina con poder absoluto en mi corazon. Largo tiempo nos hemos visto separados, mas al fin el dulce lazo de himeneo nos ha unido. Pero por grande y violento que fuese nuestro cariño, si hubiera podido preveer que habia de volver á ver á mi padre, cree, señor, que hubieramos aguardado hasta que tu mano nos uniese. Dígnate pues de perdonarnos nues-

tra felicidad, y aumentarla con tu aprobacion.

Dice, y Camila se arrodilla delante del anciano: su corazon palpita, baja los ojos, é inclina la cabeza sobre el pecho llena de rubor y timidéz; apenas se atreve á levantar la vista á Zoroastres. Aguarda llena de inquietud que la llame hija: jamás ha deseado tanto parecer hermosa; con su mismo silencio parece que dice al anciano: mi belleza es poca; pero mi corazon es digno del tuyo.

Hija querida, la responde Zoroastres levantándola: mi felicidad es mayor que mis desgracias; solo un hijo habia perdido, y en este dia le hallo duplicado. Diciendo asi abraza tiernamente á la hermosa Camila. El resto de aquel dia se empleó en oir la relacion de los sucesos de Leonte, que sirvieron para aumentar mas y mas en Zoroastres y su hija los dulces afectos de la naturaleza.

Numa participaba de la comun alegría: desde que Anais es hermana de Leonte, Anais le parece mas bella; cada dia descubre en ella nuevas virtudes, y continuamente habla de ella á su amigo: este nombre que le era tan grato ya no le parece bastante tierno.

Despues de algunos dias, Numa con-

valeciente va á respirar el aire puro de la montaña, y siempre elige los sitios adonde Anais lleva su rebaño: para hacerla compañía se hace pastor, y en tanto que Camila y su esposo van á caza para poder regalar á Zoroastres, Numa cuenta á su hija la historia de su vida. El jóven sabino oye con deleite sus reflexiones y consejos, se admira al ver tanta sabiduría en tan poca edad, y cada dia adquiere á su lado mas prudencia y mas virtudes. A veces tañendo la rústica zampoña acompaña la dulce voz de la pastora, y otras repite con ella los himnos y canciones que le ha enseñado. No piensa ni se acuerda de amor; solo esperimenta un afecto mas puro y delicioso. Al rayar del alba va á juntarse con Anais. No le causa su vista aquella turbacion violenta, hija de una pasion fogosa, pero necesita verla: no le turba su presencia, pero solo es felíz disfrutándola. Ausente de Anais, su alma queda como dormida y sin accion. Asi la amante Clicie queda marchita y ajada en la ausencia del Dios de la luz; pero luego que Febo (67) vuelve á nuestro horizonte, Clicie (68) alza su cabeza, la dirije ácia el astro del dia, le sigue en toda su carrera, y no cesa de mirarle hasta que desaparece sepultándose en el seno de Tetis (69).

La modesta Anais, que no advierte en su corazon ni en el de Numa cosa de que pueda recelar, se entrega al afecto que la inclina: ama á su libertador, que lo es tambien de su padre; el agradecimiento la impone esta ley, y las prendas de Numa se la hacen gustosa. Anais gusta de conversar con el discípulo de Tulio acerca de las maravillas de la naturaleza, sobre el curso de los astros, pueblos diversos, gobiernos y cultos diferentes; pero en todas partes los mismos principios de moral. Cada uno adicto á su religion la esplica ó la defiende: divididos en las opiniones, convienen en las mismas obligaciones: sus almas estan de acuerdo aunque su razon disputa, y Numa, que no cesa de admirar la profunda sabiduría de Anais, siente aumentar cada vez mas su respeto y ternura.

Leonte conoció en breve su mútua inclinacion: deseaba con ansia que su amigo fuese su hermano. Dime: ¿amas á mi hermana? le preguntó un dia. Numa bajó avergonzado la vista, y se turbó. ¿Por qué te avergüenzas? prosiguió Leonte: los dioses nos han dado el amor para consolarnos en nuestras penas y premiar nuestras virtudes. Si tu corazon está libre del todo de la vergonzosa cadena de Hersilia; si amas á Anais tanto como Leonte te ama,

espero que mi padre te la dará á mis ruegos. Habla, dime solamente: haré felíz á tu hermana, y creeré estas palabras como un oráculo de los dioses.

Amigo, le respondió Numa: todavía me estremezco y tiemblo al oir el nombre de Hersilia; pero el de Anais me tranquiliza. En nada se parece el afecto que Anais me ha inspirado á aquel que tan desdichado me hizo. Veo á Anais todos los dias, apenas me separo de ella un solo instante, y con todo nunca he tenido la menor idea de hablarla de amor y de himeneo. Pero bien conozco, ó amigo mio, que si la felicidad puede hallarse en la tierra está reservada al esposo de tu hermana.

Dijo: Leonte le abraza, le toma de la mano, y le conduce á Zoroastres. No dudando de su consentimiento, le pide á Anais para su amigo, para el libertador del padre y de la hija, y para el mortal que mas quiere y estima.

¡Cuál fue su sorpresa y pesar, cuando Zoroastres, despues de oirle con semblante severo, le respondió estas tristes razones!

Hijo mio: no dudes que amo á Numa; le debo la vida, y contaria por el dia mas felíz de mi vida aquel en que pudiese pagarle lo mucho que le debo. Pero mi hija es maga: soy el gefe de su religion, y

la ley que enseño nos prohibe toda alianza con los idólatras. Bien sabes que he sacrificado á esta ley santa honores, riquezas y descanso. ¿Pretendes que al fin de mis dias, ya cercano á recibir la recompensa de mis trabajos, la perdiese por quebrantar los preceptos que yo mismo enseñé á los hombres?

¿Les habeis pues enseñado la ingratitud? interrumpió Leonte con bastante alteracion.

No, hijo mio, responde el anciano, pero he prescrito la prudencia. No he querido que una maga arriesgase su creencia tomando esposo de otra religion: he previsto el imperio poderoso del amor y la natural propension de un corazon amante á pensar como el objeto amado. Mi hija amaria á Numa, adoptaria su creencia abandonando mi religion, y yo seria responsable de esta culpa á los ojos del grande Orómazo. Bastante doloroso me es que mi hijo, el hijo de Zoroastres, criado entre idólatras siga otra religion que la mia: quiero á lo menos conservar mi hija al Dios por quien tanto he padecido; quiero preservarla del riesgo de abandonarle. Cuanto mas estimable es Numa, tanto mayor es el riesgo: porque no son los suplicios y tormentos los medios de

alterar la creencia; mucho mas poderosos son para esto los ejemplos y algunas virtudes en una secta diferente.

Ademas mi religion es hoy dia un objeto de horror á todas las naciones: la Italia entera aborreceria á Numa si se casase con una maga, y al cabo recaeria en mi hija el sentimiento que de esto tendria tu amigo... Perdona, ó Numa, te ofendo y te aflijo; sin duda me tienes por un hombre fanático é ingrato: pero creo en mi religion, amo á mi hija, y no puedo esponerla á ser infiel ó á llevarte en dote el ódio de tu nacion.

Calló Zoroastres, y Leonte se quedó inmóvil con los ojos clavados en tierra: se aflige por no poder rebatir las razones del anciano con otras mas poderosas. Numa, que le habia oido atentamente, le mira con serenidad, y le responde de este modo:

Zoroastres; desde que vine al mundo los dioses que adoro han manifestado su poder en favor mio; los amo y los temo; antes moriré mil veces que pensar en abandonarlos: mas no pienses que por eso intentaré nunca que nadie abandone su secta por seguir la mia. No es dado al débil esfuerzo del hombre mudar el corazon de otro hombre á su antojo: y

en punto á abandonar la religion que se ha mamado con la leche por otra estraña, solo la mano de los inmortales es capáz de obrar tan singular mudanza.

Este es mi modo de pensar: juzga ahora si la fe de tu hija correria riesgo en mi compañía. Yo respetaria sus dogmas como ella respetaria los mios: adoraria á Orómazo, y yo adoraria á Júpiter. Uno y otro nos mandan lo mismo: amarte, honrar tus canas, amarnos y socorrer á los desvalidos, esto manda tu Dios; lo propio mandan los mios. Obedeciendo sus preceptos, nuestros corazones se unirian todavía mas, y se mezclarian como dos arroyuelos igualmente puros cuyo orígen es diverso, pero que se unen mezclando sus aguas cristalinas.

Dices que mi himeneo con una maga me ocasionaria el odio de mi nacion: no tiene ya Numa nacion ni patria; he perdido á Tulio, he perdido á Tacio: la cabaña de Zoroastres es para mí el mundo entero: mi corazon me dice que no seré aborrecido en ella. ¡O padre mio! Abreme tu pecho; admíteme por hijo; vuélveme en un solo instante todo aquello de que los dioses me han privado en tantos años; dame la mano de Anais, y nuestra ocupacion principal será la de alar-

gar tus dias. En este valle viviremos en paz, y aqui los hijos de tu hijo y los mios formarán una colonia que bendecirá el nombre de Zoroastres en las venideras edades. Acabarás felizmente tus dias en medio de tus nietos, y serás el objeto de su amor y la causa de su felicidad. La hija primera que los dioses me concedan se llamará Ojana: este nombre te harán mas dulces sus inocentes caricias. Padres, hijos, esposos y esposas, todos estaremos á tus pies, y cada mañana vendremos á la puerta de tu cabaña á esperar que te despiertes con el mismo celo y respeto con que tus discípulos aguardan la salida del astro del dia.

Hablando asi Numa se arroja á sus pies: enternecido Zoroastres persiste no obstante en negar su asenso, pero Leonte se une á Numa, y esclama: *te dió la vida, libró la de Anais*, y salvó su honor á precio de su sangre... Pues bien, dice el virtuoso anciano ya vencido; sea la misma Anais su recompensa, y sea Numa mi segundo hijo.

Al oirle Numa, dando un grito se arroja á sus brazos: no puede reprimir el esceso de su gozo ni esplicar su agradecimiento Quiere abrazar á Leonte, pero éste habia ya salido alborozado y presu-

roso á buscar á su hermana: en breve vuelve con ella. Este es tu esposo, la dice el anciano; nadie merece mejor este nombre que el que ha sido tu libertador y el mio. Dentro de ocho dias se efectuará vuestra union: ruego al grande Orómazo que si no aprueba este himeneo solo contra mí descargue el azote vengador. Dijo, y estrecha contra su corazon las manos de Anais y Numa ya unidas.

Llena de virginal rubor baja la doncella sus hermosos ojos; pero en breve confirma con una dulce sonrisa el don que su padre acaba de hacer de su fé. Desde aquel instante el venturoso Numa, su noble amigo y la gallarda Camila se ocupan enteramente en los preparativos de la boda.

Ya Leonte y Camila han ido al monte á cortar y traer la madera necesaria para que Numa se construya él mismo su cabaña contigua á la del anciano. Numa dirije la puerta al oriente para que su religiosa consorte pueda todos los dias apenas despierte dirijir sus votos al padre de la luz. La cubre con cañas, pieles y juncia, y la deja impenetrable al sol, á la lluvia y al frio. En el interior arregla y dispone todo lo que juzga mas cómodo y agradable á Anais, y la adorna con aquel

gusto y destreza que solo el amor sabe inspirar: forma un huertecillo al lado de la cabaña, y lo dispone de manera que el banco de céspedes y el jazmin, á cuya sombra vió la vez primera á su Anais, quedan en el centro del huerto. Hace una sangría al arroyo, y forma un nuevo brazo que riega y fertiliza su recinto: los árboles frutales que la naturaleza produce libremente y las hortalizas plantadas hacen útil y deleitoso el vergél. Finalmente le cerca con un vallado de arbustos crecederos para resguardarle de la voracidad de las reses del monte.

Anais preside á sus tareas, y su presencia aumenta las fuerzas de Numa: quisiera concluir él solo toda la obra, pero Camila y Leonte le ayudan á su pesar. Impacientes y deseosos llegan á la víspera de los ocho dias fijados por Zoroastres: ya está todo concluido y perfeccionado: ya Camila ha despojado los prados vecinos de sus flores: las coronas de los novios estan hechas: la cabaña adornada de guirnaldas y festones: el sol se ha ocultado en el océano, y su vuelta debe alumbrar el dia de la felicidad de ambos amantes cuando al tiempo que reunidos y encerrados en la cabaña de Zoroastres iban á sentarse á la mesa para cenar frugal-

mente oyen llamar á la puerta: un oculto presentimiento hizo que Numa se estremeciese.

Receloso y sorprendido Leonte se levanta, y armado de su clava corre á la puerta: la precaucion fue inútil; no eran enemigos los que llamaban. Abre, y ve un venerable anciano acompañado de dos guerreros: le piden hospitalidad, y Leonte los admite y acompaña.

Mas no bien la luz de la lámpara que alumbraba la cabaña dió en sus rostros cuando Numa, dando una voz de sorpresa y admiracion, corre á abrazar al anciano: ¿Es posible, ó Mecio, que te veo aqui? ¿Tú el amigo de Tacio y de mi padre? ¿Tú el único amparo y esperanza de los sabinos?

Mecio reconoce con igual admiracion á Numa: todavía recela que su cansada vista y sus oidos entorpecidos no le engañen. ¿Es posible que os hallo, dueño y amigo mio, despues de haberos buscado tanto tiempo en vano por toda la Italia? Permitidme que antes de rendiros la obediencia y respetos debidos mis trémulos brazos os estrechen nuevamente, y que mi fiel corazon aproveche los últimos instantes en que le es permitido llamaros amigo. Hablando asi el leal Mecio da mil

abrazos á Numa, y despues volviéndose á los dos que le acompañan les dice: Próculo, Volesio; nuestra peregrinacion dió fin; ya hemos hallado á nuestro rey. Entonces los dos romanos y el mismo Mecio doblan la rodilla delante de Numa, y le dicen con respeto: salve rey de Roma, salve.

¿Qué decis, qué haceis? les dice Numa pugnando porque se levantasen. Yo no soy vuestro rey: no merezco ni deseo un honor tan grande. Lo eres, replica Mecio, no lo dudes señor; y lo eres por el derecho mas glorioso y legítimo: el pueblo romano te ha elegido con voz unánime. Ya iban los sabinos y romanos á embestirse con los sangrientos aceros por causa de nombrar el sucesor de Rómulo cuando tu nombre, el solo grato á las dos naciones, bastó á calmar los ánimos irritados, é hizo renacer la concordia. Rey eres, ó Numa, y tus vasallos cuentan suspirando las horas de tu ausencia.

Numa, igualmente admirado y pesaroso, hace sentar los embajadores á la mesa de Zoroastres, y pide á Mecio le instruya de los grandes sucesos que ha habido en Roma: el antiguo general satisfizo sus deseos al instante de este modo.

Con la muerte de Tacio y tu destier-

ro llegaron nuestros males á lo sumo. Rómulo, objeto de la execracion de los sabinos y aborrecido aun de su mismo pueblo, gobernaba en Roma con cetro de hierro. Ya no era aquel conquistador siempre acompañado de la victoria y que solo derramaba la sangre de los enemigos: sus vasallos le vieron mudado en tirano sangriento, cuya inhumana política los oprimia por contenerlos, y que á la menor sospecha ó con el mas leve pretesto hacia correr la sangre de los nobles. Estas son siempre las resultas de un primer delito: luego que éste entra en una alma todas las virtudes la abandonan, y se apoderan de ella los vicios.

En breve irritados los dioses anunciaron su vengadora justicia con la plaga mas tremenda: la peste infestó á Roma; el contagio se manifestó con los síntomas mas espantosos: un fuego voraz consume las entrañas de los pacientes: sus ojos inflamados y sangrientos se mueven con dificultad en la órbita: la boca llena de úlceras exhala un aliento pestífero; torpe la lengua y cubierta de espesa baba queda pegada al paladar, é impide la respiracion. Los nervios se entorpecen; el cuerpo tiembla agitado de convulsiones, y el frio de la muerte que se apodera in-

sensiblemente de todos los miembros no basta á moderar el ardor que consume hasta los huesos del infelíz apestado.

Ya no caben en las casas las víctimas del mal: las calles, los caminos y los templos estan llenos de cadáveres y moribundos. Por todas partes se ven los infelices que arrastrándose huyen de sus lechos y abandonan sus Penates (70) buscando y pidiendo agua: consumidos de la sed ardiente van á echarse en el Tiber, y los que mas débiles no pueden llegar se meten en las fuentes, ó se revuelcan en la tierra mojada: beben sin atender á su daño, no logran mitigar la sed, y espiran en medio del agua. Ninguno se acuerda de los dulces vínculos de la amistad; nadie escucha la voz de la compasion y de la sangre; el hijo, enagenado por el dolor, reusa abrazar á su padre; el hermano huye del hermano, y teme el contagio del mal. La madre moribunda lejos de su esposo y luchando con las agonías de la muerte aparta lejos de sí con sus yertos brazos al débil niño que la estiende sus manos y llorando quiere volver á aplicar los hambrientos labios al pecho materno ya exhausto. El dolor y la desesperacion son los únicos afectos que reinan en todos los corazones: por todas partes se ve padecer: á

cualquier lado que se vuelva la vista se halla la muerte bajo mil aspectos á cual mas espantosos: las funestas piras arden sin cesar, y su número no es suficiente al de los que mueren.

Rómulo, que únicamente sentia perder sus tropas, señaló para aplacar á los dioses un solemne sacrificio en las lagunas de la Cabra. Todo el pueblo, mejor diria las reliquias del pueblo se juntó en aquel sitio. Los sacerdotes, los pontífices y los ciudadanos pálidos y estenuados se adelantan con tardos pasos ácia el altar. El soldado sin coraza se acerca lentamente apoyado sobre su pica, y puede apenas levantar la cabeza para mirar el águila de su legion. Las mugeres y ancianos acuden ayudándose del apoyo de báculos con sus hijos agarrados de la mano: cae el niño, y arrastra tras de sí la madre debilitada. Ancianos, mozos, enfermos y convalecientes todos juntos llegan arrastrando; ninguno tiene fuerzas para levantar la voz, y aquel pueblo romano tan poderoso, aquel pueblo el terror de la Italia, para cuya ambicion y esfuerzo era corta empresa poco antes la conquista del mundo, ahora parece una tropa de espectros que han salido del infierno por los conjuros de una encantadora de Tesalia.

Hechas las acostumbradas libaciones, y sacrificadas las víctimas, el gran sacerdote consulta sus entrañas, y se estremece al examinarlas. Sube á la sagrada trípode: el espíritu profético se apodera de su alma; un santo furor le agita; arroja fuego por los ojos y espumarajo por la boca; estiende los brazos, inclina la cabeza, y sus cabellos erizados levantan la corona de laurel que la ciñe. Pero en vano lucha contra un Dios: el divino poder le vence, y le hace ceder á su impulso. Prorumpe finalmente con estas palabras: *pueblo romano, un delito espantoso que ha quedado impune es la causa que ha traido sobre tu cabeza la venganza indignada de los dioses. En tanto que no espies el atentado, en tanto que los delincuentes verán la luz del dia, en vano esperas ver á los inmortales aplacados. La peste asolará nuestros muros hasta tanto que la sangre de...*

Iba á proseguir, pero Rómulo le arroja una terrible mirada: el miedo le dejó mudo. En aquel mismo instante se obscurece el cielo, el sol pierde su luz, y unas espantosas tinieblas cubren la tierra. Desencadenados los vientos braman embravecidos; se oyen mil truenos espantosos, y los rayos abrasadores se cruzan aumen-

tando el asombro del afligido pueblo. Parece que todos los elementos confundidos se hacen sangrienta guerra, y que la naturaleza vuelve á sepultarse en el caos.

Todos aterrados y temblando nos postramos en la tierra rogando á los dioses y esperando la muerte. Pero á poco rato se aplacan los vientos, la obscuridad se disipa, y el sol brilla con nuevo esplendor. Reina la calma en el aire, y en breve renace en todos los corazones. Todos los romanos se miran y vuelven á verse; solo Rómulo ha desaparecido; sus guardias y cortesanos le buscan por todas partes, pero en vano. Los céleres, que amaban al dueño que les aseguraba siempre la impunidad de sus atentados, amenazaban á los patricios que acusaban de haber dado la muerte al rey. El pueblo se prepara á defender los nobles, y ya los dos partidos desnudaban los aceros cuando Próculo, que veis aqui, senador el mas respetable por su virtud y avanzada edad, se adelanta en medio del concurso, y á favor de una astuta ficcion consigue apagar el incendio que apuntaba. Cesad ya, romanos, les dice, cesad ya de buscar á Rómulo. Yo he visto con estos ojos á su padre Marte que bajando á la tierra lo ha arrebatado en su sangriento carro. Próculo, me dijo nuestro rey, mi gloria ha

llegado á su colmo: he vencido, y he triunfado. He fundado una ciudad que será dueña del mundo entero: he acabado mis tareas, y el Dios de las batallas quiere asociarme á sus inmortales honores. Ve á anunciarlo asi á los romanos: diles que Marte y Rómulo guiarán siempre sus huestes vencedoras, y que de hoy mas me invoquen con el nombre de Quirino (71).

Asi habló Próculo, y se apaciguó el tumulto. No se atrevieron los céleres á dudar de un hecho que hacia Dios al rey que amaban, y el pueblo, contento por verse libre del tirano, quiere mas verle colocado en el cielo que ocuparse en buscar y castigar á los que han librado la tierra de tan pesado yugo.

Era preciso no obstante elegir un sucesor á Rómulo: Hersilia pretendió en vano la corona. Irritados contra ella los sabinos juraron que volverian á Cures si la hija de Rómulo ocupaba el trono: aun los mismos romanos miraban como afrenta el ser gobernados por una muger. Desechada de las dos naciones salió Hersilia de Roma prorumpiendo en fieros y amenazas de que en breve volveria con las armas de toda la Italia, y el pueblo se juntó nuevamente para nombrarse un soberano.

Nuevamente estuvo aquel desgraciado

pueblo á punto de ensangrentar las armas en sí mismo. Los romanos querian un romano; los sabinos pedian un sabino. Despues de la muerte de Tacio, decian estos, hemos dejado reinar pacíficamente á vuestro Rómulo: ya es tiempo y razon que uno de los nuestros os gobierne. No somos un pueblò vencido y conquistado; somos vuestros amigos, hermanos y conciudadanos; nunca fuimos esclavos vuestros. Nuestra nacion es cuando menos igual á la vuestra en nobleza, valor y virtud. Desde ahora nos oponemos á todo lo que pueda ofender ó disminuir los derechos de esta igualdad.

Asi hablaban los sabinos, y ya corrian á las armas: en aquel instante me sentí como inspirado de los dioses; escuchad, grité, escuchad mi consejo: ¡ó pueblos! ambos pretendeis nombrar el monarca, y que éste sea de vuestra nacion: conviene que cada uno ceda al otro la mitad de los derechos que reclama, y que la nacion á quien toque nombrar rey le haya de elegir entre los individuos de la otra. Ea, romanos, elegios dueño, pero que éste sea sabino, ó si no, los sabinos le nombrarán sacándole de entre vosotros.

Todos aprobaron mi dictámen: renace la paz y concordia. Despues de una breve conferencia queda á los romanos el cargo

de nombrar un monarca sabino: todos con voz unánime eligen al justo Numa.

No bien se hubo oido este nombre cuando las dos naciones olvidando su odio se mezclan y se abrazan dándose mútuamente el parabien; todos esclaman: ¡ó felicidad! Bajo el gobierno de Numa veremos renacer el siglo de oro y el reinado de Astréa. Numa sea nuestro rey y padre.

Todos los templos se llenan de gentes que ofrecen víctimas á los dioses en accion de gracias por todos los bienes que se esperan en lo sucesivo. Ya los inmortales se manifiestan aplacados: cesa la peste; un viento saludable vuelve la salud tan deseada: las lluvias y abundantes rocíos ofrecen al labrador la esperanza de una abundante cosecha. Dioses, hombres, y aun la misma tierra parece que se regocijan al ver nacer el reinado de la virtud.

Al punto se dispuso enviarte embajadores; pedí y logré ser uno de ellos. Nuestros primeros pasos se dirijieron á Cures en donde esperabamos encontrarte; todos nos dijeron que desde la muerte de Tulio ninguno sabia de ti en la Sabinia. Volvimos atrás ácia el pais de los marsos adonde juzgué te llevaria la amistad de Leonte: no tuvo este viage éxito mas felíz que el primero. Ibamos ahora finalmente á bus-

carte á las sierras de los Rheatos, sitios famosos por tu valor y humanidad, y los dioses sin duda nos han guiado á ti. Ven pues, ó rey de Roma: dos naciones te esperan; eres su única esperanza, y cada instante que tardas en ir á encontrarlas es un hurto hecho á nuestro amor y á la pública felicidad.

Calló Mecio, y Numa mirándole con dulzura y tranquilidad le dice: amigo, pasó para mí aquel tiempo de errores, tiempo en que la gloria vana, la ambicion y el ciego amor turbaban todos los instantes de mi vida. Hubiera pódido deslumbrarme el trono cuando ciego amante de Hersilia corria con el acero en la mano á merecerla en los combates; cuando obcecado de mi pasion empleaba todo mi conato en adquirir la horrible ciencia de esterminar el género humano, y cuando admiraba á Rómulo en proporcion del mal que le veia cometer. Cayó la venda que ocultaba á mis ojos la verdad; gracias á los dioses que no me han abandonado y á las desgracias que me han instruido; gracias á la dulce amistad y al puro amor que me animan, mi corazon y mi alma no estiman ya sino lo que es realmente estimable, y solo aman lo que merece ser amado: la virtud y el descanso.

Mal podria yo llenar el hueco de Rómulo. Su pueblo, orgulloso y guerrero, podia apenas sufrir el dominio de un rey, hijo de los dioses, y el mayor general que han conocido los hombres: yo solo soy hijo de un hombre, y aborrezco los combates. Detesto la vil y engañosa ciencia de desunir las naciones vecinas para vencerlas despues, y de armar el débil contra el fuerte para oprimirlos mas facilmente; nunca miraré como mio aquello de que puedo apoderarme. No, Mecio: no puedo seros útil: Roma ha menester un conquistador: en vano consagraria mi vida á la felicidad de los romanos; estos despreciarian un rey pacífico que solo se ocuparia de los dioses, de las leyes y de la agricultura.

Mecio, mi resolucion es invariable. He cumplido cual buen ciudadano con mi patria: por ella he derramado mi sangre, y con mi destierro libré de la guerra civil á sabinos y romanos. Acabé mi tarea; no deseo otro premio de ella que la continuacion de mi destierro. No volveré en mi vida á Roma: quiero vivir en este valle, mas bello á mis ojos que el suntuoso capitolio, al lado de mi padre, mi amigo, mi hermana y mi digna esposa. Aqui seré felíz, y viviré mas seguro que Rómulo en medio de sus céleres. Habitaré la cabaña

que mis manos han construido, mas alegre y cómoda que los palacios de vuestros reyes. En ella pasaré mis dias puros y tranquilos contribuyendo á la felicidad de mi padre, esposa y amigos, y logrando por ellos la mia própia. Y cuando la inevitable Parca corte el hilo de mi vida no tendré que responder en la presencia de los dioses de la felicidad de muchos millares de hombres.

Te engañas, Numa, interrumpió Anais con voz severa. Tendrás que dar cuenta de eso mismo si el amor que me tienes y tu inclinacion al descanso te hacen sacrificar el interes de dos pueblos. ¿Piensas acaso que el cielo te ha dado tantas virtudes para ti solo? ¿Imaginas agradar á Dios viviendo solo para ti? El Sér supremo estima en nada las vanas meditaciones: quiere que la virtud sea activa. El hombre virtuoso le tendrá que dar cuenta estrecha de cada dia pasado sin hacer bien. El Criador del mundo solo puede amar á los que se emplean en beneficiar sus criaturas.

Dices que un héroe guerrero es mas necesario á los romanos que un rey pacífico. Al contrario; cuanto mas belicosos te parezcan, tanto mas han menester un soberano prudente y pacífico que modere y reprima su ardor, y que suavice con la jus-

ticia ese genio guerrero que llegaria á ser ferocidad. Tú solo, Numa, debes ser este príncipe: tu respeto á los dioses y tu amor á la paz te imponen la obligacion de gobernar un pueblo que carece mas que otro alguno de estas virtudes.

Crees que nada debes ya á tu patria porque has peleado por ella. Pero en esto, ¿qué has hecho mas de lo que ha hecho el último de sus soldados? Demás que tú mismo conoces bien que Hersilia tuvo mas parte que la patria en tus proezas. Aun cuando hubieses derramado tu sangre solo por tu pueblo, en tanto que queda en tus venas una sola gota, esa gota es suya: nunca dejamos de ser deudores de la patria; siempre tiene ésta cumplido con nosotros.

Solo añadiré á lo dicho que si el deseo de pasar una vida obscura y ociosa en mi compañía y mi religion, injustamente perseguida, son la causa de tu resistencia, desde ahora renuncio á ti. Toda mi vida lloraria el haber sido estorvo á la felicidad de dos pueblos, privándolos del mas precioso regalo de Dios, que es un buen rey: esta idea emponzoñaria todos mis dias, y quizás bastaria á alterar el tierno amor que me has inspirado. Harto te he dicho, Numa: conozco mis deberes y los tuyos:

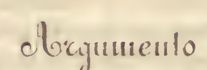
si reusas ser útil á los hombres, yo me castigaré como causa de tu error.

Estas fueron las razones de Anais: Zoroastres y Leonte se unieron con ella, y solo Camila se mantuvo de parte de Numa. Mecio y los dos romanos se arrojaron á sus pies alegando y repitiendo todo lo que juzgaban que podria persuadir su entendimiento ó conmover su corazon sensible: todo fue en vano.

Como una peña que puesta á la orilla del mar resiste sin daño el furor de las olas, asi Numa se mantiene imperturbable. Opone con dulzura su constante resolucion á todas las razones con que le quieren vencer, y finalmente abrazando estrechamente á Mecio le dice: ¡O padre mio! no me hables mas, si es cierto que me amas, de un trono que temo mas que el sepulcro. En este valle quiero acabar mi vida; en esta cabaña viviré. Nací libre, y con el derecho natural y comun á todos los hombres de escoger un asilo en que pasar la vida con dulzura y tranquilidad. No creo que mi resolucion ofenda á los inmortales; mas cuando asi fuese siempre prefiriera emplear lo restante de mis dias en alcanzar mi perdon á la desgracia de ceñirme una diadema que temo y aborrezco. Juzga ahora, venerable Mecio, si tus ins-

tancias podrán rendirme: me afligen, y asi te ruego que ceses en ellas. Ven á descansar en mi cabaña, no al lado de tu rey sino de tu amigo, y mañana volverás á decir á los romanos que si aman á Numa todavia lo hagan ver dejándole en la pacífica obscuridad que posee.

Diciendo estas palabras sale de la cabaña de Zoroastres; Anais le llamó, pero en vano; esta fue la primera vez que Numa no respondió á su voz: los embajadores afligidos y desconsolados le acompañaron en su nueva cabaña: Camila, despues de haber defendido por mucho rato la resolucion de Numa, que Anais condenaba, fue con su querido Leonte á entregarse al sueño. Zoroastres y su hija quedaron solos, y pensaron en la ejecucion de un importante proyecto.



DEL LIBRO UNDÉCIMO.

La sombra de Tacio se aparece á Numa. Fuga de Anais y su padre. Desesperacion de Numa. Obedece finalmente los decretos celestiales, y se resuelve á reinar. Leonte determina buscar á su padre y hermana. Llega Numa á Roma; júbilo y alegría de su pueblo: primera accion de Numa. Va al bosque de Egeria: conversaciones con esta ninfa sobre la eleccion de ministros y consejeros, la guerra, la política, el órden social, las leyes y la religion. Gobierno de Numa.

Retirado Numa á su cabaña procuró en vano conciliar el sueño; todo cuanto Anais le habia dicho se agolpaba en su imaginacion: me ha amenazado, se decia, con abandonarme si por ella olvido lo que debo á mi patria, y me resisto á cumplir la voluntad de los dioses. ¿Quién mas desgraciado que yo, pues al mismo tiempo falto á los inmortales y á mi Anais? Mas si admito el cetro, ¿cómo podré en los primeros dias de mi reinado efectuar mi casamiento con una maga? Cuando mi pro-

yecto es el de reinar por la religion, ¿comenzaré á fomentar su culto colocando sobre el trono y á mi lado una enemiga de los dioses? Todo el pueblo la miraria con horror, y á pesar de sus virtudes seria Anais el blanco del odio público. No debo esponerla al riesgo de semejantes males, y mucho menos puedo sacrificar mi puro amor á la vana esperanza de gobernar bien á los romanos. Hasta ahora he vivido pronto á sacrificarme por el bien de los otros; ya es tiempo de vivir para mí propio.

En medio de estas reflexiones, de improviso le asaltaban el pesar de afligir á su pueblo y el temor de irritar á los dioses, y destruian todas sus resoluciones. Combatido de afectos encontrados, su amor le arrastra á un partido cuando su piedad compasiva le llama á otro opuesto, dejándole indeciso sobre lo que debe resolver. Asi el árbol ya cortado en torno de sus raices por la segúr y pronto á ceder al mas leve esfuerzo se bambolea á todas partes y amenaza igualmente con su caida todos los puntos de su circunferencia.

Ya comenzaba la aurora á abrir las puertas del oriente cuando Numa fatigado de aquella interior batalla se entrega al sueño. Mas no bien éste se apoderó de sus entorpecidos párpados, cuando se le apa-

rece la sombra de un anciano cubierto de sangrientas y rasgadas vestiduras. Sobrecojido de terror siente Numa erizarsele los cabellos; pero luego que reconoce ser Tacio se desvanece su espanto. ¡O mi padre y mi rey! le dice: ¿qué causa te mueve á abandonar los Eliseos campos? ¿Por qué traes estas ropas sangrientas que me recuerdan con dolor el delito de Rómulo? ¿Qué me mandas? Habla, sombra temible y amada; Numa jura obedecerte.

Camina pues á Roma, le responde el espéctro con voz severa: los dioses te mandan reinar; he dejado mi lóbrega mansion para anunciarte sus decretos. Todavia no habita mi alma en los campos Eliseos: Minos (72), antes de recompensarme del poco bien que hice, me castiga del mal que dejé hacer. Permaneceré entre las tartáreas sombras hasta el instante en que el pueblo romano sea el mas felíz de todos los del orbe. Tú solo, ó Numa, puedes ser mi libertador.

Dice, y desaparece. Numa estiende los brazos para detenerle, pero solo abraza una vana imagen, que al punto se desvanece entre las tinieblas de la noche.

Despierta Numa cubierto de un sudor frio: se arrodilla, adora á los dioses, y les hace libaciones de vino. Apenas sale el sol

corre apresurado á buscar á Anais para disipar con su vista el sobresalto que le acongoja.

Pero en vano la busca y la llama repetidas veces; Anais no responde. Cuidadoso y asustado de aquel estraordinario silencio entra en el retiro de Zoroastres, y halla su lecho y el de Anais vacíos; sobre la rústica mesa advierte unas tablillas; las toma, y lee estas palabras:

ANAIS A NUMA.

Me voy; no volverás á verme. En tanto que hubiera estado á tu lado, ó habrias reusado el trono que Dios te destina para la felicidad de dos pueblos, sacrificio que yo no debo admitir, ó subiendo al trono hubieras querido partirle conmigo, y entonces seria Anais un objeto de horror para tus vasallos. Huyo lejos de ti por tu interes y gloria: huyo de Numa en el dia mismo.... mis lágrimas bañan estos caractéres. A Dios Numa: ve á reinar; sé feliz, si te es posible, pero no olvides á Anais. Piensa que en mi asilo ignorado continuamente me ocuparé en tus memorias: espero oir bendecir tu nombre, y entonces me aplaudiré de haber sabido comprar á costa de mi desven-

tura la gloria que disfrutarás, la felicidad de tu pueblo, y la certidumbre de vivir siempre en tu corazon.

Dos veces leyó Numa este escrito sin poder derramar una lágrima: la sorpresa y el dolor le oprimen. Ni llora ni se queja; considera aquellas tablillas con ojos enjutos y turbados. Asi el ave que al volver trayendo á sus hijuelos el cebo halla su nido robado queda inmóvil sobre la rama, deja caer el alimento que tiene en el pico, y mira con ahinco el sitio en que estaba su dulce compañía.

Dos fuentes de lágrimas alivian finalmente la opresion de Numa: los sollozos y las quejas salen de su pecho en amargo tropél. ¡Anais, Anais! esclama con voz lamentable: ¡Anais me abandona! ¿Piensas que podré sobrevivir á este golpe? ¿Discurres que no seguiré tus pasos registrando hasta el ángulo mas remoto de la tierra para encontrar á mi Anais? ¡Y has podido abandonarme en el dia de nuestro himeneo! ¡Has pasado junto á la cabaña adornada y pronta á recibirte y no has detenido las plantas; has podido!.... ¡ó desesperacion! ¡Cruel abandono! Renuncio para siempre la sabiduría, la gloria y la virtud, pues que no las estima Anais. Aborrezco mi vida, pues que no puedo vivir

por ella: voy á ser un insensato pues Anais se lleva mi razon.

Dice, y arrojándose en tierra se revuelca entre el polvo. A sus gritos y lamentos acuden Camila y Leonte. Uno y otro estaban muy agenos de la fuga de Zoroastres y de su hija. ¡Huyó de nosotros para siempre! les grita Numa luego que los ve: ¡no volveremos á verla! Quiere Camila preguntarle, pero él repite: ¡huyó para siempre! Leonte recoje las tablillas, lee la despedida, y al otro lado conoce otra de Zoroastres para él y Camila. *No hubieras acertado, le decia, á resolverte entre tu padre y tu amigo: mi ternura ha querido escusarte tan doloroso combate. He debido apartarme de ti, hijo amado; pero nunca hubiera tenido valor de hacerlo á no estar cierto de que volveré á verte antes de mucho tiempo.*

Numa, que oye estas últimas palabras, coge precipitadamente las tablillas; lee, y vuelve á leerlas, y su sentido calma la desesperacion de su pecho. Leonte llora con él; Camila los consuela, y el anciano Mecio que llegó á la sazon estrecha contra su pecho á los dos héroes ofreciéndoles abandonar todo otro cuidado para ir en seguimiento de Zoroastres.

Al instante mismo quiere Numa mar-

char. Ya no se acuerda del imperio; solo piensa en volver á ver á Anais y alcanzarla antes que se alargue de ellos. Mas apenas dió los primeros pasos cuando cae á sus pies un rayo espantoso, y al mismo tiempo se oye una voz semejante á un trueno que dice: *Numa, acuérdate de Tacio.*

Numa se detiene con espanto: se avergüenza de haber querido posponer su obligacion y el bien de su nacion al amor que le domina: se postra en el suelo, y se mantiene un rato de este modo pidiendo perdon á los dioses y á Tacio. Despues se levanta y con semblante mas tranquilo dice á los embajadores: vuestro rey soy; conducidme á mi pueblo.

No se atreven al oirle Mecio y sus dos compañeros á manifestar su alegría: conocen muy bien lo que le cuesta el sacrificio de un afecto que le es mil veces mas sagrato que la vida. Ocultando su gozo y satisfaccion se preparan á llevar á Roma al que se espera en ella como á un dios protector.

Leonte, aprobando la resolucion de su amigo, siente no poderle acompañar: ha determinado seguir los pasos de su padre y hallar á Anais; Camila se dispone á acompañarle. Leonte se despide de su amigo con mil abrazos, y le jura volver á Roma

para no apartarse nunca de su lado luego que haya empleado tres meses en buscar á Zoroastres. Numa, que en un mismo dia se ve abandonado de su amigo y pierde á su amante, se encamina tristemente á Roma para ocupar un trono que no le consolará de lo que ha perdido.

Ya pasa los Apeninos en compañía de Mecio y los embajadores; halla un carro que le tenian prevenido en las fronteras; atraviesa con rapidéz el territorio de Roma, y descubre sus fuertes murallas: estaban coronadas del pueblo todo que cada dia venia á esperar la llegada de su rey.

Apenas divisan el carro cuando pueblan el aire con mil gritos penetrantes: miradle, decian, miradle; ya viene nuestro héroe, nuestro padre, el favorecido de los dioses y la salud de Roma. Mugeres, niños, ancianos y soldados todos se precipitan con alborozo á las puertas, salen al campo, y corren al encuentro de Numa. Unos llevan en las manos ramos de flores, otros ramas de olivo; se las presentan desde lejos, y cubren con ellas el camino por donde ha de pasar; todos se apiñan en torno del carro y detienen su curso. El júbilo es igual en los romanos y sabinos; su impaciencia es la misma, y las dos naciones tienen un solo corazon.

Baja Numa de su carro para mezclarse entre ellos. Entonces sí que todas las bocas le llenan de bendiciones. Felíz el que puede estampar los labios en sus manos ó vestidos. Llora Numa, y estiende ácia ellos sus brazos; no halla voces para responder á sus votos, pero su silencio, su semblante y lágrimas prometen á su pueblo todo lo que le pide. Continuamente detenido por el gozo y nuevas aclamaciones se adelanta Numa lentamente: de este modo, rodeado y confundido entre sus vasallos, entra el virtuoso rey en su capital con gloria mas verdadera que la de un vencedor circundado de esclavos y sobre el soberbio carro triunfal, desde el cual insulta á la compasion y humanidad.

Llega á la plaza, y le visten las insignias reales: despues se dirije al capitolio, en donde quiere rendir gracias á los dioses. Ya las nubes de incienso embalsaman el aire; ya corre en arroyos la sangre de las víctimas, y sus entrañas anuncian á los augurios los mas felices presagios.

Numa pone su cetro y corona sobre el altar de Júpiter, y puesto de rodillas le dirije en alta voz estas palabras: ¡O Saturnio! Si entre esta multitud de romanos y sabinos que juntamente conmigo te ofrecen sus votos hay alguno mas inflamado

que yo del deseo de hacer felíz la gente romana, dámele á conocer, y al instante ciño su frente con esta sagrada diadema. Mas si es tu voluntad que yo sea su poseedor, oye la súplica que te hago: el primer dia que violáre la justicia, que no escucháre las quejas del pobre ó que desprecie al desvalido, te pido que un rayo despedido de tu poderosa diestra me precipite del trono que voy á ocupar: solo con esta condicion lo admito: ¡ó padre de los dioses y hombres! mas estimaré esta gracia que una victoria sobre mis enemigos.

Dice, y el pueblo le responde con nuevos vivas y aclamaciones: se da fin al sacrificio entre los rebatos del público contento. Sale Numa del templo, y doce buitres volando á su derecha le acompañan hasta el palacio.

El nuevo rey hace abrir el tesoro de Rómulo; la mitad reparte al pueblo, y reserva la otra mitad para los habitantes del campo. Reforma y destruye para siempre el temido cuerpo de los céleres: no quiero ni he menester mas guardias que el respeto y amor que mis vasallos me tendrán; mi dignidad me asegura aquel, y mis virtudes deben grangearme éste. Los céleres me son inútiles; vuelvan pues á ser ciudadanos. Dos de ellos han asesinado á

Tacio: á vosotros los entrego, sabinos. ¡Ojalá sea esta la única sangre culpada que la espada de la justicia derrame durante el tiempo de mi reinado! ¡Ojalá que sean todos mis vasallos tan virtuosos que me escusen el ejercicio de la mas penosa de mis obligaciones!

Despues de haber cumplido asi en los primeros instantes de su reinado con las dos grandes obligaciones de los soberanos, aliviar al pobre y castigar al culpado, Numa se encerró por algunos dias seguidos en su palacio para hacerse enterar y dar cuenta exacta de sus fuerzas, riquezas, y sobre todo de los tributos que se podrian suprimir. Medita largo tiempo sobre las mudanzas que juzga necesarias; pero antes de emprender cosa alguna resuelve ir al bosque de Egeria á implorar el auxilio de Minerva y á llorar su querida Anais sin testigos y con entera libertad.

Sale de Roma, deja su comitiva, y se interna solo en la selva sagrada. En breve llega al banco de céspedes sobre el cual vió por la primera vez á la hija de Rómulo dormida. Apenas reconoce el sitio que ocupó la amazona cuando le acomete un temblor universal; el corazon se le quiere salir del pecho con violentos latidos, y siente que le van á faltar las fuerzas. Dase

priesa á huir de aquel sitio, y no obstante se aparta de él con sentimiento. Tan cierto es que el primer amor deja en el corazon un fuego inestinguible.

Ya lejos del asiento fatal se sienta al pie de un árbol para recobrarse de la alteracion que ha padecido. Alli recogido en sí mismo y entregado á aquella dulce melancolía que hace llorar sin padecer trae á la memoria sus primeros años; recuerdo á veces doloroso, pero siempre grato á un corazon sensible. Numa repasa en su imaginacion su primer viage á Roma, el sueño que tuvo en la fuente de Pan; la ninfa Egeria que le enseñó las máximas de la sabiduría; su amor á Hersilia, primera causa de sus penas, y el que le inspiró Anais, cuyo nombre basta á tranquilizarle; Anais que ha perdido, pero cuya imágen le acompaña á todas partes, defiende su corazon contra los riesgos que de nuevo le podrian amenazar, y deja en su alma una dulce memoria mezclada de alguna incierta esperanza, que sirviéndole de alivio en sus penas, le anima y escita á practicar la virtud.

Mas tranquilo Numa se levanta y quiere tomar la senda que va al templo de Minerva; pero pierde el camino, y metiéndose en lo mas espeso del bosque llega á

una fuente de agua cristalina que salia al pie de un montecillo rodeado de altos y frondosos álamos. Estaba aquel sitio tan oculto y apartado que parecia no haber sido pisado nunca de humanas plantas, ni sus yerbas y tiernas ramas pastadas por la boca de los hambrientos ganados. Todo el montecillo estaba rodeado de árboles apiñados unos contra otros que le hacian impenetrable: una multitud de rosales y otros arbustos formaban en torno de los árboles un vallado natural y vistoso. Aquel asilo silencioso y tranquilo parecia propia morada de alguna deidad. Tal debia ser el sitio del monte de Gargafia, en donde el temerario Acteon (73) sorprendió á la hija de Latona, ó mas bien tal seria el asilo adonde Febe (74) bajaba desde el cielo á visitar á su dormido y bello Endimion (75).

Numa admira aquel hermoso sitio, y se promete volver á él muy á menudo. Llega á la fuente, y se baja para coger agua con la mano; pero en el mismo instante en que la lleva á la boca, oye una voz que le dice indignada: ¿Cómo te atreves, mortal osado, á tomar agua de esta fuente sagrada? ¿Quién te dió licencia para tanto? Numa, turbado y lleno de respeto, deja caer el agua, y responde con timidéz: ¡ó ninfa! perdona mi ignorancia: no sabia

que esta fuente te estuviese consagrada; verdad es que debí pensarlo al ver la cristalina belleza de sus aguas.

Puedes ya beber en ella cuanto quieras, le responde la voz con dulzura. Numa, ha mucho tiempo que te amo, y que te espero en este sitio: acuérdate de la ninfa Egeria, cuyos consejos te prometió Céres; este es mi asilo sagrado. Aqui me oirás, pero sin verme: guárdate de intentar romper el velo que oponen á tu curiosidad estos naturales vallados. Esta es la voluntad de Céres. Vendrás á esta fuente siempre que necesites hablar conmigo: ven á comunicarme tus leyes antes de establecerlas; tambien me comunicarás tus proyectos, tus temores y esperanzas: yo te daré mis consejos sin que pretenda que tú los sigas. Contenta con aconsejarte, nunca te mandaré. Tú me consultarás como á diosa; yo te hablaré como amiga. A Dios Numa; dentro de tres dias te aguardo.

Calló la voz, y Numa inmóvil escucha todavia. Penetrado de gratitud y alegría se arrodilla dando gracias á Egeria, y adora la benéfica Céres su protectora: da á la ninfa las mas afectuosas gracias, y ya se atreve á preguntarla, pero la voz no responde. En vano presta atento el oido Numa; solo oye en el bosque el manso

ruido de las hojas agitadas por el céfiro: mira y observa al rededor de sí, y solo advierte árboles y matas. Demasiado religioso para pensar en penetrar el prohibido recinto se retira á su pesar de la fuente. Seguro de que los dioses le ayudarán en el gobierno de su imperio, vuelve á Roma lleno de esperanzas y fortaleza.

Desde aquel instante junta los principales puntos de la legislacion que quiere sujetar al exámen y censura de la ninfa. Esta larga y penosa tarea le distrae de los pesares que le ocasiona el amor. Algunas veces se entrega á la dulce esperanza de que los inmortales le volverán á su idolatrada Anais en pago de sus afanes; y esta idea le llena de un nuevo ardor para dedicarse enteramente á la felicidad de sus vasallos.

Llegó el tercer dia señalado por la ninfa, y Numa acude presuroso á la fuente: invoca á Egeria, y oye su voz que le dice: ¿Estás contento de ti mismo, Numa? ¿Has hecho ya muchos dichosos? ¡O ninfa! replica el rey, á todos parece esto muy facil; pero luego que me he visto sobre el trono he hallado que solo es facil el errar y hacer los mayores males á pesar de la mejor voluntad. He hallado la cuenta que me han dado de la administracion del im-

perio muy diversa de lo que yo creia. Cuando he hablado de corregir varios abusos me han dicho que eran necesarios, y que de su supresion resultarian males mucho mayores. Por otra parte aquellos mismos que podrian ayudarme á hacer el bien tienen interes en que el mal subsista. La verdad huye lejos de mí: estoy rodeado de engañosos lisonjeros: la justa desconfianza que me han inspirado me obliga á hacerlo todo por mí mismo, y hará muy tardía y penosa la ejecucion de los mejores proyectos. Quizás tambien el peso será demasiado grande para mi flaqueza; y asi la única ventaja que vendré á tener sobre un mal rey será la de sentir y llorar los males que no podré remediar.

O Numa, responde la Ninfa; ¡cuántos errores en esas pocas razones que acabas de decir! Veo en ti un retrato de aquellos hombres inclinados al bien y ansiosos por ejecutarle, pero que á los primeros obstáculos que encuentran se desaniman y abandonan la empresa. ¿En dónde estaria la gloria de los grandes reyes si fuese tan facil gobernar bien? No hay duda que querrán engañarte, que por todas partes te armarán lazos y asechanzas. La adulacion, la vanagloria, la vil astucia y la torpe sensualidad habitan al rededor del trono;

ocultas bajo una máscara engañosa, y con los ojos incesantemente fijos sobre el corazon del rey, aguardan para apoderarse de él el primer momento de debilidad. El interes las hace estar continuamente despiertas, y el rey es vencido si duerme un solo instante. Pero estos peligrosos enemigos dejan de ser temibles luego que son conocidos: sea pues tu primer estudio, tu principal ocupacion el arte de reconocerlos. Aquellos que continuamente te seguirán, aquellos que todo lo hallarán facil, que lisonjearán tus gustos, y que siempre serán de tu mismo dictámen, estos, Numa, estos son tus mortales enemigos. Arrójalos, no de tu corte pues quedarias solo, pero sí de tu corazon y de tu consejo: desprécialos, y no temas darselo á conocer: qüizás de este modo conseguirás espantar la generacion siempre renaciente de los que quisieran imitarlos.

Mas te encargo que por ningun caso estiendas este desprecio á todos los hombres: esta desconfianza, esta mala opinion de la humanidad en total seria igualmente injusta y dañosa porque produciria en ti una peligrosa indiferencia sobre la eleccion de los que destinases á ocupar los empleos: de esto nacerian inmensos males. Aunque rey, no eres mas que un hombre,

y el amor de las virtudes que inflama tu pecho puede tambien abrigarse en los pechos de otros semejantes tuyos. Estima pues á los hombres; estima tambien á algunos áulicos, porque los hay que practican la virtud y aman el estado y su señor con sincero afecto. Estos nunca lo dicen, ni de ello se alaban; pero la voz pública lo dice por ellos. No forman intrigas para obtener los puestos y honores, pero la nacion se los da. No temas ser del mismo dictámen que tu pueblo, ni te avergüences de ir á buscar á los que no te se presentan: en hacerlo nada perderás del decoro de tu dignidad; los ensalzas sin abatirte, y por medio de una sola palabra ó de una muestra de afecto, que nada cuesta á un corazon sensible, aumentarás sus talentos y virtudes, y aun mas el amor que te profesen. ¡O y cuán gran mérito es en un monarca olvidar el orgullo de su escelsa dignidad con aquellos que son su mas firme apoyo! Sea enhorabuena terrible con los malvados y severo con los aduladores; pero que los buenos hallen en él un amigo, y parezca que con su afabilidad les dice: gusto de tratar como á mis iguales á todos aquellos cuyo corazon es parecido al mio. Mi mayor complacencia, respondió Numa, será siempre honrar tales hombres,

y mi primer cuidado será buscarlos. Pero aun ayudado de ellos, ¿podré hacer el bien hasta pasado mucho tiempo? Mi pueblo está acostumbrado á buscar su subsistencia con los robos y desórdenes que la guerra ocasiona y permite: hoy dia se contempla desgraciado con la ociosidad en que se halla, y ésta le hace caviloso, turbulento y feróz. Este mismo pueblo se compone de dos naciones rivales entre sí y á menudo opuestas, y solo podria reunirlas por medio de leyes sabias y adaptadas á su verdadero interes: esta grande obra pide largas meditaciones; la paz y el descanso me son necesarios, y por todas partes veo que la guerra me amenaza. La altiva Hersilia junta contra mí la Italia entera, y no tardará en venir á poner el sitio á Roma. Los pueblos rècien conquistados tratan de sacudir el yugo; la peste ha dejado el reino sin poblacion, y mis vasallos vejados en tiempo de Rómulo no pueden hoy dia pagar los tributos. La guerra acabará de arruinarme, y para evitar esta guerra y desunir á mis enemigos se necesita de un arte que no conozco. Este arte que llaman política es superior á mis luces, y repugna á mi corazon. ¿Qué debo hacer? ¿Cómo podré remediar los males presentes, y evitar los futuros?

Numa, le responde Egeria, es una verdad constante y cierta que nunca deben los reyes sobre todo perder de vista: que la virtud, el valor y el juicio superan los mayores obstáculos. Tú posees estas tres prendas; solo necesitas ponerlas en uso. Pensemos ahora en el riesgo mas inmediato.

Antes de todo necesitas de la paz; para conseguirla prepárate prontamente para la guerra; este es un precepto tan antiguo como el mundo. Rómulo debe haberte dejado un ejército aguerrido y escelentes generales: manifiéstales la mayor consideracion, y prodíga entre ellos los honores merecidos al primer estado de la sociedad, que es el de defensor de la nacion. Cuanto mas aborrezcas la guerra tanto mas debes amar á los soldados: gloríate del nombre de compañero suyo, y repárteles á menudo títulos y distinciones, pero nunca dinero: los honores los harán mas valientes, pero las riquezas los enervarian. Acuérdate de aquel ejército de Capua que Leonte destruyó con tanta facilidad; el lujo solo fue causa de su perdicion. Si quieres que esta peste no entre en tus huestes has de empezar por desterrarla de tu palacio: el ejemplo del rey fue siempre mas poderoso que las leyes y órdenes mas terminantes, y el mejor modo de enseñar es obrando lo

mismo que se manda: sé frugal en tus comidas, y decente en tus vestidos; desprecia públicamente la molicie y la vida afeminada, y verás que toda la juventud romana afectará dentro de poco las virtudes de su rey.

Mas no bastarian estas sin una exacta disciplina: cuida con celo y rigor que el centurion, por noble ó rico que sea, obedezca al tribuno como el último soldado, y el tribuno deberá estar igualmente sumiso á su general: procura tambien enseñar á tus legiones que todo hombre que ciñe espada debe respetar al que no la tiene; que el guerrero debe ser un leon para los enemigos y un cordero para los ciudadanos, porque éste y aquel son dos hermanos, de los cuales el uno atiende á la custodia y defensa de la casa paterna, en tanto que el otro se emplea en los cuidados domésticos y prepara su alimento juntamente con el de su defensor.

Sobre este pie debes poner tu ejército: entonces si le confias á un general de acreditada esperiencia; si tus murallas estan en buen estado y tus arsenales bien provistos, obtendrás la paz siempre que la quieras. Podrás demás de esto conservarla sin tener que recurrir á la política, vergonzoso recurso del débil, ó infame pretesto

de los perversos. No siempre es cierto engañar á los hombres con palabras, pero las obras detienen aun á los mas osados. Si un rey es justo, leal, incapaz de insultar, y siempre pronto á rechazar los insultos, no debe temer las asechanzas de sus vecinos, por mas pérfidos que sean.

Sé pues justo siempre para con tus aliados y confinantes: siempre pronto á reprimir sus injusticias, y lejos de turbar tu sosiego buscarán ansiosos tu alianza. Roma será temida y respetada; entonces aprovechando del ocio de una paz gloriosa podrás dedicarte con ánimo tranquilo á dar leyes á tu pueblo. Antes de establecerlas conviene que te formes un cuadro del órden social: verás con cuanta facilidad se ofrecen á tu idea las mejores leyes, y tus vasallos, que verán en ellas su propio interes unido íntimamente al tuyo, las admitirán y cumplirán gustosos.

Ten presente que los hombres se unieron en sociedad para lograr los auxilios precisos á su seguridad, y proveer á las necesidades y consuelos de la vida. De este principio debes deducir todos los puntos de tu legislacion.

La subsistencia facil y segura de cada individuo debe ser el primer efecto de tus leyes: este bien le da la agricultura. Para

lograrle mirarás la clase de los labradores como la mas útil; los honrarás, y asegurando sus propiedades fomentarás sus casamientos: de este modo volverás á la profesion que alimenta á los hombres toda la dignidad y decoro que debe tener.

No puede la agricultura florecer sin las otras artes: ésta las hace nacer y las premia: protéjelas, y procura llamarlas á tu imperio; verás que las artes facilitarán las tareas del campo ocupando y manteniendo mayor número de ciudadanos.

Cuando los campos produzcan lo que pueden ofrecer en premio de la cultura habrá individuos ricos de una parte supérflua de producciones que faltarán á otra tierra. De aqui nacerá el comercio, que tú debes favorecer concediéndole la mayor libertad; pero ten presente que el comercio que hace florecer las artes no puede aumentar sino en proporcion de los progresos de la agricultura.

Luego que esten establecidas estas tres basas de la prosperidad de los estados, la agricultura, las artes y el comercio, te ocuparás en las demas leyes, á las cuales deben estar igualmente sujetas todas las clases de ciudadanos. Deben ser pocas y claras para que todos tus vasallos puedan comprenderlas, y las formarás con arreglo

al amor de la humanidad, que es la primera y mas sagrada ley.

Guiado por esta regla infalible pondrás el débil á cubierto de la violencia del hombre poderoso; le darás amparo mientras viva, y vengadores despues de su muerte. Arreglarás los derechos respectivos de los esposos, les mandarás la union, la fidelidad y mútua condescendencia, y solo en casos muy raros y precisos permitirás el divorcio. Darás un poder sin límites á los padres sobre sus hijos. No temas que abusen de él. Muchos son los hijos ingratos, y pocos ó ningunos los padres malos. Concederás á los patricios la gloriosa prerogativa de proteger, defender y enriquecer á los plebeyos. Castiga con rigor la mentira y la ingratitud, atemoriza á los vicios, y anima á la virtud. Finalmente debes asegurar á todo ciudadano el honor y la quietud: al rico sus bienes, al pobre los recursos necesarios, y al huérfano la defensa que le es debida.

¡O ninfa! interrumpió Numa: nada me dices de la religion á quien debo tanto. Céres se ha dignado proteger mi niñéz. Céres me prometió las lecciones de Egeria, juzga si podré nunca honrarla debidamente. Ademas, solo con la religion podré suavizar las costumbres feroces de mi pueblo.

La piedad enternece las almas, y para enseñar á los hombres á que se amen mútuamente es preciso enseñarles antes á amar á los dioses. Quisiera crear nuevos pontífices y dar mas solemnidad á los sacrificios; quisiera establecer fiestas, cuya pompa augusta llamaria los hombres á la religion, los uniria mas entre sí, y haria en los templos hermanos á los mismos que fuera de ellos solo son conciudadanos.

He formado tambien un proyecto, mas temo declarartelo; pero puesto que lees en mi alma, espero que perdonarás la causa tan pura que me anima, y el tierno y doloroso afecto que me inspira este designio.

Egeria, estoy penetrado de un santo respeto á los dioses: mas quisiera morir que abandonar su culto ú ofenderlos un solo instante. Pero he conocido una muger la mas perfecta, la mas amable y virtuosa de las mortales, y no adora mis dioses. Esta que he perdido, que lloro dia y noche, y en cuya ausencia no me es posible disfrutar ni quietud ni bien alguno, ésta se llama Anais: Anais, dulce nombre que al pronunciarle me hace derramar lágrimas de ternura y dolor, Anais es de la religion de los magos: adora un solo Dios, y venera como su emblema el sol y el fuego. Apolo y Vulcano son tambien deidades nues-

tras, ambas participan del culto que tributo á los inmortales; pienso pues levantar un templo á cada uno. Quiero tambien, y éste será un tributo de respeto y amor que ofreceré á mi Anais, crear cuatro sacerdotisas cuyas funciones serán mantener el fuego sagrado sobre un altar consagrado á Vesta (76). Este fuego siempre renaciente, puro é inmortal será para mi pueblo el emblema de la naturaleza; para mí lo será de mi amor. Las cuatro Vestales serán vírgenes; para ser admitidas habrán de probar que su vida y costumbres son puras é intactas como lo eran las de Anais. A imitacion de Anais tributarán una especie de culto al fuego, del cual serán guardias vigilantes, y en memoria de aquella Anais que representarán á mis ojos haré llegar á lo sumo el respeto y veneracion que todos les tendrán, y gozarán de los honores regios. Espero, ó ninfa, que me permitirás tributar esta amorosa fineza á la que adoro; á aquella á quien soy deudor de las pocas virtudes que poseo, y en fin á aquella que nunca volveré á ver, pero cuya dulce memoria jamás se apartará de mi corazon.

Un rato estuvo la ninfa sin responder: su silencio inquietaba á Numa, pero en breve salió de cuidado. Rey de Roma, le dijo la voz, estimo tu constancia, y espero que se-

rá recompensada. No me opongo á que honres á Anais; pero temo que hagas demasiado por ella, y que el nimio cuidado en las ceremonias del culto te distraiga del que te han de merecer los asuntos propios de un soberano. Fuiste criado en un templo; guardate de mezclar las funciones de sacerdote con las de rey; para aquellas tienes pontífices que serán responsables. Cuanto mas eleva la piedad al hombre que sabe contenerla en sus justos límites tanto mas abate al que se escede y deja llevar de vanas pequeñeces. Ten presente que un rey sabio y religioso será un grande hombre, pero un rey supersticioso nunca podrá serlo.

Estoy muy distante de aconsejarte que procedas ingrato con los dioses, y menos que los olvides. Hónralos, Numa, pues así debes hacerlo; pero hónralos sirviendo á los hombres. Deja á una piedad ignorante las vanas esterioridades que de poco sirven sin las obras, y observa tu religion en los grandes preceptos que te enseña.

¿Deseas manifestar principalmente á Céres tu gratitud? Ve á recorrer los campos y aldeas encubierto bajo el tosco vestido de labrador; mézclate entre sus habitantes que te juzgarán un hermano suyo: háblales de las leyes de Numa; infórmate de los abusos ó perjuicios que pueden ocasionar;

critícalos tú mismo para animar á los otros, y conserva mejor en la memoria el poco mal que oigas decir que los muchos elogios que harán de ellas.

Visita despues la cabaña del pobre, juzga por tus mismos ojos de sus necesidades; acaricia al niño medio desnudo que llora al lado de su madre enferma; consuela al afligido padre y hazles esperar los socorros del cielo ó de su rey: de vuelta á tu palacio enviales pan, ropas y trigo para sembrar sus campos.

Hé aqui el modo de honrar á Céres; esto la lisonjeará mucho mas que la sangre de mil becerras. No tardarás en ver la recompensa de tu compasiva piedad: las doradas mieses cubrirán la tierra, volverán á poblarse los lugares devastados y desiertos, y la abundancia reinará en las humildes chozas del virtuoso labrador. Los numerosos rebaños cubrirán los prados, y los valles resonarán con sus confusos balidos y el sencillo cántico de los pastores. Estos y los labradores, libres del azote de la guerra y de la miseria, gracias á tus cuidados, no se entregarán nunca al descanso del sueño sin pedir antes á los dioses con fervoroso afecto por la conservacion de su buen rey.

Asi habló la ninfa, y Numa arrebatado de gozo esclama: ¡O deidad tutelar! ¡O tú

á quien deberé mi felicidad y la de todo mi pueblo! ¿Será posible que el cruel decreto que me priva de tu presencia haya de ser irrevocable? ¿Tú que me llenas de beneficios y me manifiestas un interés tan tierno podrás privarme siempre del bien de conocer á mi bienhechora?

Numa, responde la voz, no intentes levantar el velo que me oculta: si lo hicieres, no volverás á verme. Pero sigue mis consejos; dedícate enteramente á la felicidad de tu pueblo, y yo te prometo y juro por el supremo Sér que el dia en que seas el mayor de los reyes verás y conocerás á Egeria.

Despues de haber dicho estas razones calló la voz, y no contestó á las preguntas y agradecimientos de Numa.

Impaciente el rey de Roma de aprovechar los consejos de la ninfa, vuelve á su palacio y los medita. Al siguiente dia se ocupa en formar el consejo con quien ha de consultar los puntos mas delicados de la administracion. Elije los patricios mas instruidos y virtuosos, y les agrega un número igual de plebeyos. Al manifestarle la clase de la nobleza la estrañeza que la causa verse mezclada con la plebe, responde el sábio Numa. Senadores, esta union con el pueblo que os sirve tanto en los combates,

es para mí de suma utilidad en el consejo. En él cuento ocuparme del pueblo mucho mas que de la nobleza, y asi necesito de la asistencia de los principales de aquel para que puedan informarme de sus urgencias, y defender sus derechos. Necesito que estos prudentes consejeros, criados lejos de la corte, me hablen con la franqueza y aun diré con la aspereza que no hallaria en boca de un senador cortesano. Quiero en fin, si mi amor propio ó los aduladores me engañan acerca de la suerte de mi pueblo, que estos honrados plebeyos me digan: no los creas, ó rey de Roma: nosotros conocemos una multitud de infelices.

Ayudado de este consejo, en que presidia el anciano Mecio, Numa se emplea ante todas cosas en buscar los medios de apagar el ódio que advierte entre romanos y sabinos, capaz de destruir por sí solo la pública felicidad. Para conseguir esto y confundir las dos naciones en una sola divide en tribus los habitantes de Roma. En el momento cada clase de estas, compuesta igualmente de romanos y sabinos, abandona el espíritu de partido, y solo conoce el amor de la patria. Numa, oponiendo de este modo el interes comun al orgullo nacional, consiguió en breve desterrar las facciones y bandos, formando un pueblo

unido entre sí de dos que hasta entonces se habian reputado como enemigos.

Inmediatamente levanta un templo á la Concordia (77), otro á la buena Fe (78), á la Clemencia (79) y á la Justicia (80). Ofrece cultos al dios Término (81) como á símbolo de la propiedad, y dedica un altar á la Benevolencia universal, la principal de las virtudes y fuente de todas las demas.

Abrasado del amor de su pueblo, cada dia se levantaba con el alba para descubrir las causas del mal ó meditar sobre algun útil establecimiento: trabajaba solo hasta la hora del consejo: en él sujetaba á las luces de sus amigos las ideas que su imaginacion y aun mas su corazon le habian suministrado, y las defendia ó apoyaba como un mero senador. Pero cuando las razones que le oponian no le parecian suficientes y fundadas, pasaba á decidir como monarca.

Sin preciarse de poseer el talento poco comun de buen administrador, tenia una máxima que pocas veces le engañaba; era ésta ponerse en la situacion de aquellos de quienes se ocupaba. Si hacia una ley relativa á los labradores, se imaginaba labrador y decia: ¿Qué pediria yo al soberano? Le pediria que me asegurase la propiedad, protegiese

mis tareas, y me defendiese del hombre rico y ambicioso. Para lograr estas ventajas es justo que yo dé una parte de los frutos adquiridos con mi sudor; pero debe quedarme lo suficiente para alimentarme con mis hijos y esposa, y para sembrar de nuevo mis tierras. Cuando Numa habia pensado asi formaba su ley, la publicaba, y los agricultores la recibian gustosos.

Si el consejo le proponia la guerra, se hacia dar una cuenta exacta de los gastos que ocasionaria, y los comparaba con las ventajas que podria producir: calculaba despues lo que se podria hacer con la misma suma abriendo canales, desaguando pantanos ó rompiendo los heriales incultos; comparaba estos bienes seguros con una victoria siempre dudosa, y con sola esta comparacion hacia desistir avergonzados á los que deseaban la guerra. Sin echarles en cara su error, solo añadia: no quiero hablaros de la sangre humana; su precio es muy superior á los mayores tesoros.

Despues del consejo daba audiencia pública, y cuidaba de hacer administrar auxilios á los desvalidos que recurrian á él: acabada su tarea comia frugalmente en compañía de algunos de sus consejeros: el corto resto del dia lo empleaba en un rato de paseo ó en recreo de la conversacion de

sus amigos, y al anochecer, habiendo ya cumplido con su pueblo y consigo mismo, iba á dar cuenta á Egeria de todo lo que habia hecho, y sacaba de sus lecciones y preceptos nuevas luces para el dia siguiente.





Ya es tiempo que conozcas á la ninfa Egeria.



Argumento

DEL LIBRO DUODÉCIMO.

Hersilia acompañada de varios reyes viene á poner sitio á Roma. Llegan Camila y Leonte á la ciudad con un prisionero. Espedicion nocturna de Leonte. Los marsos vienen al socorro de los romanos. Disposiciones para una batalla decisiva. Discurso de Numa; desarma á sus contrarios. Muerte de Hersilia. Paz general y clausura del templo de Jano. Numa vuelve á encontrar á Anais, y obtiene su mano.

Tantos cuidados y tareas para hacer felices á los romanos en nada aliviaban las penas de su rey. Numa ausente de la que amaba era el mas infelíz entre todos sus vasallos. Habia enviado á todos los pueblos de Italia á informarse de Zoroastres y Anais, y de ninguna parte habia logrado la menor noticia. El esforzado Leonte no volvia; el tiempo se pasaba, y el afligido Numa, solo en medio de un pueblo que le adoraba, lloraba su amante, echaba de menos á su fiel amigo, y temia la venganza de Hersilia.

No tardó mucho la implacable amazona en manifestar su furor. De improviso se ve por la parte del Lacio levantarse una densa nube de polvo: ésta se disipa y deja ver un bosque de picas y lanzas. Ya se oye un ruido sordo de gritos de hombres, relinchos de caballos, y el estrépito de las armas que se chocan, que va creciendo por instantes á la manera que los vientos impetuosos cuando rotas las cadenas que los detienen y precedidos de la tormenta y del estrago llegan arrancando los árboles y los peñascos.

Ya desde las altas murallas de Roma se distinguen millares de combatientes. Los primeros son los rútulos, cubiertos enteramente de hierro y armados de largas picas, cuyas aceradas puntas forman una erizada barrera delante de la primera fila: pegados unos á otros, y tocando los escudos con los escudos y los yelmos con los yelmos, sus penachos se parecen á las espigas de un campo. El magnánimo Turno los acaudilla. Turno, digno nieto del héroe rival de Eneas, marcha ufano á pelear con los descendientes de los troyanos. Enamorado de Hersilia se ha obligado con juramento á entregarla á Numa prisionero.

Despues de estos vienen los capuanos, débiles pero numerosos enemigos, guiados por el mismo rey que Leonte tomó

en Auxencio. Los volscos los siguen sin mas armas que sus arcos y aljavas: el valeroso Arisbeo es su caudillo, y su destreza es tanta que atadas dos palomas por los pies con una cinta las deja volar, y con su acerada flecha corta la cinta que las mantenia presas.

Los hirpinos armados de pesadas clavas y cubiertos de pieles de fieras se adelantan en confuso tropel agenos de todo órden militar. Vencidos en otro tiempo por Rómulo solo obtuvieron la paz permitiendo levantar en medio de su pais un castillo inespugnable en donde hay guarnicion romana. Ardiendo en deseos de vengar su ultrage han intentado en vano tomar la fortaleza, y ahora vienen á vengarse en Roma. Este pueblo feróz tiene un cabo todavía mas feróz: el terrible Aulón, descendiente de Caco, marcha á su frente. Este adora á Hersilia, y envidioso de la gloria de Leonte, que cree hallar en Roma al lado de Numa, ha prohibido á sus guerreros que ofendan á estos dos contrarios que reserva para triunfo de su brazo.

Los vestinos forman la retaguardia. Estos cubiertos de blancos paveses solo pelean desde lejos con sus hondas: sus negras corazas y erizadas barbas inspiran terror. El anciano Mésapo, padre de Camila, es

todavía su rey. Desde que ha perdido su hija, entregado enteramente á los hirpinos sus aliados, está dependiente de ellos, y sin interesarse á favor de Hersilia la sirve en una guerra que ella sola ha suscitado.

En medio de estas huestes se descubre la hija de Rómulo como un palmero entre humildes arbustos: cubierta la cabeza de un yelmo resplandeciente y ceñido con la sacra diadema blandea en la mano derecha dos agudos dardos y en la izquierda tiene aquel escudo don de Céres y prenda segura de la victoria, que Numa la habia entregado. Sentada sobre un carro magnífico tirado de cuatro caballos negros la soberbia amazona discurre por todas las filas, alaba y escita á los mas valientes, reprende y aníma á los remisos, y enseñando á todos con la mano las murallas de Roma, les dice: ved amigos mios, ved mi herencia y mi sólio que me ha sido quitado injustamente. Volvédmelo, y os restituiré todas las conquistas de mi padre. En cuanto á mi corazon y mi mano ya he dicho y vuelvo á jurar que serán el precio de la cabeza de Numa.

Dice, y el feróz Aulón se queja de que tan facil empresa tenga un premio tan alto. Turno se sonrie burlándose del orgullo del bárbaro; le mira con desprecio, y arroja á

la princesa una amorosa mirada, en tanto que el volsco Arisbeo, que ve con indiferencia la belleza de Hersilia, se aplaude de ser entre tantos el único que solo pelea por la gloria.

Este numeroso ejército se estiende en la llanura, se acerca á Roma, y sienta su campo no lejos de los muros. Toda la ciudad está consternada: por todas partes se ven llegar en confuso tropel los habitantes de las aldeas que vienen con sus familias á librarse del furor enemigo: los templos se llenan de mugeres: los inocentes niños levantan las manos al cielo dando lamentables gemidos. Busca el ciudadano presuroso armas para su defensa, y el soldado teme no le basten las que tiene. Atemorizado todo el pueblo á vista de tantos contrarios, solo en su rey confia.

Numa, que todo lo habia previsto, se manifiesta mas tranquilo á medida que el riesgo se acerca: tiene víveres, armas, valientes y numerosas tropas. Cuidadoso y próvido no quiere cansarlas con inútiles guardias; reparte el trabajo, las mantiene con todas sus fuerzas, y disipa el terror que sobrecoge á todos. Satisfecho de las providencias que ha tomado, solo se queja de la ausencia de Leonte, y de que los enemigos le cierran el paso del bosque de Egeria.

Precisado á buscar recursos y consejos en sí mismo, pensaba una noche de qué medios podria servirse para sembrar la discordia entre sus numerosos contrarios cuando le avisaron que tres guerreros se habian presentado á las puertas de Roma, y quieren hablarle. Al punto manda que lleguen, y no bien los ha visto cuando conociendo á Leonte se arroja en sus brazos dando un grito de alegría. ¡O hermano querido, esclama, en fin vuelvo á verte! ¿Dime, la encontraste? ¿Será posible que mi llanto haya de durar toda mi vida?

Vanas han sido mis pesquisas, le respondió Leonte dándole un estrecho abrazo: he recorrido toda la parte meridional de la Italia; nadie sabe de Anais y Zoroastres. Pero he sabido el riesgo que te amenazaba; he visto juntarse los pueblos para sitiarte en Roma, y he volado á tu defensa. La esperanza de grangearte unos poderosos aliados me ha dado atrevimiento para presentarme entre los marsos, y los he convocado.

Ciudadanos, les he dicho, vosotros me habeis desterrado; pero el deseo de ser útil me hace atropellar el riesgo de presentarme aqui contra vuestra voluntad. O sois amigos ó enemigos de los romanos: ésta es la ocasion de destruirlos, ó de hacerlos

para siempre vuestros finos aliados. La hija de Rómulo, de aquel injusto agresor que vino á insultarnos en nuestros mismos hogares convoca y junta toda la Italia contra Roma, y contra aquel justo Numa que fue el primero que solicitó por vosotros una paz útil y honrosa. Uniendoos á la hija de Rómulo quebrantais un tratado solemne, faltais á la gratitud y al honor, pero quizás hareis una guerra ventajosa. Quizás tambien os seria mas útil el manteneros generosos y socorrer á Numa. Este monarca, salvo por vosotros, os volverá el pais de los auruncos; os dará el derecho de ciudadanos romanos, y en todo os mirará como hermanos. Aquel que visteis justo y piadoso cuando erais sus enemigos, ¿qué no hará por sus libertadores? Marsos, en esta ocasion mas que nunca el partido mas honrado es el mas útil. Elegid no obstante: unios á una multitud de bárbaros conducidos por la hija de vuestro cruel enemigo, ya manchada con los mayores delitos, y que ahora desenvaina el sacrílego acero contra su misma patria, ó bien volad á socorrer al mas justo y mejor de los reyes, á un héroe que fue mi vencedor, y que defendió vuestros derechos en el tratado que todavia subsiste.

No bien hube acabado cuando un gri-

to universal esclamó: marchemos á socorrer á Numa, y sea Leonte nuestro caudillo.

Eso no, les respondí, pueblo sensible, pero inconstante que me amas y me desterraste: no puedo ser vuestro general. Este cargo pertenece á un marso: desde que Numa es rey de Roma Leonte es tambien romano. Pero cuando la proteccion de los dioses me hizo romper el álamo, prueba á la cual señalasteis el mando, tuve cuatro concurrentes que sin duda alguna me escedian en valor ó en prudencia. Dos de estos, Liger y Pentheo, perecieron en los combates; Aulón manda á los hirpinos; el anciano Sofanór ya no existe; pero os queda todavia el valiente Astór, el amable discípulo de Apolo. Astór se ha distinguido desde su infancia con mil acciones gloriosas: veo que sus pocos años os hacen dudar, pero si sus prendas son superiores á ellos, la juventud es un nuevo mérito. ¡O marsos! Nombrad por vuestro caudillo á Astór; Apolo su maestro guiará él mismo vuestras huestes. Por lo que á mí toca, mi impaciencia no me permite esperar la salida de vuestras tropas; marcho á Roma para anunciar á Numa que los marsos son todavia el mas generoso de los pueblos.

Mil voces de júbilo y aplauso me res-

pondieron: el jóven Astór se arrojó en mis brazos; yo le presenté á los marsos, y levanté el pavés sobre el cual fue proclamado. Seguro de que el nuevo general vendrá volando á socorrerte he apresurado mi marcha para llegar antes que él, y para disputar aun á los mismos sabinos el placer de esponer mi vida en tu defensa.

Dijo Leonte, y Numa vuelve á abrazarle; no puede desprenderse de sus brazos; pero entonces la hermosa Camila se quita el yelmo, y acercándose al rey se queja de no ser conocida. Numa esclama de gozo, la toma de la mano, llora de alegría, y sus ojos rebosando alegría andan errantes entre Camila y Leonte: entonces su amigo hace adelantar y le presenta un jóven guerrero venido con ellos; éste se arrodilla á los pies de Numa, y le presenta su espada.

Sorprendido el rey le mira atentamente: bien conoce aquel rostro, pero no se acuerda dónde le ha visto. ¿Te has olvidado, le dice entonces Leonte, del jóven Capis, hijo del rey de Capua, que dejó el mando del ejército de su padre para ser centurion en el de Rómulo, y que despues fue dado en rehenes á los marsos? Su padre no ha cumplido lo pactado; los marsos te lo envian como prisionero.

Y yo, respondió Numa abrazando al príncipe, le recibo como un amigo que aprecio, aunque su padre se ha unido con los otros reyes que han venido á sitiarme en mi capital.

Entonces Leonte se hace informar del número y gente de los aliados, y ya instruido aguarda con impaciencia el dia siguiente para hacer algun hecho de los suyos. Pero Numa baja la cabeza y suspira, recordándole que Hersilia es dueña del celestial escudo que asegura la victoria á su poseedor: en tanto que el escudo esté en sus manos no quiere Numa arriesgarse al trance de una batalla. Leonte aprueba su prudencia, y corta un razonamiento que llena de rubor á su amigo. El rey condujo á Camila y su esposo á la mejor estancia de su palacio, encargó el cuidado de Capis á sus oficiales, y lleno de gozo y consuelo fue á entregarse al descanso del sueño.

En aquel mismo instante la amistad inspiraba á Leonte el proyecto mas atrevido, pero se le oculta á Camila temiendo que ésta quiera acompañarle en el riesgo. Luego que la ve dormida se levanta; vuelve á cubrirse de la piel guedejuda, ase de su clava, sale con el mayor silencio, y vuela ácia la puerta de la ciudad que estaba inmediata: se nombra, y las guardias llenas

de respeto le abren. Ya solo en el campo mira á todas partes y descubre los reales del enemigo y los fuegos casi apagados de las guardias abanzadas: examina por qué parte podrá acercarse sin ser descubierto, pero la luna que brilla en su plenitud esparce una claridad nociva: Leonte se arrodilla delante del astro de la noche, y esclama:

¡O Febe! oye mis ruegos y dígnate moderar tu resplandor. No favorecerás un culpable designio: no te lo ruega un amante temerario que quiere sorprender el objeto de su pasion, ni tampoco un guerrero conducido del amor á la gloria. No, casta diosa, un afecto mas puro me anima; la santa y pura amistad guia mis pasos. Quiero recobrar el bien de un amigo: voy á reparar el yerro que el amor le hizo cometer. Tú haces gloria de ser enemiga de esta deidad cruel; mi causa es la tuya: ¡ó diosa, préstame tu amparo!

Apenas acabó su oracion cuando la luna envolviéndose entre unas pardas nubes ocultó su plateado disco. Animado con este presagio camina el héroe con intrepidéz ácia el campo. Llega á las primeras guardias, que al ver su estatura, su piel y clava le juzgan hirpino: Leonte sabe el idioma de éstos, y pasa libremente. Pene-

tra hasta el centro de los reales, en donde los soldados rendidos al sueño y vino dormian tendidos confusamente entre sus armas y carros: facil era dar muerte á muchos; pero no se defendian, y tal accion era imposible en el magnánimo Leonte.

Tranquilo el héroe no esperimenta ni furor ni miedo. Conoce á Aulón tendido en tierra y apoyada la cabeza sobre su escudo; á su lado tenia la segúr formidable. Un sueño funesto le agita, su lengua pronunciaba mal formados los nombres de Leonte y Numa acompañados de dicterios y maldiciones. Un impulso involuntario hace que el héroe levante la clava; pero bajándola al instante se contenta con llevarse el hacha del feróz Aulón.

Descubre finalmente la tienda de Hersilia tan mal guardada por sus defensores, y entra en ella con intrépido sosiego. La hija de Rómulo estaba entregada á un sueño profundo. Mas ocupado del escudo que en contemplar la belleza de Hersilia, Leonte le busca por todas partes, pero la obscuridad se le òculta. De repente sale la luna de entre las nubes y sus trémulos rayos se reflejan en el oro bruñido del escudo. Al punto se apodera Leonte de él. Dueño ya de tan preciosa alhaja, y cargado de la segúr de Aulón, vuelve por

donde ha venido; atraviesa segunda vez el campo, y sale libre de las últimas guardias sin hallar obstáculo que se le oponga.

Ya estaba seguro y distante del enemigo, y daba gracias á Diana, á la noche y á todos los inmortales cuando oye detrás de sí voces confusas y ruido de armas. Ya comenzaba á rayar el crepúsculo de la mañana. Vuelve Leonte la cabeza al ruido y ve una muger armada de un arco huyendo de una partida de rútulos que la persiguen, y de los cuales se defiende encarándoles sus flechas.

El corazon de Leonte adivina que es Camila aun antes que sus ojos la hayan conocido. La llama, corre y la alcanza: la entrega el escudo, y se abalanza contra los rútulos esgrimiendo con la derecha la clava y con la izquierda la segúr de Aulón; puestos en fuga vuelve á su dulce esposa, la tranquiliza y conforta, conduciéndola ácia las murallas de Roma, y revuelve contra los que le persiguen: asi el sangriento y cerdoso javalí, perseguido de la trailla de animosos perros, huye; pero huyendo vuelve á castigar al temerario que de mas cerca le persigue.

Los rútulos escarmentados llaman á sus compañeros: se despierta el campo; todos se arman y salen por todas partes. Un grue-

so de hirpinos va á cercar á Leonte, en tanto que un destacamento de volscos intenta cortarle el camino de Roma. Leonte se detiene; siempre al lado de su Camila, que á su pesar le cubre con el celestial escudo, y rechazando á un tiempo á los rútulos é hirpinos, de improviso muda de camino, y se acoje á la orilla del Tiber. Los contrarios, que ya le cuentan preso, prorumpen en gritos de alegría: forman un medio círculo, y le estrechan entre el rio y sus lanzas; se acercan poco á poco.... pero á este tiempo Leonte desde la orilla misma arroja con brazo robusto su clava y la segúr á la opuesta ribera; toma en brazos á Camila, y arrojando una mirada de desprecio á sus contrarios atónitos se arroja al agua, y á pesar de la corriente y de los dardos de los volscos llega ileso con su dulce carga á la orilla opuesta; recoje sus armas, y continúa seguro su camino ácia Roma.

Apenas se ve fuera del riesgo cuando aquel héroe tan osado se transforma en el amante mas tierno. Perdóname, adorada Camila, la dice, perdóname el haber podido ocultarte mi designio: bien castigado me deja tu amor. Yo espuse sin tu consentimiento mi vida que es tuya, y tú me has hecho temblar por la tuya; mira si he

pagado bastantemente mi culpa. ¡Ingrato! le responde ella; ¿cómo has podido pensar que yo esperaria tu regreso? ¿Creias que me contentaria con derramar lágrimas? Unos soldados menos crueles que tú me indicaron el camino que habias seguido, y me abrieron la misma puerta por donde saliste: sola y cerca del campo enemigo no he tenido mas temor que el de no hallarte.

Estas eran las quejas que se daban mútuamente los fieles consortes: el peligro en que acababan de verse aumenta, si es posible, el afecto que los une. La conquista del celestial escudo añade nuevo mérito á su felicidad: ya iba el sol á descubrirse sobre el horizonte cuando entraron en Roma, y juntos van á esperar que el rey despierte para presentarle el precioso don de Céres.

¡Qué grande fue el gozo de Numa! Abraza mil veces á Leonte y se arroja á los pies de Camila, diciéndoles: ¿cómo os podré pagar lo que os debo? ¡Me conservais la corona y me volveis el honor! Mi trono es vuestro asi como ya lo era mi corazon: reinad en Roma como reinais en Numa.

Al punto hace juntar el pueblo para enseñarle el escudo de Céres, referirle la gloriosa accion de Leonte, y declararle ge-

neral de las legiones romanas. En el instante en que las aclamaciones del pueblo confirman tan digna eleccion las centinelas del muro anuncian la llegada de los marsos.

El jóven Astór engañando la vigilancia del enemigo ha subido por la corriente del Tiber, le ha pasado cerca de su orígen, y con una marcha bien combinada llega bajo las murallas de Roma por la parte de Etruria, y la única de que los sitiadores no son dueños.

Numa hace abrir las puertas, y sale al encuentro de sus aliados. Astór al frente de diez mil guerreros entra en la ciudad, y luego que ve al rey se adelanta y le jura obediencia y amistad: Numa le estrecha en sus brazos, el pueblo da gritos de júbilo, y en tanto que su rey conduce á Astór á su palacio cada ciudadano toma de la mano á un marso y lo lleva á su casa deseoso de agasajarle como á su hermano y defensor.

Entre tanto Hersilia y Aulón, desesperados al ver los marsos de la otra parte del Tiber entrar en Roma sin oposicion, y avergonzados de que uno solo haya podido quitarles á la una el escudo y al otro la segúr, resuelven por último recurso dar el asalto, y corren por todo el campo gri-

tando: á las armas, á las armas. Volscos, campanios, hirpinos, rútulos y vestinos, todos obedecen, y se preparan al ataque: salen las tropas del campo, se forman, y llevando escaleras de mano se adelantan ácia los muros, precedidos de las máquinas de guerra.

Numa, aunque instruido de esta novedad, no se asusta al ver el riesgo inmediato. Con la misma serenidad en el instante de un combate como cuando ofrece un sacrificio manda á Leonte y al general marso que salgan con sus tropas fuera de la ciudad. Ordena que el príncipe de Capua esté en medio de los batallones aliados, y que la hermosa Camila se oculte en el centro de las legiones: encarga á los dos gefes que no permitan arrojar ni una sola flecha: y él, adornado de la púrpura y demas insignias reales, toma en las manos el cetro y un ramo de olivo, y precedido de sus lictores se adelanta al encuentro de sus contrarios.

Sorprendidos estos con tan nuevo espectáculo se paran formados en batalla, y esperan que lleguen los romanos: éstos se detienen á tiro de dardo, y forman un frente casi igual al de sus adversarios. Ya de una y otra parte estan los arcos tendidos y desnudos los aceros: Tisífone (82) agita

sus serpientes en el espacio que dejan, y aguarda la señal del combate con impaciencia. Pero el rey de Roma se adelanta levantando el ramo de olivo: sus heraldos piden que se oiga á Numa: mil bocas repiten estas palabras, y á pesar de los esfuerzos de Hersilia y Aulón el rey de los vestinos, el de Capua y los gefes de los volscos y rútulos se acercan al monarca romano. Aulón se ve en la precision de acompañarlos, y la misma Hersilia se adelanta llena de enojo y despecho á oir lo que Numa quiere proponer.

Entonces tomando el rey la palabra les dice con modesta entereza lo siguiente: príncipes y héroes que me escuchais: ¿por qué me declarais la guerra? ¿Acaso he talado vuestros campos? ¿He cautivado vuestras mugeres ó hijas? ¿He faltado á los tratados? ¿Qué quereis, qué me pedís?

Que bajes de un trono usurpado, le dice Aulón; que restituyas á la hija de Rómulo la herencia paterna; por ella hemos tomado las armas; venimos á restablecerla y á vengarla. Aulón, respondió Numa, esta diadema que quieres arrancar de mis sienes no fue ni pedida ni deseada por mi parte: harto siento haberla admitido; pero hablaron los dioses, y tuve que obedecer: este pueblo me nombró por su rey; no era

otro el derecho que Rómulo tenia. En Roma el trono es de aquel que el pueblo elije; es hereditario entre los sabinos que hoy dia forman la mitad del pueblo romano. Por varios delitos y atentados que escuso recordaros me hallo el último y único de los príncipes sabinos; por tanto la voluntad de los dioses, los votos de la nacion, mi sangre y las leyes me llaman al trono. Pero vosotros, sin atender á mi razon, venis a sitiarme sin haberme siquiera declarado la guerra: lejos de quejarme os doy gracias por ello; habeis puesto de mi parte la justicia, y me asegurais la proteccion de los dioses.

¡O reyes de Italia! Yo os estimo: pende de vosotros que os ame; pero nunca os temeré. Mirad este ejército de invencibles romanos, tan numeroso como todos los vuestros juntos: ved los esforzados marsos que acudiendo á mi socorro han engañado vuestra vigilancia, y conocereis que puedo oponer la fuerza á la fuerza. Puedo perder varias batallas y deteneros no obstante delante de mis murallas: si vosotros sois vencidos una sola vez ya no os queda ningun recurso. Ni penseis que los marsos son los únicos que me auxilien: en breve vereis llegar los etruscos, los apulios y los ligures. Invadidos al mismo tiempo por

tantos contrarios no podreis resistir, y perecereis todos. Solo se dará cuartel á los vestinos: en todos tiempos los marsos y los vestinos fueron hermanos; yo los miro como aliados, y juro delante de todos que nunca los trataré como á enemigos.

Al oir estas últimas razones, Aulón, Turno y Arisbeo miran al anciano rey de los vestinos: en sus rostros se advierte la desconfianza que ocupa sus ánimos. Numa, que ha conseguido introducir entre ellos la division, prosigue:

Mas con todo, yo seria el primero que llorase una victoria que ocasionaria la ruina de tantas naciones; mis lágrimas regarian los funestos laureles teñidos con vuestra sangre. Reyes y compañeros mios, solo deseo la paz, y sin haber sido vencido, al contrario, casi con la seguridad de venceros, os la propongo, y ventajosa. A vosotros, hirpinos, os entrego la fortaleza que Rómulo levantó en medio de vuestro pais: fue una injusticia, y me glorío de repararla. A vosotros rútulos y volscos os ofrezco mi alianza y el derecho de ciudadanos romanos. A ti, rey de Capua, que tan breve has olvidado tu ultima guerra con los marsos, quiero entregarte tu hijo que han puesto en mi poder tus adversarios: finalmente quiero tambien volver al rey de los ves-

tinos su querida hija Camila, que tanto tiempo há juzga sepultada en el mar. Camila, Capis, llegad y abrazad á vuestros padres.

Ambos al oir estas palabras se arrojan en los brazos de sus padres. Apenas pueden los dos ancianos creer lo que sus ojos miran: lloran de alegría, y no se hartan de estrechar en sus brazos las dulces prendas tanto tiempo lloradas por perdidas, y que no esperaban volver á ver.

Pelead ahora contra mí, les dice Numa: mi causa era justa, he querido que lo fuese mas. Antes solo erais agresores, ahora os obligo á ser ingratos. ¿A qué aguardais? pelead contra mí si podeis.

Los dos reyes por respuesta se arrojan á sus pies y abrazan sus rodillas. El valiente Turno y el prudente Arisbeo le alargan las manos gritando: ¡la paz! Todas las tropas repiten: ¡la paz, la paz!

Solamente Aulón quiere hablar y oponerse; pero Leonte se precipita ácia él, y le dice: si la sed de sangre te devora, aqui me tienes: toma tu hacha que te quité en tanto que dormias. Aterrado y sobrecojido Aulón de esta accion y del ascendiente del magnánimo Leonte le mira y calla. Resuélvete, le dice el héroe: mi corazon se estremece con solo la idea de tener que

manchar mis manos con la sangre de un marso. O renuncia tu patria, ó admite mi amistad. Ya he resuelto, responde Aulón arrojándose entre sus brazos.

Desde aquel instante cesa todo obstáculo á la paz; por todas partes se oyen gritos de alegría; las tropas de una y otra parte se mezclan y dan la enhorabuena, cuando la orgullosa Hersilia, que hasta entonces confiaba en Aulón, enagenada de la rabia y del furor, arrojando vivo fuego por los ojos y cubierta de una mortal palidéz, esclama: cobardes, ingratos y pérfidos amigos, que cediendo á vanas razones vendeis vilmente la causa de los reyes, no espereis, no, que Hersilia sea cómplice en vuestra infamia. Y tú Numa, tú á quien aborrezco tanto como te amé en otro tiempo (no puedo encarecerlo mas) recibe mi funesta despedida: ¡ó, quiera el amor hacerte padecer todos los tormentos que me has causado! ¡Ojalá llores sobre el trono el pesar de no poder colocar en él al indigno objeto que has preferido á mí! ¡Permitan los justos dioses que ese pueblo romano que te ha hecho rey sea el enemigo mas terrible del nombre de rey; que los persiga por toda la tierra despues de haber desterrado de sus muros con ignominia á ti y á tus indignos sucesores, y per-

mitan finalmente que las feroces é impías Eumenides (83) te persigan sin cesar, presentándote por todas partes el cadáver de Tacia espirante á impulsos de mis tósigos, y sobre todo el de Hersilia moribunda del golpe que tu brazo inhumano conduce! Diciendo asi se arroja sobre su espada, y cae atravesado el corazon y revolcándose en su sangre. Corren á socorrerla, pero habia espirado, y con todo se advierten en su yerto semblante las señales del furor con que dió fin á sus dias.

Numa la compadece: da órden para que se le hagan las exéquias y honores propios de su clase, y en tanto que se prepara la pira el rey de Roma sacrifica víctimas, jura la paz bajo las condiciones que ofreció, y vuelve á la ciudad rodeado de los reyes y caudillos que ha vencido por su justicia.

Ante todas cosas Numa los conduce al capitolio, y todos ofrecen un sacrificio á Jove. Alli les propone el establecimiento de una liga que asegure para siempre la paz y la libertad de la Italia: todos se convienen, y respetando la virtud de Numa, quieren que él solo sea el árbitro de las condiciones. El entonces examina los derechos de cada uno, compensa los perjuicios, cede de su derecho mas que otro

alguno, y de este modo forma un tratado de paz que todos firman con gusto. Los nuevos aliados del rey de Roma se disponen á marchar cargados de presentes seguros de su fé, y penetrados de la mas tierna veneracion á sus virtudes.

El monarca de Capua vuelve á sus estados con su hijo, el cual habia adquirido entre los marsos las virtudes de los héroes. No puede el rey de los vestinos obligar á su hija á que le siga á Cingilia. Camila ha renunciado al trono, y quiere quedar en Roma con su esposo y con Numa: aprueba el rey su eleccion, y la felicidad de que goza hace tambien la del anciano. Los volscos, los hirpinos y rútulos, satisfechos de las injusticias que Rómulo les habia hecho, vuelven á sus hogares bendiciendo el nombre y las virtudes de Numa. Los marsos cargados de dones y reintegrados en la posesion del pais de los auxencios vuelven á Marrubia: Astór se aparta con sentimiento de su virtuoso aliado, y finalmente el pueblo romano que ve concluida la guerra sin que cueste una gota de sangre á un ciudadano bendice y adora á su rey.

El sábio Numa, que acaba de asegurar la paz de la Italia, se apresura á cerrar solemnemente el templo de Jano. Siem-

pre estuvo abierto en el reinado de Rómulo: gimen las puertas de bronce sobre los goznes mohecidos, pero ningun esfuerzo basta para que se cierren del todo.

Numa se arrodilla ante la deidad: ó Jano, esclama, tú que reinaste en la Italia por la justicia y la paz, favorece mis designios pacíficos: cierra este templo terrible: nuestros corazones serán el asilo en que te adoraremos de hoy en adelante. Tambien te ofreceré un nuevo culto: hasta ahora nuestro año ha principiado por el mes consagrado á Marte. Desde ahora reformo este año mal medido por varias causas: le añado dos meses, y el primero de todos será el mes de Jano; justo es que el dios de la guerra ceda la preferencia al de la paz.

Apenas hubo dicho, cuando las puertas del templo rodando por sí mismas sobre sus goznes se cierran con un ruido espantoso.

Numa consagra despues el escudo de oro que asegura para siempre á los romanos la victoria contra los demás pueblos, y establece para su custodia unos sacerdotes llamados Salientes (84).

Despues de estos piadosos cuidados se dispone á volver al bosque de Egeria, y lleva consigo á Camila y Leonte: pero el

temor de disgustar á la ninfa le obliga á dejar sus dulces amigos á alguna distancia de la fuente.

Apenas llega cuando invoca á Egeria: se queja del largo tiempo que ha pasado sin haberla podido oir, y la da cuenta de todo lo que ha hecho. ¿Estás contenta? añadió al fin con modestia y timidéz. Sí, le responde la voz; lo estoy, y desde ahora te reputo por el mayor de los reyes. Has cumplido mis esperanzas, ahora me toca á mí desempeñar mi promesa: *ya es tiempo que conozcas á Egeria.*

Diciendo asi sale del bosque, y Numa conoce á Anais. La sorpresa y admiracion le dejan inmóvil: fija la vista y con la boca abierta queda con los brazos estendidos. De repente prorumpiendo en sollozos se arroja á los pies de Anais; hace vanos esfuerzos por hablar, y solo puede esplicarse con el llanto que derrama.

Levanta, le dice Anais; no soy la ninfa Egeria: soy mortal, y los honores debidos á una deidad me serian menos gratos que el título de tu amiga: me habias contado el sueño que tuviste en la fuente de Pan, y la esperanza que conservabas de recibir algun dia las lecciones de Egeria: mi padre resolvió realizar tus esperanzas. Precisados á separarnos de ti para

que consintieses en ser el bienhechor de tu pueblo, vinimos á ocultarnos en esta selva con la firme esperanza de que no tardarias en visitarla. Todos nuestros proyectos han sucedido bien. He hablado con el nombre de Egeria; te he dado los consejos que me dictaba la sábia esperiencia de mi padre. Este error útil á tu gloria ha sido dulce á mi corazon. Yo te veia por entre las ramas en tanto que tu creias hablar con Egeria, y mas felíz que tú, me hallaba á tu lado al tiempo mismo que tú suspirabas por Anais.

Numa la escuchaba enagenado de gozo. A este tiempo ve llegar á Zoroastres y se arroja en sus brazos; le estrecha mil veces en los suyos; pero al punto se aparta, y corre á buscar á Leonte y Camila. Aqui está, les dice luego que los ve, aqui está; corred, vuestro padre y Anais os esperan.

Leonte, aunque apenas creia sus razones, se apresura á llegar. Zoroastres le recibe en sus brazos diciendo: ya volvemos á juntarnos, hijo amado, y solo la muerte nos separará. Leonte le responde con sus lágrimas: la amable Camila abraza á Anais; el gozo, el amor y la amistad reinan en el corazon del tierno padre y de los cuatro amantes.

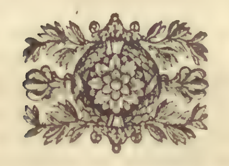
Despues de un rato concedido á los primeros rebatos Zoroastres les dice: aqui hemos vivido ocultos, y aqui acabaremos nuestros dias. Numa, te doy por esposa á Anais; pero conviene que nunca sepan los romanos el vínculo que os une; jamás entrará Anais en Roma. Cada dia, con pretesto de consultar á tu ninfa, vendrás á ver á tu esposa, y la recompensa de tus buenas obras será el gusto de contarnoslas. De este modo mi hija se mantendrá fiel á su religion, el misterio añadirá nuevas dulzuras á vuestra union, y Zoroastres felíz por vuestro contento pasará en paz entre vosotros los pocos dias que le permita vivir el grande Orómazo. ¿ Apruebas mi designio?

La respuesta de Numa fue arrojarse á los pies del anciano.

Al dia siguiente se celebró en la cabaña el himeneo de Numa y Anais sin pompa ni mas testigos que Zoroastres, Camila y Leonte. El venturoso Numa vino cada dia á la cabaña. La virtuosa Anais y su padre le inspiraron cada vez mas el deseo y los medios de ser el mas justo y mejor de los reyes.

Zoroastres llegó en su compañía á una edad muy abanzada. Leonte, general de los romanos, se estableció en Roma con

su esposa, y tomó de ella el sobrenombre de Camilo. Este fue el tronco de aquella familia de héroes, de los cuales el mas famoso libró á Roma de los galos. Numa, siempre amante de Anais é igualmente adorado de su esposa, reinó cuarenta y cinco años. En todo este largo tiempo nunca se vieron en el territorio de Roma huestes enemigas; nunca se abrió el templo de Jano, y en todos los estados de Numa no hubo un solo hombre infelíz por la opresion ó por culpa de las leyes.





NOTAS.

(1) Céres, hija de Saturno y de Cibeles, y diosa de la agricultura, la cual enseñó á los hombres en los largos viages que hizo con Baco. Esta diosa tenia muchos y famosos templos: regularmente la ofrecian las primicias de todos los frutos, y costaba la vida á aquellos que se atrevian á turbar ó divulgar sus misterios, los que se celebraban en Eleusis, ciudad del Atica, con mas pompa y exactitud que en ningun otro parage del mundo. La representan con una hoz pequeña en la mano y un puñado de espigas y amapolas en la otra, con corona de lo mismo en la cabeza, y toda cubierta de pechos llenos de leche.

(2) Júpiter, hijo de Saturno y de Rhea, á quien se consideraba como el principal de los dioses y dueño absoluto de todo, por lo que le representaban siempre armado con el rayo y una águila á sus pies, ave que él tenia bajo su proteccion. Le estaba consagrada la encina porque á ejemplo de Saturno enseñó á los hombres á alimentarse de bellotas. Erigiéronle templos magníficos en todo el mundo, y le dieron varios renombres segun los parages donde tenia altares. Los egipcios le llama-

ban Júpiter Amon, pero su principal renombre era olímpico, porque se discurria habitaba con toda su corte en el monte Olimpo.

(3) Heraclidas. Asi se llamaba á todos los descendientes de Hércules.

(4) Conso. Dios de los consejos. Se cree es el mismo que Neptuno. En su honra se celebraban, y particularmente por los espectadores del circo unas fiestas llamadas consuales.

(5) Ilithia. Diosa que presidia á los partos, y es lo mismo que Lucina.

(6) Júpiter Stator. Bajo este nombre adoraban á Júpiter para alcanzar el pelear á pie firme, ó hacer volver á los fugitivos al combate

(7) Jove. v. Júpiter.

(8) Sol. Los gentiles contaban cinco Soles: uno hijo de Júpiter, otro de Hiperion, el tercero de Vulcano llamado Opas, el cuarto tenia por madre á Acanto, y el quinto era padre de Eeta y de Circe.

(9) Tierra. Muger del cielo. La representaban en figura de una muger toda cubierta de pechos. Es la misma que Cibeles.

(10) Pan. Hijo de Demorgogon, dios de los campos, de toda especie de ganados, y mas particularmente de los pastores. Persiguió á la ninfa Sirinx hasta el rio Ladon, donde fue convertida en caña que el dios cortó, y de ella hizo la primera flauta. Pan es voz griega que significa *todo*; de manera que bajo este nombre se adoraba á toda la naturaleza.

(11) Parcas. Las Parcas eran tres, hijas

del infierno y de la noche. Se llamaban *Cloto*, *Laquesis* y *Atropos*, y de ellas pendia el hilo de la vida de los hombres. *Cloto*, que tenia la rueca, formaba el hilo; *Laquesis*, que tenia el huso, torcia, y cuando *Atropos*, que tenia unas tijeras, cortaba, cesaba de existir aquel cuya vida pendia del hilo que ella dividia. Segun la calidad de la seda que empleaban en su obra eran mas ó menos felices los dias, por lo que no solo las dirijian votos para conseguir una larga vida, sino tambien para que ésta fuese felíz.

(12) Perseo, hijo de Júpiter y de Danae. Habiendo dicho el oráculo á Acrises, su abuelo, que pereceria á manos de su nieto, mandó encerrar á su hija única en una torre de bronce, resuelto á no dejarla casar jamas; pero habiendo bajado Júpiter á la torre transformado en lluvia de oro, y sabedor Acrises de que Danae estaba en cinta, la hizo esponer á los peligros del mar, de los que se libró, y fue á refugiarse á casa de Polidato, donde cuidaron de ella y de su hijo Perseo. Cuando éste llegó á la edad varonil consiguió el escudo de Minerva, con cuyo auxilio hizo muchas y grandes hazañas, siendo las mas famosas cortar la cabeza á Medusa, de cuya sangre nació el Pegaso, y librar á Andromeda de un monstruo, al cual estaba espuesta para que la devorase, convirtiéndole en peñasco con solo enseñarle la cabeza de Medusa. A su vuelta mató á Acrises porque queria impedirle el paso; pero luego que supo era su abuelo lo sintió tanto, que Jú-

piter para consolarle le subió al cielo, y puso en el número de las constelaciones.

(13) Hércules, hijo de Júpiter y de Alcmena. Se le representa en figura de un hombre vigoroso, cubierto con la piel de un leon, y armado de una gruesa maza.

(14) Destino. Deidad alegórica que dicen nació del Caos. Le representan con el globo terrestre á los pies, y en las manos una urna en la que se creia estaba la suerte de los hombres. Los antiguos creian que sus sentencias eran irrevocables, y tan grande su poder, que todos los demas dioses le estaban subordinados.

(15) Minerva, por otro nombre *Palas*, diosa de la sabiduría, de la guerra y de las artes, é hija de Júpiter, de cuyo cerebro salió armada de punta en blanco. La representan con morrion en la cabeza, embrazado el escudo, y con una lanza como diosa de la guerra; y como inventora de las artes con un mochuelo á los pies y diversos instrumentos de matemáticas.

(16) Astrea, hija de Júpiter y de Temis, la cual dejó el cielo para venir durante la edad de oro á habitar en la tierra; pero habiéndola echado de ella los delitos de los hombres se volvió al cielo y se colocó en aquella parte del Zodiaco llamada el signo de Virgo.

(17) Egeria. Ninfa de singular hermosura á quien Diana mudó en fuente: los romanos la adoraban como diosa, y las mugeres principalmente para parir con felicidad. Numa,

deseando dar mayor autoridad á sus leyes, fingió que tenia conversaciones secretas con ella.

(18) Lares. Dioses domésticos y particulares á cada casa y familia. Colocaban sus estatuas cerca de los hogares donde les rendian un culto muy religioso. Tambien habia *Lares* públicos, que presidian á los caminos y á las encrucijadas. Comunmente los representaban con la figura de un perrito, y les sacrificaban puercos.

(19) Etna. Monte en Sicilia, famoso por su volcan y por los cíclopes que habitaban en él. Los poetas fingieron que las fraguas de Vulcano estaban en él, y que continuamente los cíclopes trabajaban alli los rayos de Júpiter.

(20) Cíclopes. Herreros de Vulcano, los cuales forjaban los rayos de Júpiter en el monte Etna, en las fraguas de Lemnos y otras partes: no tenian mas que un ojo en medio de la frente.

(21) Palas. v. Minerva.

(22) Juno. Diosa de los reinos, reina de los dioses, muger de Júpiter é hija de Saturno y de Rhea. Era sumamente altiva, y nunca perdonó á Paris el no haberla adjudicado la manzana de oro en el monte Ida cuando disputó sobre la hermosura con Palas y Venus, desde cuyo tiempo se declaró enemiga irreconciliable de los troyanos y estendió su venganza hasta Eneas, pues hallándose embarcado para ir á establecerse á Italia fue en busca de Eolo, y le ofreció por esposa á Deyopeya,

piter para consolarle le subió al cielo, y puso en el número de las constelaciones.

(13) Hércules, hijo de Júpiter y de Alcmena. Se le representa en figura de un hombre vigoroso, cubierto con la piel de un leon, y armado de una gruesa maza.

(14) Destino. Deidad alegórica que dicen nació del Caos. Le representan con el globo terrestre á los pies, y en las manos una urna en la que se creia estaba la suerte de los hombres. Los antiguos creian que sus sentencias eran irrevocables, y tan grande su poder, que todos los demas dioses le estaban subordinados.

(15) Minerva, por otro nombre *Palas*, diosa de la sabiduría, de la guerra y de las artes, é hija de Júpiter, de cuyo cerebro salió armada de punta en blanco. La representan con morrion en la cabeza, embrazado el escudo, y con una lanza como diosa de la guerra; y como inventora de las artes con un mochuelo á los pies y diversos instrumentos de matemáticas.

(16) Astrea, hija de Júpiter y de Temis, la cual dejó el cielo para venir durante la edad de oro á habitar en la tierra; pero habiéndola echado de ella los delitos de los hombres se volvió al cielo y se colocó en aquella parte del Zodiaco llamada el signo de Virgo.

(17) Egeria. Ninfa de singular hermosura á quien Diana mudó en fuente: los romanos la adoraban como diosa, y las mugeres principalmente para parir con felicidad. Numa,

deseando dar mayor autoridad á sus leyes, fingió que tenia conversaciones secretas con ella.

(18) LARES. Dioses domésticos y particulares á cada casa y familia. Colocaban sus estatuas cerca de los hogares donde les rendian un culto muy religioso. Tambien habia *Lares* públicos, que presidian á los caminos y á las encrucijadas. Comunmente los representaban con la figura de un perrito, y les sacrificaban puercos.

(19) ETNA. Monte en Sicilia, famoso por su volcan y por los cíclopes que habitaban en él. Los poetas fingieron que las fraguas de Vulcano estaban en él, y que continuamente los cíclopes trabajaban alli los rayos de Júpiter.

(20) CÍCLOPES. Herreros de Vulcano, los cuales forjaban los rayos de Júpiter en el monte Etna, en las fraguas de Lemnos y otras partes: no tenian mas que un ojo en medio de la frente.

(21) PALAS. v. MINERVA.

(22) JUNO. Diosa de los reinos, reina de los dioses, muger de Júpiter é hija de Saturno y de Rhea. Era sumamente altiva, y nunca perdonó á Paris el no haberla adjudicado la manzana de oro en el monte Ida cuando disputó sobre la hermosura con Palas y Venus, desde cuyo tiempo se declaró enemiga irreconciliable de los troyanos y estendió su venganza hasta Eneas, pues hallándose embarcado para ir á establecerse á Italia fue en busca de Eolo, y le ofreció por esposa á Deyopeya,

la mas hermosa de sus ninfas, si queria destruirle y á su armada. Presidia á los casamientos y á los partos, y tenia diversos nombres segun los motivos porque la hacian sacrificios. Se la representa en un carro tirado de pavos reales, ó con una de estas aves á su lado.

(23) Apolo, hijo de Júpiter y Latona, hermano de Diana, se llamaba Febo en el cielo porque conducia el carro del sol tirado de cuatro caballos, y Apolo en la tierra. Era mirado como el dios de la poesía, de la medicina, de la música y de las artes. Le tributaban adoracion en varias partes donde eran consultados sus oráculos, siendo los mas famosos Delfos, Delos, Claros, Tenedos y Patara. Le representan con una lira en la mano, ó con algunos instrumentos de las artes, y tambien en un carro tirado de cuatro caballos.

(24) Menalo, monte de Arcadia, que creian era la morada ordinaria del dios Pan.

(25) Erimanto, monte y bosque célebre de la Arcadia, donde Hércules aterró y llevó sobre sus hombros un javalí que destruia los campos.

(26) Ninfas. Diosas del del Océano y de Tetis, á las cuales se daba varias denominaciones segun los objetos que les estaban consagrados. Las llamadas *Nereidas* ó *Nayadas* habitaban en las fuentes y rios; las *Driadas* en los bosques, y las *Hamadriadas* no tenian cada una mas que un árbol bajo su proteccion: las *Napeas* eran protectoras de las florestas y prados, y las *Oreadas* de las mon-

tañas: todas eran reverenciadas como diosas.

(27) Zefiro, viento del occidente, y uno de los cuatro principales. Era hijo de Eolo y de la Aurora. Aunque sopla con mucha suavidad tiene sin embargo tal vigor que vivifica los árboles y las frutas. Le representan en figura de un mancebo con rostro sereno.

(28) Júpiter Feretrino, asi llamado porque habiendo llevado Rómulo los despojos de sus enemigos al capitolio los colgó de un árbol, donde los conservaron largo tiempo, y allí fabricaron un templo suntuoso en honra de Júpiter, á quien Rómulo habia consagrado aquellos despojos.

(29) Marte. Dios de la guerra, é hijo de Juno.

(30) Alcides. v. Hércules.

(31) Aquiles, hijo de Peleo, rey de la Tiotida en Tesalia y de Tetis, de quien dice la fábula le sumergió en la laguna Estigia para hacerle invulnerable, como lo fue en efecto en todo el cuerpo menos en el talon, por el cual le tenia asido su madre para que no se ahogase. Habiendo tenido una desavenencia con Agamenon, rey de Argos, durante el sitio de Troya, por haberle robado una cautiva, se retiró á su tienda, y no quiso pelear mas, en cuyo tiempo los troyanos siempre pelearon con ventaja; pero habiendo muerto Hector á su amigo Patroclo volvió al combate, y le vengó dando muerte á Hector, á quien arrastró tres veces al rededor de las murallas atado á su carro por los pies, y despues le entregó á

Priamo movido de sus lágrimas. Habiéndose despues enamorado de Polixene, hija de Priamo, la pidió en casamiento, y al tiempo de ir á celebrarse, Paris le disparó una flecha al talon dirijida por Apolo, de cuya herida murió.

Se refiere que Tetis le propuso en su niñez una larga vida sin hacer nada que le grangease fama, o morir jóven y colmado de honores, cuyo último partido aceptó.

(32) Nestor, hijo de Neleo y de Cloris. Se libertó de la suerte que habian tenido su padre y hermanos, que murieron á manos de Hércules. Peleó con los centauros que querian llevarse á Hipodamia, y adquirió una gran reputacion en el sitio de Troya.

(33) Antiloco, hijo de Nestor y de Euridice. Acompañó á su padre al sitio de Troya, donde fue muerto por Memnon, hijo de la Aurora.

(34) Saturno, llamado por otro nombre el *Tiempo*, hijo de Celo. No queriendo que hubiese en su casa mas herederos que él y su hermano Titan, hirió á su padre con una hoz, y habiéndose mezclado su sangre con la espuma del mar, nació de ella Venus. Hecho prisionero por Titan, por haber sabido éste que contra la fé jurada tenia hijos varones, fue restablecido en el trono por Júpiter su hijo, pero temeroso que éste le destronase empezó á armarle lazos, y Jupiter por vengarse le destronó en efecto, precisándole á retirar á Italia, donde Jano, su rey, le recibio benigna-

mente. Alli enseñó la agricultura á sus moradores, y fue tan felíz su reinado que le llamaron la *Edad de oro*. Le representan en figura de un anciano con una hoz, para dar á entender que el *tiempo* todo lo destruye, ó con una serpiente mordiéndose la cola para significar el círculo perpetuo. Tambien le pintan con un reloj de arena, ó un remo para espresar la rapidéz de esta misma revolucion.

(35) Esfinge. Monstruo que tenia cara de muger, y lo restante del cuerpo de leon con álas. Irritada Juno porque Alcmena habia dado oidos á Júpiter, envió este monstruo al monte Citeron donde proponia un enigma, y devoraba á los que presentándose á ella para adivinarlo no lo esplicaban. El enigma consistia en saber cuál era el animal que por la mañana tenia cuatro pies, dos al medio dia y tres por la tarde. Conociendo Edipo en esta descripcion al hombre, esplicó el sentido del enigma por lo cual la Esfinge se precipitó de rabia. Despues Edipo se casó con Iocasta su madre sin conocerla, cuya mano era el premio del que venciése á aquel monstruo.

(36) Gorgona. Hija de Forco, dios marino, y de Ceto. Eran tres hermanas, á saber: Medusa, Euriale y Esterio. Las atribuian el poder de convertir en piedras á los que las miraban, y se creia que solo tenian un ojo del que se iban sirviendo cada una á su turno; que tenian la cabeza rodeada de culebras, álas grandes, colmillos de javalí por dientes, y garras de leon en pies y manos. Como asolaban los

campos y ejercitaban su crueldad con todos los caminantes, Perséo las mató, y cortando la cabeza á Medusa la clavó en la egida de Júpiter para hacerla mas terrible.

(37) Aurora, hija de Titan y de la tierra, que preside al nacimiento del dia. La representan en un palacio de plata sobredorada, y en un carro triunfal del mismo metal.

(38) Vulcano. Dios del fuego, hijo de Júpiter y Juno. Como nació sumamente feo y contrahecho, le dio Júpiter un puntapie y le arrojo del cielo, en cuya caida se rompió una pierna y quedó cojo. Se casó con Venus, quien no le guardó la mayor fidelidad; proveia de rayos á Júpiter y tenia sus fraguas en las islas de Lipari, Lemnos, y en lo interior del monte Etna. Los cíclopes eran sus oficiales.

(39) Pandaro, hijo de Licaonte, y uno de los que acudieron al socorro de los troyanos contra los griegos: fue muerto por Diomedes Hubo otro Pandaro que siguió á Eneas, y á quien mató Turno.

(40) Diana Diosa de la caza, hija de Júpiter y Latona, y hermana de Apolo. Mirabanla como á diosa de la castidad, y su séquito se componia de muchas ninfas á cual mas hermosas; pero no sufria á ninguna que no fuese tan casta como ella, por lo que separó de sí á Calixto por haberse dejado vencer de Júpiter Sin embargo dicen quiso al pastor Endimion y que muchas veces dejaba por la noche el cielo para ir á verle. La representan en un carro tirado de ciervas, armada de un arco

y carcax lleno de flechas, con una media luna en la cabeza. Tenia en Efeso el templo mas magnífico del mundo. La estaba consagrada la cierva.

(41) Cinthio. Monte de la isla de Delos donde nacieron Diana y Apolo.

(42) Latona, hija de Ceo y de Febe. Celosa Juno de que su marido la quisiese, la hizo perseguir por la serpiente Piton; con lo que la precisó á andar vagando de una parte á otra durante su preñez, hasta que compadecido de ella Neptuno hizo aparecer la isla de Delos en medio de las aguas donde fue á refugiarse, y allí dió á luz á Apolo y á Diana.

(43) Temis. Hija del cielo y de la tierra, y diosa de la justicia. La representan regularmente con una balanza en la mano y vendados los ojos. Júpiter colocó su balanza en el número de los doce signos del Zodiaco. Tambien la representan con una espada en la mano.

(44) Caco. Bandolero famoso, hijo de Vulcano que habitaba en las cercanías del monte Aventino. Robó unos bueyes á Hércules y los hizo entrar ácia atrás en su caverna á fin de que éste no pudiese encontrarlos por las huellas; pero habiendo empezado á bramar uno de ellos cuando pasó el resto de la vacada, Hércules derribó la puerta de la caverna y le mató á golpes.

(45) Dios de Delos. Lo mismo que Apolo.

(46) Hidra Lernea. Serpiente de la laguna Lernea. Tenia siete cabezas que renacian conforme las iban cortando. Sin embargo Hér-

cules la mató, y por eso este se considera como el mas dificil y glorioso de sus trabajos.

(47) Olimpo. Monte célebre entre la Tesalia y la Macedonia, en cuya cumbre se creia moraba Júpiter y toda su corte.

(48) Tonante. Renombre de Júpiter.

(49) Hecatombe. Sacrificio de cien víctimas.

(50) Leon Nemeo. Fiera terrible que habitaba en un bosque de la Elide, el cual ahogó Hércules por favorecer á Molorco y por órden de Euristéo.

(51) Averno. Lago en la Campania consagrado á Pluton, de donde salian unas exhalaciones tan fétidas que se creia fuese la entrada de los infiernos: los pájaros que pasaban volando por encima no podian resistirlas, y caian muertos dentro de él.

(52) Semidioses. Héroes nacidos de un dios y de una muger mortal, ó bien personas mortales que por sus esclarecidas hazañas habian merecido ser admitidas despues de su muerte entre los dioses, y á quienes tambien se tributaba adoracion.

(53) Esculapio. Dios de la medicina, hijo de Apolo y de la ninfa Coronis. Fue adorado en Epidaura bajo la figura de una serpiente.

(54) Eliseos. Sitio de los infiernos donde los poetas fingen que reina una continua primavera, y que las almas de aquellos que habian vivido bien gozaban de una felicidad perfecta y durable.

(55) Manes. Asi llamaban los antiguos á

las almas de los difuntos. Erigian altares en honra suya, y las hacian sacrificios para apaciguarlas.

(56) Pluton. Dios de los infiernos, hijo de Saturno y de Rhea. Como reinaba sobre los muertos, su imperio inspiraba naturalmente una aversion tan grande contra su persona, que no hallaba con quien casarse, lo que le determinó á robar á Proserpina á tiempo que esta doncella iba á buscar agua á la fuente Aretusa en Sicilia. Le representan con una corona de ébano en la cabeza, y en un carro tirado de caballos negros.

(57) Cibeles Hija del cielo y de la tierra, y muger de Saturno: llámanla tambien *Ops*, *Rhea*, *Vesta*, *la Buena Diosa*, *la madre de los Dioses &c.* Fue espuesta asi que nació á las fieras que cuidaron de ella y la criaron. Se cree que es la misma *Tierra*, y asi la representan con un disco en una mano y una llave en la otra, coronada de torres y almenas y un vestido sembrado de flores, rodeada siempre de varios animales, y algunas veces en un carro tirado por leones. La está consagrado el pino, y sus sacerdotes llamados Galos, Coribantes y Dáctilos la honraban bailando al rededor de su estatua haciendo espantosas contorsiones.

(58) Neptuno. Hijo de Saturno y de Rhea. Cuando dividio con sus hermanos Júpiter y Pluton la herencia de su padre, le tocó el imperio de las aguas, y fue llamado dios del mar. Le representan sobre un carro en forma

de concha tirado por dos caballos marinos y con un tridente en la mano.

(59) Jano. Rey de Italia, hijo de Apolo y de una ninfa llamada Creusa. Recibió en sus estados á Saturno, á los cuales puso el nombre de *Lacio*, á causa de que éste se ocultó en ellos cuando Júpiter le perseguia, y por esto logró que Saturno le diese en recompensa una prudencia singular y el conocimiento asi de lo pasado como de lo venidero, por cuya razon le pintan con dos caras y aun con cuatro, aunque no es lo mas comun. Pónenle en las manos una llave y una varita ó baston; aquella porque se creia haber inventado las cerraduras, y el baston porque recibia bien á los caminantes y presidia á los caminos. Aprendió de Saturno la agricultura y el modo de civilizar los pueblos, que fueron dichosos en su reinado. Le edificaron en Roma un templo cuyas puertas estaban cerradas en tiempo de paz y abiertas en el de guerra.

(60) Argonautas. Príncipes griegos, asi llamados del navío Argos, en el cual se embarcaron para ir á la Colcida á conquistar el Vellocino de oro. Los principales fueron Castor, Polux, Hércules, Telamon, Orfeo, Melampo, Teseo, Anfiarao, Tifis, Euridamante, Cetes, Calais &c., y todos iban bajo el mando de Jason.

(61) Venus. Por otro nombre Cipris, hija del cielo y de la tierra, ó segun otros del mar. Dicen tambien que Saturno fue el autor de su nacimiento, y que fue formada de la

espuma del mar (*véase Saturno*); aunque algunos quieren que sea hija de Júpiter y de Dionea. Hubo muchas Venus, y es verosímil que todos los escesos que se atribuyen á una sola procediesen de muchas mugeres á quienes daban este nombre. Tuvo una infinidad de amantes, y entre otros al dios Marte. Siempre la acompañaban las Gracias, las Risas, los Placeres y lor Atractivos, y sus fiestas se celebraban con todo género de disoluciones. Tenia templos en todas partes: los mas magníficos eran los de Amatonte, Lesbos, Pafos, Gnido y de Citera. Comunmente se la representa con Cupido en los brazos sobre un carro tirado de palomas, de cisnes ó gorriones, y algunas veces montada sobre un macho de cabrío. No hay cosa mas abominable que las disoluciones que los poetas cuentan de tan infame diosa.

(62) ANTIOPE. Reina de las amazonas é hija de Nieteo, quien quiso quitarla la vida porque tuvo dos hijos de Júpiter, pero ella huyó. Muerto su padre la persiguió Lico su tio y la puso al cuidado de Dircea su muger, quien la trató con mucha aspereza, bajo cuyo yugo estuvo hasta que sus hijos fueron á libertarla.

(63) OROMAZO, OROSMADES ú OROMASO. El principio ó el dios del bien, segun Zoroastres, quien admitia otro principio ó autor del mal llamado *Arimanio.*

(64) ARIMANO ó ARIMANES. Dios adorado entre los persas. Creen es el mismo que Pluton.

(65) EOLO. Dios de los vientos é hijo de

Júpiter. Recibió muy bien á Ulises cuando pasaba por sus estados, y en señal de su benevolencia le regalo muchos pellejos donde estaban encerrados los vientos. Los compañeros de Ulises no pudiendo contener su curiosidad, los desataron, y escapándose los vientos escitaron una tempestad tan furiosa, que Ulises perdió todas las naves, y se salvo él solo en una tabla. Eolo tenia tan grande imperio sobre los vientos, que solo con su voluntad los detenia.

(66) Amor ó Cupido. Hijo de Marte y de Venus. Le representan en figura de un niño desnudo con los ojos vendados, y armado de arco y flechas. Fue muy querido de Psiquis, y tuvo á *Anteros* por compañero en su niñéz. Los griegos le llamaban *Eros*. La risa, los juegos, los placeres y los atractivos estaban representados del mismo modo que él bajo la figura de unos niños alados.

(67) Febo. v. Apolo.

(68) Clicie. Hija del Océano y de Tetis. Fue querida de Apolo y concibió tales celos al ver que la abandonó por Leucotoe que se dejó morir de hambre. Apolo la convirtió en una flor llamada *Heliotropo* (vulgarmente *Girasol*).

(69) Tetis. Hija de Nereo y de Doris: era tan hermosa que queriendo Júpiter casarse con ella, no lo ejecutó por haberle pronosticado Prometeo que Tetis tendria un hijo que con el tiempo llegaria á ser mayor y mas ilustre que su padre. La casaron con Peleo, de quien tuvo á Aquiles.

Hubo otra *Tetis*, hija del cielo y de la tierra, y muger del Océano, á quien representan sobre un carro en forma de concha tirado de delfines.

(70) Penates. v. Lares.

(71) Quirino. Renombre de Rómulo. Tambien se le daban á Marte.

(72) Minos. Hijo de Júpiter y de Europa, y juez de los infiernos.

(73) Acteon. Hijo de Aristeo y nieto de Cadmo. Le crió el centauro Quiron, y fue con el tiempo un gran cazador. Habiendo sorprendido un dia á Diana en el baño, la diosa se ofendió de tal manera que le convirtió en ciervo, y sus mismos perros le devoraron. Tambien se llamaba Acteon uno de los caballos del Sol.

(74) Febe ó Phebe. v. Diana.

(75) Endimion. Pastor de la Caria y nieto de Júpiter, el cual habiendo sido sorprendido con Juno fue condenado á dormir treinta años. Diana le quiso despues, y no atreviéndose á visitarle de dia, bajaba del cielo todas las noches á verle y tuvo de él muchos hijos.

(76) Vesta. Los mas de los autores dan este nombre á Cibeles, porque era como Vesta la diosa del fuego. Muchos creen ha habido dos de este nombre; una muger del Cielo, y la otra de Saturno. Cuando se considera á Cibeles como diosa del fuego, se la llama entonces Vesta. Solo á las doncellas correspondia celebrar sus misterios, y su único cuidado era el no dejar nunca apagar el fuego en sus tem-

plos. Cuando se verificaba, ó violaban el voto de virginidad que habian hecho, las enterraban vivas. Se las llamaba *Vestales*.

(77) Concordia. Llamada tambien la *Paz*: deidad á quien adoraban los romanos, y en cuyo honor erigieron un templo magnífico: era hija de Júpiter y de Temis.

(78) Buena Fe, Fe pública, de la que hicieron los romanos una deidad, cuyo culto estaba establecido en el Lacio antes de Rómulo. Tenia templos, sacerdotes y sacrificios que la eran particulares. La representaban en figura de muger vestida de blanco y juntas las manos. En los sacrificios que la hacian (en los cuales nunca habia efusion de sangre) debian estar sus sacerdotes cubiertos con un velo blanco, y con la mano envuelta en él. Dos manos juntas era el símbolo de la Buena Fe y no el simulacro de la *Fe*, considerada como diosa.

(79) Clemencia. Los antiguos hicieron de ella una deidad.

(80) Justicia, por otro nombre *Temis*. Deidad alegorica, hija de Júpiter y de Astréa. Se retiró con su madre al cielo cuando la edad de hierro sucedió á las demas edades. La representan en figura de una doncella con una balanza en una mano y en la otra una espada desnuda. Tambien fingen estaba sentada en una piedra cuadrada, y siempre pronta á señalar penas al vicio y recompensas á la virtud.

(81) Termino. Deidad á quien adoraban bajo la figura de una piedra cuadrada y algunas veces de una teja ó estaca: servia para

acotar y señalar las lindes de los campos.

(82) TISIFONE. Una de las tres Furias infernales.

(83) EUMENIDES. Llamadas por otro nombre *Furias* ó *Erimnias*, hijas del Infierno, y segun otros de Aqueronte y de la Noche. Eran tres: *Alecto*, *Megera* y *Tísifone* Castigaban en el Tártaro azotando con serpientes y teas ardiendo á los que habian vivido mal. Las representan con la cabeza rodeada de culebras, con teas y serpientes en las manos.

(84) SALIENTES ó SALIOS Sacerdotes del dios Marte, cuyas fiestas celebraban saltando y bailando por las calles. Cuando Numa hizo creer á los romanos habia caido del cielo el escudo llamado *Ancile*, y que de su conservacion dependia el destino del imperio, mandó construir otros once tan conformes en un todo, que era imposible conocer la ficcion, y confió su custodia á doce sacerdotes que instituyó á este fin, á quienes puso el nombre de *Salios*. Cuando se llevaban las *Ancilias* ó escudos en una fiesta que duraba tres dias en principios de Marzo, no podia haber casamientos ni emprenderse cosa alguna importante.



